

eTerciopelo

3

sexy

yogi

sándwich



COCO DUVAL

#sexy, #yogi, #sándwich 3

Cooper & Co
Tercera parte

Coco Duval



#SEXY, #YOGI, #SÁNDWICH 3

Coco Duval

«Me llamo Johanna Mayer, tengo 36 años y estoy decidida a recuperar mi vida. Estoy harta de persecuciones y asesinatos. Y harta de que nadie entienda la relación que tenemos Bruno, Alexander y yo. Porque sí, lo digo en voz alta: me gusta tener dos maridos, y sí, me gusta mi nueva vida de espía improvisada. Voy a descubrir la verdad, voy a acabar con esta locura.»

ACERCA DE LA OBRA

¿Qué pasaría si Alexander Lindbergh, el hijo ilegítimo del pionero aviador, entrara en tu matrimonio?

Yo te lo diré. Cambiaría para siempre tu vida. Tu doble vida porque, aunque se intuía, la sorpresa de Cooper & Co., ha sido mayúscula. Y ahora que pertenezco a su ámbito más secreto, Lindbergh me parece todavía más sexy.

Es oficial, Bruno, Alex y yo nos queremos. Todos tendrán que acostumbrarse. Esto ya no es un enganche, ahora somos una familia. Aunque, se podría decir que estoy teniendo mi dosis de sexo para varias reencarnaciones. Cosas del Karma.

Y entre tanto orgasmo mi vida se está transformando, es hora de pasar a la acción.

Helicópteros, tiros, lobos y persecuciones con motos de nieve, esos asesinos de extrema derecha no pueden quedar impunes. Voy a seguir hasta el final.

Gracias a Dios que siempre tengo a mi lado a Bruno con su infinita paciencia. Y aunque no parezca echa para pinganillos, armas, y persecuciones, quién me lo iba a decir a mí, no solo me pone tener dos maridos, también me pone la adrenalina.

Soy una nueva Johana, una heroína, una muy normal y corriente.

ACERCA DE LA AUTORA

Coco Duval nació en Barcelona. A los dieciocho años se fue a Los Ángeles, California, a cursar estudios de cinematografía. De nuevo en casa, se matriculó en la primera escuela de guionistas.

Se ha dedicado, junto a su pareja, a la fotografía de moda y publicidad en el estudio que fundaron. Cuando nació su hija, decidieron abrir una tienda con un jardín donde pudieran verla crecer y dedicarle tiempo. Hoy encara una nueva etapa. Las vocaciones siempre nos encuentran y la suya es escribir.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Epígrafe

Nota introductoria

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

The Wolf

Capítulo 3

El caballero oscuro
(The Dark Knight)

Capítulo 4

Savannah

Capítulo 5

Savannah, otra vez

Capítulo 6

Mi «princeso»

Capítulo 7

Operación peluquitas

Capítulo 8

Emmanuelle

Capítulo 9

La montaña mágica

Capítulo 10

In & Out. Saliendo del armario

Capítulo 11

Buster & Co. La génesis

Capítulo 12

¿Quién teme al lobo?

Capítulo 13

Te seguiré en la oscuridad

Capítulo 14

Oh mamma, I wanna go surfin'

Life in a Sandwich

Spotify List

Créditos

A mi alma gemela y a ese otro pedacito de mí.

«Creo que la risa es el mejor quemador de calorías. Creo en besar, besar mucho. Creo en ser fuerte cuando todo parece que va mal. Creo que las chicas felices son las más bellas. Creo que mañana es otro día y creo en los milagros.»

AUDREY HEPBURN

*E*ste libro es una novela de ficción que toma prestada con respeto y admiración la figura del célebre pionero de la aviación Charles Lindbergh. La mayoría de las cosas que se cuentan sobre Lindbergh se pueden encontrar en sus biografías. Su relación con el personaje de la novela es ficticia.

Agradecimientos

Gracias a Peté Solé por su apoyo incondicional, a Susana del Valle por toda su paciencia y su fe, y muchas gracias también a Mar González, de Babulinka Books, por su ayuda inestimable y su cariño. Sin olvidar a Eva, mi peluquera. Agradezco también al equipo de Roca editorial la confianza que han depositado en mí.

Capítulo 1

CADAQUÉS
1 DE ENERO DE 2018

*H*e activado los wandas, he abierto los chacras, he aprendido nuevos mandalas y tengo un chichón en la coronilla de tanto practicar la postura sobre la cabeza, Shirshasana.

Tras cinco días de meditación, no puedo decir que haya aclarado demasiadas cosas, pero sí he decidido que tengo que dejar que ocurran, sin miedo.

Lo bueno de un retiro es que se intenta dejar la vida de uno, los problemas y las vicisitudes diarias más allá de la puerta, y solo te concentras en el aquí y el ahora. Eso permite ver las cosas con una cierta perspectiva: puedes observar si tu mente está haciendo el macaco, dando vueltas al mismo asunto de forma obsesiva, y así, acallarla y limpiarla de pensamientos negativos.

Los pensamientos nocivos están siempre al acecho; observarlos desactiva su carga, es una forma de relativizar lo que nos ocurre.

Estoy hasta las narices de examinarme a mí misma, y tengo unas ganas inmensas de volver, de estar con los míos. Se me reveló meridianamente claro anoche, cuando llegaron a esta casa tres botellas de champán Taittinger fresquitas, para que pudiera brindar la noche de fin de año con mis compañeros de retiro. Una nota adherida a una de las botellas decía:

*«Think of me tonight, my love.
(Piensa en mí esta noche, mi amor).
Alexander Lindbergh».*

Y más abajo había otra nota:

*«Me has dejado solo. Estás castigada.
Bruno».*

Sentada en un cojín frente al ventanal de esta casa bohemia y espartana, justo como deberían ser todas en Cadaqués, disfruto de una puesta de sol de esas que hacen saltar las lágrimas y te ratifican la existencia de Dios. Un dramático rayo de sol se abre paso entre las nubes para iluminar una de las pocas barcas que quedan amarradas en la bahía este invierno.

A veces tanta belleza me sobrecoge, y comprendo por unos instantes que no soy más que una mota de polvo en el universo, me digo a mí misma: «Estás de paso, disfruta».

Eso es exactamente lo que me dispongo a hacer: abrazar lo bueno que me trae la vida, sea lo que sea, y disfrutarlo sin miedo.

Otra cosa que he descubierto es que este bebé me hace ilusión. En un mundo ideal, que, en mi caso, ahora mismo, sería uno en donde los niños pueden tener dos papás, sería feliz dándole a Alex un hijo, a Maya un hermanito y a Bruno otro pequeño que mimar, atender y disfrutar tanto como hizo con nuestra hija, que fue de lo más afortunada.

He decidido hacerme la prueba de embarazo con ellos dos, no sola, no sería justo. Con lo impaciente que ha resultado ser Lindbergh, probablemente le deben de haber vuelto las jaquecas. Mi pobre Lindbergh está tan solo, o mejor debería decir: se siente tan solo...

También he tomado otra decisión: quiero ser parte activa de la resolución de este asunto de los asaltos. Alguien amenaza nuestra seguridad, y me tiene hasta los huevos. Quiero saber qué pasó con Jurgen y llegar al final de todo esto; para mí es una prioridad.

Aún quedan unas horas hasta la cena, mañana vuelvo a Barcelona. He pedido estar en mi cuarto y hacer mis ejercicios en él, alejada del grupo, y me han dispensado de la práctica de la tarde. Sobre el cojín, frente al ventanal, me pierdo en el atardecer y observo sus cambiantes colores teñir de rojo la bahía. La luz de Cadaqués es única. Cierro los ojos y retengo la imagen en mi interior.

Me concentro en un punto en mi entrecejo, mientras consigo una respiración sosegada y placentera, que me ayuda a abstraerme. Dejo que las imágenes se sucedan en mi cerebro, solo las observo.

Chiclana, Jurgen, papá, Pablo Berenguer, otra vez Jurgen. Ajusto mi postura sobre el cojín y también mi respiración. Pablo, Lindbergh, Maya, Bruno, el Aston Martin, Sándwich, Gina, Frey, la matrícula del Aston Martin.

Abro los ojos. ¡Oh, joder, la matrícula! ¡Dios mío! ¿Pero cómo no nos hemos dado cuenta antes? Tiene que ser eso, no puedo creer que hayamos sido tan estúpidos, lo teníamos delante todo el tiempo.

Me levanto sobresaltada, impaciente, decidida a tomar acción y cambiar las cosas. Rebusco en mi mochila; no encuentro el iPhone por ningún sitio. Mierda. Me vuelvo a sentar. Johanna, tranquilízate y piensa. ¿Dónde está el puto móvil? ¡Ahhhh! Ya sé, lo puse bajo el colchón al llegar para no tener tentaciones de comunicarme con ellos.

Efectivamente, está bajo el colchón, pero la batería se ha agotado. Tengo que buscar el cargador, no recuerdo haberlo cogido, ¡Ay, joder! Qué idiota.

Seguro que aquí alguien tiene uno, no puedo interrumpir la práctica ahora, tendré que esperar a la hora de cenar. Francamente, no creo que pueda, me voy a volver loca. Cojo mi anorak, me pongo unas botas sobre los calcetines de lana que llevo, y así tal cual voy, con las mallas, me calo una gorra y salgo de la casa con el móvil en la mano, en busca de un cargador de iPhone de última generación.

En el jardín posterior de la casa están aparcados los coches de los profesores y de alguno de los participantes del retiro. Cuando salgo por la puerta de madera dudo, no sé qué dirección tomar.

Debo ir hacia el pueblo. No, un momento. Hay un hotelito cerca, entre esta casa y Port Lligat. Conozco muy bien esta zona y sé que más allá está el Kalima: seguro que allí puedo encontrar a alguien con un iPhone aunque sea invierno y haya poca gente.

Mientras dudo si ir hacia la carretera de la costa o hacia la de interior que lleva a Port Lligat, me fijo en una furgoneta tipo Van negra, una Mercedes muy grande, con cristales tintados y un tipo también enorme, trajeado, enfundado en un plumón para gigantes, apoyado en la parte anterior de la Van, fumando.

Hay algo sospechoso; no está aparcado junto a ninguna casa, sino en una intersección. La puerta lateral de la Van está abierta y puedo ver más tipos trajeados dentro. ¡Anda, mira, si es Frey!

Me acerco en silencio, y cuando estoy a su altura, le saludo animadamente sin poder disimular un cierto sarcasmo.

—Hey, Adrian, ¡qué bien me viene encontrarte aquí!

—¡Señora Mayer! No se enfade, cumplo órdenes.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes; y, por favor, llámame Johanna. Necesito hablar con el señor Lindbergh urgentemente, y estoy sin batería.

Veo que súper Frey titubea. Entiendo su dilema: si le llama y dice que le he encontrado a la puerta de la casa, Lindbergh se lo tomará como una negligencia, y en parte tendrá razón.

—No es taaaan urgente. ¿Qué te parece si cargas mi teléfono mientras yo bajo a la playa unos minutos y me siento junto a ese embarcadero a pensar en mis cosas?

—Me parece mucho mejor que decirle al señor Lindbergh que nos ha pillado usted in fraganti. Es un error casi de principiantes, pero, Johanna, no había salido de la casa ni una sola vez desde el primer día, hemos bajado la guardia.

—Por mí no ha de saber nada.

Entra unos segundos dentro del vehículo y vuelve a salir con un cargador en la mano, que me entrega; probablemente sea el suyo.

—Será mejor que vaya a la casa a hacer mi bolsa. Vuelvo esta noche, esto es, si me lleváis de vuelta.

—Por supuesto, pero quizás el señor Lindbergh prefiera venir a buscarla personalmente... En todo caso, hay que consultarlo primero.

Inicio el ascenso hacia la casa y Frey me sigue.

—¿Hace mucho que le conoces?

—Unos cuantos años.

—¿Se podría decir que sois amigos?

—Se podría decir que soy de su máxima confianza. Johanna, Alexander Lindbergh no tiene amigos.

Esta afirmación, tan contundente, hace que me pare por un segundo para mirarle a la cara. ¿Qué quiere decir con que no tiene amigos?

—A excepción del señor Martí, y de usted misma —me aclara. Llegamos a la casa y llamo al timbre, esperando que sea uno de los dueños quien abra la puerta y no haya molestado a los que están meditando. Abre Miriam con su habitual sonrisa.

—¿Te has escapado, Johanna? ¿Ya no podías más? —bromea.

—Es que cuando me he visto levitar un metro sobre el suelo, he sabido que estaba lista para dar un paseo. Y, mira qué casualidad, me he encontrado a un amigo.

Los presento. Improviso una excusa poco creíble y entro en mi habitación, dejando a Frey y a Miriam entablar conversación.

Pongo el móvil a cargar y meto mis cuatro pertenencias en la bolsa de mano que he traído. Dudo entre marcar el número de Lindbergh o el de Bruno; me inclino por el primero, pensando que probablemente sea más rápido: si Bruno está cocinando puede que salte el contestador.

Alex contesta al primer tono:

—*Johanna, are you ok? (Johanna, ¿estás bien?)*.

—Sí, estoy bien, no te preocupes.

—*Is it about the baby? (¿Es acerca del bebé?)*.

—Noooo, aún no me he hecho la prueba —digo, con un cierto remordimiento. El pobre no parece poder pensar en otra cosa—. Es la clave. La tengo.

—¿La clave?

—Sí, de la caja fuerte, la tengo, ya sé dónde está.

—Vengo en buscarte.

—¿Estás seguro? —pregunto mordiéndome la lengua, porque tengo a Frey aquí al lado, pero no puedo decirle nada.

—Seguro. Llego con Bruno, una hora...

—Vale, pero, Alex, no corras, no hay prisa.

—*I could send Adrian to pick you up. He might be in the area, he's arriving to Girona Airport... (Podría enviar a Adrian a recogerte. Puede que esté por la zona, está llegando vía aeropuerto de Girona...).*

Qué mentirosillo. Le sigo el juego.

—Claro, esperaré aquí a Adrian.

—Oh, *and* Johanna...

—Dime.

—*I miss you and... (Te echo de menos y...).* —Titubea—. *I love you. (Te quiero)* —dice, serio, contundente. Hasta me hace reír. Opto por bromear para desdramatizar un poco.

—Eso no me lo dices a la cara.

—Sí digo porque verdad.

—Ahora nos vemos.

Cuelgo sin decir adiós. He de sacar mi vertiente más expeditiva: quiero saber absolutamente todo lo que sabe el propio Lindbergh sobre nuestros atacantes. Tengo que hacerle entender que puedo con esto, que no es necesario que me proteja.

Salgo de nuevo de la habitación; tengo la sensación de que Frey coquetea con Miriam, aunque probablemente solo está siendo educado. Me despido de ella con un fuerte abrazo, su serenidad me ha ayudado a encontrar una cierta paz interior, ya que tiene una lógica sencilla de esas que te aplastan y te hacen ver que tus problemas son irrelevantes.

Adrian recibe la llamada de Alex con instrucciones de llevarme a Barcelona. Caminamos en dirección a la Van, mientras él lleva mi petate. Todo el mundo me trata como si fuera una figura de porcelana. Adrian le ladra algo en francés al conductor; no entiendo el francés cuando es coloquial, especialmente si se habla rápido, pero creo que le ha dicho que mueva el culo, que conduce él.

El conductor es un mercenario, o, al menos, tiene pinta de mercenario. ¿Quién lleva un traje chaqueta negro, como de camarero, y tatuajes en las manos? Supongo que solo un guardaespaldas. Seguridad privada. Los otros dos hombres están ya dentro; el que fumaba ha entrado sin mediar palabra, con tan solo un gesto de Frey.

Me siento en el sitio del copiloto. Hay un cristal, también tintado, que nos separa del cubículo de atrás. Es como si Adrian y yo estuviéramos a solas. Lo prefiero: esos tipos dan bastante respeto.

—Johanna, no es necesario que me cubras.

—Vamos, Frey, es una tontería. Haremos como si no nos hubiéramos visto.

—Te lo agradezco.

—No tiene importancia. ¿Cuántos días llevas aquí?

—Yo he llegado hoy para supervisar su vuelta a Barcelona. Mis chicos han estado aquí todo el tiempo. Perdona que te pregunte, Johanna, pero ¿por qué tanta urgencia?

No puedo permitirme que sepa que he dado con la clave, no puedo confiar en nadie y no puedo desvelar información sensible sin hablar con Alex primero. ¿Desvelar información sensible? ¡Qué fuerte! Estoy hablando como en las pelis. Como tengo que ser convincente en mi respuesta, opto por desviar la atención con una verdad.

—Creo que estoy embarazada.

Frey se gira hacia mí, desatendiendo la carretera de curvas. Su cara de horror casi me hace soltar una carcajada, pero me contengo. ¡También Frey lo sabe todo! Haríamos bien en publicarlo en un diario de tirada nacional y dejarnos de secretos, no se nos da nada bien.

—Entiendo. Esto..., quiero decir, felicidades...

—Gracias, pero aún no es oficial.

El resto del trayecto lo hacemos en silencio, parece que le he dado a Adrian mucho en que pensar. El sentimiento de irrealidad que me persigue desde hace meses vuelve con nitidez; soy consciente de que regreso a casa, posiblemente embarazada, y que me esperan mis dos hombres. No va a haber vuelta atrás. Voy en una furgoneta llena de tipos de turbio pasado, incluyendo a Frey, y que además van armados: puedo ver un revólver desde donde estoy, oculto en el interior de su chaqueta. Todo tiene un tufo irreal, y, sin embargo, me voy acostumbrando sobre la marcha a que las cosas sean como son. Eso les otorga lógica y veracidad. Aun así, no puedo dejar de pensar en cómo era de diferente mi existencia hace apenas un año, hasta el momento en que recibí la noticia de la muerte de Pablo y conocí a Alex. Su presencia ha rehecho los cimientos de mi vida y la de mi familia.

Entrando en Sarrià por las rondas, Adrian ha girado hacia la derecha cuando debería haber ido a la izquierda. Mi casa es en sentido contrario, pero como él ya la conoce, no digo nada. Hasta encontrarme en la calle Duquesa de Orleans, frente a la *Casa Donat*, un palacete modernista que es uno de mis edificios favoritos. Conozco bien la casa porque los Donat se dedican a alquilar la parte inferior y el jardín romántico para todo tipo de eventos, como bodas. Frey detiene la Van junto a la verja de la entrada y se baja para abrirme la puerta.

No entiendo. Entonces lo veo: el cartel profesional que le regalamos a Alex hace solo unos días. Donde debería poner «CASA DONAT» está ahora el nuestro, «LINDBERGH-MARTÍ & MAYER PARTNERS». Debe de ser una broma, o quizás me han montado una fiesta. Yo los mato, ¡voy en mallas, hecha unos zorros...!

—¡Es una sorpresa! —me dice Adrian, supongo que al ver mi cara de estupefacción.

—¿Debería ir a cambiarme?

—No, no, hemos trasladado todas tus pertenencias. Lo tienes todo aquí.

—Adrian, no te entiendo, ¿qué broma es esta?

—El señor Lindbergh y el señor Martí te lo explicarán. Yo ya he dicho demasiado.

Oigo la puerta principal y me vuelvo, intentando aún asimilar la información, y entonces lo veo. Alex, en la puerta de la *Casa Donat*, en batín y pijama de seda, al más puro estilo de un lord inglés, dándome la bienvenida. Hasta lleva gafas de leer...

Y se me congela el alma.

—*Welcome home, baby!* (*¡Bienvenida a casa, cariño*) —me dice. Me acerco con mi petate al pie de las escaleras y vuelvo a mirar hacia la parte superior de la fachada para cerciorarme de que es la misma casa. Y, sí, pone «1870» grabado en la piedra: no hay duda de que es la misma.

La casa de mis sueños, si me preguntan a mí, esta es la más bonita de todas. No es ni muy grande ni muy pequeña; tiene tres plantas y un jardín precioso con vistas despejadas hacia Pedralbes. Pero, por encima de todo, su ubicación es perfecta, en el corazón del barrio.

Subo los cuatro escalones y me acerco a Alex para saludar. O es una fiesta de pijamas o no entiendo qué está pasando. Huele a comida, emana desde el interior, huele a algo que haya cocinado Bruno. Lindbergh me arrincona contra la pared y me estampa un beso de tornillo, con lengua, que sabe a vino blanco.

—Lindbergh, explícate, me estoy poniendo de los nervios.

—*I bought the house for us. (He comprado la casa para nosotros)* —me dice mientras aún me tiene contra la pared, atrapada. Su frente contra la mía, sus ojos, sus ojos...

—Los Donat no querían vender, ¿qué has hecho?

—Mí hacer oferta. *Bruno told me this is your dream house. (Bruno me dijo que esta es la casa de tus sueños).*

—*Yeah, yeah, but I don't need all this. I'm happy in my apartment. (Sí, sí, pero yo no necesito todo esto, soy feliz en mi apartamento).*

—*I know, baby, but we don't feet in. It is not appropriate. (Ya lo sé, nena, pero no cabemos. No es adecuado).* Esta casa tiene todo que tú necesitas, grande cama —dice coqueteando. Y me besa de nuevo. Me estoy ablandando, lo noto.

—¿Has hecho reformas? Desde aquí no se ve. —Desde mi perspectiva, la entrada de la casa está exactamente igual. El mismo mosaico de siempre, tanto en el suelo como en la pared.

—*Don't worry about the hydraulic tiling, we kept it. (No te preocupes por las baldosas hidráulicas, las hemos mantenido).* Bruno me advertir. Creo que te encantar.

—¿Has respetado la arquitectura? Piensa que este palacete es modernista.

—*Yes, I know, Historical Heritage, a real pain in the ass for refurbishing. (Sí, lo sé, es patrimonio histórico, un verdadero grano en el culo cuando estás reformando).*

—Pero, Alex, tiene mucho más encanto, no se puede comparar.

—Mí muy de acuerdo, *for me old is good. (para mí lo viejo es bueno).*

Me fijo en sus zapatillas de estar por casa de cuero marrón, relucientes pero muy, muy viejas. Bruno me dijo que sacaba esas cosas que pertenecieron a su famoso padre de mercados de coleccionistas, incluso de Ebay. Compra todo lo relacionado con él, me parte el corazón.

—¿Dónde está Bruno? ¿Puedo pasar o me vas a dejar en la puerta?

—Bruno ir a buscar *sushi* con Maya and Sándwich.

—¿Pero ha cocinado? Puedo olerlo.

—*Yes, he made some noodles. (Sí, ha hecho fideos).*

—*Aren't you going to show me inside? (¿No me la vas a enseñar?).*

—Solo salón, los esperaremos.

Me ofrece la mano para que le acompañe. No sé por qué está tan nervioso, ha comprado la casa más preciosa del barrio. Al llegar al salón empiezo a evidenciar los cambios; ha tirado tabiques, pero ha mantenido los suelos y los mosaicos de las paredes. Los sofás están colocados sobre una enorme tarima de madera elevada como un palmo de suelo. La cocina también la han abierto, manteniendo el encanto de las baldosas y el mármol, pero lo han combinado con aluminio. Industrial y modernista; nunca pensé que funcionase tan bien.

A la derecha hay varias *chaises longues*, cada una de su padre y de su madre, unas en colores crudos, otras estampadas, dispuestas cerca de la chimenea, sobre una alfombra oscura que recuerda un cielo estrellado. La chimenea, que parece cubista, es una simple piedra rectangular muy grande con otro rectángulo dentro, vacío. Presidiendo la chimenea está el cuadro que Jorgen me pintó, el de las mariposas en la cabeza.

Cuando Lindbergh carraspea me doy cuenta de que llevo un rato con la boca abierta. La cierro. Me fijo en el ventanal: siempre me ha encantado el gran ventanal, que es como una pequeña glorieta ganada al jardín en forma ovalada. Han colocado una mesa circular de caoba, nada pesada, con cuatro sillas restauradas. Es perfecto para cenar. El jardín está iluminado, eso

también ha cambiado. Lindbergh ha construido una pequeña piscina y ha hecho poner tarima de teca a un par de zonas del jardín romántico.

Por lo demás, parece haber mantenido los hibiscus, los jazmines, el celestino, que probablemente sean centenarios. También veo el laurel y la hierbabuena, los cipreses, las magnolias y las jardineras novecentistas con sus grabados románticos. Solo con echar un vistazo desde lejos, veo que este jardín volverá a oler como yo lo recuerdo este mismo verano.

—Es preciosa, Alex. Me encanta lo que has hecho.

Oímos la puerta; el chucho viene a saludarme a la carrera.

—Mami, mami, vivimos aquí, ¿lo sabías?

Mi hija también viene a la carrera y se me tira encima, es una monada. Y por ahí llega otra, mi chico de miel. ¡Cómo le he echado de menos! Deben de ser las hormonas.

—Heey. ¿Ya sabes que estás castigada?

—Sí, y siento haberme escapado. Estaba confusa.

—Ya lo sé —me dice rodeándome con sus brazos y besándome rápido en los labios.

—¿Qué le parece a la princesa su nuevo palacio?

—Me encanta, y me encanta tener un príncipe azul y otro rosa. ¿Tú cual eres?

—Soy el rosa, por supuesto, y la rana. ¿Has visto la charca? Alex la ha climatizado. Es una especie de *jacuzzi* gigante.

No debería haber dicho eso.

—¿Puedo bañarme, papi, mami? Alex, *please*?

—No veo por qué no. Yo te acompaño mientras Alex le enseña a mamá el resto de la casa.

—¿Me pongo el bañador?

—No hace falta, en braguitas, pero ve a buscar tu albornoz...

Maya sale disparada hacia el piso superior, corriendo por la gran escalinata, subiendo los escalones de dos en dos. El pobre perro hace lo que puede para seguirla, pero es demasiado pequeño todavía.

—Te advierto de que Maya ya sabe que hace días que Pío no aparece. Hemos visto a Pere por la calle y le ha dicho que vio a su gato con una gatita embarazada. Y que luego empezó a venir menos por el jardín.

—¿Se lo ha tragado?

—¿Y por qué no? Aunque he tenido que persuadirla de no hacer carteles. Quería poner uno en cada árbol. Poco a poco la iremos convenciendo de que el gato tiene una nueva familia. El perro ayuda.

—Es perro listo —dice Lindbergh. Nos callamos al ver a Maya bajar en chanclas y bragas. Bruno la coge en brazos y se la carga al hombro.

—Tienes que ver el piso superior.

—No habréis tocado los baños...

—Lo hemos hecho todo con cabeza, y con expertos.

—Si te digo la verdad, nunca he estado en el piso superior.

—Ya tener reforma, pero yo cambiado...

Sigo a Alex escaleras arriba, le cojo de la mano. Rebosa felicidad, y está empezando a tener efecto en mí. Siento una alegría expansiva que me hincha los pulmones demasiado.

En el segundo piso hay un pequeño *hall* con mosaico y un diván moderno en color cúrcuma, combinado con un espejo antiguo y una lámpara veneciana turquesa y amarilla que es sencillamente espectacular. Alex me tapa los ojos frente a los portalones de madera que llevan a

la habitación para que la sorpresa sea aún mayor. Pero antes de entrar se detiene un momento a examinarme la cara, a la luz de la reliquia veneciana.

—*You've got freckles. Never noticed them before. (Tienes pecas, nunca me había fijado).*

—¿Tengo pecas? Entonces creo que sí estoy embarazada, con Maya me salieron muchas pecas...

—*Johanna, when are we going to know? I'm craving to know... (Johanna, ¿cuándo vamos a saberlo? Me muero por saberlo).*

—*Tonight, I promise, the three of us... (Esta noche, lo prometo, nosotros tres...).*

Llevo el test en el bolso desde hace días. Después de cenar, cuando Maya esté en la cama, me haré la prueba. Lindbergh me vuelve a tapar los ojos y abre la puerta de la *suite* principal. ¡No me lo puedo creer! Si eso es una cama, espero que Lindbergh tenga una brigada de camareras, porque yo no pienso hacerla cada mañana. Es inmensa, debe de tener sábanas especiales. Le miro incrédula, y no tengo más remedio que bromear...

—¡Pobre Gulliver! Le habéis robado la cama.

—*Sí. But you have seen nothing yet. Watch out! (Sí, pero no has visto nada aún. ¡Cuidado!)* —dice accionando un botón. Y, ¡hostia!, la cama se mueve, se parte en dos, deslizándose en dos mitades iguales que se van separando poco a poco en direcciones opuestas, dejando el edredón en el suelo. Me tapo la boca en un gesto de asombro total. Alex se muere de la risa al verme alucinar.

Las dos mitades se detienen. El resultado son dos camas de matrimonio en una estancia de ochenta metros, con ventanales y un edredón en el suelo. Es fascinante, pero no entiendo nada. Alex capta la incomodidad de mi estupefacción y me da unos golpecitos en la mano.

—*Wait, baby, it makes sense, I swear. (Espera, cariño, tiene sentido, te lo juro...)* —dice acercándose al edredón y tirándolo sobre una de las camas. Luego se dirige a la pared: entre los ventanales hay unos paneles de madera que van de suelo a techo, doblados unos sobre otros. Tira de ellos, y se deslizan fácilmente sobre unos rieles separando la estancia en dos. ¡Uaala! Es increíble. Ahora hay dos habitaciones y dos camas de matrimonio.

—*Brilliant, isn't it? (¿No es genial?).*

—Mecanismos, rieles y poleas. Esto debe de ser cosa de Bruno da Vinci. ¿Te has dejado engatusar, ¿eh?

—*I'm afraid so. But I must say that I love it. (Me temo que sí. Pero debo decir que me encanta).*

Así que ahora tenemos una habitación inmensa con una cama gigante que se convierte en dos discretas habitaciones ante posibles visitas incómodas. ¿Y qué hacemos con Maya?

—Necesita saber. *The sooner the better. (Cuanto antes, mejor)* —sentencia. No está para medias tintas, no hay posibilidad de matices. «*Res de collonades*», como diría mi suegro. Cuando la realidad supera la ficción, a uno se le queda cara de idiota. No es que quiera abstraerme del problema, dejaremos al telepredicador ocuparse de eso. No sé por qué, me da que mi hija tiene más claras las ideas que nosotros.

Alex me enseña la habitación de Maya, diseñada con muebles funcionales, de Oeuf Nyc, en tonos crudos. Una de las paredes es una gran pizarra, en contraste con un catre antiguo de hierro que le da a conjunto un aire bohemio. La mezcla ha sido sabiamente combinada, tiene un cierto tufo a decorador. También hay una camita para Sándwich. La habitación tiene unas vistas espectaculares sobre el jardín y sobre Pedralbes. Es mucho más de lo que cualquier niña pueda necesitar. También tiene una pequeña terraza propia y un cuarto de baño ultramoderno, con bañera, de dimensiones considerables.

Junto a la habitación de Maya hay un despacho. No tiene encanto porque aún no ha sido utilizado, no tiene alma.

—Si viene un bebé *we might need this room... The studio can go downstairs. (podríamos necesitar esta habitación... El estudio puede ir abajo).*

No veo por qué no, es un espacio perfecto.

—¿Lista para *bathroom*?

—¡Lista!

Volvemos a la habitación de las camas móviles y, cuando entro en el baño, se me congela el alma...

Es de ensueño; debe de tener unos cuarenta metros cuadrados. El suelo de baldosa hidráulica es de color tostado y tiene un motivo de flor de lis en azul; no sé por qué me da que no es el original, parece uno restaurado que hubiera elegido yo, y veo la mano de Bruno en ello. También hay dos bañeras gemelas, de esas antiguas con patas, en medio de la estancia, frente al gran ventanal.

La grifería es *vintage*; los tubos del agua salen del suelo y se elevan hacia los grifos de la bañera. Los espejos son venecianos, grabados, pero muy ligeros.

Frente a los lavamanos de mármol negro y madera restaurada, hay suelo de parqué formando una cenefa de madera alrededor de todo el baño. En una esquina junto al ventanal hay una ducha de proporciones babilónicas, como la que Lindbergh tiene en su *penthouse* del paseo de Gracia. Es de corte moderno, con alcachofas enormes que simulan lluvia y un gran cristal que las separa del resto del cuarto de baño. El conjunto es impactante, y entonces lo veo: un pequeño tocador *art déco* con una butaca. Miro a Lindbergh.

—*It belonged to Coco Chanel and after to Audrey Hepburn, ahora ser tuyo. (Perteneció a Coco Chanel y después a Audrey Hepburn).*

—No puede ser. ¿De dónde lo has sacado?

—*It's from Christie's. (Es de Christie's).*

—Te habrá costado una fortuna.

—Solo dinero, *and I have plenty. (y tengo mucho).*

—Ya veo.

—¿No gusta? —me pregunta con el ceño fruncido. Es una pregunta extraña: ¿sería posible que a alguien no le gustara una pieza tan exquisita? Me acerco a él y le abrazo. Obtengo un beso húmedo y elaborado, un buen premio que me recuerda lo enamorada que estoy de este hombre, hasta el tuétano.

—*You must see the yoga room! (¡Tienes que ver la habitación de yoga!).*

—¿Tenemos de eso? Oye, un momento, ¿y el tercer piso?

—*It is for the staff, te enseño mañana. (Es para el personal).*

—¿Tenemos mucho personal?

—En casa sólo *housekeeper*, Gladys. ¿Te gusta?

—Sí, Gladys me gusta mucho y se entiende muy bien con Bruno y creo que con Maya también.

—Bruno no quiere cocinero —me dice encogiéndose de hombros. Supongo que habrá intentado convencerle, no hay nada que hacer. Volvemos al salón y salimos al jardín, donde Bruno está ya dándole ultimátums a Maya para que salga del agua.

Nosotros dos aprovechamos para ir a ver la sala de yoga, que está al otro lado del jardín, encima del garaje. Hay dos construcciones flanqueando la glorieta, una de ellas se ha dedicado solo a estudio de yoga. Es bastante grande, recuerda a uno de ballet. Tiene un buen ventanal sobre

la avenida Foix, una pared de espejo, espalderas y una sauna de vapor en un rincón, junto a un pequeño altar con fotografías de un gurú. También hay un equipazo de música Bang and Olufsen.

Y, por si fuera poco, Alex ha instalado varias hamacas para hacer yoga aéreo, D-gravity yoga le llaman. Yo lo he probado y es divertido; lo mejor, la relajación final envuelta en la hamaca como si fueras una crisálida, suspendida.

—Mí quiere te pedir hacer yoga aquí de momento. Yo contratar profesor de Yoga One, si tú quieres.

—¿Por qué?

—Mí no tiene recursos, *I can't guarantee everyone's safety at the moment. You know, Mercè, Gina and now Dani. (En estos momentos, no puedo garantizar la seguridad de todos. Ya sabes, Mercè, Gina y ahora Dani).*

—¿Cómo Dani?

—Dani está en Barcelona, en tu casa. Bruno te cuenta, mí no sabe mucho.

Salimos de nuevo al jardín. Bruno y Maya ya no están en la piscina.

—¿Qué hay en esa edificación? Antes estaba el despacho del dueño...

—*Access to the bunker (Acceso al búnker)*, pero mí quiere dejar eso para mañana, *if you don't mind. (si no te importa)*. —Me mira pidiendo comprensión, o quizás compasión; parece cansado. ¿Tenemos un búnker? Por suerte, siempre puedo preguntarle a Bruno.

—Oye, ¿y los tipos que iban con Adrian? ¿Esos van a estar por aquí? Dan mal rollo.

—No mucho por aquí, pero protegen.

—¿Y no podrías buscarlos más tipo Adrian? Menos Rambo. Dan un poco de miedo...

—*I could hire the Bolshoi ballet dancers, baby, but it wouldn't be effective. (Podría contratar a los bailarines del ballet del Bolshoi, cariño, pero no sería efectivo).*

—No seas borde.

—Perdona. Estoy cansado.

—Ya lo veo —le digo acariciándole la cara.

—*And my mind is constantly in that baby. (Y mi mente está constantemente en ese bebé).*

—No le des muchas vueltas: estoy casi segura, puedo sentirlo.

—*Oh, God! Come here. (¡Oh, Dios! Ven aquí)* —dice, emocionado, y tira de mi abrazándome fuertemente, besándome. Nunca pensé que Lindbergh deseara tanto un hijo, es abrumador.

—Vamos dentro, tú enfriando.

Me lleva hacia el interior, rodeándome con el brazo. Tengo la sensación de que se va a poner sobreprotector, lo intuyo: es primerizo.

—Antes de que entremos me gustaría aclarar una cosa.

—*What is it? (¿Qué es?).*

—Estaré encantada de tener un bebé tuyo, eh... vuestro..., quiero decir nuestro, de los tres. Pero quiero que me prometas una cosa.

—¿Qué cosa?

—No quiero pruebas de paternidad. No quiero saber quién es el padre: para mí lo sois los dos. ¿Entendido?

—*Are you sure? (¿Estás segura?).*

—Estoy completamente segura. Y preferiría que no lo sepamos nunca. ¿Crees que podrás vivir con ello?

—Mí puede intentar...

—No me sirve. Necesito un compromiso.

—*Let's do the test first... (Hagamos el test primero...)*.

—Señor Alexander Lindbergh, si por un momento ha creído usted que esto es una negociación, permítame que le diga que está usted terriblemente equivocado. No tienes opciones, Alex. Y es todo lo que voy a pedirte. Bueno, no, también quiero pedirte que te relajes desde el principio. Estar embarazada no es estar enferma. Ahora que ya tenemos la clave de la caja quiero volar cuanto antes a Zúrich e intentar resolver este asunto.

—Mañana hay *meeting* en búnker. Adrian preparado *briefing* con *copy* en español para nosotros.

—¿Ya sabemos quién es esa gente?

—Es Müller.

—¿Müller?

—Sí, mí cree que protege a su hijo. Tenemos seguimiento de uno. *One of the trespassers. (Uno de los intrusos)*.

—¿Tenemos a uno? ¿Y quién es?

—*Nobody relevant. Just a very young guy. (Nadie relevante. Solo un chico joven)*.

—Estás preocupado.

Asiente con la cabeza.

—Por favor, Alex, no me excluyas de todo esto. Aunque esté embarazada. Te repito que no estoy enferma, es solo un embarazo. No voy a dejar que me dejes fuera. Se lo debo a Pablo y a Jurgen.

—*I must say that it was my intention (Debo decir que esa era mi intención)*, pero Müller ha invitado a nosotros a su casa *next to Davos during the forum (cerca de Davos durante el fórum)*. Muy interesado en te conocer. Creo nosotros aceptar.

—¿Cree que vamos a vender?

Alex asiente. Bruno saca la cabeza por la puerta del jardín y nos grita:

—¡No pienso hacerlo todo yo solo, ya estáis colaborando! Lindbergh, ¿dónde hay manteles en esta casa?

Alex se encoge de hombros. Saca su teléfono y teclea algo mientras camina hacia el interior. Enseguida obtiene respuesta.

—Segundo cajón, cómoda comedor. Pongan el gris o crudo, son redondos —dice leyendo un mensaje de *whatsapp*, probablemente de Gladys. Suerte que está ella por aquí...

—Vale. ¿Y las copas de champán?

—Eso sí sé —dice dirigiéndose a un mueble bar de raíces en el que no había reparado. Maya, que ya va en pijama, se le acerca para ayudar. Bruno está jugueteando, dice.

—Cógelas de teta, por favor.

—Papá, ¿de teta?

—Se llaman así por su forma. Se cree que María Antonieta, una apasionada del champán, se hizo modelar unas copas con la forma de sus pechos para regalárselas a Luis XVI.

—Marranita ella, ¿no?

—Un poco loquita...

Pongo el mantel que nos ha indicado Gladys, con sus respectivas servilletas a juego. Hace tiempo que nosotros no usamos las de tela, a no ser que sea una ocasión especial. Si no tengo que ocuparme yo de que estén limpias y planchadas, por mí encantada.

Sin embargo, Bruno no parece estar para mucha ceremonia; ha presentado los *makis* y los *niguiris* en la mesa directamente en la bandeja de plástico del restaurante. Abro armarios en la

cocina hasta encontrar una vajilla muy zen, negra y minimalista, con sus cuenquitos para la soja; también tiene palillos chinos, pintados con motivos de serpientes, cada juego es de un color.

Alex se ha encargado del hielo para la cubitera y de rellenar de agua una gran jarra de cristal labrada. Parece que poco a poco se va integrando en la colaboración necesaria para vivir en familia. Está acostumbrado a estar trabajando o leyendo hasta el mismo momento en que le sirvan la cena. Ahora eso se ha acabado: necesita estar más conectado a nosotros para que todo esto funcione. No es que vayamos a ponerle a cortar el césped, o a hacer la colada, pero un papá que se precie tiene un montón de obligaciones, no puede funcionar aislado de las necesidades de la familia. Hay cosas que simplemente no se pueden delegar o contratar, se han de vivir.

Nos sentamos a la mesa y Bruno trae sus fideos en un bol de porcelana con tapa. Parece un poco incómodo al no tener sus enseres.

—Tengo que aprovisionar esta cocina. Es todo tan nuevo que creo que me voy a traer cosas más, y, bueno, necesito especies y harinas...

—*Make a list. Alberto, my p. a., can do some shopping for you. (Haz una lista. Alberto, mi asistente personal, puede ir a hacer unas compras para ti).*

—No, eso no lo puedo delegar, pero me puede ayudar a trasladar.

—Claro. Mí digo que te llame.

—Papá, ¿vamos a vivir aquí, siempre?

—Bueno, siempre no sé, pero de momento sí.

—¿Me puedes hacer un palillo especial? —dice Maya, dándole a su padre una goma de pelo que lleva en la muñeca y sus palillos. Bruno ata la goma alrededor del final de estos, consiguiendo que queden juntos en forma de pinza. Es un pequeño truco que facilita a los niños la tarea de comer japonés.

—Mí tiene que enseñar a todos *laundry room*, horarios recogida ropa sucia, días que lavar color y blanco. Todo organizado con Gladys.

Miro a Bruno con una mueca y nos partimos de risa. Cómo se nota que Lindbergh no tiene hijos.

—*What?* Reís de mí.

—No, Alex, pero ya iremos viendo hasta qué punto somos domesticables.

—Domestico familia salvaje.

—Si puedes... —dice Bruno, levantando su copa para brindar. Entrechocamos copas, vaso en caso de Maya.

—Por nuestra nueva casa. Hay que convertirla en un hogar cuanto antes.

—Deberíamos hacer una inauguración, invitar algunos íntimos.

—*We need facts first. (Primero necesitamos certezas).*

—*¿Facts?* No entiendo —dice Bruno.

—Supongo que se refiere a eso que queríamos saber esta noche, ya sabes.

—¿El test?

—Sí.

—¿Y esa certeza? Si es positiva, ¿en qué cambia las cosas? Me refiero a qué tiene que ver con una inauguración —digo, intentando hablar en clave delante de Maya, aunque en realidad no hace ninguna falta, porque está mucho más pendiente del perro que de nosotros.

—*We need a cover, a justification. We are living all three together now. (Necesitamos una tapadera, una justificación. Ahora estamos viviendo los tres juntos).*

—*Five. Me and Sandwich...* (Cinco. Sandwich y yo...) —dice Maya, que parece más atenta de lo que nos pensábamos, y con eso damos por finalizada la conversación de adultos.

—*Of course, we are five. (Por supuesto, somos cinco). ¿Te gustar tu nueva habitación?*

—Es perfecta. ¿Puedo invitar a alguien de la clase?—Ahhhh, eso no lo habías pensado, ¿eh? Es Bruno el que se encarga del asunto.

—Claro que puedes, pero no de momento. Déjanos organizarnos un poquito primero.

—Papi, porfa, van a flipar con la piscina. Seré la reina...

—Bueno, bueno, ya planearemos algo, quizás cuando haga menos frío. Acábate los fideos, se te está haciendo tarde.

—Sí, Maya, es muy tarde.

—¿Puedo leer un rato?

—Solo si acabas de cenar enseguida, y solo media hora.

Y como suele hacer siempre mi hija, que es más bien lenta comiendo, cuando le conviene estar en otro sitio apura el plato cogiendo grandes cantidades de una vez, y se acaba la cena.

—Muy bien, pero tienes que sacar al perro a hacer un pipí.

—¿En el jardín?

—*No, Sandwich has to get used to do it in the street. Gladys will take her out several times a day but in the evening you will take care of that. Is your dog, your responsibility. (No, Sándwich tiene que acostumbrarse a hacerlo en la calle. Gladys la sacará varias veces al día, pero al anochecer tú te encargas. Es tu perro, tu responsabilidad)* —dice Lindbergh, muy serio en plan paternal. Ohhh, me lo comería a besos. Bruno le da la razón asintiendo, también serio, pero disimulando una sonrisa.

—Vale, pesadito —le dice Maya, exactamente igual que me diría a mí o a su padre, y eso le toca la fibra a Alex y le hace sonreír y negar con la cabeza.

—No hace falta que salgas de la calle Duquesa de Orleans. Sandy ya tiene todo el jardín para correr, solo buscamos que se acostumbre a hacer las cosas fuera.

—Sí, papi, ahora salimos y se lo explico.

—*Good*, ¿puedes tú explicar a Sandy también no morder nuevo sofá?

—Alex, solo tiene cuatro meses; vayamos poco a poco —dice con su encantadora lógica infantil. Parece que tiene la nueva casa totalmente controlada. Se ha dirigido a la entrada y ha cogido una correa y las llaves de un armario que yo no sabía ni que existía, ha cogido su abrigo y ha salido por la puerta. Mientras, Lindbergh ha enviado un mensaje desde su móvil y ha obtenido una respuesta enseguida. Le miro cuestionando sus modales en la cena.

—*Just told the guys to keep an eye on Maya. (Solo les he dicho a los chicos que no pierdan de vista a Maya).*

—Siempre me olvido de que tenemos guardaespaldas.

—Ese es mi trabajo, si tú olvidas es bien hecho.

La casa está concebida al revés: siempre se usa como puerta principal la trasera, cuando en realidad deberíamos entrar por el jardín frontal y subir las cuatro escaleras hasta el salón. He de reconocer que sería mucho menos práctico a excepción de si llegas en coche, que entonces sí entras por la parte frontal.

Bruno pregunta:

—Alex, ¿me necesitas aquí para lo de los árboles?

—No, no necesario.

—¿Qué árboles?

—Cerezo japonés

—*And almond tree. (Y almendro).*

—Ya veo, mis favoritos.

—*They'll be in bloom next month. Sakura flowers... (Florecerán el mes que viene. Flores Sakura).*

—Sois muy complacientes. Me siento como María Antonieta: el tocador, mis árboles favoritos...

—Nos falta el magnolio: no he encontrado esa variedad que florece antes de que salgan las hojas, y tiene solo las flores mientras el resto del árbol está peladito.

—Se llama *Magnolia liliflora nigra*. Es raro que no la encontréis.

—Mí quiere grande, grande. Todo visto era pequeño.

—Es que, Alex, no son tan grandes como los magnolios sureños, que pueden llegar a medir treinta metros.

—¿Por qué tú gustan solo árboles que florecen en febrero?

—Eso es como preguntar por qué te gusta el surf o por qué te gusto yo —digo coqueteando—. Además, para tu información, también me encanta el sauce llorón, y uno que aún no sé cómo se llama que se puede encontrar por toda Barcelona y da unas flores lilas. Hay más, si quieres te hago una lista, pero me parece que este jardín no es tan grande.

—*No, but in Hawaii I have more space than you can imagine. (No, pero en Hawái tengo más espacio del que puedas imaginar).*

—¿Me estás vacilando?

Normalmente no presume

—Sí, mí vacilo. Mí quiere te impresionar... *Can't take my eyes off you. (No puedo dejar de mirarte)* —me dice estirando el cuerpo hacia mí, acercándose peligrosamente, justo cuando entra Maya por la puerta con el chucho. Me levanto para recoger la mesa; el *sushi* apenas lo he probado, pero los *noodles* calentitos me han sentado de maravilla. Bruno y Alex también se levantan.

—No tengo postres, pero, si queréis, hay algo de chocolate y yogures. Puedo improvisar una *crêpe*, ¿os apetece?

—Quizás después. Vamos a acostar a Maya.

—Sube tú primero, ponemos esto en el lavavajillas.

Subo con Maya y Sándwich al piso de arriba; me encanta su nueva habitación, aunque le falta un poco de vida: hay que poner sus dibujos de gatos, sus fotos...

—¿No te has traído dibujos y cosas de tu cuarto?

—Papi dice que aproveche para hacer balance. Cree que tengo demasiadas cosas.

¿Tienen que hacer balance los niños con nueve años?

—Supongo que se refiere a que creces y hay cosas que son de más pequeña y puedes darlas a otras personas como solemos hacer antes de Navidad.

—Pues eso le he dicho, que ya he hecho balance antes de Navidad.

—Ve a lavarte los dientes, te espero aquí.

Maya entra primero en su nuevo vestidor, deja sus zapatos y coge unas zapatillas.

—Si tienes un zapatero espectacular, ¿por qué dejas los zapatos en el suelo del vestidor?

—Porque me tengo que acostumbrar...

—Tienes que poner un poquito de tu parte y ser más ordenada.

—Vale, pesadita.

—Dientes.

—Voy.

Cuando la tengo en la cama, con el libro en la mano, llegan «sus padres».

—Maya, si te agobias como ayer, te vienes, pero deberías poder dormir en tu cama.

—Es que ayer me desperté y no sabía dónde estaba...

—*Sleep tight! (¡Que duermas bien!)* —dice Alex, dándole un beso en la frente y saliendo de la habitación, supongo que para darnos intimidad a Bruno y a mí.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Mami, ¿crees que Pío va a volver?

—Creo que si tiene una nueva familia es posible que no.

—¿Ni de visita?

—Yo no lo sé Maya.

—¿Y si le han atropellado o algo así?

—No creo, peque, no he visto gato más listo, está más que acostumbrado a callejear —dice su padre, poniendo al perro en su cesto.

—Déjame una lucecilla.

—¿Prefieres la del baño o la lámpara?

—La lámpara, porque tengo permiso para leer un rato —dice bostezando.

—Te caes de sueño, ya leerás mañana.

—Vaaale.

—No dejes que el perro suba a la cama.

—¿Y si estoy dormida?

—No dejes que el perro suba a la cama.

—Vaaale.

Encontramos a Alex apoyado en la pared, junto a la puerta de la habitación, esperando. Está serio, como preocupado. Nos señala la habitación de las camas que transitan, es decir, la nuestra, para que le sigamos. Cuando entramos, la cierra.

—*Can we do the fucking test now? Please, this whole thing is getting on my nerves. (¿Podemos hacer el maldito test ya? Por favor. Todo esto me está poniendo de los nervios).*

—Eeehh, claro. Voy a por el bolso.

Y eso hago, bajar las escaleras al trote e ir a la entrada a por el bolso. Y volver a subir, otra vez al trote. Yo también tendré que acostumbrarme a las distancias en esta casa, seguro que se nos agudiza la memoria para no estar así todo el día, arriba y abajo.

Cuando vuelvo a la habitación los encuentro sentados, uno al lado del otro, a los pies de la cama, esperando. Creo que he estirado este asunto un poco más de la cuenta.

—Lo siento, no tengo pipí —digo, haciendo una mueca para aligerar el ambiente, pero no les hace gracia. Así que entro en mi nuevo baño de cuento de hadas, y como sigo con síndrome de clase turista, me parece totalmente obsceno. Por suerte sí tengo pipí: he bebido bastante, varios vasos grandes de agua, la soja me da mucha sed.

La operación del test no puede ser más sencilla. La primera vez que lo hice me mojé toda la mano, por lo que el recuerdo me hace ir con algo más de precaución esta vez. Cuando termino dejo el test sobre el lavamanos y me reúno con ellos. Les hago un gesto indicándoles que se separen un poco, para poderme sentar entre ellos.

—Contadme algo.

—Si es niño quiero que se llame Neo o Solo.

—¿En serio? Neo como *Matrix*, ¿todavía estás con eso? Ha pasado casi una década. No me hagas como la última vez.

—¿Qué hacer Bruno la última vez?
—Se puso muy pesado y estuvo meses con el «Quiero Maya como la abeja o Neo como Matrix»...
—Mí quiere Charles Augustus, como mi padre.
Ay, joder, Augustus. Esto se pone feo.
—¿Y si es una niña?
—*Could be Charlotte or Kalani. (Podría ser Charlotte o Kalani).*
Bueno, al menos no es Augusta...
—«Solo» es un nombre genial.
—Bruno, «Solo» *for* a niño con tres padres es chiste...
—No veo por qué.
—Johanna es nombre bonito.
—No, esa es una tradición que no me gusta mucho. ¿Qué tal Clementina?
—Mí gusta.
—Ya es la hora —dice Bruno, y nos levantamos los tres para ir al lavabo a ver el resultado. Lindbergh se vuelve a sentar.
—*You go, Bruno. I can barely take a step. (Ve tú, Bruno. Yo apenas puedo dar un paso).*
—Tranquilo, tío, siempre podemos tener otro —dice Bruno yendo hacia el baño.
¿Otro? ¿Otro qué? Me siento de nuevo junto a Alex. Cuando Bruno sale con el test en la mano nos levantamos los dos, como accionados por un muelle.
—Felicidades, vas a ser papá —dice Bruno abrazándose a Lindbergh, que se ha emocionado y tiene lágrimas en los ojos.
—Ven aquí, mamucha —me dice, tirando de mí y llevándome al centro del abrazo. Esta vez soy yo quien sorbe las lágrimas de Alex, que ha aflojado toda la tensión. Nunca le había visto así, parece que se le escapa toda la soledad acumulada. Le acaricio la cara, mirándole a los ojos.
—Heey, ¿qué hay del Lindbergh resolutivo y eficiente? El «*Lindbergh Master*».
—*I'm fucking scared to death. (Estoy muerto de miedo).*
—Pues normalmente tienes una confianza extrema.
—No en esto. Mí no tenido padre. *You don't understand. (Tú no lo entiendes).*
—Claro que lo entiendo.
—Vamos, Alex, estoy yo, soy el superpapi; en este barrio soy leyenda.
—Eso también preocupa. Mí pensar en vender Cooper, tener más tiempo, ahora familia más importante.
—Tío, te encanta Cooper, no seas drástico. Tómate tu tiempo; de momento tienes unos cuantos meses por delante, disfrútalo.
—Claro, *relaax, enjoy... (Relájate, disfruta...)* —digo abrazándole y obteniendo un beso apasionado que culmina en un mordisco en el labio inferior. ¡AAAY! Mañana tendrá forma de salchicha.
—Que alguien me lo aclare: ¿Maya durmió aquí anoche? ¿Vosotros estabais juntos?
—Sí, dejamos el tabique descornado y dormimos en dos camas. Maya apareció porque tenía miedo, durmió conmigo.
—Tenemos que hablar con ella.
—Creo que ha entendido mucho más de lo que piensas.
—Estoy segura, pero, aun así...
—Mira, Johanna, estoy de acuerdo con Alex de que cuanto antes lo hagamos, mejor, pero

primero hemos de aclarar cosas entre nosotros.

—*Yeah, legal matters. (Eso, cuestiones legales).*

—Sí, supongo que hay que pensar en todo.

Me vuelvo a sentar, un poco agobiada; como siempre, la realidad acaba imponiéndose tras la alegría inicial. ¿Cómo vamos a hacer esto? Se sientan de nuevo, me hacen arrumacos, se dan cuenta de que esto no es nada fácil para mí. Tengo la nariz de Lindbergh recorriendo mi cuello, de la clavícula a la oreja, y vuelta hacia abajo. A Bruno le tengo apoyado sobre mi espalda, su cara pegada a mi torso, como si escuchara mi corazón, como si me hubiera echado mucho de menos.

—*We need to get married. (Tenemos que casarnos).*

—No voy a casarme contigo, Alex.

Bruno me está quitando las mallas y las bragas de una vez.

—No contigo, tontita, conmigo —dice. Alex ya tiene sus manos entre mis muslos, lo que hace que me cueste atender a lo que intentan decirme.

—Vosotros dos. Ya, muy gracioso.

—*No joke (No es una broma)* —dice Lindbergh quitándome el jersey y la camiseta de una vez; sujetadores he dejado de llevar, ahora ya sabemos por qué. Yo estoy desnuda, ellos no. Gateo hacia el medio de la cama, alejándome de los dos, y me quedo sentada con las piernas cerradas, abrazándome las rodillas.

—¿De qué va esto?

—Lo siento, chica: tú nunca me has pedido que me case contigo, y, mira, Lindbergh se te ha adelantado —bromea Bruno, desnudándose y subiéndose a la cama conmigo. Cuando se ha quitado los pantalones no llevaba calzoncillos, tan solo su fusil bien cargado. Alex le imita, quitándose el pijama de seda, tirándolo al suelo y subiéndose a la cama de pie, regalándome un primer plano de su formidable rifle, de factura americana. Así no hay quien se concentre.

—No tiene gracia.

—Sí la tiene, pero es por una buena causa. ¿Te importa que te dé los detalles más tarde?

—*We've got work to do now, baby... (Tenemos un trabajo pendiente, ahora, cariño...)* —dice Lindbergh, con su voz más sexy, estirándose junto a mí. La pantera negra me clava los ojos.

—¿Sabes cuánto mí te quiere?

—Sí, E. T., mí te quiere también, pero cuéntame...

—*You tell her, Bruno (Cuéntaselo tú, Bruno)* —dice acariciándome las nalgas. Bruno me hace estirarme y coloca su cabeza en la almohada, quedándonos frente a frente.

—No sé si esto te va a gustar, pero es la mejor opción que hemos encontrado. Como tú has dicho, los dos somos padres de este niño. Legalmente, si nos casamos, lo seremos.

—¿Y yo?

—Esa es la cuestión; mira, estos cinco días lo hemos consultado y le hemos estado dando muchas vueltas. Cuando una pareja homosexual alquila un vientre, los padres son solo ellos dos porque la mujer, que es la madre biológica, renuncia a todos sus derechos.

—Tú no renunciar.

Si siguen acariciándome el cuerpo así, al unísono, no me voy a enterar de nada. Me incorporo apoyándome en la almohada.

—Parad de sobarme, esto es importante.

—Registraremos al bebé con Alex como padre natural, tú como madre, por supuesto; yo lo adoptaré como marido de Lindbergh y él adoptará a Maya. Nuestros hijos tendrán dos padres y

una madre, con todos los derechos y garantías, podrán heredar de los tres. Creemos que es lo mejor.

—Y yo, Bruno, ¿qué seré a ojos del mundo? ¿Tu ex que os ayuda a concebir? ¿Una pringada a la que le han quitado el marido?

—¿Y eso qué más da si podemos estar juntos? ¿Qué importa lo que piense la gente? Aunque, francamente, ¿crees que me hace ilusión salir del armario?

—A mí no importa: mucha gente piensa yo gay porque no tener novia.

—Sí, Alex, pero yo tengo fans...

—Pues ahora tú tener más fans hombres.

—Hay una parte de la familia que ya lo sabe todo y no se lo tragará. Mi madre, por ejemplo.

—Lo que cuenta es la parte legal. Nadie va a cuestionar que Alex y yo somos gays; si nos casamos, nuestros hijos serán de los tres. Los íntimos lo tienen que saber. Igual que Maya: si no, tendríamos que escondernos, y eso no sería vida.

—*And your mom? (¿Y tu madre?)*.

—Mi madre no lo entendería, y lo pasaría mal.

—¿Entenderá que te has vuelto gay?

—Le costará aceptarlo, pero no entenderlo, es muy diferente. Repito: la cuestión importante es que a ojos del mundo Alex y yo seremos un matrimonio; a quien invitemos a nuestra cama es solo asunto nuestro.

—¿Y a quién vais a invitar?

—A ti, tontita, mira que eres boba.

—*And bonita* —dice Lindbergh tirando de mí hacia abajo y volviéndome a dejar estirada, entre los dos. Se acabó el debate.

—Muy bonita —dice Bruno, y me gira, reclamando mi trasero, dejándome medio recostada frente a Alex. Noto su miembro entre los muslos, y el de Alex a la altura del ombligo.

—*I wanna truly thank you, Johanna. (Realmente quiero agradecértelo, Johanna)*. Tú me hacer muy feliz —me dice mirándome a los ojos, mientras Bruno recorre mi espalda con su lengua.

—Me ha sorprendido; no sabía que quisieras tener hijos.

—Mí no saber, *but* hijo tuyo sí, *only yours. (solo tuyo)*.

—Eso se lo dirás a todas.

—*Please, don't joke tonight, baby. I love you so it hurts. (Por favor, no bromees esta noche, cariño. Te quiero tanto que me duele)*.

—Sé buena con Lindbergh, Jou, lo tenemos muy sensible. Es primerizo.

—*Fuck off (Que te den)* —dice Alex, dándole un manotazo en broma a Bruno en la cabeza, justo cuando tenía su lengua en mis nalgas.

Muy excitado, Bruno coge mi cadera y desliza su pene entre mis muslos, frotándolo contra mi vulva. Aprieto las piernas para derivar la fricción al punto justo. Ohhh, hace muchos días que no estamos juntos. Para no quedarse atrás, Alex me devora la boca con avidez, dejándome prácticamente sin aliento.

—Yo primero —dice Bruno penetrándome de una estocada certera que me empuja contra Alex, estableciendo la pauta de cómo va ir la cosa. Bruno me folla tomándome por detrás, mientras Alex me come la boca y los pechos, y de vez en cuando pone sus dedos sobre mi botón, apretando mi monte de Venus con la palma de la mano, haciendo la penetración de Bruno más intensa.

Hay algo indescriptible en ser besada por un hombre y penetrada por otro a la vez. Cierro los ojos, perdida en un mar de sensaciones. La boca de Alex me reclama y no me da tregua. Bruno

está desatado, no puedo seguir el ritmo, creo que está a punto.

—*Stop* —dice Alex.

—¿*Stop* qué? —contesta Bruno.

—Mi turno —dice tirando de mí y girándome en sentido contrario. Ahora estoy de espaldas a Alex y de cara a Bruno. Sin mediar palabra, Alex me penetra, pero Bruno está demasiado excitado para parar, y se sienta sobre sus talones ofreciéndome su verga para que me la meta en la boca.

—Solo la punta, peque, por favor —me pide, deshecho. Y Alex me ayuda a incorporarme, sin dejar de penetrarme una y otra vez, imprimiendo un ritmo monótono, demoledor, tan eficaz que, cuando Bruno se corre sobre la almohada, estoy segura de que yo soy la siguiente. Pero entonces Alex baja el ritmo, dando tiempo a Bruno para recuperarse y estirarse de nuevo junto a mí. Ahora es Bruno el que me regala un elaborado beso, comiéndome la cara y los párpados, con suma ternura, con agradecimiento, mientras Lindbergh vuelve a la carga imprimiendo su ritmo devastador.

Debo de haber sido muy buena en otra vida, debo de tener el karma por las nubes. Tanto amor, tanta felicidad condensada... Puedo sentir que mi corazón va a estallar en mil pedazos, me siento desbordar. Y entonces Bruno se percata de que estoy llegando y pone su mano sobre mi vagina, masturbándome, y por extensión a Alex, a propósito, llevándonos a ambos al abismo. El alarido de placer de Lindbergh en mi oído me desarma, y hace que me derrame. Ahhh, ahh. Bruno absorbe y ahoga mi orgasmo con su beso, profundo, que me deja extenuada, hundida en el colchón.

Alex tira de la colcha tapándonos a los tres, y nos dormimos acurrucados, nuestros cuerpos conmovidos, acoplados, satisfechos.

Horas después noto caricias sobre el cuerpo desnudo; intento ignorarlas, pero quien sea que quiere despertarme persiste. Es Bruno. Me hace señas para que le siga. Lindbergh duerme plácidamente junto a mí. Me pide que salga de la cama y me acerca el batín de Alex. Él se pone su pantalón. Le sigo echando de menos tener al menos unos calcetines. Vamos descalza escaleras abajo.

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Quieres chocolate?

—¿Para eso me despiertas? ¿Para merendar a medianoche?

—No. Necesito estar un rato contigo a solas. ¿Quieres chocolate o no? —me dice cogiéndome de la mano y llevándome hacia la cocina. De una bolsa con autocierre saca unas galletas caseras —. Tengo algo de acidez. Voy a abrir una Fanta, ¿quieres?

—Bueno, sí —digo cogiendo una galleta. Comer a medianoche es reconfortante. Bruno prepara una pequeña bandeja y se la lleva al salón. Cuando enciende una lámpara veo un bulto en el pantalón; lleva algo en el bolsillo.

—¿Qué llevas ahí?

—Deja de hacer tantas preguntas y colabora. Aviva un poco el fuego, yo voy a por unas mantitas.

Abro el cristal de la chimenea y pongo un tronco pequeño de los muchos que hay en un cesto, no creo que vayamos a estar mucho rato. Cuando vuelvo al sofá, Bruno ya está instalado cómodamente bajo unas mantas de cachemir con pinta de ser carísimas.

—Ven, cariño, no pican...

—¿Estás bien?

—Sí, solo quiero abrazarte un rato. Vamos a ser papás, quería hablar contigo un poco.

Me estiro junto a él. Y me abre el batín para acariciarme el estómago.

—Bruno, ¿a ti también te hace ilusión?

—Sí. Como a él, no sabía cuánto hasta que ha ocurrido, pero me alegro mucho, de verdad. Solo que no hemos podido hablar a solas. ¿Cómo te sientes?

—Con mucha fuerza desde hace un rato. Desde que es seguro las dudas se han disipado. ¿No es raro?

—Sabes que estoy loco por ti, ¿no?

—Sí. No te preocupes por todo eso del Annabel's, no tiene importancia.

—No es eso. Es que no quiero que lo que yo siento por ti te llegue amortiguado. Quiero decir, me da miedo que quede disipado por Lindbergh. El tío derrocha amor.

—Bruno, cariño, es más bien complicado que pueda llegar a tu cuota, necesitaría dos vidas, pero no se lo digas.

Bruno me coge y me levanta, retirándose parcialmente el batín, y me sube sobre él. Está sentado en el sofá y me tiene sobre sus piernas; noto su bulto bajo mí, dispuesto. Me abrazo a su torso y le lamo la patilla; siempre me ha gustado hacer eso. Él acaricia mis pechos, mi espalda, sin prisa, sus grandes manos me envuelven y calman mi piel. Es tan reconfortante... Cuando éramos más jóvenes nos acariciábamos así durante horas, no había fin.

Le miro a los ojos. Le conozco bien, está preocupado. Le pregunto:

—¿Qué pasa, Bruno? ¿Es que ahora te preocupa la competencia?

—Un poco sí, para qué voy a negarlo. Reconozco que es un tío cojonudo, no sé.

—Bruno, tú has sido siempre mi único resorte. Eres mi vida, lo sabes.

—Sí, pero me viene bien oírlo de vez en cuando.

—Bruno Martí...

—Dime.

—Te querré siempre, lo juro, aunque te cases con un tío.

—Eso va a ser divertido. Montaremos un fiestón que hará época.

—¿No crees que estamos locos?

—No tengo duda alguna. Es solo que cuando he tenido certeza del bebé, he sentido por un momento que lo quiero solo para mí...

—Bruno, este niño es de los dos, no te equivoques, es así, no quiero tonterías.

—Por estadística, seguro que es mío.

—Por estadística, casi seguro que no. Tú y yo llevamos años teniendo relaciones apenas sin precaución, llega Lindbergh y pim, pam, fuego, embarazada. Tus soldaditos ya eran lentos hace diez años, eso no mejora con la edad. Los de Lindbergh deben de ser olímpicos, y, como sabes, yo no soy un vergel de fertilidad.

—Te has propuesto hundirme, ¿eh?

—Ven aquí, pescadito mío —le digo reclamando su boca a la vez que me remuevo frotándome contra él como una adolescente en celo.

—¿Le quieres?

—Bruno, no juegues conmigo. Claro que le quiero, y a ti también: esa es la cuestión precisamente.

—Siento que va a eclipsarme, no sé.

—Él se siente igual. Ya lo has visto, tiene verdadero pavor. Es verdad que Alex se está abriendo, pero es por ti. Solo tú le enseñas el camino.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es diez veces más persona que hace dos meses. Bruno, me parece extraño

que no sepas que Alex es un hombre herido. Está muy perdido, se ha aislado del mundo y se está abriendo gracias a ti. Percibo su miedo y su soledad todos los días. Está aprendiendo a vivir, y lo está haciendo muy bien. Pero tienes que saber que está muy jodido.

—No me extraña: sin padre, sin madre y cuando se casa...

—Sí, eso le hizo una herida que no se cura, porque el no deja que cicatrice. Pero si ambos tenéis dudas, es ahora el mejor momento. Me parece normal, pero tengo que saberlo.

—No, no. Yo le quiero, no soy tan estúpido de haberme metido en esto sin tenerlo claro, es solo que me asusta...

—Estamos todos igual, aunque ya te he dicho que yo me siento con mucha fuerza —digo restregándome contra su entrepierna.

—Ah, sí —dice levantando mis nalgas y restregando su pene entre mis labios, los de abajo. Mmmhhh, esto del sexo es como el deporte: cuanto más practicas, más necesitas. Bruno sigue restregándose contra mí, besándome. Le chupo el labio inferior y doy tironcitos con los dientes. Mmmhhh.

Me incorporo lo justo para sentarme sobre su erección. Ooohhh, ya está dentro. Le cabalgo presionando mis muslos internos uno contra otro, mientras nuestras lenguas bailan una danza propia. Le abrazo todo lo fuerte que puedo, me pego a él para sentir su corazón latir, piel contra piel.

—Chupa esto —me dice, y me acerca la parte pequeña del vibrador de dos cuerpos. Mientras la chupo, dejando un exceso de saliva, Bruno enciende el aparato y lo hace vibrar solo por el estimulador de clítoris, el apéndice que tengo en la boca. Me estoy imaginando lo que tiene en mente...

Efectivamente, primero masajea mi ano con un dedo que moja en mis propios fluidos para lubricar la zona y enseguida me introduce el apéndice más estrecho, apagado. Es pequeño y delgado, no se nota mucho. Vuelvo a cabalgarle, besándole, y Bruno mueve el aparato, buscando el contacto con su pene; esto siempre le excita en sobremanera.

—Aaahh —grita, tirando la cabeza hacia atrás, mientras yo sigo acompañando el ritmo. Mis caderas le embisten, una y otra vez; entonces acciona el botón y siento una vibración en mi interior. Ooohhh, esto es muy raro...

—¿Lo subo?

—Sube, sube —digo, deshecha por el efecto, pero sabiendo que es él el que realmente se va a llevar el premio. La vibración se intensifica y cabalgo desatada, y, efectivamente, Bruno grita de placer. La sensación le embarga tanto que no para de soltar alaridos.

Algo se mueve en la escalera. Ay, joder. Hay alguien sentado. ¡Es Lindbergh! Le hago señas para que se vaya, esperando que Bruno no se entere. Alex se levanta y se me acerca, me clava una mirada enfadada, se gira y desaparece escaleras arriba. Bruno percibe que paro.

—¿Qué pasa?

—Nada, un calambre en el pie, ya ha pasado —miento. Y vuelvo a cabalgarle, aunque ahora ya no estoy concentrada... Sin embargo, Bruno está en el séptimo cielo.

—Johanna, esto me pone muy caliente.

—Córrete cuando quieras, cariño.

Y eso hace, gritando como si tuviera dolor, un dolor que le coge por sorpresa. Yo le abrazo y le beso, mientras me quito el juguete del trasero. Y así nos quedamos un buen rato, abrazados en silencio. Lindbergh me ha estropeado el momento; tengo que hablar con él, no sé cuánto tiempo llevaba ahí, mirando, escuchando. Pero eso será mañana: me caigo de sueño.

De nuevo en la cama, me acurruco entre Alex y Bruno. No sé si Lindbergh está despierto. Busco su mano entre las sábanas y me la coge y me aprieta. Está haciendo ver que duerme, y yo me alegro de que no se haya enfadado. Me pego a él, espalda contra pecho, y noto que me besa la nuca. Bruno no se entera de nada, o, si lo hace, también disimula. Nos dormimos. Un buen rato más tarde oímos a Maya.

—Papi, no puedo dormir, he oído ruidos en la casa.

—Era yo, bebé, vuelve a la cama.

—No, papi, déjame quedarme con vosotros.

—Vale, sube aquí con papá, no los despiertes.

Alex está despierto, y yo también, pero hacemos ver que no. Bruno pone a Maya delante de él y la tapa con la manta. El perro se sube a los pies de la cama, y se acurruca entre Alex y yo. Alex se levanta sin decir nada; solo lleva calzoncillos, y sale de la habitación. Quizás haya decidido que somos demasiados y se ha ido a dormir a otro sitio. Le vuelvo a ver entrar con el cesto del perro. Coge a Sándwich, lo mete en el cesto y lo deja sobre la cama.

—Maya.

—Mhhmmm.

—*I don't want the dog in the bed. (No quiero al perro en la cama).*

—*Ok.*

—*Good night.*

—*Good night.*

Contengo la respiración. ¡Vaya nohecita! Somos cuatro en la cama, cinco con el perro. Hay veces que la situación más delirante es de una cotidianeidad aplastante.

Capítulo 2

The Wolf

BARCELONA. CALLE DUQUESA DE ORLEANS
2 DE ENERO

Cuando he despertado estaba sola junto a Maya. La he enviado a sacar el perro a hacer pipí. Los chicos están en el baño, puedo oír una frenética actividad. Lindbergh ha conectado el baño al vestidor, que es un eufemismo para la sala de armarios de un tamaño parecido al de mi antiguo salón: podemos entrar al baño por la habitación o por el vestidor y a la inversa. Cuando Bruno entra en el cuarto, con un traje chaqueta y corbata de Lindbergh pero con All Stars negras y el pelo engominado recogido en una pequeña coleta, con un *look* de ejecutivo del mundillo del rock, no puedo evitar bromear; está cañón, eso no puedo negarlo, pero me hace mucha gracia.

—Buenos días.

—Disculpe, señor, ¿ha visto usted a mi marido, uno con pinta de leñador?

—Te has quedado muerta, ¿eh? ¿Soy o no soy el tío más sexy al oeste de Sarrià?

—Después de yo —dice Lindbergh, también trajeado, impecable, reluciente, con su inconfundible raya al lado. Francamente, si tuviera que elegir, no podría.

—Empate técnico.

—Johanna, tienes que ir a búnker en una hora. Tienes que pasar *all the security process*. (*todo el procedimiento de seguridad*).

—¿Qué procedimiento?

—*You are entering Cooper. Another dimension* (*Vas a entrar en Cooper. En otra dimensión*) — dice sonriendo. ¿Me ha parecido oír que voy a entrar en otra dimensión?

—Mejor me tomo el café primero.

—No te pongas cualquier trapo, vas a conocer al equipo.

—*Not too sexy. Something professional* (*No demasiado sexy. Algo profesional*), pero no preocupar, solo rutina.

—Estáis de coña, ¿no?

—No, no coña.

—¿Qué hay de Maya?

—Se va a patinar con Gina y Dani al Skating.

—Gina y Dani, la extraña pareja.

—Se llevan bien.

—Bruno, tenemos que hablar con Maya.

—Sí. Primero yo, luego Alex. Cada uno de nosotros se lo explica a su manera, pero lo del bebé es cosa tuya... Quiero decir, yo puedo dar la noticia, pero tú te apañas con las aclaraciones.

—Ah, sí, pues qué bien...

Se van, no sin darme antes sendos besos, por turnos, ambos cariñosos y húmedos, compitiendo entre ellos como niños. Parecen de buen humor. Me gustaría haber hablado algo con Lindbergh después de haberle echado anoche. Bruno parece más tranquilo esta mañana.

Me doy una ducha rápida en el baño sintiendo como si me hubiera trasladado a vivir al hotel María Cristina, permanentemente. Descubro en el vestidor que toda mi ropa parece haber pasado por la tintorería. Toda está limpia y primorosamente planchada, dispuesta a la perfección en un orden de lo más lógico, y me es muy fácil encontrar lo que busco, aun sin saber de antemano que lo buscaba. Me he muerto y estoy en el cielo. Incluso me dan ganas de irme de compras y sustituir algunos viejos trapos, darme algún capricho que nunca he podido permitirme antes. No es mala idea.

Al bajar a la cocina me encuentro con Gladys.

—Buenos días, ¿has visto a Maya?

—Sí, señora, se está vistiendo para irse a patinar. ¿Le sirvo un café?

—Comeré algo antes, gracias.

—¿Cruasán de mantequilla de la Foix y zumo de naranja?

—Eso sería perfecto.

—Necesito, señora, instrucciones de lavado, de frecuencia. Me gustaría organizarme.

—Gladys, llámame Johanna. Sobre las instrucciones de colada, me ha parecido entender que el señor Lindbergh tiene un sistema: seguiremos su sistema, sea cual sea. Respecto a la cocina, como hicimos en Camprodón, el que manda es Bruno. Cualquier otra cosa, me preguntas. Iremos sobre la marcha...

—De acuerdo. ¿Y la jardinería? ¿Se ocupa también el señor Martí?

—En principio sí, porque le gusta mucho, pero yo también quiero hablar con el jardinero.

—Hoy no viene, pero le avisaré.

—Aún tengo que disculparme por lo de mis sobrinos, no sé qué decir...

—Está olvidado, señora Johanna. Estoy encantada de trabajar para usted y para el señor Martí.

—Yo también me alegro —digo mordiendo un cuerno del cruasán. Me muero de hambre y me niego a seguir con la conversación educada. Gladys percibe que prefiero estar a solas, sentada en la gran encimera en forma de isla, y se aleja a sus cosas. Me preparo un café y corto y mojo el otro cuerno en él.

Cuando estoy embarazada hago cosas que normalmente no haría, como, por ejemplo, tomar un yogur cuando ya he tomado el café. Entra Bruno; lleva dos tazas de café en la mano, las deja en el fregadero. Le da un buen repaso a mi atuendo de abogada sexy, con traje sastre, medias y topolinos. A Lindbergh le va a encantar...

—¿Lista?

—Lista.

—Oye, ¿y si nos despistamos un momento? Vente conmigo a la despensa, voy a hacerte inventario —me dice coqueteando.

—¿Tengo pinta de interventora?

—No, de eso no, pero Alex te ha dicho «look profesional», y me temo que no vamos a poder apartar la vista de ti, y de esas piernas, con esos tacones. Me cabrea que solo te pongas así de guapa cuando él te lo pide.

—Tú me has dicho que no me ponga cualquier trapo... ¿Es esto demasiado sexy? Yo pensaba que es muy como de abogada...

—Estás muy bien; para comerte, de hecho.

—La verdad, ¿por qué vamos tan vestidos si estamos en casa? Es contradictorio.

—Vamos a inaugurar la nueva sede de Cooper, pero no es una fiesta, es algo serio. ¿Lista?

—Sí.

—Bien, una última cosa: luego te enseñaremos la entrada del personal, por la tienda de vinos de la avenida Foix. Nosotros entraremos por el jardín; el edificio de la glorieta está debajo. Es importante que nunca te dirijas al búnker por la entrada del personal, ¿de acuerdo?

—¿Estás de coña?

—No.

Me vienen a la cabeza las palabras de Lindbergh de hace un rato: «Estás a punto de entrar en otra dimensión». Me parece que empiezo a entender a lo que se refiere.

Sigo a Bruno a través del jardín; con la luz de la mañana es precioso. Me apetece entretenerme para ver todas las variedades de plantas y árboles que tenemos, pero Bruno me apremia, nos están esperando.

El edificio gemelo al que alberga el estudio de yoga, al otro lado de la glorieta, parece descuidado por fuera. Sin embargo, cuando entramos solo hay un ascensor de factura moderna y una mesa espartana con una silla y un señor, de pie, con traje, frente a una gran caja metálica, más bien un baúl, como esos para transportar cámaras de cine...

—Johanna, este es Cleveland. Es su nombre en clave.

Tengo ganas de gritar «¿Estás de coña?». Pero me contengo: el señor no parece estar para bromas.

—*Miss Mayer* —me dice el cincuentón con pinta de funcionario. No diría que es americano, sino inglés.

—Cleveland está a cargo de los procesos de reconocimiento; viene de la sede de Cooper en Londres, estará aquí solo un par de días. Siéntate, Johanna, por favor.

Me agobia un poco ser la única que se sienta, esto parece un interrogatorio. El tipo, Cleveland, me clava sus pequeños ojillos negros y, abriendo el baúl metálico, me dice.

—*Don't worry. It is not going to hurt. (No se preocupe, no va a doler).* —Y suelta una risilla. Si ya me caía mal a simple vista, ahora es mucho peor—. *I need your hand, the right one. Please extend your hand. I'll spray some liquid; it's cold, it will make your fingerprints show up... (Necesito su mano, la derecha. Por favor, extiende la palma de la mano. Voy a rociarle un líquido; esta frío, hará que sus huellas afloren...).*

—¿Es realmente necesario?

—Sí. Será un momento; primero huellas, luego reconocimiento de voz y por último te escanean las pupilas. No hay nadie que tenga el iris igual, es como las huellas, todos las tenemos diferentes.

—Muy sofisticado.

—Tú eres el unicornio para Cooper cuando te vigilan, pero tu nombre en clave para el reconocimiento de voz será Atlanta. Yo soy Phoenix.

—Prefiero Georgia, ¿puedo cambiar?

El señor Cleveland se encoge de hombros, como diciendo «¿Por qué no?». Supongo que entiende el español.

—Que sea Georgia entonces.

—¿Y Lindbergh?

—Lindbergh es La mosca. *The fly*. Es el jefe.

—Claro.

Míralo, todo serio jugando a policías y ladrones; está encantado.

Los siguientes cuarenta y cinco minutos los paso en el proceso de digitalización de huellas y el escáner de retina, colocando la cara sobre un soporte ovalado y mirando fijamente a un punto, mientras la máquina emite extraños pitidos intermitentes.

El reconocimiento de voz implica leer varias frases estúpidas primero en inglés, luego en español, y en decir «Georgia» un millón de veces. Cleveland repite los procesos una y otra vez con paciencia de funcionario, hasta que me indica que hemos terminado. Los mecanismos estarán listos para hacer la prueba de acceso a las instalaciones en un par de horas.

Estoy exhausta por la tensión, todo esto me pone los pelos de punta. Bruno me indica que le siga; se acerca al ascensor, que tiene una interfaz parecida a un cajero automático, más pequeña. Pone la palma de la mano en un rectángulo de cristal y este se activa emitiendo una luz verde que parece escanear su mano. Luego se acerca a lo que recuerda la salida de un altavoz y dice «Phoenix»; eso activa una pequeña compuerta que se abre, y en el interior no veo nada, podría salir un refresco..., pero no hay nada. Veo que Bruno acerca la cara y se queda mirando el pequeño cajón interior; una luz roja se activa y se oye:

—*Access granted. Welcome, Phoenix. (Acceso permitido. Bienvenido, Phoenix).*

Las puertas del ascensor se abren, y sigo a Bruno al interior; cuando se han cerrado me dice:

—¿Qué? Casi se te caen las bragas..., ¿o no?

—Las tengo en los tobillos.

—Atenta, que se abre.

Efectivamente, se abren las puertas y entramos a una sala vacía, blanca, impoluta.

—¡Phoenix! —grita Bruno, guiñándome un ojo. La pared se abre: es una puerta corredera muy pesada. Al visualizar el interior, se me congela el alma...

Es un centro de mando. Una estancia de unos doscientos metros, con tres pantallas gigantes divididas en diferentes imágenes a la vez. Debe de haber unas seis personas, todas eclipsadas por Lindbergh, La mosca, sentado en un sillón de cuero, frente a otras pantallas empotradas en un cuadro de mando. Parece el capitán del *Enterprise*. Al verme, me guiña un ojo.

—*Welcome, Atlanta. (Bienvenida, Atlanta).*

—*It's Georgia, sir. (Es Georgia, señor).*

—*Georgia. It suits you. (Georgia. Te queda bien).*

Me mira apreciativamente, con ojos golosos y una media sonrisa. Me quedo de pie junto a Bruno, intimidada por tanta tecnología. En uno de los monitores se pueden ver las diferentes estancias de la casa; puedo ver el salón vacío, el sofá. Ay, madre... Miro a Bruno, interrogándole; ¿nos vieron anoche en el salón?

—Cuando estamos en casa, solo se activan las cámaras si hay movimientos sospechosos en el exterior, o en las ventanas, por ejemplo: tenemos sensores...

—Me alegro de oír eso.

Adrian Frey hace aparición. ¿De dónde viene? No lo sé, de otra sala, supongo. Me hace un gesto con la cabeza que me indica que no es oportuno que sea amigable o efusiva en este entorno; le sonrío y le hago el mismo gesto.

—*Adrian is Milwaukee (Adrian es Milwaukee)* —dice Alex.

—*The meeting room is ready, sir. (La sala de reuniones está lista, señor).*

—*Ok, thank you. (De acuerdo, gracias).* Mis analistas, muy jóvenes, Memphis and Kansas.

Realmente no aparentan ni veinte años, y tienen más bien pinta de *skaters*, con *piercings* y tatuajes...

—Controlan satélite. *Very efficient, good hackers too (Muy eficientes, también son buenos*

hackers) —dice. ¿Y qué demonios se supone que tengo que decir yo a eso? Si me los está presentando como si fueran sus sobrinos modélicos... Les sonrío y los saludo con la cabeza. Ahora es Bruno el que sigue con las presentaciones.

—Ya conoces a Dallas, Detroit y Denver, las tres D. Vinieron contigo de Cadaqués.

—Sí, los recuerdo.

—*Ok, now, everybody in the meeting room. Please take a briefing with you. Milwaukee has a copy for everyone. (De acuerdo, todos a la sala de reuniones. Por favor, coged un informe. Milwaukee tiene una copia para cada uno).*

Me detengo ante uno de los monitores: reconozco a Alice, la dama yonqui que vi en Camprodón; está en una sala con más gente, todos sentados en corro, lleva chándal, no lleva maquillaje.

—Alice está en rehabilitación —me aclara Bruno.

—Enseñamos centro después. Almacén de dispositivos...

—Bien, vale. ¿Aquí hay baño?

Debo de haber empezado a retener líquidos o quizás es el nerviosismo, aunque seguramente son los años de experiencia laboral: no se entra a una reunión, sesión de fotos o *meeting* sin ir al baño primero.

—*Yes, ven con mí, yo llevo* —dice Alex cogiéndome del brazo, mientras los demás entran en la sala contigua; puedo ver de reojo que hay una sola pantalla enorme, una tarima para el orador y muchas sillas de esas que tienen la mesa incorporada, como las de colegio, pero de diseño nórdico.

El cuarto de baño ha sido claramente diseñado para hombres; hay una fila de cuatro urinarios y es todo gris y blanco, moderno, sin lujos. Lindbergh se queda dentro y me observa mientras me lavo las manos. Soy de las que lo hacen antes y después si no estoy en casa. Aunque en realidad sí estoy en casa...

—Yo decir «*not too sexy*».

—Alex, este traje lo he llevado a dos entierros.

—Mí cree que problema son zapatos...

—¿No te gustan mis zapatos?

—*Oh, God, Johanna, Johanna* —dice meneando la cabeza.

—Georgia.

Sé que está a punto de besarme, puedo sentir su batalla interior. No es serio que lo haga. Intenta transmitirme su profesionalidad, la importancia y solemnidad de sus asuntos, y yo le estoy boicoteando, mirándole la bragueta, incitándole a un polvo rápido, nada más y nada menos que en el baño de la nueva sede de Cooper.

Me acerco como gata en celo, esto es un sabotaje en toda regla. Me agacho frente a él, tal y como haría Felatio Queen, y justo cuando voy a bajarle la cremallera, se agacha y se pone a mi altura. Con una sonrisa victoriosa me dice:

—*Dear Georgia, you ain't Matahari yet. Go pee. (Querida Georgia, aún no eres Matahari. Ve a hacer pipí).*

Sus ojos y su sonrisa dicen una cosa, su erección me dice otra. Bruno entra en el baño, mirándonos con ojos fiscalizadores, y repara en la erección de Lindbergh.

—No seas mala, Georgia, ahora no es el momento. ¿Y qué le pasa a La mosca, no puede tener la bragueta cerrada?

—No, tío, mira zapatos.

—Ya se lo he dicho.

¿Qué será lo que les pasa a mis zapatos? Entro en el retrete y hago un pis rápido; realmente, muchas ganas no tenía, eran más bien nervios.

Sin mediar palabra, y sin apenas mirarlos, me remojo de nuevo las manos, me las seco con una toallita de papel y salgo hacia la sala de reuniones.

Al entrar reparo en que en la pantalla gigante hay una foto de un señor de más de setenta años. Tomo asiento donde me indica Lindbergh y él se sienta a mi lado, Bruno al otro. Es Adrian, quiero decir, Milwaukee, el que se sube en la tarima para hablar. Bruno me da mi informe: como he ido al baño no lo he cogido. Me parece que me estoy comportando como una patosa.

—Buenas tardes, bienvenidos a la nueva sede de Cooper en Barcelona. Este será a partir de ahora el nuevo centro de mando, ya que La mosca ha fijado su residencia aquí, por el momento.

Silencio sepulcral.

—Esta reunión es básicamente para tratar un asunto que hace meses que investigamos y en el que, por fin, parece que estamos avanzando. Lo llamamos «el caso Werewolf», y creemos que los investigados son los responsables de la muerte del señor Pablo Berenguer y toda su familia, así como de su amigo, el pintor Jurgen Schultz. También de los asaltos a la casa de los señores Martí, Phoenix y Georgia. Muy probablemente sean también responsables del asalto a la escuela Artistik, que, como saben, es de su propiedad, y de la casa de su amiga Mercè. Buscaban la clave de una caja fuerte, a la que ya tenemos acceso y que en breve abriremos para conocer su contenido, muy sensible, a juzgar por el interés de los investigados.

Aquella sensación de irrealidad tan familiar que siento desde hace meses vuelve como un mazo golpeándome la sien. Miro a Bruno con incredulidad y él me aprieta la mano, reconfortándome, pidiéndome calma.

—Cojan, por favor, el informe: encontrarán en la portada dos símbolos.

Efectivamente, bajo el título «*Werewolf*» hay dos esvásticas que me recuerdan a las que había en los cuadros de Jurgen.

—El *Wolfsangel*, en alemán «gancho para lobos», es un símbolo rúnico. También es conocido como «El cazador de lobos» o *Doppelhaken*. La variante vertical es conocida como «rayo», *Donnerkeil*, y la horizontal, como «hombre lobo», *Werewolf*.

Lobos y nazis. Noto que Lindbergh me pone la mano en la pierna y me da unas palmaditas. ¿Por qué tengo que enterarme de esto con un informe?

—Los Werewolf, también conocidos como «la guerrilla nazi», fueron un grupo de acción que utilizaba niños que militaban en las juventudes hitlerianas, una milicia secreta integrada en la sección de combate de élite Waffen-SS. Tuvo como misión resistir al avance aliado empleando tácticas de guerrilla. Cuando el Tercer Reich empezó a desmoronarse, se utilizaron niños a los que se adiestró en técnicas de asesinato para desestabilizar al enemigo, incluso cuando la guerra ya estaba perdida.

—Hijos de puta.

—En la pantalla tenéis a Müller, Hans; creemos que en su infancia, en 1945, perteneció a los Werewolf. Se quedó huérfano en la guerra, luego fue adoptado por un matrimonio suizo, un psiquiatra; su única condición fue no perder su apellido. En la siguiente foto verán a Müller de niño, es el segundo de la derecha, en un interrogatorio con otros chicos acusados de intentar asesinar a un alto cargo francés en Munchen.

En la foto, Müller apenas tiene diez años. Si hoy en día es un fanático o un pirado, ¿quién puede culparle?

—Creemos que Müller ha estado durante años financiando y organizando actos antisemitas; se

cree que está detrás de aquellos famosos atentados contra mezquitas y *kebabs* en Alemania. Son como una secta, y ahora se han convertido, a través del hijo de Müller, Werner, en un partido político con más calado del que nos gustaría reconocer. Werner tiene un perfil público con pocos escándalos pese a ser un Werewolf.

El joven Müller tiene ya más de cuarenta; es bien parecido, de aspecto muy ario, y se podría decir que tiene un porte elegante.

—Gracias al seguimiento de uno de los asaltantes de Artistik, hemos podido llegar hasta Müller y su hijo. Han sido vistos recientemente en España, concretamente en Zamora, en la sierra de Culebra. Nuestros analistas han estado rastreando cualquier noticia relacionada con lobos. Unos alemanes compraron dos licencias de caza que se subastaban; en vez de cazar los dos lobos, los abatieron con un dardo y se los llevaron. Posteriores investigaciones confirman que esos alemanes eran suizos, Müller y su grupo. Son fanáticos de la caza. En Suiza la caza es un deporte nacional, está bien vista, y muy controlada; se jactan de ayudar a mantener el equilibrio de la naturaleza.

—¿Y tenemos que ir de visita a casa de ese tipo? ¿Nos hemos vuelto locos? Eso sería meterse en la boca del lobo, nunca mejor dicho.

—Con respecto a los lobos, creemos que el ataque al señor Jurgen Shultz, cuya autopsia pueden ver en la página 8, está relacionado con los Müller. Como verán, el señor Shultz tenía tatuado un gran lobo en la espalda: es el emblema del grupo, todos ellos lo tienen.

Que Jurgen me perdone, pero no tengo fuerzas para ver las fotos de su autopsia. Lindbergh niega con la cabeza como si leyera mis pensamientos, previniéndome probablemente de la dureza de las fotos. Bruno no las mira tampoco, seguramente ya las ha visto.

—La señorita Georgia hizo aflorar unos cuadros del pintor, que estaban cubiertos de otros dibujos con esvásticas del tipo Werewolf; los encontrarán en la página 12. En los cuadros ocultos, que han sido robados, hay representados lobos, huesos humanos, así como una caldera, que se parece mucho a la del hotel Die Delphinen, propiedad de Lindbergh Hotel Group. Hemos analizado los restos de cenizas y deshechos de la caldera, y si bien hemos encontrado ADN humano, la cantidad no es concluyente para asegurar que se haya utilizado para incinerar personas, tal y como se representa en los cuadros. Podría deberse a un accidente de algún operario. Repito, no es concluyente.

Creo que necesito una pausa; me está costando mucho digerir toda esta información.

—Los Müller tienen una finca entre Saint Moritz y Davos. Han invitado a La mosca, y tienen también mucho interés en que vaya Georgia. Quieren recuperar su sede, el hotel Die Delphinen. Tenemos ya desplegado un dispositivo: nos han proporcionado planos de la casa y de rutas de escape en la finca. No hemos podido acceder al sótano, donde probablemente tengan el búnker tan típico de las casas suizas. Como muchos sabéis, era un requisito del gobierno que todas las casas suizas tuvieran uno hasta hace muy poco. Creemos que tienen lobos en la finca, aunque no hemos podido confirmarlo. Tienen ustedes que memorizar la información en la sede, no pueden sacar nada, tal y como señala nuestro protocolo.

Miro a Lindbergh, o cómo demonios se llame, con cara de incredulidad.

—¿Me tengo que poner a estudiar? ¿Tengo que quedarme a empollar el plano de la casa de Müller?

—*I have a copy (Tengo una copia)* que tú puedes usar en casa.

Pues mira, se agradece ser la novia de La mosca. Tengo unas ganas locas de salir de aquí, puede incluso que sea claustrofóbica.

—Viajaremos a Davos en breve. Hay que estar preparados; creemos que desconocen la

existencia de Cooper, aunque tampoco está confirmado. La próxima reunión será en cuatro días, y esperamos tener más información. *Dallas, Detroit y Denver, please stay for instructions. (Dallas, Detroit y Denver, por favor, quedaos para recibir instrucciones).*

Parece que la reunión ha llegado a su fin. Todos se levantan ruidosamente. Sigo a Lindbergh, a Bruno y Adrian, quiero decir, Phoenix y Milwaukee, que me llevan a otro ascensor.

«¡*The fly!*!», grita Lindbergh, y se abre el ascensor, esta vez solo con la voz. Entramos y en tan solo dos segundos se vuelve a abrir; accedemos a una especie de almacén con estanterías metálicas llenas de aparatos.

—Aquí se guardan los equipos de vigilancia. Tenemos un dispositivo electrónico que permite el bloqueo de la puerta al recinto acorazado. Sistema electrónico de detección de ataques conectado las veinticuatro horas. Detectores sísmicos, detectores microfónicos y otros dispositivos que permiten prevenir cualquier ataque a través de techos, paredes o suelo de la cámara acorazada. Incluso los hay volumétricos —dice Milwaukee con orgullo.

—Estoy impresionada. ¿Qué hay en esa habitación?

—Es el almacén de armas y explosivos —me dice Bruno, quiero decir, Phoenix.

¿Armas?

—Alex, explícame, por favor.

—*Security means guns (La seguridad significa armas)*, querida Georgia, implícito. Si no, ¿cómo tú proteger?

—¿Somos mercenarios?

—No.

—Ya, me dijisteis que solo trabajamos para los buenos, pero ¿cómo se hace eso?

—Investigando previamente. Cooper es un servicio exclusivo que rechaza peticiones constantemente —dice Adrian, quiero decir, Milwaukee. La mosca asiente con la cabeza.

Ahora es Bruno el que procede con las explicaciones. Supongo que doy claras muestras de ser lenta procesando toda la información; obtusa, se diría.

—Cuando crucemos esa puerta, estaremos en el almacén de la tienda de vinos. Si te fijas, es muy buena idea, así estamos abastecidos.

—Pero, Bruno, perdona, Phoenix, esa tienda lleva ahí por lo menos cinco años, que yo recuerde.

—Mí comprado, buena tapadera para nosotros y tiene buen garaje, tamaño...

—Recuerda que no debes entrar en Cooper nunca por ahí, a no ser que se trate de una emergencia. No queremos que alguien que nos vigila te vea entrar y salir después desde casa.

—Ya lo he entendido.

Y, por otro lado, prefiero no preguntar a qué clase de emergencia se refiere.

—Ahora entraremos en la tienda por el almacén.

—De acuerdo.

—Pero solo echas un vistazo, sin que te vean, por si hay un cliente.

—Vale.

—*The fly!* —grita La mosca, y, efectivamente, entramos en un gran almacén de vinos. Phoenix me conduce hasta un panel de madera que tiene una pequeña ventana, y desde ahí puedo ver la tienda y la calle. Hay un joven en el mostrador y una pareja eligiendo un cava; por lo demás, es una tienda como otra cualquiera. Noto un golpecito en el hombro que me indica que debemos volver sobre nuestros pasos, al almacén. Bruno me dice con una gran sonrisa:

—Aprovecho y cojo un par de Vega Sicilia.

—¿Vas a hacerme luz de gas como en el otro embarazo?

—Una copita de un buen vino, eso sí, ya dijo nuestra ginecóloga, ha de ser bueno. No te va a hacer ningún daño; además, has dejado de fumar, imagínate...

—Tú tienes test de reconocimiento, tenemos que ver si *access* funciona bien.

Y eso es lo que hacemos, ascensor, Cooper, ascensor, y volvemos al punto de partida, donde nos espera Cleveland, con cara de malas pulgas. Me dice:

—*Georgia, ¿do you remember the process or should I remain you? (Georgia, ¿recuerda el proceso o necesita que se lo refresque?).*

Creo que se mofa de mí, no he sido adiestrada como todos ellos. Soy una neófita en un mundillo que no me pertenece, seguro que sobro...

—*I remember, Cleveland. Was that your name? (Lo recuerdo, Cleveland. ¿Era ese tu nombre?).*

—*Finger prints, voice, eyes... (Huellas, voz, ojos...)* —me dice ignorando mis palabras. ¡Qué rabia de tipejo! Hay gente que simplemente no ha nacido para suscitar simpatías, ni lo pretenden. Cleveland entra en esa categoría, pero yo tengo un arma infalible para eso: sonreír, empáticamente, como una posea, como una idiota; no falla, siempre consigues arrancar una sonrisa, incluso aunque sean humanos del tipo insecto palo. Bruno nos dice:

—Yo os dejo, voy a hacer un pesto rápido. ¿Os apetece pasta?

—¿Puede ser de pesto de tomate?

—Un poco pronto para antojos, ¿no?

—Pesto de tomate es perfecto por mí —dice La mosca, que se queda conmigo. Está más solícito ahora que sabe que va a ser papá. Pongo en marcha mi plan «anti insecto palo humano». Sonríe a Cleveland mientras la máquina escanea mis huellas, después de decir mi nombre, y antes de colocar la cara para el escáner de retina. El ascensor se abre y yo le vuelvo a sonreír con todos los dientes como en un anuncio de dentífrico; ahora que tengo todas mis muelas, abro aún más la boca. Y ahí está. Cleveland me sonríe y me dice:

—*Good job, Georgia. (Buen trabajo, Georgia).*

—*Well, thank you, Cleveland, you're very nice. (Bueno, gracias, Cleveland, eres muy amable).*

Hora de volver a casa. Cojo a Lindbergh del brazo y nos vamos paseando por el jardín. Esta vez puedo pararme a ver nuestras variedades de plantas; los árboles han llegado, el jardinero los dejará unos días sin trasplantarlos para que se aclimaten al lugar. Van a necesitar una pequeña grúa.

—¿Te gustar Cleveland?

—En absoluto.

—¿Por qué tú sonreír tanto?

—Pues por eso, porque me cae mal...

—Estás un poco loquita.

Exagerando, hago la misma sonrisa de antes; a Lindbergh le hace gracia y me regala un beso turbador, esclavizador, de esos que hacen que se te resbalen las bragas. Uauh. Lo mejor es que sus besos todavía saben a nuevo, es muy excitante volver a sentir esa sensación de la adolescencia, del primer amor.

Cuando llegamos a casa, Bruno me pide que le vaya a buscar un poco de parmesano a la tienda italiana, que está aquí al lado. Alex se ofrece para acompañarme, y decidimos llevar también al perro. Aprovecho para enseñarle Organik, la tienda de productos *bio* que el marido de Natalia ha abierto en la calle Mayor de Sarrià, justo al lado de la tienda italiana.

Creo que a Lindbergh le gustaría cogermelo de la mano; de hecho, a mí me gustaría poder pasear cogida de su brazo, pero debemos ser cautos, no podemos bajar la guardia.

Camino junto a él, erguida y con decisión para que no se note la fragilidad que siento en estos momentos. No imaginaba el alcance de su ámbito secreto. Voy a formar una familia rodeada de protocolos de seguridad, mercenarios y armas. ¿Es eso lo que quiero?

En Organik me encuentro con Beatriz Soldevila, mi alumna de la clase de cómic, la misma cuya temática de extrema delgadez me impactó tanto. Me impacta verla, está muy delgada. Ha pedido que le hagan uno de esos zumos desintoxicantes; probablemente no esté comiendo nada más. Se me enciende la bombilla: quizás los analistas de Cooper puedan descubrir si consulta en la red páginas sospechosas.

—Beatriz, guapa, ¿qué tal las vacaciones?

—Hola, Johanna, muy bien, ¿vosotros?

—Bien, bien. Oye, dame tu número de móvil: me ha gustado mucho tu trabajo y quiero tenerte bien fichada. Tengo un amigo que siempre tiene cosillas para ilustradores.

—Tengo el tuyo, te mando una pérdida.

—Perfecto. Te presento a mi socio, el señor Alexander Lindbergh.

—Hola.

—Hola, Beatriz. —Lo pronuncia acabado en x.

—Tómame el zumo que se pierden las vitaminas. Te veo la semana que viene.

—Sí, nos vemos. Y gracias.

Recibo la llamada de Beatriz. No sé si enfocar el asunto ahora, no sé si explicárselo a Alex. En la tienda italiana, compro parmesano y queso *pecorino* y aprovecho, también, para comprar pasta De Cecco en distintas variedades (espaguetis, macarrones, *farfalle*). De vuelta a casa no puedo morderme la lengua.

—¿Has visto a esa chica?

—*Beatrix*, muy bonita.

—Sí, pues creo que es anoréxica.

—Ser delgada, *but* algunas personas ser muy delgadas.

—Son sus dibujos lo que me dieron la pista, te los enseñaré. ¿Crees que Cooper puede ayudarme?

—¿Ayudar?

—Si esta chica está visitando páginas de internet, del tipo «pro Ana» o «pro Mia»: quiero cerrarlas, quiero machacarlas.

Lindbergh se ríe.

—*Oh, little Georgia*, mí crear un monstruo.

—Tu monstruo —le digo volviendo a poner esa sonrisa maquiavélica y abrazándole.

—*What's «pro Mia» and «pro Ana»?* (¿Qué es «pro Mia» and «pro Ana»?).

—Páginas de internet que fomentan la bulimia y la anorexia, las autolesiones y esas cosas. Están dirigidas a adolescentes y es muy difícil saber quién está detrás de ellas. ¿Crees que podemos hacer algo?

—*Piece of cake, baby. (Está chupado, nena)*. Solo necesitar número y tú ya tienes...

Qué bueno que está este hombre, ¡por Dios! ¿Ser la novia de La mosca es algo así como ser la novia de Spiderman? Estoy de acuerdo con Bruno en que Alexander aporta una dosis de magia a nuestras vidas. Como él diría, tiene *swing*.

Cuando llegamos de nuevo a casa huele que alimenta. Bruno está concentrado en su pesto; ha

puesto una cámara de formato medio sobre un pequeño trípode en la encimera y tiene la música a todo volumen. Amy Winehouse suena mejor que nunca en el aparato Bang and Olufsen de Lindbergh. Cuando Bruno nos ve nos pide silencio. Dejo los productos en la encimera intentando no interferir en el ángulo de la cámara y nos alejamos a poner la mesa, para no molestar. Hasta que no acabe es mejor no acercarse.

Cuando terminamos, Lindbergh y yo nos sentamos en el sofá a contemplar el jardín, a hacernos arrumacos. Menudo casoplón ha comprado; es preciosa, tan luminosa, con tanto encanto y el jardín romántico es taaan romántico...

Tengo el premio gordo: poder retozar con Skywalker y Han Solo en el palacio de la princesa y no tener que elegir...

El volumen de la música baja drásticamente.

—Esto ya está —dice Bruno. Nos acercamos para ayudar.

—¿Abro vino?

—Abre, abre. Johanna, solo media copa.

—Mí solo media copa también, mi *cabeza is pounding (me está martilleando)*.

—Pareces cansado.

—No cansado, tensión.

—Pero lo tienes todo bajo control, mosquita mía —digo coqueteando.

—Está preocupado por ir a Suiza.

—Sí, decisión difícil, *you know*, tú y bebé... Mí no gusta mezclar con Cooper, con Müller.

Intento protestar, pero Bruno no me deja.

—Mira, Johanna, tú vas porque no hay más remedio. Tú eres el señuelo. Ellos quieren asegurarse de que estáis los dos para firmar, y además te quieren porque necesitan saber si tienes lo que sea que hay en la caja fuerte. Ten claro que si bien nosotros no sabemos qué hay, ellos sí.

—*Something incriminating (Algo incriminatorio)*, creo.

—Alex tiene la teoría de que Pablo Berenguer chantajeaba a Müller. Su participación en el hotel era bastante reciente; tenía algo contra ellos, y puede que ese algo esté en la caja fuerte del banco, esperándote.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que serían joyas...

—*No joke. (Sin bromas)*.

—Perdona, nada de bromas.

—¿Por qué tendría que ser su participación en el hotel un chantaje?

—El trabajo de Berenguer ser captación de grandes fortunas en España, tu padre le ayudo con eso. No suficiente para comprar hotel...

—Puede que le tocara la lotería.

—No, no lotería. Él *increased his funds (aumentó sus fondos)* con *average salary (un salario medio)*.

—No cuadra, Johanna.

Mientras hablamos nos sentamos a la mesa. Bruno sirve los platos y Lindbergh abre el vino.

—Al menos sabemos que no pertenecía a los fascistas esos, los lobos...

—Él no, pero Andrea, su hijo, y Jurgen sí lo hicieron.

—No habitual permitir salida, difícil.

—Ya entiendo.

—No solo consiguió que dejaran en paz a su hijo y a Jurgen, sino que además le dieron el cincuenta por ciento del hotel y una cantidad fija anual. Se la facturaban en concepto de asesoría.

Alex tiene sus declaraciones de la renta. Era como un sobresueldo. Un compromiso a largo plazo.

—Siempre hemos pensado que se sentía amenazado, ¿creéis que los mataron?

—Me temo que eso será lo más difícil de demostrar: ha pasado mucho tiempo y la implicación de la policía fue escasa. Probablemente nunca lo sabremos, creo que avanzaremos más demostrando el asesinato de Jurgen.

Si la pasta está deliciosa, el vino es sublime. Mi media copa dura poco.

—Quizás esta noche te puedas tomar otra media copita, Johanna, pero ahora pásate al agua.

—Amo es bueno. Amo nos quiere. Amo dar otra copita a Gollum. Gollum devolver el anillo ¡Mi tesoro! —digo imitando a Gollum. Se diría que todo el mundo ha visto *El señor de los anillos* o al menos conoce a Gollum por las parodias en la tele o en internet. Se diría que todo el mundo excepto Lindbergh, a juzgar por la cara de susto que se le ha puesto mientras Bruno se desternilla.

—*This is weird, dear. (Eso es raro, cariño).*

—Realmente, Lindbergh, ¿tú de qué planeta vienes? ¿Has visto al menos *Star Wars*?

—Sí.

—¿Cuál de ellas?

—¿Más de una?

—Oh, joder. Te lo dije, Bruno: es un extraterrestre. Estoy segura. Hazle un test.

—¿*Pulp Fiction*? ¿*Reservoir Dogs*?

—No.

—Mi turno. ¿*Fargo*? ¿*El gran Lebowski*? ¿*Constantin*?

—No

—¿*Gattaca*? ¿*Stranger things*? ¿*Juego de tronos*?

Niega con la cabeza.

—¿No me digas que no has visto *Matrix*?

—No visto.

Bueno aquí viene la pregunta del millón:

—¿*Blade Runner*?

—*Yes*, mí gusta *Blade Runner* y Batman. Yo leer cómics *as a boy* (cuando era niño).

—¡Gracias a Dios! Pensaba que no había esperanza para ti.

—Alex, en esta familia *Blade Runner* es casi como la biblia: no conocerla a fondo es blasfemar.

—Vamos a hacer de ti un cinéfilo friki como nosotros. Si no, no te dejes casarte con mi hombre... ¿Sabes al menos quién es Sheldon Cooper?

—¿Cooper?

—Sheldon.

—No.

—Creo, Johanna, que no tiene remedio.

¡Qué envidia verlos beber un vino tan bueno! No es justo. Tendré que irme acostumbrando. Bruno y yo hemos quedado para ir juntos a Artistik por la tarde: hay que empezar a preparar la vuelta a las clases, consultar las sustituciones... Tenemos una profesora de baja por maternidad y vamos un poco al día. Bruno quiere recoger algún utensilio de cocina, y me ha dicho que quizás se ponga con una *quiche royal* de espinacas y nueces que le apetece mucho hacer. Lindbergh tiene mucho trabajo, cómo no...

Capítulo 3

El caballero oscuro
(*The Dark Knight*)

BARCELONA. CALLE DUQUESA DE ORLEANS
3 DE ENERO

Me despierto en la cama de Maya, confusa. Duerme a mi lado, abrazada a mí. Intento recordar qué hago aquí, pero mi cerebro aún está en fase REM. Poco a poco se me aclaran las ideas. Anoche Maya volvió de patinar con sus tíos, se lo pasó muy bien. Cenamos solo nosotros porque ellos habían reservado en un japonés con unos amigos, creo que iban al teatro. Cenamos *quiche*. Cuando llevé a Maya a la cama me estiré un ratito con ella, insistía en dormir con nosotros. Debí de quedarme dormida: no recuerdo nada más.

Aún no ha amanecido; me levanto y vuelvo a mi habitación, los chicos duermen. Me acurruco entre ellos dos y noto cómo Bruno me arropa. Me vuelvo a dormir.

Cuando abro los ojos la luz entra a raudales. Nadie me ha despertado, debe de ser tardísimo. Me refresco la cara y me lavo los dientes. Al bajar a la cocina, Gladys me explica, mientras tomo un café rápido de pie en camisón, que Bruno y Maya no están, el perro tampoco, pero cree que el Señor Lindbergh podría estar en el estudio de yoga. Aunque yo pienso que probablemente esté en Cooper.

Por probar no pierdo nada. A Cooper no puedo ir en camisón, a mirar al estudio de yoga, sí. Cojo una chaqueta de lana de Bruno, de la entrada, me preparo otro café y me lo llevo; le doy pequeños sorbitos mientras deambulo mirando las plantas. Hace mucho frío. El aire es helado y limpio, y tengo la sensación de estar fuera de la ciudad.

La puerta del estudio no está cerrada con llave: puede que él esté dentro. Abro la puerta y una bocanada de aire caliente me abofetea la cara, ha puesto el aire acondicionado.

Meto la cabeza y le veo. Está en calzoncillos, colgado boca abajo, en una de esas hamacas de yoga *gravity*. Tiene las piernas en forma de loto y la hamaca tensada alrededor de sus muslos; solo se aguanta por las piernas, el torso colgando hacia abajo, también los brazos y el flequillo.

Es el espécimen de murciélago más bello del mundo. Me acerco a él y cuando estoy a su altura le digo:

—Señor Wayne, el batmóvil está listo.

—*Thanks*, Alfred.

Sigue boca abajo, pero ahora me está mirando a los ojos. Sin embargo, yo no puedo evitar observar su entrepierna, expuesta, pidiéndome que ponga la mano, ahí. Serán imaginaciones mías o el bulto ha experimentado un súbito crecimiento.

—¡Oh, Johanna! Tú despertar a Lindy solo con ojos.

Ahora no entiendo. Lindy, Lindy, ¿Lindy? Ah, sí, así es como llamaban a su padre y como llama él a su miembro. Ahora sí que no puedo evitarlo, le pongo la mano ahí y sigo bromeando,

acariciándole.

—¿Tienen los murciélagos pene, señor Wayne?

—Mí tiene, grande y fuerte. Cuidado —dice dándose la vuelta acrobáticamente, posando sus pies en el suelo y quedándose sentado sobre la hamaca. Joder, toda la antigua Grecia vitorearía a este Adonis, y no digamos si vieran la erección descomunal con la que me está saludando.

—Cierra puerta.

—Sí, jefe.

La habitación debe de estar como a unos veintiséis grados, hace calor. Cierro la puerta y vuelvo, me coloco frente a él para que me abrace, pero en vez de eso, me quita la chaqueta y luego el camisón; no llevaba bragas, así que ya estoy más desnuda que él. Se quita los calzoncillos en un movimiento elástico, ahora estamos igual. ¡Jesús! Sí que la tiene grande y fuerte.

No siempre me puedo fijar así, un rato. Cuando levanto la vista, Alex está haciendo lo mismo, recorrer mi cuerpo con avidez, observarme. Me pone la mano en la mejilla en un gesto tierno y luego la pasea por mi cuello y mi clavícula. Es una caricia varonil, de esas que te levantan la piel, pero es la forma de mirarme lo que me excita enormemente. De pie en medio de una estancia vacía, desnuda, puedo sentir cómo me derrito por dentro, anticipando su boca en la mía, su lengua recorriendo mi cuerpo, y finalmente su miembro llenando mi vacío, colmando mi anhelo.

Y, sin embargo, veo que se mueve. Me indica que me siente en la hamaca.

—Puedes te columpiar, es divertido.

Anda, pues yo esperaba otra cosa. Pero, bueno, oye, si es divertido... Y realmente lo es, no es la primera vez que lo hago.

—*Put the hamac under you legs; butt should stay out. (Pon la hamaca bajo tus piernas, el culo ha de quedar fuera).*

—Sí, ya sé, el culo fuera, ya lo he hecho.

—*Ok. Go. (Ok. Vamos).*

Apoyo los pies bien abiertos, coloco la hamaca bajo mis muslos, agarro fuertemente cada cinta con una mano y camino unos pasitos hacia atrás, hasta que, alehop, me doy la vuelta y me quedo boca abajo, con las piernas completamente abiertas.

—*Loto now.*

Flexiono las rodillas siguiendo sus indicaciones y quedo en loto boca abajo. Suelto los brazos, y ahí estoy, colgada como un jamón, desnuda, expuesta, enseñando todo lo que hay.

Esto tiene un rollo *bondage* muy auténtico... Aunque probablemente me voy a marear con tanta sangre en la cabeza.

—Oh, Johanna, tengo que sacar foto, voy a por móvil.

—Ni se te ocurra: si aprecias en algo tu vida, mosquita muerta, te abstendrás de hacerme una foto.

Se está partiendo de risa. Típico. Entonces se arrodilla y su cara queda a la altura de mi sexo, y curiosamente, su sexo a la altura de mi cara, en una versión aérea del 69. Abro la boca y saco la lengua, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Shhh... Aaah... —dice, absorbiendo entre los dientes, de puro placer. Le he cogido por sorpresa. Siento cómo sopla en mi sexo expuesto, en venganza. Balanceándome con las manos llego a agarrarle el trasero, pero en un truco rápido, se la esconde entre los muslos para que no pueda acceder con la boca.

—No, no, Johanna, tu lengua es prohibida. *Too much for me. (Demasiado para mí).*

Y si no es eso lo más romántico que me hayan dicho nunca, está muy cerca. Mi lengua es

demasiado para él, no la aguantaría mucho tiempo, le vuelve loco.

Oooohhh, mierda, creo que puedo decir lo mismo. Alex ha empezado a darme pequeños lametazos, ay, ay, ay, no es justo. Combina los lametazos con mordisquitos en los muslos y me sopla y juega con su nariz en mi botón.

Me siento indefensa, y muy excitada; él me controla, no me deja tocarle. Cuando intento incorporarme me lo impide.

—*This is a longtime fantasy. (Esto es la fantasía de toda una vida).*

—¿Llevas una vida queriendo hacer esto?

—Mí pensado muchas veces —dice incorporándose, agarrándome por las caderas y acercando mi sexo al suyo; la altura es la perfecta—. Mí te va a follar.

—Ya, ya, cariño...

Vaya, eso espero, si no qué hago desnuda, toda abierta y desbordada..., por no decir chorreando, que es un poco vulgar. No sé muy bien a qué espera, está agarrado a mis caderas, mirando hacia abajo, mirando mi sexo como pensando.

—*And the baby? (¿Y el bebé?).*

—No seas tontito y fóllame, chato.

Ahhh, ahí está, la plenitud, nada llena tanto como tener un buen pene dentro. Creo que ese instante, el de sentirme plena, es lo que más me gusta, incluso más que algunos orgasmos. La posición es perfecta, el ángulo el justo, y cuando Lindbergh deja mis caderas y agarra las cintas de la hamaca para iniciar un vaivén, su pene entra y sale de mí, con la misma cadencia. Y él espera a que vuelva, y de nuevo me penetra, y sale de mí otra vez. Ohh, creo que puedo alcanzar el nirvana.

—Ommm, shanti, shanti, shaaanti. —Recito el mantra de la paz interior y Lindbergh se ríe.

—Tonta —me dice muy excitado, y ahora vuelve a agarrar mis caderas y yo me balanceo colgada, y él me penetra una y otra vez, sin soltarme, sin salir de mí, cosa que agradezco inmensamente porque me está llevando al cielo, y aunque siento dolor en los muslos por las cintas que me estrangulan, el sexo boca abajo es inexplicable. Hay que vivirlo.

De repente se para. Me quedo en silencio, esperando. Y dice:

—*Can I come? (¿Puedo correrme?).*

—Claro, claro...

Menuda empanada mental lleva el tío con lo del bebé. Vuelve a agarrarme por las caderas con fuerza y ahora sí que es para rozar el cielo y fundirse con el universo. Su rabia me embarga, sus estocadas no tienen piedad, el ritmo se incrementa y me agarro a sus piernas para intensificar el momento, para tener un punto de apoyo, y ahora soy yo la que le está follando. No, no, es él, y ya no puedo más; sus gritos silenciosos, sus gemidos ahogados previos al orgasmo desatan en mí la tormenta, y me dejó ir aullando su nombre, el de Dios y el de todos los santos. Amén.

Me da la vuelta para que pueda poner los pies en el suelo y me abraza. Miro mis piernas y puedo ver una franja roja allí donde las cintas estrangulaban mis muslos. Lindbergh abre un poco la hamaca estirando toda la tela y se estira dentro, me abre los brazos para que me estire junto a él. Me encaramo sobre él. De un tirón cierra la tela sobre nosotros. Abrazados dentro de la crisálida, nos besamos tiernamente, recuperando la respiración, disfrutando de un suave olor a incienso, mirándonos a los ojos.

Tengo mucha hambre, tanta, que amenaza el momento romántico-cósmico-crisálida que estamos teniendo. Pienso en chocolate, en las galletas de anoche y en beberme una Coca-Cola fresca a morro, de un tirón.

—Tengo mucha sed —digo, porque decir que tengo gula me parece grosero en un momento de

felicidad conyugal.

—Yo hambre.

Mira por dónde. Me ayuda a salir de la crisálida y se dirige a un armario, de donde saca un batín; se lo pone encima, sin pijama, ni calzoncillos ni nada. También saca las zapatillas de cuero viejunas que suele llevar. Se estira el flequillo hacia atrás intentando domárselo con poco éxito, y me tira el camisón para que me vista. Es entonces cuando me doy cuenta de que todo el rato me he dejado puestas la botas Ugg, con borrego en el interior, que me he puesto esta mañana a falta de un calzado de estar por casa cómodo y calentito. Ahora entiendo lo de hacerme una foto. Intento imaginarme a mí misma desnuda, boca abajo, expuesta y con las botas. Desisto.

—¿Has desayunado? Yo repetiría.

—Vamos a cocina y luego podemos duchar juntos.

—Vamos a ver, ¿tú eres consciente de que tengo dos maridos?

—Sí.

—¿Y que yo soy solo una?

—Sí.

—¿Y qué conclusión sacas?

—Que tú *lucky* (*afortunada*).

Bueeno, no vamos a discutir por eso. Le sonrío dándole la razón, pero no sé yo si voy a poder aguantar el ritmo. Salimos al jardín abrazados; me alegro de estar unos días aún de vacaciones, me alegro de formar una familia con Alex, de esta casa preciosa, la casa de mis sueños, aún no puedo creérmelo. Aunque haya heredado, yo sola no podría haberla comprado y mucho menos mantenerla, aunque confieso que se me hace extraño. Para mí era una fantasía y no una necesidad, así que cuando se ha hecho realidad así, de golpe, se ha unido a toda esa lista de cosas a las que me tengo que ir acostumbrando poco a poco, como Cooper, o el bebé...

Atracamos la nevera como si lleváramos días sin comer. Caliento la *quiche* de anoche en el microondas, saco quesos, uno que me gusta mucho que es una mezcla de camembert y gorgonzola (Cambonzola o Camboiano, que es como suele llamarlo Bruno). Alex tuesta pan y yo encuentro mermelada de arándanos casera y una mantequilla italiana *bio* que compra Bruno que es tan fresca que te hace sentir de vuelta en la aldea... Lindbergh se acuerda de algo y va a una alacena antigua, de donde saca un fuet de Olot. Supongo que es secuela de su paso por el Ripollés; ahora le gusta el fuet.

Servimos el festín sobre la isla de la cocina y nos encaramamos cada uno a un taburete, muy juntitos. Devoramos los manjares que tenemos delante como si acabáramos de salir de un largo cautiverio, en silencio, entre sonrisas, arrumacos y onomatopeyas que ilustran lo buenísimo que está todo. Incluido el anfitrión.

Bruno y Maya entran por la puerta.

—A esto le llamo yo comer sin ton ni son.

—Holaaa. ¿Dónde estabais?

—Hemos ido al Putxet con el perro...

—Mami, lo sé todo.

—¿Todo?

Bruno me guiña un ojo con una sonrisa.

—Mí también hablar con Maya esta mañana, mí despertar.

—Aaahh, me lo he perdido, ¿eh?

Maya se me acerca, me abraza y me da un beso húmedo de los suyos.

—Me hace mucha ilusión tener una hermanita.

—¿Y cómo sabes que no va a ser un hermanito?

—Mejor que no, ¿no has oído los nombres que le quieren poner?

—¿Y a ti cuál te gustaría?

—Emma.

—¡Maya! Es precioso, no lo había pensado. Yo también quiero una Emma.

—Emma *is nice* (*es bonito*). Emma, Kalani...

—¿Y que más te han contado?

—Todo, flipa.

—¿Quieres que hablemos a solas? Damos una vuelta por el jardín. Coge tu chaqueta.

Maya sale un momento a por su anorak. Bruno me enseña el pulgar hacia arriba en señal de que todo va bien, mientras Lindbergh asegura afirmativamente con la cabeza. Debe de haber sido un mal trago para ambos.

Salimos de la mano al jardín; me mantengo en silencio para no tener que sonsacarle y para darle tiempo a que me cuente las cosas a su manera.

—¿Quieres mucho a papá?

—Tanto como a ti, más que a nada en este mundo.

—¿A Alex también?

—Sí.

—Yo también. Sabes que está loco, ¿no?

—Todos estamos un poquito locos; somos peculiares, digamos...

—Pues tú dime si esto es de peculiares o es de locos. Alex me ha preguntado si quiero ser su hija, y me ha dado una pulsera. Mira.

Me enseña su muñeca, con una pulsera de oro blanco llena de *charms* colgados. Un perrito, un unicornio, un avión antiguo, una bicicleta.

—Bueno, es muy bonito, ¿no crees?

—No digo que no, pero va y se me pone de rodillas en plan príncipe azul y eso, y yo me he muerto de vergüenza.

—¿Le has dicho que no?

—Nooo, le he dicho que ya tengo un papá. Y entonces ha venido papá, que estaba en la puerta, y se ha hecho un lío explicándome que se han de casar. Lo hacen por la gente, mami, no te lo tomes mal...

—No, no, si es verdad que es mejor.

—Será un poco raro...

—Sí, va a ser raro. Pero, Maya, ¿lo has entendido todo bien? Si me lo explicas a mí, igual me quedo más tranquila.

—Bueno, vamos a ver: tú vas a tener un bebé y es de papá, pero también de Alex, porque puede ser de uno o de otro, pero eso a nosotros nos da igual. ¿Puede ser de los dos a la vez, de verdad? ¿Dos espermatozoides y eso?

Ay, joder, ¿cómo coño salgo de esta? Voy a traumatizar a mi hija.

—Francamente, no lo sé.

—Bueno, da igual, mami, porque eso a nosotros no nos importa: es nuestro bebé, de todos. Pero luego está la gente, que ya entiende hombres con hombres, mujeres con mujeres, los que quieren ser hombres, los que quieren ser mujeres, pero no van a entender lo nuestro.

—¿Lo nuestro?

—Estás un poco lentita con el embarazo, ¿eh? Vamos a ver, dos papás, una mamá, eso suman tres.

Y yo me llevo el premio a la madre con retraso mental.

—Maya, esto no es un asunto solo nuestro, es decir, nos hemos metido en este lío solitos, pero entendería que para ti fuera un problema.

—Mami, para mí no lo es, le dije eso a Alex.

—¿El qué?

—*My pleasure. (Un placer).*

—¿Que te adopte?

—Sí, porque si puedo tenerlos a los dos, ¿por qué no? Es como tú. Además, dice papá que iremos sobre la marcha...

—Ya, claro. Pero me gustaría que sepas una cosa: pase lo que pase, tú, yo y este bebé...

—Emma.

—Tú, yo y Emma somos inseparables, siempre juntas, ¿vale? ¿Queda claro?

—¡Hasta el infinito y más allá!

—Ahí le has *dao*.

—¡Ah! Mamá, a la abuela Matilde, mutis. Tiene que pensar que son gays.

—¿Tienes frío?

—Sí.

—Pues volvamos. Me alegro de que hayamos hablado.

No sé si esto va a traumatizarla en un futuro, espero que no; cada vez me parece más natural, siempre y cuando lo entienda. No pienso dejar de hablar del tema con ella de vez en cuando, para asegurarme de que lo interioriza bien. Estoy aterrada y me siento culpable. ¿Qué necesidad teníamos de complicar tanto las cosas?

Cuando volvemos a la cocina, Alex me pasa su iPad; hay abierta una página de Instagram. A primera vista son solo primeros planos en blanco y negro de partes del cuerpo femeninas, aparentemente de la misma mujer. Foto a foto, rápidamente veo una pauta. Una clavícula demasiado huesuda, unas costillas que se marcan profundamente con el top subido, por debajo de los pechos. Casi no hay pecho. En otra foto la protagonista se contorsiona hasta poder abrazar su propia cintura, que es esquelética. Luego hay varios planos de cortes en la piel. Dejo el iPad horrorizada.

—Tú tener razón, *is Beatrix*. Instagram *site* suyo. También más consultas.

—¿Puedo ver, mamá?

—No, cariño, déjanos solos: esto es cosa de los papis.

—Vaale, me voy arriba.

Bruno también examina las fotos.

—Quería comentártelo, pero luego me marché. ¿No te llamaron la atención los dibujos de la Soldevila?

—Sí; de hecho, es mi candidata al concurso de cómic.

—Ya, son buenos, pero enfermizos...

—Lo dices porque son muy estilizados.

—Son mucho más que eso. Mira estas fotos: esa chica está enferma. Y está pidiendo ayuda.

—Mí machaca los otros *sites* que consultar *Beatrix, we hacked them and cracked them...* (los hemos hackeado y quebrado). Tú usar este Instagram para hablar con familia.

—Johanna, ¿no deberíamos hablar con ella primero?

—Lo negará todo y mentirá, lo hacen todas. Bruno, es una enfermedad, y está basada en el autoengaño; probablemente piense que está perfectamente y que controla, pero fíjate, ya está en los huesos.

—No me gusta meterme en la vida de nadie.

—A mí tampoco, pero si mi hija sufriera un desorden de este tipo, agradecería que alguien diera la alarma. Y creo que tú también.

—Llamaré a su madre, nos entendemos bastante bien. ¿Cómo se llama la página de Instagram?

—*Shadows of my soul (Sombras de mi alma)* —dice Lindbergh con cara de susto; creo que le ha impresionado pensar eso de ¿Y si le pasara a un hijo tuyo? Me alegro de que Bruno se haga cargo de este asunto; es verdad que tiene mano con las madres, y además siente un cariño especial por Beatriz, que está con nosotros desde pequeña. Solo espero que no nos estemos equivocando. Cambio de tema y pregunto algo que me tiene desconcertada.

—Tengo una pregunta sobre Cooper y los Müller.

—*What is it? (¿Qué es?)*.

—¿Por qué no hemos salido corriendo a ver qué demonios hay en la caja fuerte de Pablo?

—Porque no queremos levantar sospechas. Ellos no saben que podemos abrirla, y no deben saberlo —contesta Bruno por Alex.

—Ellos pensar que si nosotros no acceso a *security box*, tampoco tener información y ellos bien.

—Cuando lleguemos a Zúrich, antes de ir a Davos, tenemos que dar la sensación de que estamos ahí por el hotel, por el papeleo pendiente, por el foro de economía, pero nunca por la caja.

—¿Y cómo haremos eso?

—*Simulating, Matahari. (Fingiendo, Matahari)*.

—Cuéntame.

—Muy pronto para detalles, mí trabajando en todo eso...

—Por cierto, Lindbergh, ¿qué tal si te duchas y te pones algo? Ya te he visto el pajarito varias veces, no hace falta.

—Bruno, tú ver a Lindy *constantly (constantemente)*.

—Sí, pero no en el desayuno. ¿Qué habéis estado haciendo en el estudio de yoga?

—*Gravity*, ya sabes.

—¿*Gravity yoga* o *Gravity sex*?

—Eso también —dice Alex con una sonrisa triunfal. Bruno me mira cuestionándome, y yo me encojo de hombros.

—¿Qué hacer tú con juguete anoche?

—Pues eso, tío, jugar...

Y ahora es Lindbergh el que me cuestiona, y yo me encojo de hombros otra vez.

—*I want to examine that toy. Please, bring it to me. (Quiero examinar ese juguete. Por favor, tráemelo)*.

—¿Ahora?

—Tranquilo, tío, no creo que lleve un micrófono ni un localizador.

—No ser para eso. Pero no mala idea *to scan it (escanearlo)*. Tú tener *several spyware (varios spyware)*.

—¿Qué es eso?

—Parásitos en ordenador. Y también un RCS, un Remote Control System.

—¿Virus?

—No, virus reproducen. Espías, pueden ver que tú ves, leer tus *e-mails*, *bank accounts* (*cuentas de banco*), Skype, todo. Ahora comunicaciones seguras, pero vosotros ser desastre. Artistik también...

—Sí, pues éramos felices en la ignorancia. Míranos ahora, comprobando nuestra sombra continuamente. Antes de conocerte esto no me ocurría.

—Vamos, Johanna, no es culpa de Alex.

—*Thanks*, Bruno, pero Johanna tener razón un poco, mí ponerla en peligro.

El teléfono de Lindbergh emite un pitido y se pone rojo, pero solo dos segundos. Lo descuelga y simplemente escucha; luego agradece y cuelga.

—Yo tengo que duchar. Bruno, tú tiene *training* en Cooper. Denver espera en simulador.

—¡Genial! Me encanta matar terroristas.

—No ser juego, Bruno: mejor nunca tener que usar armas.

—Lo sé, pero no me dirás que esta parte no es divertida. Tu simulador es una pasada, tío.

—Sí, ser la caña.

Cuando se ponen a hablar de juguetes se mimetizan, y cómo disfrutan... Increíble.

—¿Y yo por qué no entreno?

Me miran mal, los dos, muy serios. Vaale, claro, estoy embarazada, no estoy para clases de *kick boxing*. Lo he pillado. Ahora suena el teléfono de Bruno.

—Hola, Miranda. Sí, no sé, nunca lo lleva encima. Vaale, se lo digo. Sí, es la calle Duquesa de Orleans, segunda torre. Sí, la misma. Vaale, pues entonces ya la conoces... Sí, la ha comprado. Te espero en la puerta. No, no, tenemos de todo, gracias.

—No me digas que viene hacia aquí.

—Está aquí al lado.

—Lindbergh, escapa. Yo me ocupo.

—Johanna, sube conmigo, yo quiere *sex toy*.

¡Qué pesadito!

Y eso hacemos, prácticamente a la carrera, esquivando a Miranda, mientras oímos que llaman a la puerta.

—Maya, tu abuela está abajo.

—Voy.

Nos metemos en la habitación, y accionamos el mecanismo de las camas que transitan; por si acaso, tiramos del tabique para convertir la *suite* en dos habitaciones. Cojo el famoso juguete y se lo entrego a Alex dentro de la caja. Me pide que le acompañe al baño. Lo abre, lo saca de la bolsa de seda negra y lo mira desde todos los ángulos con gran curiosidad.

—Debería ponerme algo. Voy a vestirme.

—Espera, enséñame *functions*...

—El botón de arriba lo enciende y sube la intensidad, el de en medio sirve para cambiar los modos de estimulación y el tercero baja la intensidad y lo apaga. ¡Que te diviertas!

Lindbergh acciona el primer botón, el que enciende el apéndice estimulador del clítoris.

—*This is cool, smooth and sexy. (Es guay, delicado y sexy).*

—Sí, sí, pero me voy, no quiero que Miranda me pille en camisón.

—Johanna, tú estar en tu casa. *Which mode?* Quiero decir: ¿qué modo tú prefieres?

Le cojo el consolador y busco la quinta posición, aquella en la que la parte fállica vibra y el estimulador de clítoris describe unos latigazos monótonos, como círculos. Puedo ver su erección levantar las faldas del batín. ¡Estos dos son como monos en celo!

Me largo por el vestidor. No sé si esconderme o enfrentarme a Miranda. Dejo la puerta corredera que da a la habitación abierta para que mi madre me encuentre y busco algo que ponerme, consciente de que no estoy lo que se dice fresca; tras mi sesión de yoga aéreo me hubiera gustado ducharme, pero es demasiado tarde. A juzgar por lo que tarda en rastrearne mi madre, Bruno debe de estar entreteniéndola, porque me da tiempo a vestirme con *jeans*, botas y un jersey e incluso refrescarme en el baño de Maya.

Bajo las escaleras trotando. En el salón, con una copa de champán en la mano, está Miranda, admirando el jardín y parlotando cual cotorra.

—¡Johanna! ¿Cómo se encuentra nuestra mística? Tienes buen aspecto, mejillas sonrosadas. ¿Has ganado peso?

—No sé, mamá, yo no me peso.

—Ya lo sé, y he decidido no odiarte por ello. Ahora en serio, ¿estás bien? Me tenías preocupada.

—Estoy muy bien, madre.

—Hija, qué casa se ha dejado el Lindbergh este, ¿cómo le llama tu suegro? Ah, sí, Rodolfo Langostino. La reforma es realmente espectacular...

—Sí, lo ha hecho muy bien, ha respetado mucho el concepto.

—Y lo ha mejorado, te lo digo yo que tengo mucho ojo para estas cosas. Bruno me decía que vais a vivir aquí, todos.

—Esa es la idea.

—Todo muy moderno, ¿no? Oye, y de aquello que tú y yo sabemos, ¿cómo andamos?

—Estamos embarazados, y Maya ya lo sabe —dice Bruno metiendo la directa, que es la mejor manera de aclarar las cosas.

—Vaya, voy a ser abuela.

—Eso parece.

—Bueno, pues felicidades a los dos. ¿Y también a Lindbergh?

—Sí, Miranda, puedes felicitar también a Alex. Está muy contento.

—Pues, oye, qué bien, todo taaan civilizado y moderno.

—Mamá, suéltalo ya. Te vas a poner azul si no lo dices.

—Hija, no es asunto mío, pero ¿qué le vais a decir a la gente?

—¿Por qué no te enseño el piso de arriba y te cuento? —dice Bruno sirviendo más champán a mi madre, a falta de un sedante más potente.

—Habrá habitación de invitados, ¿no? La clásica habitación para la suegra.

Lo que me faltaba...

—Sí, sí, mamá, sube, la he diseñado yo personalmente.

—¿Por qué me da que me tomas el pelo? No deberías, soy tu fan número uno.

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo?

—Es reciente, hija, pero así es.

Qué cabrona, se refiere a Lindbergh y a nuestro arreglo.

—Bruno, ¿no tienes que ir a Cooper?

—Sí, tienes razón, me están esperando.

—¿Cooper?

—Cosas de Bruno. Y luego, oye, quedamos en Artistik: te has de ver con la madre de Beatriz, y yo con Lola. He avisado también a Gina y a Dani: si nos vamos, es mejor que nos organicemos.

—Sí, Natalia me ha dicho que puede ocuparse de Cooking is sexy sin problemas, pero creo que

quizás grabe a Heiko, en Zúrich, si él me deja. Estaría bien, para variar.

—Os juro, hijos míos, que no sé de qué estáis hablando. ¿Qué hace Maya ahí fuera con el perro y sin chaqueta?

—Maya nunca tiene frío, mamá. Y tenemos que volver a Suiza, puede que más de una semana.

Mi madre ya no me escucha, porque ha visto a Alexander bajar la escalera, duchado, trajeado, impecable, abrochándose un gemelo mientras salta escalones de dos en dos. No puedo culparla, yo misma estaría mirándole todo el día: se le ve tan feliz y lleno de vida...

—Miranda, qué placer te ver.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, verte es un todo un placer. Felicidades, vais a ser papás. Será un honor ser tu suegra.

Alex se queda congelado, le cuesta reaccionar, pero finalmente se abrazan y se dan un beso educado. Me gustaría ver si Miranda opinaría lo mismo si Lindbergh fuera un músico callejero con *piercings* y sin casa.

—Ahí es donde te equivocas, mamá. La suegrísima va a ser Matilde. Estos dos tienen sorpresas.

—Muy pronto para sorpresas. Bruno, tú estás tarde —increpa Alex a Bruno.

—Tienes razón. Miranda, te dejo. Te veo más tarde.

—Claro, cariño. ¿Vais a invitarme a cenar?

—Todos invitados esta noche, Miranda. Dani y Gina *as well (también)*. Nosotros necesitar que quedéis en esta casa todos cuando nosotros en Zúrich.

—Vale, yo me ocupo de organizar la cena más tarde.

—*Bruno, you need to delegate. (Bruno, necesitas delegar)*. Gladys te ayudará.

—Sí, jefe —dice Bruno saliendo por la puerta, encantado de ir a jugar a marcianitos en el simulador de Lindbergh o lo que sea que tiene entre manos. Mi madre no entiende nada.

—Johanna, mí tiene que ir a hotel *now. Something's up. (Ha ocurrido algo)*.

—¿Algo grave?

—Alberto dice solo *security breach. (Violación de datos)*.

—¿Algún cliente importante?

—Sí.

—¿Es peligroso?

—No.

Me acerco a él y le abrazo; me pregunto si es verdad o solo lo dice por no preocuparme. Lindbergh mira un momento a Miranda, dudando, y entonces me besa, con lengua, un beso profundo, como si fuera mi marido, como si hiciera días que no me ve. O como si se estuviera despidiendo.

Mi madre observa estoicamente, sin un comentario. Bravo; este comportamiento va a tener premio. Alex se va, también por el jardín, no sin antes acercarse a Maya y hablar un momento con ella. Se dan un abrazo. Y luego le veo desaparecer entrando en el edificio de Cooper.

Por mucho que Alex intente explicarme sus asuntos, está claro que estoy en la inopia con respecto al alcance de estos.

—De verdad que me declaro tu fan de ahora en adelante, eres mi ídolo total; que se quiten Madonna o la Lady Gaga esa.

—No puedes frivolar con esto, mamá. Es un puto lío, pero es mi vida, y la de tu nieta...

—¿Y qué dice Maya?

—Todo le parece bien, pero es una cría, ¿qué ha de saber ella? La responsabilidad es mía y de su padre.

—¿Tienes dudas?

—Mira, si me vas a hacer preguntas estúpidas, mejor no hablamos.

—Cariño, no descargues contra mí, no sería justo. En esto te has metido solita, y yo no te estoy juzgando.

—Perdona. Cuando estamos a solas parece que todo funciona bien, pero, si no, es complicado.

—Di, más bien, raro —dice, y suelta una carcajada. Me la quedo mirando estupefacta, ¿de qué coño se ríe? Al ver mi cara suelta otra carcajada; se ríe tanto que se tiene que sentar en el sofá. No puedo evitar contagiarme y sonreír también: en el fondo tiene gracia.

—Perdona, estaba pensando cómo van encajar esto tus suegros.

—¿No te lo ha dicho Gina?

—No, ¿qué?

—Leo nos pilló in fraganti, a los tres. Gina también estaba.

—¿In fraganti en la cama?

—No, mujer, me estaba despidiendo de Lindbergh y Bruno estaba con nosotros, y, bueno, entraron Gina y Leo...

—¿Os estabais despidiendo así, como ahora?

—Un poco más efusivamente, madre. Pensábamos que no teníamos público.

—¿Y Leo?

—Ya le conoces, es tan buena persona...

—¿Y Matilde?

—Ni lo sabe ni lo ha de saber.

—¿Y cómo haréis?

—Ellos parecen tenerlo todo resuelto. Pero no hablemos más del tema. ¿Te enseño el resto? Alexander os quiere a la mayoría de vosotros en esta casa cuando estemos fuera.

—Aún no entiendo por qué.

—Mi apartamento ha sido asaltado. Artistik y la casa de Mercè, también. Jorgen, muerto, sin olvidar el pobre gato. Algo en la herencia de Pablo no huele bien, mamá. Alex es un poco paranoico para estas cosas. Os quiere a todos juntos para no tener que contratar tanta seguridad, ¿entiendes?

—No, si, oye, yo encantada de pasar unos días aquí. ¿Hay servicio?

—Sí, os enviará un cocinero becario del hotel para que no tengas que cocinar, o, no sé, si lo prefieres, la propia Gladys. Pero no me la marees mucho, que te conozco.

Mi teléfono emite un rugido de pantera, es el sonido que he seleccionado para los *whatsapps* entrantes de Lindbergh. Lo llevaba en el bolsillo del pantalón, ni me acordaba. Aún me he de acostumbrar a llevar teléfono.

Leo el mensaje. Hay un emoticono de un unicornio:

*«Going straight to London, something's up. Miss you already.
(Me voy directamente a Londres, algo ha ocurrido. Ya te echo de menos)».*

Le escribo preguntando:

«Alex, dime qué pasa».

Contesta:

«Bruno will tell you. I need the phone, baby.»

(Bruno te cuenta. Necesito el teléfono, cariño)».

Le vuelvo a escribir:

«OK, LOVE YOU».

Y me contesta:

«LOVE YOU».

—¿Pasa algo? Johanna, estás pálida.

—Era Alex; pensaba que iba al hotel Lindbergh de paseo de Gracia, pero me dice que se va directo a Londres. No sé, parece algo importante, un problema de seguridad.

—Es un tipo un poco misterioso, ¿no? Aparte de sexy, quiero decir.

—Ay, si tú supieras...

Aparece Gladys y saluda a mi madre efusivamente; también entra Maya con el perro, y además llaman a la puerta, probablemente son Gina y Dani. Estoy bloqueada. Debería ir a Cooper a preguntarle a Bruno qué coño está pasando, pero se me ha montado una reunión familiar, así de repente.

—Hola, chicos. Ahora nos vamos, voy a preguntar a Bruno si tiene para mucho; si no, le esperamos en Artistik.

—*Cap problema.* Menudo casoplón.

—Sí. Maya, enséñales a la abuela y a tus tíos tu cuarto y los otros dos, yo ahora subo.

—¿El que se mueve?

—Los dos cuartos, Maya...

—Dos cuartos, sí, claaaro, *no problem...*

Qué más dará ya, si lo sabrán todo tarde o temprano. En fin, no es ahora buen momento para más explicaciones. En vez de ir a Cooper teniendo tanta gente en casa, pruebo a enviarle un mensaje a Bruno.

Le escribo:

«Alex se ha ido a Londres, ¿qué pasa?».

Me contesta enseguida:

«Se le ha caído el satélite».

Como no lo entiendo, pregunto:

«¿Dónde?».

Y me contesta:

«En la cabeza, mira que eres boba... No te preocupes. Ahora subo».

Tenemos un satélite. Lindbergh tiene un satélite. ¿Es eso posible? Vuelven todos al salón después de que Maya les haya hecho un pequeño *tour* por el piso de arriba.

—No hay suficientes habitaciones: tendremos que compartir mamá y yo. Aunque, visto el baño, igual me mudo ahí... —dice Gina. Ahí está Bruno.

—¿Qué hay, familia? Nos estamos viendo demasiado últimamente.

—*Noi, quina chabola t'has montat. (Chico, vaya chabola te has montado).*

—Bruno, ¿no tengo habitación propia?

—Sí, sí, Miranda, no te preocupes. En el tercer piso hay dos apartamentos. Un estudio que ocupa Gladys y otro bastante más grande. Tienen entrada por la escalera de la puerta trasera, son independientes de la casa. Distribuíos como queráis, pero alguien siempre con Maya. Digamos que el apartamento es más íntimo.

Todo esto es tan reciente que ni yo misma sabía aún lo de los apartamentos. En fin, me alegro de que quepan bien.

—Miranda, que Gladys te enseñe el tercer piso y tú decides qué prefieres. Nosotros, si no te importa, nos vamos a Artistik a organizarnos para que Gina y Dani nos sustituyan cuando empiecen las clases.

—Yo quiero la *suite* que da al baño de Cleopatra.

—Bien, Miranda, pues tuya es.

—Bruno, ¿es realmente necesario que nos quedemos todos bajo el mismo techo? *¿I els papás? (¿Y los papas?)*.

—Estarán de *viatge*. *Els enviem a Canaries... (Los hemos enviado a Canarias...)*.

—¿No estáis exagerando? Parece que os habéis montado una película de miedo.

Intervengo para quitarle hierro al asunto:

—Si te digo la verdad, Gina, en realidad es por economizar. Lindbergh es un poco paranoico, y se le ha metido en la cabeza poneros guardaespaldas a todos. Si estáis todos juntitos se siente mejor, menos que controlar.

—Bueno, vosotros sabréis: el «fiki máster» es adquisición vuestra.

—Cuidado, Gina, podría estar escuchando... —dice Bruno.

—No jodas.

—Es broma, mujer.

Ay, Gina, si tú supieras... La mosca tiene ojos y oídos por todas partes.

Capítulo 4

Savannah

BARCELONA. SEDE DE COOPER
6 DE ENERO

Sin noticias de Lindbergh desde hace dos días. Sin embargo, tenemos a La mosca en pantalla hablándonos desde Cooper Londres. El satélite ha sido restablecido, y aún no se sabe si fue un fallo técnico relacionado con la meteorología espacial.

Parece ser que hay agencias privadas que procesan todo tipo de información acerca del *Space Weather* (tiempo del espacio) y que previenen todo tipo de fallos técnicos y perturbaciones en satélites tanto privados como gubernamentales.

Parece ser, fijate tú, que fenómenos, como, por ejemplo, las tormentas solares, pueden afectar a los satélites, hacer que se equivoquen los GPS y prácticamente montarte un lío fenomenal con información errónea.

Por otro lado, cualquier chaval como Memphis o Kansas puede infiltrarse. Esta semana Cooper ha tenido dos intentos de hackeado. Incluso se han atrevido a dejarnos mensajes crípticos:

«Watch your heads... We're one, we're many, we lurk in the dark, we're everywhere and anywhere. (Vigilad vuestras cabezas... Somos uno, somos muchos, acechamos en la oscuridad, estamos en todas partes y en cualquier lugar)».

Nada tiene todo esto que ver con los Müller, que carecen, en principio, de este tipo de medios. Aquí piensan más bien que es cosa de la competencia. Se hacen la puñeta para robarse los clientes. Ocurre de vez en cuando.

Lo importante es proteger la identidad de los clientes y la información de sus actividades. Aunque el trabajo que realiza Cooper no tiene nada de glamuroso la mayor parte del tiempo.

Muchos de los clientes tienen una vida rutinaria y predecible; el seguimiento es monótono, un simple localizador que indica dónde están en un monitor y poco más. Básicamente se comprueba de forma metódica, y solo si saltan las alarmas se actúa.

En estos momentos tenemos una fiesta *Sweet Sixteen* de la hija de un importante magnate en NYC. En una fiesta privada de esta magnitud, unos quinientos invitados, la planificación es muy importante. Todo está yendo perfectamente bien. Digamos más bien que los hombres de La mosca son, en este caso, niñeras de los polluelos de *la crème de la crème* de NYC. Y que básicamente nos encontramos vigilando discretamente su consumo de alcohol y drogas, para que no haya ninguna desgracia.

Tenemos en otra pantalla a un señor de unos ochenta años jugando al golf en Palm Springs. El cadi es un chico de Cooper; se sospecha que el compañero de golf del cliente podría tener oscuras intenciones. El cliente está sobre aviso.

También tenemos en pantalla a Alice, que está a punto de salir del centro de rehabilitación a las afueras de Londres. Esta mañana estaba yo estudiando el perfil psicológico de Müller que nos han elaborado y ojeando la propaganda abiertamente racista y antisemita del partido de Verner Müller cuando he oído que Alex iba a ir personalmente a recoger a Alice. He decidido quedarme fingiendo más curiosidad de la que siento realmente por las actividades de la empresa.

Alice es «Savannah», y es también un miembro activo de Cooper, a la vez cliente y reclutadora. Está casada con un importante senador, y es quien propone nuevos clientes a Cooper. Todos sus contactos en la política de altas esferas y su profundo conocimiento del mundillo de Hollywood la hacen muy valiosa. Lo que he podido sonsacar a Bruno es que Alice es de buena familia, que fue actriz y que tiene una estrechísima relación con La mosca.

En su época de actriz, cuando aún iba a la universidad, coqueteó con la heroína, y se enganchó. Su marido, que por aquel entonces solo era un hombre rico mayor enamadísimo de ella, la ayudó a salir de la droga y se casaron. Hace unos meses, treinta años después de haber dejado de consumir completamente, le recetaron unos opiáceos por un dolor de espalda o por no poder dormir, y eso, automáticamente, desencadenó en ella una necesidad mayor que la precipitó a una recaída.

Aquí la tenemos, con sus estupendos sesenta años, saliendo de una clínica, desvalida, y completamente avergonzada. Me gusta Alice, tiene una luz interior magnética; no puedo parar de observarla: su tristeza es tan impactante como la de Lindbergh, otra alma solitaria.

De este asunto no nos ocupamos nosotros, pero como ahora Barcelona es el nuevo centro de mando, podemos ver todos los despliegues en directo. Ahí sale Alice, Savannah, acompañada de otra chica. Ha cambiado el chándal por un traje chaqueta y el maquillaje le da otro aspecto, está impecable.

Podemos oír la voz de La mosca dando instrucciones a través de unos auriculares. Debe de llevar un pinganillo. Podemos ver la imagen desde varios ángulos, uno más abierto, otro subjetivo; vemos lo que La mosca ve.

En cuanto Alice se acerca a Lindbergh sin decir nada, sé, solo por la forma de mirarle a los ojos, que son o han sido algo más que conocidos. Contengo la respiración. No debería estar haciendo esto, no debería estar mirando. Lindbergh le pone una mano en cada hombro y la mira a distancia.

—Alice —dice.

—Alex —dice ella. Se le acerca y se besan. El beso se demora.

Y se me congela el alma...

—*Georgia is here (Georgia está aquí)* —advierte Milwaukee.

Y Alex interrumpe su beso, abrazando a Alice. En un tono mucho más fuerte, para que yo lo oiga, me dice:

—Georgia. Esto no es que parece. —Y veo que se meten en el coche. Le oímos decir—: *We're cool, disconnect. (Estamos bien, desconecta).*

Perdemos la imagen y también el sonido.

No sé qué es lo que les habrá parecido a los demás, pero a mí me ha parecido que la tipa esa le metía la lengua hasta la campanilla y que a él no le importaba. Disimulo, impasible, pero ahora mismo tengo un bajón difícil de asimilar.

Milwaukee me informa de que La mosca regresa esta noche. Y me da unos golpecitos cariñosos en el hombro.

Me falta el aire, tengo que salir de aquí. Solo espero que no haya mucha gente en casa.

Cuando voy hacia el ascensor tengo que repetir mi nombre en clave dos veces. Tengo la voz atenzada por un nudo en la garganta y la máquina no me reconoce.

Al fin, salgo al jardín y respiro. Me siento en un banco. ¡Qué tontería! No debería ponerme así por un simple beso, aunque necesito más información o me pondré a darle vueltas, y yo no soy del tipo celoso, me parece una pérdida de tiempo.

Mi móvil ruge, y sé que es Alex. Por un momento pienso en pasar completamente del WhatsApp, pero la curiosidad me puede. Leo el mensaje:

«Don't jump to conclusions. You are the one that I want. (No saques conclusiones. Tú eres la que yo quiero)».

You are the one that I want, me suena. ¿No es eso de *Grease*? Demasiado tarde: mi Radiohead se ha activado, tengo música en la cabeza, la versión de Damian Rice con Angus y Julia Stone.

*I got chills, they're multiplying
And I'm losing control
Because the power you're supplying
It's electrifying
You'd better shape up
Because I need a man
And my heart is set on you
You'd better shape up,
better understand*

*To my heart I must be true
You're the one that I want, oh Honey
The one that I want, oh
Honey
The one that I want
Oh
can't you see
Oh yes indeed, oh yes indeed*

Bruno me saca de mis ensoñaciones. Se me acerca y se sienta a mi lado y me coge la mano.

—Lindbergh dice que no le contestas. Dice que sabe que has leído su mensaje. Dice que lo que has visto no significa nada.

—Puede que no signifique nada, no lo sé.

—¿No piensas contestar?

—No tengo nada que decir.

—¿No estás exagerando?

—Exagerando. Ya. ¿Me dirás la verdad si te hago una pregunta?

—No tengo secretos.

—¿Llevo un localizador?

Parece sorprendido por mi pregunta; coge aire, muy serio, y dice:

—Sí, todos nosotros llevamos un chip.

—¿Como los perros?

—Algo más sofisticado, pero sí.

—¿Lo llevo en las muelas? Toda esa obsesión por el dentista... Me lo puso el doctor Brown.

—Sí.

—Ay, Bruno, joder. ¿Cómo me has hecho una cosa así? Y no me vengas con esa mierda de que

es por seguridad. ¿Cómo no me has dicho nada?

—Pensaba hacerlo, de verdad, y Alex también. Al principio decidimos que no estabas preparada, y luego todo ha ido tan rápido...

—¿Qué coño quiere decir que no estaba preparada?

—Después de la muerte de Jorgen, cuando Alex se fue, no sé hasta qué punto te has dado cuenta de lo triste y deprimida que estabas. Se me partía el corazón.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me aterra pensar si te habrías sentido igual si hubiese sido yo el que se hubiera ido.

—Qué tontería.

—Mira, de verdad que quería decírtelo, pero entre una cosa y otra... Perdóname, sabía que te iba a sentar mal, pero tomé la decisión también por Maya y por Gina.

—Todo esto me sobrepasa. No sé si quiero esta «batcueva» con mercenarios armados y gente observándome en mi casa.

—Estoy contigo en que es de locos, pero es el mundo de Lindbergh. Si tú se lo pides, venderá la empresa a la competencia, no deja de hablar de eso. Pero yo sé que no es lo que quiere en realidad. Lo del bebé le tiene descolocado.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Se me escapa la risa pensando en nuestro encuentro de ayer, en que se preocupaba por dejarme embarazada. Bruno me coge la cara con ambas manos y me besa la nariz.

—Esta noche, para cenar, solo estaremos nosotros tres. Haré fajitas, que a Maya le encantan, y luego tú y yo nos bañaremos en la piscina.

—Debe de estar sucia.

—¿No has visto el cristal?

—No.

—Pues levanta, que te lo enseño.

Efectivamente, la piscina está cubierta por un cristal que se esconde bajo la tarima de teca tan solo con accionar un botón. ¡Hay que ver lo que inventan hoy en día!

Contra pronóstico, no hay nadie en casa. Bruno me pide que le ayude a encender la chimenea, y eso hago, es de las pocas cosas que se me da bien. En cuanto la llama prende, mi espíritu se sosiega.

Nuestro acuerdo con Gina y Dani también me proporciona cierta paz interior. Gina necesita más estabilidad y yo desvincularme un poco de la escuela y no sentirme imprescindible. Es el momento perfecto para delegar. Gina podrá apoyarse en Dani, juntos lo harán bien, estoy segura. La escuela tiene su propia inercia; solo hay que estar, prestar atención, hacer las cosas con cariño.

Dani conseguirá la custodia compartida con los abogados de Lindbergh; de hecho, podría arrancarle la custodia total de sus hijos a Cayetana si quisiera, pero no es lo que quiere. Lo importante es que los niños puedan tener otra perspectiva, aunque sea parcial, otra visión de vida distinta a la que les da su madre. Dani ha despertado de una pesadilla; ahora, pobre, se da cuenta de todo y se siente negligente. Estoy orgullosa de Bruno, siempre sabe estar ahí para la gente que quiere.

En cuanto a mí, siento que estoy transitando hacia una nueva etapa, sin saber muy bien a dónde voy. Me estoy dejando llevar por la marea.

—Le he pedido a Gladys que te haga un té. ¿Le ponemos un poco de miel? Quiero que tomes miel todos los días, y muchos zumos de naranja.

—Con miel, perfecto. ¿A qué hora vuelve Maya?

—Ya no tardará. Que se bañe y cenamos pronto.

—¿Te gusta vivir aquí?

—¿A ti no?

Me encojo de hombros. Gladys me trae el té con un *brownie* de chocolate y yo se lo agradezco.

—Te gustará, ya verás, es cuestión de tiempo, necesitamos un poco de rutina. Cuando volvamos de Suiza y podamos sumergirnos otra vez en nuestra vida normal, todo irá mejor.

—¿Normal? Hay que joderse.

—No seas vulgar, que me pone mucho, y te arranco la ropa aquí mismo, delante de Gladys.

La pobre mujer suelta una risilla desde la cocina.

—Bruno, ¿contigo todo se reduce a sexo o qué?

—Y al amor: sexo y amor. Bueno, y cocina...

Mi teléfono ruge otra vez. Pero no leo el mensaje, sé que es Lindbergh, y Bruno también. Me mira mal, como reprobando mi comportamiento.

—Le viene bien un poco de candela. Que no vaya por ahí besando a señoras.

—Eres injusta.

—Sí, bueno, pues acostúmbrate.

Oímos la puerta. Gladys ha ido abrir; nuestra hija entra corriendo llamando a su perro. Está tan llena de vida y energía que da gusto. Saludo a Dani desde donde estoy, aunque no me levanto, es Bruno el que va a su encuentro, pero solo se despiden brevemente. Hoy he hablado con Natalia por teléfono, y le he dicho que nos vamos unos días a ultimar unos asuntos a Zúrich. No creo que pueda hablar abiertamente de lo que ocurre en mi casa, ni siquiera puedo hacerlo con mi madre y mi hermana, que ya saben lo que hay que saber. Aun así, me cuesta mucho. El arreglo que propone Alex parece lo más lógico para protegernos, por lo que me será más fácil defender ante la gente algo que no es verdad: que mi marido me ha dejado por un hombre que decirles abiertamente que tengo dos maridos. ¡Es una paradoja!

Bruno y Alex tienen que ver a mi suegro para hablar de este tema antes de que se vayan de viaje a Canarias. El pobre Lindbergh ya tuvo su encuentro con Leo jugando al golf hace unos días, así que no quiero ni imaginar la conversación. Ahora encima tienen que decirle que esperan un hijo y que van a casarse. Siento náuseas solo de pensarlo, pero sería mucho peor tener que escondernos eternamente.

—Mami, ¿si te digo una cosa no te enfadas?

—Hombre, pues depende.

—No tengo ningunas ganas de volver al colegio.

—Eso se te pasa en cuanto vuelvas y veas a tus amigos y te rías un poco con ellos. ¿Cómo se llama ese que te hace reír todo el día?

—Álvaro. Bueno, y Ariadna, y Silvia es la pera: si se ríe en el comedor le sale la sopa por la nariz.

—¿Ves? De vacaciones se está bien, pero solo un tiempcito; si no, hasta eso es aburrido. Tienes que ir a bañarte, papá quiere cenar pronto hoy.

—Podría bañarme en vuestro baño, el de las dos bañeras...

—No veo por qué no.

—¿Y tú te bañas conmigo en la otra?

—Pues, mira, es buena idea. Pondremos sales de baño de esas que envía Kalani, las de lavanda.

Y eso es lo que hacemos. Informo a su padre, que ya está liado cortando aguacates y limpiando lechuga para sus fajitas. Subimos al cuarto de baño; disponemos velas y ponemos música con el

pequeño altavoz portátil de Bruno, que te permite oír la lista del iPad en cualquier parte.

Pongo Pitingo y Mecano, a Maya le encantan. Tiene una pequeña lista propia que incluye éxitos de la movida (Alaska, Loquillo, Radio Futura, Gabinete Caligari...). Son divertidas y se las sabe todas. Preparamos bañeras calientes con mucha espuma, y cantamos a pleno pulmón y reímos imitando la natación sincronizada. Bruno llega atraído por el escándalo y nos hace varias fotos que quedarán para la posteridad.

Los niños tienen la capacidad de devolverte a la realidad y enseñarte lo que es importante en la vida: no piensan en el futuro ni en el pasado, disfrutan el momento. Eso siempre tiene un efecto terapéutico en mí. Ya me siento mejor. Maya me enseña que ser feliz es mucho más fácil de lo que parece.

La veo bostezar muerta de sueño, exhausta, contenta, y pienso que algo bueno debo de haber hecho para que sea una personita tan auténtica...

Nos ponemos camión. He comprado calcetines Collegien con suela de goma en una tienda del barrio para las dos; con estos podemos salir al jardín cuando vamos cómodas. La cena ya está casi lista. Gladys ha puesto la mesa y se ha retirado a su apartamento. Tengo que acordarme de decirle que poner la mesa es un ritual que me gusta hacer con mi hija, y que creo que colaborar es bueno para su educación. Ella se sienta junto al fuego con su perro, que ha resultado ser muy friolero.

—Mamá, ¿y Alex?

—Vuelve esta noche de Londres. Me temo que no le verás, llegará tarde.

—¿Cuándo os vais?

—Después de reyes.

—¿Cuánto estaréis fuera?

—Puede que algo más de una semana.

—¿Estarás muy gorda cuando vuelvas?

—Como una vaca. ¿Me querrás igual si no quepo por la puerta?

—Aunque llueva o haga sol —dice, imitando a su padre, que siempre acompaña su famosa frase con un gesto como de indio apache y luego se me tira encima y me da un beso húmedo, uno de esos que me hace tan feliz. Esta noche no va a ser difícil meterla en la cama, porque se cae de sueño.

—Esto ya está, señoritas.

Huele muy bien: fajitas de pollo salteado con pimiento verde y cebolleta, con algo de picante, solo lo justo, aptas para niños. En diferentes boles pequeños Bruno ha dispuesto pepino en rodajas, lechuga, tomate, guacamole. Las tortillas de maíz van en un recipiente para que no se enfríen.

—¿Quieres una Coronita con un poco de limón? Una cerveza no te va a hacer daño. Pediré a Gladys que las compre también sin alcohol.

—No, no, prefiero agua, he tenido un poco de angustia hoy.

—Papi, las fajitas están tremendas.

—Ay, se me ha olvidado la salsa agria. Voy a por ella.

Bruno consigue la clásica *sour cream* americana en una tienda especializada en artículos de Estados Unidos que está en la calle Balmes. Suele mezclar la crema con cebollino picado, y también la utiliza si hace patatas asadas.

Cenamos tranquilamente en familia, disfrutando de un plato sencillo que no llena demasiado, con vistas a nuestro espectacular jardín, con el aroma de la chimenea, y cada uno de nosotros se queda absorto mirando alrededor de vez en cuando. Es todo tan nuevo, tan grande, tan extraño...

Tras la segunda fajita, Maya da claros signos de cansancio. Dejamos un momento la cena, a medias, y la subimos a la cama. Su padre la lleva en brazos y el perro nos sigue, con serias dificultades para subir las escaleras.

Acostamos a Maya, que nos pregunta por qué no puede ir de viaje con nosotros, y a Bruno no le cuesta nada calmar su inquietud y dejarla profundamente dormida.

Volvemos a la mesa y seguimos cenando en silencio, tranquilamente, como tantas otras noches de nuestra vida, pero en un entorno diferente.

—¿Has contestado a Alex?

—No, quería hacerlo, pero me he dejado el teléfono arriba. Puedo ir a buscarlo si tanto te preocupa.

—No me preocupa.

—Bien.

—Quiero un baño en la piscina, ¿te apetece? ¿O con la bañera has tenido suficiente? Podemos quedarnos en el sofá, con la chimenea, acurrucaditos cual abuelitos.

—¿Hay que calentarla?

—Sí, pero es un momento. Ya está climatizada, he de subir un poco la intensidad.

—Vale, pues yo recojo esto; tú ve a calentarla más y a coger dos albornoces. No hagas ruido: no despiertes a Maya o te fastidia el baño.

—Descuida.

Se va todo contento. Francamente, remojarme otra vez, justo después de cenar, no es precisamente lo que más me apetece, pero cuesta tan poco hacerle feliz... Vuelve con los albornoces cuando he acabado de cargar el lavavajillas. Me lo pone por encima para que no tenga tanto frío al salir al jardín, y me dice que tiene sorpresa de postre para después. Apagamos las luces del salón y nos encaminamos por el jardín hacia la piscina.

—Está calentita. No te lo pienses dos veces o te vas a enfriar.

Ya está desnudo bajo el albornoz; lo cuelga en un perchero que hay en la tarima de teca para este menester, y se tira de cabeza.

—Venga, al agua, no te lo pienses.

Y aunque debería haberme desnudado yo también dentro de casa, intento ir todo lo rápido que puedo. Como solo llevo un camisón y los calcetines, en cuestión de segundos estoy en el agua.

—Ahhh, Bruno. ¡Qué buena está!

—¿A que sí? Voy a darles a las burbujas.

No es exactamente un *jacuzzi*; afortunadamente, no es de plástico, pero tiene ese tipo de funciones: hace burbujas, tiene sistema de natación contra corriente y también cascadas relajantes.

Nadamos un poco. Yo hago el delfín: no puedo evitar estar en una piscina y hacer unas cuantas volteretas. Bruno hace la vertical y cuando sale me abraza. No estoy segura de querer sexo esta noche, puede que tenga un empacho. No sé cómo explicarlo. Al abrazarme, Bruno lo nota.

—Si no te apetece, lo dejamos, tenemos una vida...

—Mira, Bruno, habrá que hacer algo con esa erección, creo que no tengo escapatoria.

—Tengo mis recursos —dice, pero es un farol; lo tengo encima, su lengua en mi cuello. Le busco la boca: nada como un buen beso para activar una libido alicaída. Me abrazo a él y pongo las piernas alrededor de su cintura.

—Te subo a la escalera y te la meto rapidito.

—Oh, Bruno, ¡qué romántico! —bromeo.

—Oye, no te aclaras, ¿eh? ¿Te hago un *Lindbergh special*?

—No, cariño, hazme lo que sabes hacer...

—¿Qué quieres decir?

Mira que eres bobo. Anda, ven —digo dirigiéndome hacia los escalones de obra, donde apoyo los brazos como si estuviera haciendo la figura del perro boca abajo de yoga, Adho mucka, y pongo el trasero en pompa, facilitando la entrada por detrás, que es como más me gusta a mí.

—¿Esto te parece romántico?

—Me estoy ofreciendo...

—Oye, mejor lo dejamos.

—Mejor no, me estoy poniendo a cien.

Y es entonces cuando Bruno actúa como debería haberlo hecho, de forma primaria, tal y como él es, sin tanta pregunta, sin tantas dudas. Se sienta en el escalón y me da órdenes; eso me excita, y él lo sabe.

—Chúpamela —me dice, levantando la pelvis y ofreciéndome su miembro erecto, parcialmente fuera del agua. Hago lo que me pide. Me arrodillo un par de escalones más abajo, pero antes le miro a los ojos, demorando el momento. Esto es importante: refuerza su deseo, y el mío también.

Antes de empezar, emito un sonido algo teatral, como de apetito.

—Mmmhmm.

Y ya lo tengo loquito. Primero saludo su glándula con mi lengua, recorriendo sin prisa el contorno, una tortura placentera que, aunque parezca mentira, después de tantas veces, aún le coge por sorpresa.

—Oh, Jou, me vuelves loco. Es que no puedo...

Me separo y me sumerjo en el agua para volver a salir cual morena en busca de su presa. Me la meto en la boca e imprimo un ritmo monótono, dentro, y fuera, dentro y fuera, guardando los dientes entre los labios y acariciándole con la punta de la lengua, describiendo círculos, una y otra vez, una y otra vez, llevándole al filo.

—Oh, Jesús, para, para, ¡qué loca que estás! —dice, y entonces bromeo; hago ver que intento hablar, pero no puedo porque tengo un pene en la boca, y pongo los ojos bizcos. Bruno suelta una carcajada—. Ven aquí, payasa que te voy a quitar tanta tontería —me dice, y, ahora sí, me agarra, sin preguntas, sin dudas, y me sienta sobre él. Su miembro me embarga, me abrumba. En ese momento ya no puedo pensar; me abrazo a mi hombre, me agarro con fuerza saboreando el vaivén, creamos olas que chocan contra la tarima. Le miro a los ojos mientras me hace el amor: su mirada es tierna, y no puedo evitar decirle que le quiero.

—Te quiero, Bruno.

—Mmmm.

—Te quiero, Bruno. De verdad, te quiero.

Se para, ahondando su embestida, manteniéndose dentro de mí, mirándome perplejo. Su miembro palpita en mi interior. Ahhh, si se mueve estoy perdida. Últimamente no tengo aguante.

—¿Ahora quieres hablar? —dice reanudando sus embestidas, agarrándome las nalgas con ambas manos. Le cabalga sin piedad, y me encuentro enseguida cerca del cielo.

—Dime, Jou, ¿quieres hablar?

—Aaaahhh.

No podría, aunque quisiera. Me mira a los ojos, su mirada implacable, como enfadado, y me devora la boca, dejándome sin aliento. Su lengua me atropella, me muerde los labios. Me coge por los hombros y me clava hacia él, poniendo demasiada presión sobre mis clavículas. Apoyo las rodillas en el escalón, y presiono yo también como si quisiera fundirme con él. Y entonces se

levanta conmigo encima, me arranca de su cuerpo y me pone a cuatro patas sobre los escalones, volviéndome a penetrar sin tregua. Me hago daño en las muñecas al soportar sus embestidas, pero no me da un respiro. Mi mente se desactiva. Y entonces me sorprende cambiando el ritmo, haciendo un juego de pelvis, desatando un mar de sensaciones. Ya siento el hormigueo, ya viene, me siento desvanecer, solo un poquito, y un calambre placentero que se expande por mis nervios y lleva todo el placer a mi cerebro, esa pequeña desconexión, ese segundo de bienestar... Aaaaay, ay.

Giro la cara para que me vea bien.

—Bruno.

—Mmmm.

—Dímelo.

—¿El qué? —me pregunta jadeando.

—Dímelo, Bruno.

—Te quiero, Jou —dice mirándome a los ojos, y eyacula, le coge totalmente por sorpresa. Se recuesta sobre las escaleras.

—Traidora.

—Tonto.

Nos besamos, nos queremos. Ojalá sea así siempre, con sus altos y sus bajos, pero con la esencia intacta. El cariño, la admiración, las ganas de estar juntos incluso los ratos en que no nos soportamos.

—Hay luz en el salón.

—¿No será Maya, o Gladys?

—No, es Alex.

Y así es: está sentado en el sofá mirando. Quizás se haya molestado, aunque no debería. Salimos del agua y cogemos los albornoces. Necesitaríamos chanclas, pero no tenemos; por suerte hay un buen trozo de tarima hasta cerca de las escaleras, y luego césped. Cojo mis calcetines y mi camisón y me los llevo en la mano, muerta de frío.

En cuanto entro en el salón sé que Alex no está bien, puedo percibirlo en su silencio, puedo percibir la tensión en el ambiente. Nos acercamos. Tiene la mirada perdida, parece mirar la piscina, pero no ve nada: es como ver a un sonámbulo, solo que este tiene ojeras negras y un aspecto lamentable: la camisa abierta, la corbata suelta, sin chaqueta...

—Alex, ¿me oyes?

Sonríe. Ay, mierda, no puede ni hablar. Bruno le toca la cara; su mirada sigue perdida en el horizonte, no reacciona. Finalmente dice:

—Bruno.

—Dime.

—*Take me to the bathroom. (Llévame al baño).*

—Claro tío, apóyate en mí.

Con un esfuerzo sobrehumano, Bruno prácticamente se lo carga al hombro y le acompaña al baño, donde le oigo vomitar profusamente, sacando las entrañas, mientras Bruno le susurra palabras tranquilizadoras, muy bajito, como le haría a un bebé o a un cachorro. Cuando vuelven, tengo un *spray* para el aliento que llevaba en el bolso a punto. Se vuelven a sentar.

—Abre la boca —le digo, y obedece. Le rocío algo de *spray* de menta, y la cierra enseguida sin decir nada.

—¿Mejor? le pregunta Bruno. Y Alex sonríe, mirando al frente con la mirada perdida.

Obviamente está fatal.

—Voy a por un bol con agua y un paño. ¿Fría o caliente?

—Fría —digo con seguridad, pero en realidad no tengo ni puta idea. Bruno se mueve rápido; no parece el señor Lobo de *Pulp Fiction*, tranquilo y eficiente, como la otra vez con el gato, sino que se le ve preocupado, aterrado. Vuelve con un bol con hielo. Sumerge un paño de cocina limpio, lo deja empaparse y luego lo escurre con cuidado. Se lo pone en la frente.

—*Thanks* —dice Alex, con la mirada perdida, y esa sonrisa que me parte el alma rezuma dolor por todos los poros. Bruno le besa la frente.

—Ay, joder, Jou. No puedo verle así, parece un zombi.

—Ya lo he visto antes, se le pasará en un rato.

—¿Y no le podemos dar nada?

—Ya habrá tomado de todo, esto no es nuevo para él.

—Me mata verlo así.

—Alex, ¿probamos con el masaje?

—*Please* —dice; no habla hacia mí, no nos ve. Probablemente esté inmerso en una luz cegadora blanca, completamente ciego. Me levanto y me pongo detrás de él, e inicio mi famoso masaje.

Cojo su cráneo entre mis manos, aprieto en la zona temporal con todas mis fuerzas; con la parte posterior de la palma, le aprieto todo lo que puedo las sienes. Alex emite pequeños sonidos, exhalaciones de aire que indican cierto alivio, y entonces muevo mis manos hacia sus cervicales, y le hago un masaje, apretando con fuerza, dejándome la piel por intentar captar sus sensaciones y llevar mis dedos a donde mitiguen, aunque sea un poquito, su dolor. Daría lo que fuese en estos momentos por paliar su sufrimiento. Bruno le ha cogido la mano, y se la acaricia como si fuera una abuela y le habla al oído.

—Ya, ya, ya pasó. Ya estás mejor. Esto pasa enseguida.

—Hay que dejarlo tranquilo. Apaga las luces; normalmente se queda a oscuras.

Bruno apaga todas las luces y se vuelve a sentar cogiéndole la mano. Yo me siento también, al otro lado del sofá, y recuesto mi cabeza en su hombro, atenta a no molestarle. Nos quedamos en silencio, contemplando la piscina, cada uno con sus pensamientos. No vamos a dejarle solo.

Al cabo de un buen rato, Alex levanta el brazo y se lleva una mano a los ojos; los cierra y se aguanta el hueso de la nariz con el índice y el pulgar, apretando, como si eso detuviera el dolor. Para mi asombro nos suelta.

—Vosotros follando en piscina, ¿no podéis esperar? *Can't trust you. (No puedo confiar en vosotros).*

—¿Nosotros, follando? Noooo, solo un poquito. ¿A que sí, Bruno?

—No, tío, follando no, solo la puntita.

Sonríe, y esta vez mira a Bruno moviendo la cabeza en negación, como diciendo «No tenéis remedio». Y Bruno se le tira encima para abrazarlo, contento de verle mejor.

—Ese rollo zombi no me ha gustado nada, tío. Quiero hablar con tu médico, no quiero verte así más.

—¿Quieres que subamos a la cama?

—No, no cama. Mí aquí bien.

—Pues aquí nos quedamos. Pilla unas mantas, Bruno.

Me quito el albornoz para ponerme el camisón y Alex me palpa el cuerpo desnudo; no son caricias seductoras, apenas sabe lo que se hace, sin embargo, mi piel las registra como si fuera la primera vez. Me pongo el camisón y me acurruco junto a él poniendo la cabeza sobre su regazo.

Bruno le quita los zapatos a Lindbergh y le pone un cojín sobre la mesilla para que apoye los pies cómodamente; dispone otro para él, y me echa una de las mantas por encima. Y así nos quedamos, no sé cuánto rato, porque me duermo enseguida.

Capítulo 5

Savannah, otra vez

BARCELONA. CALLE DUQUESA DE ORLEANS
7 DE ENERO

*M*e despierto en el sofá sola; la chimenea está llena de regalos, no hay nadie en la cocina y huele a café. Voy a tener que ir al médico: no es normal que duerma tan profundamente. Los chicos se han levantado sin que yo me haya enterado y encima han dispuesto los regalos de Reyes. Tiene que ser algún trastorno del sueño; con el embarazo la cosa va de mal en peor.

Oigo revuelo en la puerta principal: Maya, Bruno y Sándwich, seguidos de Gladys con el carro de la compra.

—¡Mamá, han venido los Reyes Magos!

—Ya lo veo.

—Pues espabila: hace horas que espero que te despiertes.

—Haberme despertado...

—Dice papá que no es bueno para el bebé.

—No, Maya, yo lo que digo es que ahora mamá tiene que descansar más.

—¿Y Alex?

—Se está duchando; está mejor, pero le he prohibido que se cambie y se ponga a trabajar.

—Has hecho bien. Hoy que se tome un día en familia.

—Vamos a buscarle, papá, ya no puedo más.

—Ve tú, Maya; yo tomo un café y me lavo la cara.

Voy hecha unos zorros, en camión, pero, no sé por qué, no siento ninguna necesidad o presión por estar estupenda todo el día, más bien al contrario. En cuanto tomo el primer café me espabilo; al segundo, estoy lista para una maratón.

Lindbergh baja en batín, uno de esos con estampados *retro*, tan estrambóticos como auténticos. Aún tiene mala cara, y está muy lento de reflejos, como si dudara de la fiabilidad de sus piernas al bajar las escaleras. Bruno es el primero en saludar.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra la dama de las camelias?

—Triste y sola. *I'm afraid. (Me temo).*

—Sin embargo, querida dama, su belleza sigue intacta —digo, pero Maya me corta:

—Dejaos de chorradas y abramos los regalos.

—Pues, venga, haz los honores.

Reconozco los paquetes de Maya. Alex, Bruno y yo acordamos en comprar bicicletas Brompton para todos. Bueno, solo tres: Maya ya tiene una para su edad, pero he visto otros tres paquetes iguales que no estaban previstos.

—¿Cómo lo hacemos?

—Que Maya los abra todos.

—Mooola. Me encanta abrir regalos.

Maya abre las tres bicicletas plegables; una es turquesa, la otra verde oscuro y la última roja. Yo me pido la turquesa, Lindbergh la verde y Bruno prefiere la roja. Adjudicadas. Maya abre otro paquete con unas botas de ante para ella, que le entusiasman, y un equipo de esquí nuevo, aunque este año no sé si vamos a poder escaparnos. Por último, libros.

Finalmente descubrimos qué es lo que contienen las cajas pequeñas: relojes Apple Watch, probablemente tuneados por Cooper & Co.

—Tienen algún *modification* —dice Lindbergh orgulloso. Y a Bruno es como si le hubiera tocado la lotería: hace tiempo que quería uno.

—Cuenta, cuenta, ¿Qué le habéis puesto?

—No, Bruno, hoy no. Alex, tienes que descansar la mente; hoy meditas, o si quieres te doy un masaje. Nada de trabajo, ni instrucciones, nada de nada.

—Masaje bien por mí.

—Mira qué listo... Oye, que yo también estoy un poco pocho, muy resfriado.

—Pues nada, como no me puedo dividir en dos, ahora le digo a Gladys que te dé uno a ti también. Tiene manos fuertes.

—Ja, ja.

—Je, je. Me muero de hambre, ¿hay pastel?

—No, aún no me he organizado, pero hay cruasán de mantequilla, los acabamos de traer.

—Mami, gracias por las botas, son preciosísimas.

—¿Desayunamos en el salón?

Gladys, que siempre está al tanto, llega con zumo de naranja, cruasanes, magdalenas, Nutella y fruta. Alex se sienta a la mesa y lo mira todo con ojos desorbitados, como con náuseas.

—Alex, tú tomarás un yogur con miel. ¿Puede traérselo, Gladys? Sírvaselo en una de mis tazas de té.

—Sí, señor.

Alex se deja hacer con una sonrisa de niño al que le están mimando demasiado, malito pero feliz. Le veo dejar su teléfono sobre la mesa. Debería escondérselo. Miro a Bruno reprobando la actitud de Lindbergh y me guiña un ojo, como diciéndome que él se encarga. La mañana es preciosa. Maya deja entrar el perro y atacamos nuestro desayuno.

Maya le enseña los libros nuevos a Alex y le da todo tipo de explicaciones acerca de los intereses de los jóvenes de hoy con respecto a la literatura, sobre todo la de aventuras y la de ciencia ficción. Alex finge estar recibiendo la información más excitante e importante de su vida, con una convicción que hasta me hace reír. Es muy tierno.

Me voy a duchar, dejándolos de nuevo en el sofá, con el perro y la chimenea. Bruno, enfrascado en descubrir todas las aplicaciones de su nuevo Apple Watch, las que vienen en el prospecto, pero sobre todo las que no. Y a Alex mirándole de reojo con sorna.

En menos de media hora estoy duchada, vestida, fresca y contenta. Tengo un buen día. Como empiezo a percibir mi vientre un poco abultado y ya me noto más rectas las caderas, me he decidido por robar una camiseta de rayas a Bruno y un cárdigan de cachemir a Lindbergh y lo he combinado todo con una minifalda tejana, aprovechando que mis piernas aún no muestran ningún signo de embarazo. Últimamente me ha dado por los leotardos; estos son calados, como de niña. Me calzo unas botas Vuitton que tendrán unos quince años pero que son supercómodas y calentitas, que es lo que una diría de unas Chirucas, pero nunca de unas Vuitton, por eso me gustan tanto. El conjunto es muy Jane Birkin, excepto por el pelo corto, muy setentero.

Cuando bajo me encuentro a Lindbergh sentado en uno de los divanes, absorto contemplando el fuego. Bruno sigue descubriendo los misterios de su reloj y Maya ha empezado uno de los libros que ha recibido, ahora mismo está en otro mundo.

Aún me cuesta dar muestras de cariño a Lindbergh delante de Maya, pero creo que hemos de esforzarnos por crear una cierta normalidad en este tema, por lo que, con toda la naturalidad de la que soy capaz, me acerco a Alex, y me acurruco junto a él, quedando con mi espalda sobre su pecho, sus piernas abiertas alrededor de mis caderas. A cualquiera que entrara ahora por la puerta, le quedaría meridianamente clara la naturaleza de nuestra relación.

Lindbergh da un respingo: o ha tenido un calambre o su teléfono debe de haber vibrado. Lo saca del bolsillo de su batín, con disimulo, aunque sabe que estoy totalmente pendiente de lo que está haciendo. El teléfono se ha puesto azul oscuro. Eso significa que le requieren en Cooper pero que no es una alerta ni nada que no pueda esperar.

—Ni se te ocurra hacer esa llamada.

—OK, pero voy, solo momento.

—No, Lindbergh, no —digo; debo de haber sido convincente, porque el pobre hombre ha bajado la mirada al suelo.

—Vamos nosotros.

—Tú quédate con Maya: si hay algo que no podamos resolver o que tengamos que consultar, lo hablamos, pero, Alex, descansa, por favor.

—*Do I have any other choice? (¿Tengo elección?).*

Cruzamos el jardín caminando deprisa. Cuando llegamos a la zona de acceso, me mata que no podamos entrar juntos en el ascensor, y que yo tenga que quedarme y repetir el proceso de reconocimiento. Solo es posible entrar en grupo si se va con La mosca o con Milwaukee; yo lo encuentro una pérdida de tiempo, pero parece que es una medida de seguridad totalmente fundamentada.

Sigo el proceso mecánicamente y cuando llego a la sala de mando veo a Savannah en la pantalla principal. Bruno, que ha llegado antes, me informa al oído, me explica que Savannah, es decir, Alice, está de nuevo en su casa de Londres y está de los nervios; se está volviendo loca: en definitiva, tiene un mono tamaño gorila espalda plateada.

Nadie ha podido tranquilizarla, y solo quiere hablar con La mosca. No se lo voy a permitir. Yo me encargo, le digo a Milwaukee, y él me conduce frente a la cámara, para que Savannah me vea mejor. Me pongo delante del monitor, y como ya le tengo bastante tirria, me sale una impostura de lo más convincente.

—*Savannah. This is Georgia speaking. What seems to be the problem? (Savannah. Aquí Georgia. ¿Cuál es el problema?).*

—*Oh, Georgia, hello, I've heard about you, you're cute... I need to speak to The fly now. (Oh, Georgia, hola. He oído hablar de ti, eres muy mona... Tengo que hablar con La mosca, ahora).*

—*I'm sorry but that's not possible. The fly is not available for you at the moment. (Lo siento, no es posible. La mosca no está disponible para ti en este momento).*

He de admitir que decirle que La mosca no está disponible para ella es un golpe bajo, pero nadie ha dicho que yo sea buena persona cuando me pongo celosa, amiga mía, y menos si me llamas mona.

—Mí tiene que hablar con *The fly, now*.

¿Cómo es que todo el mundo chapurrea el español? ¿Cuándo ha ocurrido?

—*This is what we are going to do, Savannah. We'll be completely understaffed in the*

following days, as you may know. (Esto es lo que vamos a hacer Savannah. Estaremos absolutamente faltos de personal en los próximos días, como ya debes de saber).

—Yes I'm informed. (Sí, estoy informada).

—Good. I need you to compromise. You are going to stay in the house, you're not allowed to go out at any moment. If you order anything, Cooper will supervise, you're not allowed to have visits other than your husband or your personnel, I mean your employees. (Bien. Necesito tu compromiso. Vas a permanecer en la casa, no se te permite salir en ningún momento. Si pides cualquier cosa, Cooper supervisará, no te está permitido tener visitas que no sean tu marido o el personal, quiero decir, tus empleados).

—I'm confined. (Estoy confinada).

—You are voluntary detained but I need your agreement. (Estás retenida voluntariamente, pero necesito que estés de acuerdo).

—This is fool. (Esto es de locos).

—Savannah, no estabas lista para salir.

La pantalla se desconecta, hemos perdido la señal. Bruno parece escandalizado por mi atrevimiento. Milwaukee tiene cara de pasmado.

—No ha ido bien.

—Dale tiempo, es una adicta. Si sale de casa tendrá que volver a empezar, y no es lo que ella quiere.

Milwaukee cree que deberíamos informar a La mosca de todas formas; yo no soy partidaria, de momento. Bruno tampoco. Milwaukee pregunta qué está haciendo Alice en estos momentos a sus chicos. Contestan que se ha encerrado en el baño. Así que no hay nada de qué informar. Pregunto si hay algún otro asunto importante, pero parece que no. Bruno comenta que solo en caso de que Savannah salga de casa se nos informe. Y entonces aparece de nuevo en la pantalla, y me llama a gritos.

—Georgia, Johanna —dice, tirando por tierra el protocolo este tan cargante de los nombres en clave. Vuelvo a la pantalla para que me vea bien.

—Ok. You win. (Tú ganas). Tienes compromiso.

—Bien. Devuelve tus llaves, las del coche también, entrega tu dinero, tarjetas. Driver's licence. (Permiso de conducir). DNI.

—Can I keep my fucking underwear? (¿Me puedo quedar con mi jodida ropa interior?).

—This is not a joke Savannah. (Esto no es una broma, Savannah). Pero te prometo una cosa. La mosca te contactará en un rato. Tienes mi palabra.

—Thanks, I need to talk to him. Is it the migraine? (Gracias, tengo que hablar con él. ¿Es la migraña?).

—Yes.

—How is he? (¿Cómo está?).

—Much better now. (Ahora mucho mejor).

—OK Georgia.

—Bye now.

Milwaukee desconecta. Uaaaaau, ¡con un par! y muy bien puestos. Por desgracia tengo cierta experiencia tratando con adictos: amor duro lo llaman, no te puedes dejar engatusar, tienes que ser implacable y llevar siempre la iniciativa. Todos me miran como si fuera la reina, *The Georgia Master*, la jefa que maneja.

Uno de los analistas, Memphis, me hace una señal. Me acerco a él.

—Hemos cerrado quince páginas de internet a petición de La mosca; creo que este asunto es de su interés.

—¿Tú también hablas español perfecto?

—Soy de Hospitalet.

—Ahhh, vaya. Muchas gracias, tengo suerte de trabajar con *hackers*.

—Georgia, realmente esto lo puede hacer prácticamente cualquiera, no cuesta más de 90€ en el mercado negro. Los chinos son baratos y los rusos están reventando precios.

—Hay unas tarifas.

—Claro, como en todo. Mira, ¿ves?, esta página la hemos atacado con peticiones masivas, en cambio esta otra la hemos redireccionado a un sitio feliz.

—Yo solo veo una pantalla de ordenador en fondo negro con lenguaje informático, quizás Linux, qué sé yo si soy una patata para estas cosas y además hasta hace dos días no tenía ni móvil.

—¿Qué es un sitio feliz?

—Aquí llamamos así a una dirección de internet inocua de algo que no tenga nada que ver. En este caso, cada vez que alguien busca la página relacionada con la anorexia, lo que encuentra es un portal de vacaciones especializado en surf.

—¡Eso es genial! Entonces, si es así, podemos atacar a cualquiera: empresas, hoteles de la competencia...

—Nosotros no hacemos eso. Nosotros solo protegemos las comunicaciones de nuestros clientes y evitamos que los ataquen. También vendemos tecnología de protección a terceros. Pero no atacamos.

—Nooo, claro, ya me lo han dicho...

Milwaukee nos informa de que, efectivamente, Savannah ha entregado todas sus llaves e identificaciones y que ha pedido un masajista. Bruno cree que lo mejor es que le proporcionen uno que ella no conozca para que no tenga tentaciones de pedirle favores. Estoy de acuerdo, es inteligente.

Por lo demás, todo lo que tenemos entre manos es la organización para el foro de Davos, y aunque lo que realmente me apetecería es volver al Dolder Grand y finalmente poder cenar con Alex y Bruno en el restaurante de Heiko, nuestra estancia en Zúrich está prevista en Die Delphinen. Tenemos un par de clientes que han sido invitados al foro; uno de ellos asistirá a una conferencia, creo que junto a un mandamás de Google, que también está bajo nuestra protección. Yo no sé los detalles, porque se trabaja en parcelas. Siempre siento claustrofobia cuando llevo un tiempo en Cooper. Los búnkeres no son para mí.

Volvemos a los ascensores, y le pido a Bruno que me deje salir primero y le espero en el jardín. Al volver a casa, Lindbergh ha puesto música clásica, Debussy. Maya sigue absorta leyendo, es de las que se enganchan, y Sándwich está en el sofá repantingado.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto. Savannah quiere hablar contigo, aunque no es urgente. Le hemos dicho que la llamarás esta noche.

—¿Ella bien?

—Sí, solo está un poco nerviosa, es normal —dice Bruno de forma poco convincente.

—Tanto rato, solo eso.

—Ahh, bueno, es que Memphis me ha estado enseñando lo que ha hecho con las páginas que visitaba Beatriz...

—*Good boy, Memphis.*

—Es de Hospitalet.

—Tú no tienes que saber...

—Oye, que somos personas. Y, por cierto, gracias, muchas gracias por ponerme un chip; deberías regalarme también una correa y no una bicicleta.

—*It is for safety reasons (Es por razones de seguridad)*, yo también llevo.

—Vete a la mierda, Lindbergh. No quiero discutir porque no estás bien, pero por mí te puedes ir a la mierda.

—Venga, venga, Johanna, yo también estaba en el ajo, deberías estar enfadada conmigo también.

—Bruno, no me toques las pelotas. Contigo estoy furiosa, ya no sé si puedo confiar.

—Mami, ¿me lo explicas? No estoy entendiendo nada.

—No hay nada que entender. No nos vamos a enfadar. Muy al contrario, me vais a ayudar a hacer la comida, y me refiero a todos, y luego vamos a ver una peli en esa sala espectacular que tenemos y que aún no hemos estrenado. Así que movilizaos.

Lindbergh es el primero en levantarse del sofá, dispuesto a colaborar. Maya le sigue. Y yo he sobrereaccionado más por los nervios del tema de Savannah que por el localizador, hago lo mismo. Llevar un localizador realmente tiene bastante sentido una vez ingresas en el mundo Cooper & Co.

Hace ya unos días que he dejado de analizar la situación demasiado, por la esquizofrenia, por la paranoia que conlleva intentar hacer vida normal en un entorno que no lo es. Solo el tiempo, que es implacable y acaba por teñir de rutina prácticamente todo, hará que me acostumbre, o no. Si no me acostumbro, la sensación de paranoia será tan insoportable que irremediamente tendré que mandar al garete a Cooper, y por extensión a Lindbergh, y quién sabe si a Bruno también.

Cada vez que llego a esta sana conclusión me tranquilizo pensando que yo soy yo y mis hijos, la hija que tengo y el que está por llegar, y todo lo demás está en segundo término. Alex me sonrío, intentando aligerar el ambiente, y me es imposible estar enfadada mucho rato, especialmente viéndole con el pelador de patatas en la mano. Este hombre no fue hecho para trabajos manuales; parece tan perdido que hasta Maya se ha apiadado de él y le está enseñando cómo manejar el utensilio.

Cojo un cuchillo y ayudo a pelar patatas mientras Bruno amasa la carne y la especia. Como la casa es tan nueva y yo no he tenido nada que ver con su aprovisionamiento de menaje, abro armarios y cajones hasta encontrar bandejas individuales donde servir la comida de cada uno. Por suerte, enseguida localizo unas; cuento seis que nos sirven, aunque solo necesito cuatro. Dispongo platos, servilletas, vasos, menos para los chicos, que ya se han abierto una cerveza y la beben directamente del botellín.

Mientras Bruno fríe las patatas, a Alex le toca secar la lechuga con el centrifugador, no sin comentar antes que hoy en día, según él tiene entendido (decirlo así denota cierta duda), en los supermercados puedes encontrar lechugas ya lavadas y secas que vienen en bolsas. A lo que Bruno, con toda la paciencia del mundo, ha replicado que ese tipo de lechugas están más cerca de ser plástico que vegetal, y que en esta casa a todo lo que comemos le ha tocado el sol. No estoy segura de que el pobre Lindbergh haya entendido nada.

Maya prepara la película eligiéndola en iTunes, cosa que sabe hacer porque nosotros también tenemos Apple TV; me sabe mal por los videoclubs, que tenían su encanto, pero esto es mucho más cómodo. Nos hemos decantado por *Matrix*; a Maya le encanta, y solo la ha visto una vez, pero en realidad hemos empezado el proceso de conversión de Lindbergh al mundo friki de la ciencia ficción y las pelis de superhéroes. No es que Lindbergh no sea de por sí un *freak* en

potencia: Cooper y sus teléfonos modificados, o sus satélites y *hackers* son la prueba. Convertirlo va a ser de lo más fácil...

Preparo una mayonesa casera para las patatas, y llevo ketchup y mostaza para quien quiera. Y Bruno ya tiene listas sus superhamburguesas *gourmet*: ha fundido un poco de camembert encima de la carne y ha confitado la cebolla.

Nos sentamos en la sala de televisor cada uno con nuestras bandejas. En cuanto empieza la película, Lindbergh se queda absorto, completamente enganchado, bajando la mirada lo justo para comer sin mancharse. Como hemos puesto la peli en versión original, el tío está disfrutando.

Cuando hacemos una pausa para que Maya vaya a hacer pipí, Alex nos regala una frase que yo ya considero célebre desde el momento en que la pronuncia.

—Mí no quiere que día acabe, vosotros me hacer feliz.

—Sí que estás flojo, te estás poniendo sentimental.

—*Bruno, hamburger... Mmmmh. You are the fucking master. And the french fries... (Bruno, la hamburguesa... Mmmmh. Eres el puto amo. Y las patatas...)*

—Lo sé, lo sé. Tienes mucha suerte.

—Sí, mí tiene.

Cuando el *alien* se pone tierno es para comérselo. Todos hemos terminado de comer; llevamos las bandejas a la cocina y dejamos el resto del trabajo para Gladys, que bajará de un momento a otro a poner orden. Nosotros reanudamos la película.

Me estiro junto a Alex y me apoyo sobre él. Bruno se pone al otro lado y se acomoda pasando medio brazo por detrás de mi hombro; siento el calor de los dos, y Maya se estira con la cabeza sobre el regazo de su padre. El único que elige un sillón propio es el perro. Los demás preferimos estar bien juntos y bastante revueltos.

Al terminar la película, Alex no puede creer que tenga ya más de quince años, y, además, no le parece tan mal el nombre Neo si nuestro bebé es un niño. Creo que tenemos un adeptó.

El resto de la tarde lo pasamos haciendo planes felices de esos que se suelen hacer cuando todos están de buen humor. Maya y yo preparamos la vuelta al cole, lo que implica fiscalizar si realmente ha hecho todos los deberes, si los ha hecho demasiado rápido, como tiene por costumbre, y me encuentro con lo de siempre: más faltas de ortografía de las que nos gustaría a ambas y cosas que tendría que haber pintado pero que no ha terminado.

Le encanta dibujar siempre que sea lo que ella quiera, no lo que le piden en el colegio. Cuando era más pequeña, eso me costó unas cuantas discusiones con su directora: gracias a la reputación de Artistik, la señora tuvo que claudicar a regañadientes y poco a poco fuimos encontrando un consenso. Solo cuando era un trabajo asignado a toda la clase, algo así como pintar el dragón el día de Sant Jordi, Maya tendría que hacer lo que todo el mundo, pero en dibujo libre podría dibujar lo que quisiera, aunque siempre fueran gatos, y si las cabezas las hacía demasiado grandes, claramente influenciada por el manga, ese era su estilo, y no un defecto.

Al filo de las ocho de la tarde me pongo nerviosa solo de pensar que Alex se ha ido a quitar el pijama para ir un rato a Cooper y hablar con Savannah. El hecho de que no hayamos tenido más comunicaciones solo puede significar que aún está en su casa sana y salva, pero no tengo ni idea de cómo se va a tomar La mosca que yo, sin experiencia, sin un cargo determinado dentro de la empresa, haya tomado una iniciativa de semejante calibre. Solo espero que haya salido bien. Y, además, Milwaukee, quiero decir, Adrian, podría habérmelo impedido: él es el que manda si no está el jefe, es su mano derecha.

Le veo pasar con su gran sonrisa americana; se ha puesto *jeans* y sus zapatillas antiguas, y lleva

una camiseta y un cárdigan como el que yo llevo, pero de color mostaza. Se ha puesto fijador, como de costumbre, y tiene mucho mejor aspecto que hace un rato. De hecho, está para darle un buen repaso.

Una vez se ha ido me entretengo ayudando a Bruno en la cocina; ha decidido que después de la hamburguesa enorme, y dado que Alex no está fino, es mejor que cenemos algo ligero: unas judías tiernas al vapor y salmón a la plancha. Me siento junto a Bruno a cortar judías en silencio. Le ha dado la tarde libre a Gladys. A Alex le cuesta entender porqué la dispensa tan a menudo; ya lo hacía en la casa alquilada de Camprodón, pero, al igual que a su padre, le cuesta tener a alguien merodeando por su casa todo el día, y prefiere que sea a ratos, así que Gladys puede descansar de nosotros, y nosotros de ella. El silencio de Bruno es de lo más elocuente: también él está esperando a ver cómo se ha tomado el jefe nuestra intromisión.

Un rato después, cuando ya me había olvidado del asunto y estoy relajada ayudando a Bruno con un pastel de limón que se le ha metido en la cabeza hacer, entra Lindbergh como una exhalación. Se planta en la cocina mirándome fijamente. Me siento exactamente igual que cuando mi padre estaba a punto de castigarme y me decía eso que duele tanto: «Johanna, estoy muy decepcionado...». Sin embargo, Lindbergh es más gráfico:

—*Are you out of your mind? (¿Has perdido la cabeza?)*.

—Depende. Porque si piensas que duermo con dos hombres, pues, oye, quizás la respuesta sea sí.

—*Up, go, upstairs, now. Up, Johanna, now. (Arriba, venga, sube, ahora. Ve arriba, Johanna, ahora)*.

—Espera, Alex, calma, me está ayudando, vamos a cenar enseguida.

—Tú no metas, Bruno. Cena puede esperar. No subas, tú quedas aquí con Maya. *Understood? (¿Entendido?)*.

El tono me tiene un poco alarmada. ¿Cuánto hace que le conocemos? Quiero decir, está enfadado, pero ¿cómo sé hasta qué punto? Nunca ha dado signos de ser capaz de hacerme daño, y, bueno, Bruno estará pendiente, tengo que confiar.

—*Don't gimme that wounded little Bambi look. (No me pongas esa carita de Bambi herido)*.

—No sé a qué te referías.

—*It's not gonna work (No va a funcionar)*, Johanna. Ve arriba, mí quiere a solas contigo.

—Vamos, Alex, ella está bien, ¿no? Johanna ha hecho lo que creía mejor.

Subo las escaleras de dos en dos. El abuso no está en mi naturaleza, no soporto que nadie se pase de la raya conmigo. Cuando llego a la habitación estoy lista para cortar esta mierda por lo sano, pero cuando él llega está medio sonriendo.

Es una mueca sarcástica, con una mirada feroz, pero, ¡ay!, mucho más libidinosa que enfadada; de hecho, se diría más bien que tiene un calentón imponente. Y si antes mi cara de Bambi apaleado ha sido espontánea, ahora soy una pequeña gacela de Thomson, muy sexy, lista para ser devorada. No hay nada como un polvo de amante cabreado, siempre que todo esté bien controlado, claro está. Ahora creo que me voy a hacer la buena y preocupada.

—¿Está bien Alice?

—*Cut the crap, Johanna. (Déjate de chorradas, Johanna)*.

—Oye, guapo, te estás pasando; puede que tú no lo veas de la misma manera, pero te aseguro que he hecho lo mejor, para ella, sobre todo, pero también para todos. En estos momentos es una adicta, y hay que tratarla como tal, porque, créeme, la que habla no es ella.

—*I'll meet you in the bathroom (Te veo en el baño)*, necesito algo.

Ay, joder, ya no entiendo nada, pero al menos su tono no es tan amenazador. Le espero en el baño, apoyada contra el lavabo, totalmente dispuesta para el segundo asalto, aunque primero pruebo con un enfoque pacificador.

—Creo que piensas que lo he hecho por celos, pero te equivocas.

Sé que está en el vestidor y que puede oírme. Entra en el baño y cierra la puerta con llave, las dos. Se cruza de brazos, me observa...

Y se me congela el alma...

Su mirada lasciva no creo que haya hembra capaz de resistirla; noto mis bragas húmedas, aunque quizás sea mi subconsciente, pero no, no. Esa mirada promete toneladas de placer.

—Alex, me estás poniendo nerviosa.

Debería decir tibia, para ser francos, pero, eh, nerviosa también estoy.

—*Bend over and keep quiet. (Inclínate y permanece callada).*

Si fuera feminista tendría que reprobar esa consigna, pero como casualmente estoy renunciando temporalmente, hago lo que me dice y me agacho apoyando las manos sobre el lavamanos y mirándole a través del espejo. No soy de piedra.

—Buena chica —dice. Eso lo odio, es lo que se dice a los perros, pero fíjate que ahora mismo, en vez de molestarme, me hace cosquillas... Levanta mi falda despacito, mirándome a los ojos a través del espejo; me baja los leotardos, sin dejar de mirarme, y por último las bragas, dejando mi culo expuesto, y lo acaricia. Flexiono las piernas dispuesta, entregada e intrigada también. No sé qué se hurga en los pantalones; intento mirar, pero no me deja. Condones no pueden ser, esa etapa la hemos dejado atrás.

Veo caer sus pantalones al suelo, sus *boxers* bajados a medio muslo, y espero su embestida, pero no. Sin embargo, noto su mano, ahí. Se recuesta sobre mí, sin dejar de mirarme. Aguanto parte de su peso, y entonces con solo el dedo medio inicia un masaje, como si limpiara una mancha con el dedo, sobre mi botón; lo hace despacio, siempre al mismo ritmo, atento a mis gestos, atento a cada jadeo, sin dejar de mirarme, siempre serio, como si en vez de provocarme placer quisiera infligirme dolor, sus ojos clavados en mí.

Cierro los ojos. Este hombre sabe cómo masturbar a una mujer; lo hace mejor que yo. Y entonces junta el dedo medio con el índice y los mueve a la vez dando pequeños latigazos, ahí, primero caricias, luego latigazo, otra vez caricias, otro espasmo. Sería muy fácil dejarse ir ahora, con su lengua lamiéndome detrás de la oreja.

Abro los ojos para mirarle: quiero saber si está tan excitado como yo. Me está observando siempre serio. Y sus dedos siguen con esa danza espasmódica: caricias, latigazo, caricias, latigazo. Eh, un momento, esto me recuerda algo.

Oigo un ruido, un zumbido, y noto su pene acercarse; lo noto vibrar y entonces caigo en la cuenta. Se ha puesto un anillo vibratorio y sus manos imitan el otro apéndice de mi juguete. Para esto lo quería, para emularlo.

Cuando me penetra suelta un alarido, y la vibración me embarga de tal manera que creo que no me aguantan las piernas, y aunque es la posición más placentera para mí, me siento desfallecer. Sus movimientos son profundos, lentos; no entra y sale, sino que me monta siguiendo su propio ritmo, dejando que el anillo expanda sus vibraciones en mi interior, mientras me masturba sin piedad por delante. Afortunadamente, cuando miro de reojo, le veo gozar, su cara en profundo éxtasis, muy cerquita, como yo, del clímax.

Hay algo de artificial en todo esto. Mientras me masturba me embarga un sentimiento de tristeza; quizás sean las hormonas, o sencillamente que estoy enamorada y lo que quiero es su boca. Y

entonces me planto y digo basta.

—Para, Alex

—¿Qué pasa, mí hace daño?

—Quítate eso, por favor —le digo mientras me incorporo girándome y encarándole. Se saca el anillo del pene, perplejo por el brusco cambio de los acontecimientos. Quiero las cosas de frente, quiero mirarle a la cara, quiero que me diga que me quiere. Y ahí estamos, ambos con el culo al aire, mirándonos en silencio. Como dijo Antonio Machado, a las palabras de amor les sienta bien un poquito de exageración, así que tiro de Amaral aprovechando que él es americano y seguramente no conoce las canciones, y mirándole a los ojos le digo:

—Alex, yo sin ti no soy nada.

Le veo mirar al suelo, abrumado por la intensidad del momento. Y me siento culpable cuando me dice en voz baja, como en secreto:

—*I'm so afraid to love you. (Me da tanto miedo quererte...)*.

—Yo también tengo miedo.

Le abrazo y busco su boca desesperadamente. La urgencia de su beso, su furia, me arrebató, me domina, y le necesito dentro, ahora sí. Me levanta sentándome en el lavamanos abrazándome por la cintura, con rabia, y me penetra.

Ooohhh, ahora le siento más, y le beso y devoro su boca, sus labios, le beso los ojos, y esa urgencia se hace cadencia. Apretados el uno contra el otro con toda la fuerza de la que somos capaces, aaahh, chocamos una y otra vez. Y me aferro a él poniendo las piernas alrededor de su cintura, y le espoleo exigiendo más, más. Y me levanta y a horcajadas me lleva contra la pared y me golpea contra ella mientras me folla, uaaahhh. Me aguanto en sus hombros para ayudarle, levanta mi pelvis ligeramente y me empala contra la pared; me doy cabezazos, pero me da igual: estoy a punto, y le noto tan dentro, rozando ese punto, aquel, y ya no puedo, no puedo. Y de nuevo me lleva hacia el lavamanos y me sienta. Rebaja el ritmo, besándome, dejando su miembro palpitar dentro de mí, despacito, mirándome a los ojos. Y yo me corro: no es intenso, muy al contrario, es un orgasmo tan débil como precioso, muy parecido al de Alex, que se deja ir con mirada triste y me besa, me abraza y me aprieta contra su pecho.

No tengo palabras; ha sido muy bonito, revelador. Somos tres almas perdidas embarcadas en una aventura que nos sobrepasa, los tres tenemos miedo al desastre, y, sin embargo, tengo la certeza de que nos queremos de una manera singular, los tres. Es algo raro, único, absolutamente extraordinario.

Alex abre el grifo y, remojando el borde de una toalla de mano, me refresca y me limpia la entrepierna, y me da besos mientras habla.

—No preocupes por Alice, *you were brilliant, I've seen the video (estuviste excelente, he visto el video)*, mí no sabe cómo tratar asunto.

—Es normal: estás demasiado involucrado. Aunque deberías explicarme por qué estás tan involucrado.

—*Oh baby it's a long story... (Oh, nena, es una larga historia...)*.

—Solo dime una cosa: ¿su marido lo sabe?

—Sí.

—Eso, Alex, es una pautá.

—No, es casualidad: su marido sabe, pero mí no hacer lo mismo que con vosotros. Ella libre, es diferente.

—Te gustan las esposas promiscuas... Como la mujer del chef japonés.

—Mucho.

—¿Por qué estabas tan enfadado conmigo?

—*From now on, Georgia, always ask The fly. (De ahora en adelante, Georgia, siempre pregunta a La mosca).*

Llaman a la puerta del baño; me subo las bragas y los leotardos y me bajo del lavamanos. Alex abre la puerta. Bruno entra sin decir nada, ve el anillo vibratorio negro sobre el lavamanos, lo coge, lo observa y se lo mete en el bolsillo. Antes de que yo pueda decir nada, se me acerca y me besa en la boca, saboreándola, entreteniéndose. Le abrazo para que se sienta correspondido.

—A cenar —dice pasando el brazo por encima del hombro de Alex y llevandoselo hacia el salón. Por el pasillo le oigo decir—: Estás recuperado, ¿eh?, canalla.

Capítulo 6

Mi «princeso»

BARCELONA. CLÍNICA TEKNON, OBSTETRICIA
MIÉRCOLES 13 DE ENERO

*E*stoy tumbada en la camilla, Bruno y Alex en un lado, Silvia y su aparato de ecografía en el otro. Me ha extendido una crema por el estómago y me está explorando. Miramos el monitor; aunque ya haya vivido esto, la emoción me sobrecoge. Alex intenta comportarse, pero no puede. Suerte que Silvia es de confianza, y además muy discreta.

—Felicidades; estás de dos meses.

—¿Bebé bien?

—Sí, perfectamente.

—¿Es niño?

—Señor Lindbergh...

—Alexander, *please*.

—Alexander, es demasiado pronto; tendremos que esperar hasta la semana once más o menos. Ahora, vamos a escuchar el corazón. Atentos.

En la pantalla se ve una mancha con forma de judía blanca y otra sombra. Conecta el altavoz, pum, pum, pum. Alex se abraza a Bruno con lágrimas en los ojos. Bruno también está emocionado. Hombres hechos y derechos, cuando se trata de su semilla, se conmueven, se enternecen.

—Me vais a hacer llorar.

—Voy a salir un momento; tenéis que decidir lo de la amnio: podemos esperar hasta la semana catorce o dieciséis.

Silvia nos deja a solas. La amniocentesis es una prueba de lo más común hoy en día, pero resulta que a Lindbergh se le ha ocurrido mirarlo por internet y está completamente horrorizado pensando en que me han de clavar una aguja larguísima en la barriga, atravesar la placenta y llegar al líquido amniótico. También habla de cambiar de médico y estar en manos del más reputado; no está hablando de alguien en concreto, sino que quiere al mejor, lo mejor que el dinero pueda pagar.

Por suerte Bruno sabe cómo tratarlo: yo a ratos no tengo paciencia para tanta tontería. Ya he tenido una hija, así que, por mí, me saltaría la mitad de las ecografías, no miraría el sexo y en eso de la amniocentesis estoy de acuerdo, pero porque estoy casi segura de que todo va ir bien, y, si no, como dice Bruno, bueno, ya veremos lo que hacemos, pero este bebé es ya parte de nuestras vidas.

Cuando vuelve Silvia, tengo la sensación de que los echa de la consulta. Les pide que se vayan para que me vista; es raro, solo tengo que limpiarme el gel del cuerpo. Ellos dos obedecen sin rechistar. Una vez a solas, se quita las gafas y me pregunta:

—¿Es ese el mismo tipo que dice mi hermano?
—¿Y qué dice Oriol?
—Que estáis siempre juntos... Y que os han asaltado la escuela.
—Para ser poli, tu hermano no es muy discreto.
—Vamos, mujer, que somos casi familia.
—Pronto podré explicarte más, ahora aún no puedo.
—Qué misteriosa... Y ¿por qué esta tan contento el tío este? ¿Por qué viene a la ecografía? Y lo más importante: ¿está soltero? Hace tiempo que no veo un tío tan guapo que no sea en una revista.
—La respuesta es sí y no.
—¿A qué?
—A todo.
—Estoy muy intrigada. ¿Tú estás bien? Tú y Bruno, quiero decir.
—Estamos bien, vamos a ser papás. Con respecto a la amnio, hablemos en plata.
—Es muy personal, no veo un riesgo. Quiero decir, lo más probable es que esté completamente sano.

—Bueno, me lo pienso y te llamo, pero a ellos no les digas nada.
Cerramos la próxima visita. Introduzco en el móvil su número como teléfono preferente. Ahora Cooper filtra mis llamadas a la centralita: si las marco como preferentes, no lo hace.

Es nuestro último día en Barcelona, mañana volamos a Suiza. Esta mañana hemos dejado los tres a Maya en el colegio; mañana llegará el resto de la familia y se quedarán con ella casi diez días. Toda la familia está respondiendo bastante bien. A estas alturas incluso Dani, el hermano de Bruno, está al tanto de la situación. Parece ser que interrogó un poco a Maya, y esta le explicó que vamos a vivir todos juntos pero que vamos a ir sobre la marcha.

Mi madre se comporta y no hace preguntas. Gina parece decidida a que todo vaya bien; está instalada con Dani en nuestro antiguo piso y se ha tomado muy en serio lo de la dirección de Artistik. Confío totalmente en su capacidad, y creo que le dará un nuevo enfoque, una renovación; tiene buenas ideas, y yo tenía una cierta falta de ilusión que se empezaba a palpar. Lo que me ha dejado perpleja es que sepa manejar a Lola mucho mejor que yo. Lola anda cuchicheando sobre Lindbergh y nosotros; me parece hasta peligrosa, puede dejar nuestra reputación por los suelos y afectar a la escuela. No me gusta, pero Gina tiene mano izquierda, y eso me tranquiliza.

Alex y Bruno están cada vez más seguros de seguir con su farsa de matrimonio homosexual, no ven una manera mejor, y la cosa es inminente. Han quedado en ir de tiendas. Bruno quiere enseñarle una de sus favoritas, The Outpost. A Lindbergh le va a encantar: está especializada en accesorios masculinos, zapatos, *sneakers*, *foulards*, batines, sombreros... También quieren ir a Santa Eulalia, la mítica tienda multimarca, para comprar un anorak Moncler para Bruno. No entiendo por qué no lo hacen en Suiza, pero insisten en una mañana *Pretty woman* masculina. *The pretty boys*. A mí me ha sonado a despedida de soltera. Me tranquiliza que tengan esa conexión, me da esperanzas a que esta situación nuestra no sea pasajera.

Hemos quedado más tarde en Divan's, la peluquería de Eva. La mosca quiere que tenga un par de pelucas en la maleta, ya que han preparado una maniobra de despiste para cuando salga del banco tras haber abierto la caja fuerte. Ellos mismos se van a encargar del vestuario, si bien no me fío mucho: Bruno y Lindbergh disfrazándose a mí. Bueno, a Georgia, eso puede ser delirante, pero también es excitante. Me muero por ver lo que han seleccionado.

Están convencidos de que la gente de Müller va a intentar arrebatarme lo que sea que hay en la caja fuerte y no quieren correr riesgos, así que han organizado una serie de entradas y salidas del

banco, conmigo cambiándome de ropa y con peluca. En primer lugar, Lindbergh quiere saber si me siguen. Yo creo que con llevar un par de guardaespaldas sería suficiente, pero ellos no quieren que esa gente sepa que sabemos su secreto.

¿Y cuál es ese secreto? Hace noches que sueño con eso, y el resultado es de lo más variado. Unas veces sueño que abro la caja del banco y hay bombones, Ferrero Roché para ser más exactos, dispuestos en pirámide, y entonces me siento y me los como uno por uno; después salgo con la peluca y la cara llena de chocolate. Lindbergh se enfada porque no ha podido analizar los bombones.

Otras noches sueño con que al abrir la caja fuerte me encuentro un lobezno vivo de apenas un mes. Lo cojo, le hago carantoñas y me lo llevo en brazos como si fuera un bebé.

La última noche, es decir, esta noche, he soñado que encontraba un anillo con un pedrusco imponente, un diamante cegador que iluminaba el receptáculo de la caja y que tenía una inscripción que decía:

«Dnd sea, xo cntg. Alex y Bruno».

Me he devanado los sesos durante el café y al final lo he entendido. Significa «Donde sea, pero contigo. Alex y Bruno». Estos sueños solo ilustran el nivel de ansiedad que tengo, que aflora de mil formas. También me ha dado por los chicles y la Fanta de naranja, e incluso por decirle a mi hija a todas horas lo mucho que la quiero. Pobrecita, está horrorizada.

Y es que estoy un poco nerviosa. El otro día por casualidad, o no tan por casualidad, ya que me encontraba leyendo en Internet una lista de parafilias y filias sexuales, encontré estas dos definiciones:

«Candaulismo o triolismo: Excitación producida al ver a la pareja copulando con otra persona».

«Mixoscopia o escoptolagnia: Excitación producida al observar abiertamente a otras personas realizando el acto sexual. Se diferencia del voyeurismo en que, en este caso, las personas se saben observadas».

Se me ocurrió enseñárselas a Bruno, que se cogió un mosqueo tremendo. En primer lugar, según él, que le excite verme con Lindbergh no significa que sintiera lo mismo, jamás de los jamases, al verme con otros; no va por ahí la cosa, y que yo piense eso le cabrea.

Y como colofón me dijo que, si él tuviera que preocuparse de padecer candaulismo, Lindbergh y yo deberíamos preocuparnos por lo mismo, porque estamos en el mismo barco.

Cuando tiene razón, tiene razón, y yo tengo tendencia a analizarlo todo y a buscar siempre un porqué. Según Bruno, el qué es mucho más poderoso e importante que el porqué. No siempre entiendo a mi marido, aunque lo intente. Pero me puso un ejemplo: ¿qué es más importante, que yo te quiera o el por qué te quiero? Siempre lo he dicho: Bruno es un ser más evolucionado que entiende la esencia de las cosas antes incluso de plantearse, conoce multitud de verdades intrínsecas. Por eso le amo tanto.

Me entretengo en ir a buscar el gel natural de miel y própolis que tanto me gusta; hay que llevar el envase para que te lo rellenen. También aprovecho para mirar una tienda especializada en ropa premamá; cuando estaba embarazada de Maya nunca la utilicé, pero han pasado diez años, quién sabe cómo va a reaccionar mi cuerpo. Puede que engorde, aunque Silvia me pondrá a dieta los últimos meses. Me alegra comprobar lo mucho que ha evolucionado la ropa de embarazada en estos años, me tranquiliza ver que puedes encontrar un poco de todo, incluso minifaldas con una franja elástica en la zona de la barriga para que no aprieten.

Cuando llego a Divan's, Eva está con un cliente, un señor de unos cincuenta años, y le está cortando el pelo. Divan's es una peluquería de barrio sin grandes pretensiones; desde la calle tiene un aspecto setentero muy auténtico, ya que se ha aprovechado el escaparate de un antiguo comercio, y le da un *look* demodé muy moderno. Todo el mundo puede sentirse cómodo en esta peluquería. Es pequeña, no es estilo salón, y hay que concertar hora porque Eva está siempre ocupada. Te puede hacer cualquier cosa que necesites, pero para mí, siempre lo digo, su fuerte es el corte.

En cuanto me siento a esperar cojo la revista *Cuore*, que solo ojeo cuando vengo a la peluquería y que está diseñada para subir la autoestima de las mujeres. Ahora creo que también de muchos hombres, porque está especializada en buscar defectos de famosos y *celebrities* con sus ya memorables ¡Arrrg!, que ilustran y demuestran que, cuando no tiran de Photoshop, la mayoría de las personas que admiramos son como nosotros. *Cuore* enseña sus miserias, michelines, estrías, granos, calvas, culos caídos y demás defectos con un toque de humor. Es inevitable que te suba la moral.

—Te pongo algo de color. Poco rato, porque lo tienes aún muy bien.

—Vale. Bruno quiere que le cortes, pero igual Alex también. ¿Cómo vas?

—Bien, no he cogido a nadie más.

Ponerme el color con el pelo tan corto es relativamente fácil y rápido. Mientras Eva termina de cortar el pelo a su otro cliente, sigo con la *Cuore*; siempre hay números atrasados que no he visto, porque solo lo leo aquí. Con el embarazo me molesta mucho más el olor del tinte; por fortuna, Eva me lava la cabeza enseguida.

Cortarme el pelo también es muy rápido. Cuando Alex toca el timbre de la peluquería, oteando por el cristal para ver si está en el sitio adecuado, con un gorro de lana gris que, junto con el abrigo de *tweed*, le da un aspecto muy americano, Eva piensa que es uno que se ha equivocado. Va cargado con bolsas de Outpost y Santa Eulalia.

—Este debe de ir a un *casting*. Mira, Johanna, qué pavo, está tremendo. Voy a abrirle.

—Tía, que es mi socio. ¿No te he dicho que se iba a cortar el pelo?

—Pero, niña, esto se avisa. Joder, qué suerte tienes... —Abre la puerta y le dice animadamente —: Holaaa.

—Hola.

Le da dos besos, toda resuelta y se presenta:

—Soy Eva.

—Oh. Mí, Alexander. Tú cortas mi pelo —dice quitándose el gorro con sonrisa de anuncio de dentífrico. Yo ya me voy acostumbrando, pero, aun así, de vez en cuando se me cae la mandíbula y me quedo pasmada, justo así, como le está pasando a Eva en estos momentos. Es el «efecto Lindbergh».

—Yo te corto lo que quieras.

—*Not the bangs*, ¿cómo se llama?

—¿Qué dice?

—*The fringe*, Johanna.

—Oh, que el flequillo no se lo cortes.

—Nooo. A ver, déjame ver, siéntate, siéntate.

Alex se quita el abrigo y la americana y se sienta mientras Eva me regala una mirada que describiría como un «Jo, tía, me he quedado muerta, cómo está el tío». No quiero ni imaginar la versión en emoticono de WhatsApp.... Una vez le tiene en la silla y frente al espejo, retoma su

habitual profesionalidad. Le revuelve el pelo una y otra vez, lo estudia. Tira de su flequillo a un lado, al otro, intenta deshacerse del exceso de fijador para ver cómo le queda en seco.

—Me gusta mucho más como te queda así, revuelto. Con fijador te hace más mayor.

—Sí, mí sabe, pero más serio para trabajo.

—Ya. Mira, yo esta parte de aquí la cortaría muy corta y potenciaría este lado, que te caiga a los ojos.

Es encantador ver a Lindbergh dejarse hacer con una sonrisa, está para comérselo, relajado, sin corbata. La camisa negra con pequeños topes crudos es de Saint Laurent, la vi en el vestidor y quería pedírsela, pero se me olvidó; la lleva con *jeans* estrechos, también negros, le quedan de muerte.

—¿Dónde está Bruno?

—Ido a saludar amigo de motos.

—Ah, sí, aquí al lado. Oye, Alex, fíate de Eva, es muy buena cortando.

—Mí fia, *my love*.

Por su mirada creo que le gustaría besarme, pero se ha cortado porque no sabe si hay confianza; tendremos que ver cómo resolvemos el poder mostrarnos afecto de forma natural cuando estamos con conocidos.

Le acompaño a la zona de lavado de cabeza. Eva le lava y le hace un pequeño masaje. Él se lo agradece con gruñidos de placer; da gusto verlo tan relajado, espero que no nos molesten de Cooper. El corte también es bastante rápido. Alex ojea las mismas revistas que yo y se monda de risa a ratos. Es probable que sea la primera vez que mira un ejemplar de *Cuore*.

Cuando Eva le seca el pelo y se lo domina con las manos, su aspecto es el mismo, pero radicalmente distinto: es mucho más moderno sin ser *hipster*; cosa que no le sentaría bien, no es su estilo, siempre ha de tener aire *retro*. Yo diría que Eva ha dado en el clavo: más corto de un lado que de otro, perfecto. Alex se mira con curiosidad.

—*This is excellent*.

—Eso lo he entendido, gracias...

—Estás muy guapo. No sé dónde se ha metido Bruno, envíale un *whatsapp*.

Y justo en ese momento hace su aparición mi chico de miel, con abrigo de Lindbergh y camisa Raf Simons también de Lindbergh; los pantalones y las botas son suyos, y no lleva americana, sino un cárdigan muy abierto.

—Evaaa. Un beso.

—Bruno, qué largo lo llevas.

—Sí.

—Pero te queda bien.

—Uno, que es guapo —dice coqueteando, como siempre. Eva se lo lleva a la zona de lavado y Alex y yo ojeamos la revista, riendo y comentando la crueldad de los editores.

—Oh, Johanna, *the wigs*.

—Ah, sí. Eva, las pelucas.

—Sí, pasad al fondo, están ahí. Mientras, yo le corto a Bruno. ¿Quieres que te repase las patillas? Pareces un bandolero.

—Sí, y corta bastante: tengo un viaje de negocios y no quiero desentonar.

—Pues sí que estáis formales —oigo decir a Eva.

Tras la zona de lavado hay un biombo, y, tras él, un pequeño almacén con varias estanterías en las que hay cinco pelucas. Dos de ellas, una afro y otra pelirroja que recuerda a la Sirenita, las

descartamos en el acto. Yo me pruebo la castaña oscura, es de pelo largo y escalado, muy natural. Alex se prueba la rubia platino, de media melena y con flequillo recto estilo Bob. Cuando levanta la cabeza sonriendo, el resultado es sobrecogedor.

—Dios del cielo, Alexandra. Pero si eres el *travelo* más guapo del mundo. Déjame que te pinte los labios —digo cogiendo una barra del muestrario, rojo pasión.

—No, no.

—Solo un poquito, boba.

—Pero quitas enseguida.

Le pinto los labios y le enseño a repartir el carmín frotando el superior contra el inferior como solemos hacer nosotras. Es impactante: su estructura facial y esos ojos suyos tan especiales, esos labios carnosos, con la peluca, lo convierten en un ser de otro mundo; es la androginia elevada al cuadrado, me está poniendo a cien.

—Madre mía, estás preciosa. Déjame que te coma los morros —le digo besándole, mientras le abro los botones de la camisa y le hago un nudo que le hace enseñar el ombligo.

—*You're a bit lesbo, arent you? (Eres un poquito bollo, ¿no?)*.

—Si alguna vez vemos porno juntos, asegúrate de que hay chicas con chicas; si no, ni me interesa...

—Mí te lleva a un club en Japón, y...

—No, no, no te equivoques; tengo claro lo que me gusta, y son los hombres. Bueno, y tú, Alexandra —digo, volviendo a por su boca. Alex se deja hacer y nos apretamos el uno contra el otro, devorándonos, olvidando dónde estamos hasta que Bruno nos interrumpe carraspeando. Nos quedamos congelados. Siempre hay un momento en que pienso que se va a enfadar.

—Oh, Dios mío, pero si eres un «Princeso».

—Tú «princeso... ».

—Oye, que es mía, yo la he visto primero.

—Dame un beso —dice Bruno ignorándome. Y eso hacen, darse un piquito, sin lengua, cortito, divertido.

—Cuando estemos casados te llevaré al *Gay Parade* y presumiré de pibón; serás el *travelo* más guapo y sexy, mucho más que «Conchita Salchicha».

—*What's «travelo»?*

—*A woman with a dick. (Una mujer con pito)*. Como RuPaul, aquella *Drag Queen* americana...

—*Ohh. I'm sexier than RuPaul. (Soy más sexy que RuPaul)*.

—Mucho más. Esta noche te dejo mis braguitas...

—Y tú, Johanna, de verdad, el pelo largo te sienta bien. Ven aquí que te coma la boca; me estáis poniendo los dos del revés —dice Bruno bromeando, pero directo a buscar mi lengua mientras yo sigo abrazada al Travesti Absoluto. Alex disfruta con el flirteo lúdico: esto no formaba parte de su día a día antes, se nota. Hasta hace poco debía de ser más del tipo depredador solitario, así que poder flirtear desde el desayuno es como una terapia para él. Me fijó en que Bruno lleva reloj nuevo.

—¿Y ese reloj?

—Me lo ha regalado Alex. Es un Hamilton.

—Es precioso, pero, Bruno, francamente, ¿no te das cuenta de que Lindbergh te hace más regalos que a mí? Creo que va a sodomizarte en cualquier momento.

—*Hey, Bruno is into the Greek style. (Hey, es a Bruno al que le va el estilo griego)*.

—Tienes razón, Alex. Cuidado entonces, porque es a ti a quien van a sodomizar en cualquier

momento.

—No puedes culparme, Johanna: solo le faltan unas tetitas bonitas.

Para cuando nos damos cuenta de que Eva está observándonos, no tenemos ni idea de cuánto habrá visto, y tampoco es importante.

—Alexander, eres una mujer muy guapa.

—Eso decíamos.

—A ti también te queda bien la peluca.

—Gracias.

—¿Sabes que tienes muchas pecas?

—Es por el embarazo.

—¡Johanna! Felicidades —dice mientras se dirige a mí para abrazarme. Y cuando lo hace, me dice al oído—: Vas a tener que explicarme muchas cosas... Te he visto con el pavo este y con Bruno también.

Le guiño un ojo y asiento.

—¿Tú puedes cortar pelo en casa? Mí coge tu teléfono.

—Claaaro, si me invitas a cenar —dice Eva bromeando.

Bruno contesta por Alex:

—Cena y peluquería. Eso está hecho.

—¿Las pelucas os las lleváis puestas? —dice muerta de risa. Imagínate si Lindbergh no se da cuenta y sale así. Rápidamente se la quita, y yo saco del bolso una toallita desmaquilladora y le borro la boca de loba.

—Os las presto, no las necesito ahora y cuestan una pasta. Son de pelo natural.

—Arrrgh, preferiría no saber eso. En fin...

—No, no. Mí compra.

—Sí, sí; de hecho, las necesitamos, y creo que se nos están ocurriendo varios usos —dice Bruno. Eva coge la tarjeta de crédito que le extiende Lindbergh y cobra todo junto. También le da su ya clásica tarjeta de fidelidad, con la que, una vez rellena, consigues un peinado gratis.

Y de esta manera, tras varios besos y abrazos, cargados de bolsas, nos despedimos de Eva y salimos al frío invierno sopesando si ya es hora de ir a recoger a Maya al colegio. Mañana nos vamos, así que no estaría mal pasar un ratito más con ella.

Capítulo 7

Operación peluquitas

SOBREVOLANDO SUIZA

*E*l trayecto Barcelona-Zúrich en *jet* privado con los miembros de Cooper no ha sido tan divertido como yo esperaba: reina el silencio y todos están concentrados en sus quehaceres. En Davos, dentro de dos días, tendremos que supervisar la llegada de varios clientes, uno de los cuales tiene una ponencia en el foro, al igual que Lindbergh, que está invitado a un debate de economía, aunque en su caso es más una maniobra de despiste que un deber real.

Memphis y Kansas me encantan; han pasado todo el viaje jugando a videojuegos como dos adolescentes. Estoy segura de que a Bruno le hubiera gustado hacer lo mismo, pero como socio del jefe tiene que mantener una cierta compostura, al menos de momento.

Lindbergh ni me ha mirado, es como si quisiera separar el apego emocional. He intentado flirtear, necesito que todo este asunto tenga una parte juguetona y divertida, incluso le he seguido al lavabo y me he intentado colar, pero me ha ignorado, quizás inconscientemente porque está demasiado concentrado, quién sabe. Solo Bruno, que tiene una media sonrisa socarrona instalada en su boca desde hace horas, me ha pedido que me contenga, que me concentre: hay demasiada gente y seguramente todos están pendientes de nuestra relación.

Tras el aterrizaje nos hemos dividido en dos grupos: los que se van directamente a Davos, que conectan con un equipo de refuerzo llegado de Londres capitaneados por Cleveland y que volarán en el Eurocopter de catorce plazas, un helicóptero con el emblema de Lindbergh Hotels, que nos recogerá dentro de un par de días, y un pequeño grupo, básicamente La mosca, Milwaukee-Frey, Memphis y Kansas, Bruno-Phoenix y yo, Johanna-Georgia. Somos un grupo pequeño, pero más que suficiente para abrir la caja fuerte esta misma mañana, despistar a quien pueda estar vigilando si es el caso y volar a Davos dentro de un par de días.

Mientras los demás suben al helicóptero, el grupo que nos quedamos nos volvemos a dividir en dos grupos más. Alex, Bruno y yo subimos a una vistosa limusina que nos está esperando a pie de avión, y los otros se van al hotel a conectarnos los unos con los otros.

Iniciamos la «operación Peluquitas», bautizada por mí en honor a la canción de las Nancys Rubias de Mario Vaquerizo:

*Un accesorio de uso fundamental,
un complemento que no debe faltar
Por eso yo yo yo
voy a recomendar;
por eso tú tú tú
deberías probar
Pelo rizado, pelo liso total,
pelo pelazo tipo fenomenal*

*Pienso que no no no
me voy a equivocar,
pienso que sí sí sí
te voy a regalar
pelucas personalizadas,
indeterminadas,
monofilamento inglés al cien por cien,
pelucas biodegradables superconfortables,
modernas posticerías sin retorno
Pe pe peluquitas
Pe pe pelucones
Pe pe peluquitas
Pe pe pelucones*

No sé si es peligroso, pero divertido sí es. Nunca he llevado peluca, y no suelo disfrazarme, así que no puedo evitar tomármelo como una de esas cosas que probablemente solo haces una vez en la vida, y me da igual lo serios que se me pongan: pienso disfrutarlo.

No podría haber empezado mejor. El primer atuendo que seleccionaron para que llevara puesto es, sin lugar a dudas, el vestido más acertado que podrían haber elegido para mí: diseño de Slimane, de color negro con estampado de guitarras eléctricas rojas, tiene manga tres cuartos y falda plisada a la rodilla, el estilo niña buena con toque rockero que a mí tanto me gusta. Un *look* combinado con unas botas de tacón de Jimmy Choo que yo no hubiera comprado porque no me parecen nada prácticas y que han sido creadas más para seducir que para la vida real. La mezcla de Alex y Bruno juntos de compras pensando en mí ha resultado ser arrolladora, y me halaga en lo más profundo de mi ser, aunque me he abstenido de dar demasiadas muestras de ello.

Por el momento no debo llevar peluca, he de entrar en el banco como Johanna Mayer. En un bolso enorme de Bottega Veneta, reversible, que en estos momentos es rojo, pero que si le doy la vuelta es negro, llevo otra muda, otros zapatos y la peluca. El abrigo que llevo también es reversible, y una de las telas se puede despegar para dejar al descubierto napa gris. En total son tres abrigos en uno.

Subimos a la limusina, los tres detrás y en silencio. En cuanto el coche arranca, Bruno no puede evitar bromear.

—Georgia, esto me pone mucho. ¿No podríamos echar un polvo rápido...?

—Bruno, todo el mundo escuchando, *please* —dice Alex, visiblemente molesto por que Bruno se tomase a pitorreo el inicio de la operación, aunque puedo ver que en el fondo le hace gracia. Ahora mismo escuchando solo está Milwaukee, que no podría tener una visión más profunda de nuestra relación, y, por otro lado, nadie piensa que lo que tenemos que hacer esta mañana sea difícil o demasiado peligroso. Así que tampoco yo puedo evitar poner la mano sobre su bragueta y acercarme mucho a él, hasta que Lindbergh pone fin a la broma.

—*Enough! Georgia, try to focus if possible... (¡Basta! Georgia, por favor, concéntrate si es posible).*

—Lo malo de las moscas es que no hay forma de que se relajen... —digo, y esta vez mi mano va sobre su bragueta y le arrebató una mal disimulada sonrisa, incluso me gano un beso con lengua que haría que cualquier mujer se arrancara la ropa sin dudarle, pero ahí acaba todo, porque enseguida llegamos al garaje cercano al banco y nos ponemos muy serios, todos, yo incluida.

Llevo la llave en una cadena al cuello; sé la contraseña, y tengo el bolso reversible con la muda y la peluca. Lo que me recuerda que he vuelto a soñar, y se me hace muy extraño, porque desde

hace muchos años suelo soñar muy poco, pero, cuando lo hago, invariablemente sueño con David Bowie. Esto dura hace ya más de cinco o seis años; Bowie viene a Artistik, siempre en pijama, le sirvo un té y charlamos: básicamente se queja de hacerse mayor, de sus achaques, de lo solo que se siente a veces, y yo le escucho. Hablamos en inglés, aunque a través de los años hemos llegado a hablar incluso en catalán. Parecerá una tontería, pero siempre he pensado que mis conversaciones imaginarias con Bowie, de las que conservo un vivo recuerdo cuando me despierto, han hecho que me conozca mucho mejor a mí misma; es una especie de psicoanálisis nocturno en fase REM. Esta noche tenía a Bowie conmigo en la «operación Peluquitas».

La limusina aparca en el parking de un hotel cercano al banco. Ahora tengo que salir del edificio por el ascensor y dirigirme allí a pie. Inicialmente habíamos pensado hacerlo en un taxi, pero si voy paseando hasta el banco será más natural. Probablemente nadie se ha percatado de que estoy en la ciudad y todo este dispositivo sea una sobreactuación de Alexander.

—*Straight to the bank, baby. (Derecha al banco, cariño).* No hablas con nadie, no paras y vienes aquí. *OK?*

—Sí, ya me lo has dicho...

—Piensa, Jou, que te están esperando. Es mejor que solo te identifiques y no hables con nadie. Verás a Milwaukee, no te dirijas a él.

—Cambias ropa y sales, limusina te recoge en puerta. *Got it? (¿Lo tienes?).*

—Sois muy pesados, y es verdad que yo no soy muy lista, pero creo que os pasáis...

Bajo de la limusina, cojo el ascensor que sube a la planta baja a velocidad supersónica, cruzo el *hall* del hotel y me dirijo al banco; apenas cruzo la calle, camino doscientos metros y he llegado. Como ya he estado aquí antes, conozco bien el protocolo. Cuando llego al enorme *hall*, enseguida me recibe una señorita que me conduce a una sala de espera y me pide una identificación, no es más que una tarjeta de visita del director del banco; me quedo ojeando una revista, dejo el bolso en el suelo porque es bastante incómodo y me dispongo a esperar.

Mi visita ha sido programada previamente por Lindbergh; me estaban esperando y conocen mi juego, no necesito explicar nada. Empiezo a tener mariposas en el estómago, precisamente porque no sé qué contiene la caja; darle más vueltas no tiene sentido, mi imaginación vuela, pero normalmente la realidad es mucho más aburrida.

Cuando vuelve la señorita, entramos en un ascensor que desciende varios pisos. Un señor trajeado me recibe y me acompaña a una sala mucho más pequeña, y veo que mi caja está ya preparada sobre una mesa de caoba. Sin mediar palabra, con tan solo un gesto servicial, baja la cabeza y se despide dejándome sola y cerrando la puerta tras de mí.

Me siento frente a la caja, que es mucho más pequeña de lo que había imaginado, apenas el tamaño de un baúl, un baúl pequeño.

—La estoy abriendo —digo para que todo Cooper que me esté escuchando me oiga bien. Introduzco la llave, marco el código en el pequeño teclado y se abre. Contengo la respiración; no hay nada, a excepción de una antigua cinta de VHS sin etiqueta y dos pasaportes de la misma persona, una mujer, el primero de los cuales es de la República de Kosovo y el siguiente, serbio. Tienen la misma foto.

—Es una cinta de vídeo. No hay nada más. Aparte de dos pasaportes de la misma persona, Fikra Bekiri, nacida en Kosovo en el 58.

—*Got it. (Lo tenemos)* —dice la voz de Alex. Vaya decepción, había soñado que contendría un sinfín de cosas diferentes, pero no se me habría pasado por la cabeza que fuera una cinta de vídeo en un formato obsoleto. Saco de mi bolsillo una bolsa con autocierre que me ha dado Alex antes

de salir y cojo la cinta y los pasaportes con la bolsa a modo de guante; le doy la vuelta en un gesto rápido y sin tocar nada haciendo que todo quede dentro sin mis huellas.

Decepcionada, pero a la vez intrigada por lo que pueda contener la cinta, me dispongo a proceder con el cambio de vestuario, y para eso necesito desnudarme. Para la peluca platino, Bruno y Alex han seleccionado un vestido de zorra total, de Versace, por supuesto: qué puede haber más de zorra que un minivestido de Versace, quizás uno de Gucci de la época de Tom Ford. En fin, el mío es supercorto, drapeado, algo brillante, gris pero casi plateado. ¿Quién coño va al banco de esta guisa? Según ellos, lo que nos interesa es que la gente de Müller se fije mucho en esa rubia y les quede muy claro que no es Johanna Mayer y así no me sigan. En cambio, yo pienso que con este aspecto probablemente se peguen a mí y me hagan una oferta a cambio de una felación.

Lástima que no haya un espejo aquí abajo, tengo mucha curiosidad, y tengo preparada una sorpresa para esos dos, una pequeña venganza por el vestido de putón.

Le doy la vuelta al abrigo reversible, quito el *tweed* y aflora el forro de napa gris. Guardo el primer atuendo en la caja fuerte y forro de *tweed* en el bolso y aprieto un botón que alerta al caballero de antes de que he terminado. En el *hall*, al salir del ascensor me encuentro con Milwaukee; nos miramos de reojo, y salgo a la calle consciente de que él va detrás de mí, tal y como estaba previsto. Las botas de Jimmy Choo son muy mala combinación con las aceras heladas de Zúrich en enero. ¿A quién se le ocurre, con lo patosa que soy? Sin embargo, eso hace que yo esté mucho más pendiente de no resbalar que de que me sigan, y borra toda sensación de peligro porque el verdadero, el que sí percibo, es el de desnucarme en cualquier momento.

Siento cierto alivio al llegar al hotel. Entro en el ascensor y voy directamente a la planta 3 del parking, donde me esperan la limusina y mi segundo cambio de *look*. Cuando entro en el coche me hace gracia la cara de intriga de ambos.

—*Are you ok? (¿Estás bien?)*.

—Sí, pero lo de las botas no ha tenido gracia...

—*The tape? (¿La cinta?)*.

Vuelco el contenido del bolso sobre el asiento y le entrego la cinta a Lindbergh, junto con los pasaportes. Él acciona el botón del elevallunas eléctrico y se la entrega a Milwaukee, para volver a cerrar enseguida la ventana.

—¿Te ha parecido ver a alguien?

—No.

—Perfecto. Cámbiate para volver al banco.

—Kansas.

—*Yes, sir*.

—*Scan the name of the unknown lady on the computer; use the facial recognition system as soon as you get any picture. (Explora el nombre de la desconocida en el ordenador; usa el sistema de reconocimiento facial en cuanto tengas fotos)*.

—*I'm on it sir. (Señor, estoy en ello)*.

Deliberadamente me dejo la peluca rubia puesta como en un gesto de descuido. Luego me quito el pequeño vestido y me quedo desnuda: no llevo bragas, y me he rasurado expresamente; llevo una peluca platino y unas botas de zorrón de tacón asesino que llegan justo por debajo de las rodillas. Daría cualquier cosa por ver mi aspecto en este momento, aunque puedo imaginármelo. Cruzo las piernas en silencio, cojo mi barra de labios y un espejito de mano que siempre llevo y me perfilo la boca mirándolos de reojo en un gesto superexagerado. Alex traga saliva y Bruno

saca su móvil y me hace una foto. La tensión en el pequeño cubículo se puede cortar con un cuchillo. Vuelvo a mirar a Alex; intento una mirada lasciva, aunque sé por experiencia que a veces puede salir mal y quedárete una cara de boba medio bizca capaz de desinflar a cualquiera. Parece que la mirada lasciva sí funciona: debe de ser porque estoy muy caliente, esto... salida..., vamos, que estoy cachonda perdida.

—*Cooper disconnect. (Cooper, desconecta).*

—*Yes, sir.*

—*Ten minutes... (Diez minutos...).*

—*Any problem sir? (¿Hay algún problema, señor?).*

—*No, ten minutes. (No, diez minutos).*

—*Back in ten sir. (Volvemos en diez, señor).*

Silencio; ya estamos solos. Los tengo delante al otro lado del asiento. Cuando me voy a quitar el pinganillo, Alex niega con la cabeza: hay que dejárselo puesto. Nos miramos en silencio, mis dos Jedis dispuestos, las espadas láser pugnando por ser liberadas al viento, sus ojos turbios como lobos en celo. Aaaaay, que no sé por dónde empezar. Bruno toma la iniciativa: me abre las piernas, descruzándolas con cariño, poco a poco y exponiendo mi flor, que últimamente está siempre húmeda como orquídea en el Amazonas. Las empresas de lubricante no tienen nada que hacer conmigo. Alex se quita la chaqueta del traje y la deja bien doblada sin dejar de mirarme. Bruno hace lo propio. Se deshacen también el nudo de la corbata. Están tan guapos, tan elegantes... Hacerlo en una limusina con dos hombres tan atractivos debería ser posible para todas las mujeres al menos una vez en la vida. Nadie puede culparme por provocarlo, y Bruno debe de estar pensando lo mismo, porque ha vuelto a sacar su móvil y parece decidido a grabar la escena.

—No buena idea.

—Te equivocas, es una idea de puta madre.

—*We'll have to encrypt that... (Lo tendremos que encriptar...).*

—Relájate, tío, solo follamos. Si no quieres, espera fuera —dice Bruno con una sonrisa.

—Muy gracioso. Johanna.

—Mmmhhh.

—*Come here baby. I'm gonna fuck you until you're numb. (Ven aquí, nena. Te voy a follar hasta que estés entumecida).*

—¿Que ha dicho?

—En español no es sexy...

—Por tu cara diría que en inglés sí, y mucho... —dice Bruno grabando con su móvil. Yo también pienso que es buena idea, y para demostrárselo, en vez de ir a buscar a Alex como me ha pedido, me masturbo frente a la cámara en plan *porno star*.

—Oh, nena, quiero que me entierres con esta grabación, no sabes lo bonita que estás en estos momentos.

—Tendrás que haser *short movie*, no tenemos tiempo.

—Oye, Lindbergh, no seas coñazo, puedes esperar fuera —digo con voz seductora, segura de que se muere de ganas, aunque intente actuar como si estuviera por encima de la situación, pero su voz más grave de lo normal le delata, su mirada depredadora también, pero, sobre todo, un hombre con una erección monumental lo tiene difícil para disimular, resulta bastante ridículo.

Se ha dado cuenta porque se ríe, se está rindiendo a la evidencia, y por ello, con toda naturalidad, se baja el pantalón soltando a la bestia, nuestro querido amigo Lindy, que, como de costumbre, está más que dispuesto y en plena forma. Sin bragas, con peluca y botas con tacón de

aguja, lo más indicado es una mamada. Gateo lentamente por el asiento y me acerco peligrosamente a su pene; no tengo dotes para la actuación, quién sabe si quizás para el porno sí... Tengo toda su atención, y Bruno me incita, enardeciéndome como si fuera una de sus antiguas modelos frente a la cámara. Eso me pone mucho.

—Así, nena, muy bien, estás preciosa, mírame. ¡Oh! Joder, me estás matando.

Lindbergh parece congelado, hipnotizado por mi atrevimiento, y cuando llego justo a la altura de su miembro, estirando el cuerpo sensualmente, le digo:

—*May I suck your dick, sir? (¿Puedo chuparle la polla, señor?).*

—*Oh Johanna, please, please.*

En cuanto me la meto en la boca, Alex pierde el mundo de vista, y echando la cabeza hacia atrás se abandona entre sollozos. Bruno se acerca a nosotros buscando el ángulo apropiado para la grabación y yo paro un momento para un primer plano divertido y guarro.

—Cariño, has nacido para el porno.

Le guiño un ojo, como diciendo «Ahora no estoy para conversaciones», y eso es el final de la película. Bruno le pasa el móvil a Alex para que sea él el que grabe y me toma por detrás; es una suerte que la limusina sea tan grande y podamos estar sentados el uno frente al otro. Cuando Bruno me penetra, mi cuerpo se sacude hacia Lindbergh y por extensión marca el ritmo de mi felación, como un efecto dominó sin fin. Bruno manda en este sexo a tres, suele llevar la iniciativa porque es el que, al fin y al cabo, más cómodo se siente. Con el vaivén, cuando se la chupo a Alex, mi cabeza se balancea adelante y atrás como esos perros que llevan los taxistas y que se menean a ritmo del motor del coche, aunque también suele haber la versión de la hawaiana bailando el *hula*. Es extraño que se me crucen este tipo de pensamientos, hay veces que esto de los tríos me produce risa, una vergüenza intrínseca que me hace evadirme del aquí y ahora; es por eso que hay veces que el tiempo se me pasa volando, y esta es una de esas veces, porque Alex está a punto de correrse. Noto su miembro ponerse aún más rígido y sus fluidos subir, y sus gemidos me confirman que es inminente.

—*Watch out, baby, I'm coming. (Cuidado, nena, me corro).* Aahhh —me avisa Alex.

Aquí una siempre tiene dos opciones: o apartarse o tragárselo. Bruno ha parado, muy atento a mi decisión. De alguna manera hoy he estado absorta y me he enterado de poco, por lo que decido concederle a Alex ese pequeño premio, y me lo trago haciendo un sonido gutural de placer. Esta es otra cosa que le gusta mucho a Bruno y que suelo hacer muy poco porque es más bien asqueroso y una clara influencia del porno barato. En fin, no me voy a morir por una vez, aunque rezo para que haya un minibar para refrescarme luego.

Y ahí va la guarradita, espero que estén grabando. Una vez tengo su semen en mi boca, saco la lengua y repaso su glande demasiado sensible, saboreando sus fluidos como si fueran un manjar. Arrghhh. Y eso mata dos pájaros de un tiro, porque Bruno se corre estrepitosamente tras una última embestida más bien patosa, precipitada, por ver una de sus fantasías hecha realidad en el miembro de Alex, que, pobre hombre, no debe de saber quién es en estos momentos: tal es la placentera sorpresa que se acaba de llevar.

—Aaaahh, esto no te lo perdono... —dice Bruno, y yo me incorporo buscando el minibar y hallando enseguida el santo grial: una Fanta de naranja fresquita con la que deshacerme del mal sabor de boca. El semen sabe asqueroso. Esta sentencia debería formar parte de su definición en el diccionario, y así nosotras podríamos enseñársela a ellos para que comprendieran que tragárselo es una concesión que hacer de vez en cuando y no algo que nos debería entusiasmar como ellos quieren creer.

En fin, lo que prometía ser el polvo del siglo no lo ha sido para mí: las mujeres a veces disfrutamos sin estar cien por cien en sintonía, y esta es una de esas veces. Misterios femeninos.

—*We are ready if you are sir. (Estamos listos si usted lo está, señor).*

Han pasado diez minutos, aunque probablemente haya sido más tiempo. Milwaukee ha vuelto, la «operación Peluquitas» sigue en marcha.

—*Ready. Georgia is changing, she'll be out in 3. (Listos. Georgia se está cambiando, estará fuera en 3).*

—*Ok, sir.*

Me visto todo lo rápido que puedo. Esta vez es un modelito recatado: un traje sastre gris oscuro; no entiendo por qué no han pensado en pantalones con el frío que hace. No he visto mucha gente con vestido cuando he salido a la calle. Las suizas son prácticas y se abrigan.

Estoy lista; llevo la peluca castaña de pelo largo, y Bruno me la ajusta. Volvemos a darle la vuelta al abrigo, que por un lado es un anorak negro largo y por el otro un abrigo serio de *tweed* también negro. Ahora toca *tweed*.

—Creo que mí tener un aparato VHS en almacén de hotel.

—Sí, hay muchos trastos ahí. A mí también me suena que hay incluso televisores de tubo...

—*We'll check it out, sir. About the lady, sir, reported missing in Zürich in 1995, the family kept searching from Kosovo; never found, still missing. Not related to the Balkans War. (Lo comprobaremos, señor. Con respecto a la señora, señor, declarada desaparecida en 1995, la familia siguió buscándola desde Kosovo; nunca se la encontró, sigue desaparecida. No está relacionado con la guerra de los Balcanes)* —dice Kansas.

—*Ok. Search crimes around the period. (Ok, busca crímenes alrededor de ese período).*

—*On it, sir. (En ello, señor).*

—Te veo mucho más relajado...

Con solo una mirada, La mosca me confirma que se acabaron los juegos; vuelta a la «operación Peluquitas». Solo a Bruno le hace gracia.

Salgo del coche y me dirijo de nuevo al ascensor y otra vez al banco. El proceso es el mismo; la confidencialidad de los bancos suizos es legendaria, pero resulta incluso obsceno que yo entre y salga disfrazada con la misma única identificación. Es más que obvio que les importa un comino quién sea yo, a qué me dedico o por qué estoy montando este numerito.

Cuando estoy de nuevo frente a la caja de seguridad, vuelvo a desnudarme y a convertirme otra vez en Johanna, bueno, y en Georgia. Guardo toda la ropa de la mujer morena en la caja y repaso mentalmente todo mi atuendo para no cometer ningún error: no debo equivocarme de zapatos o algo así, no debo salir con la peluca, tengo que salir exactamente como entré. Por un momento había olvidado darle la vuelta al bolso reversible: hubiera sido un fallo que Lindbergh me habría reprochado sin lugar a dudas. Pero al menos no he olvidado lo más importante, que es que debo salir con toda mi documentación guardada en el anorak y no en el bolso; esto me lo ha repetido Lindbergh cien veces o más, porque cree que intentarán arrancarme el bolso.

—Estoy lista —les digo a todos ellos, para que sepan que estoy a punto de salir.

—*Ok. Ready* —contesta, probablemente Milwaukee, que me ha de acompañar a distancia de vuelta a Die Delphinien. Al salir del banco camino tranquila, si bien soy de caminar deprisa, pero por precaución y por el bien de la misión paseo e incluso me paro a admirar los fastuosos escaparates de Zúrich, sobre todo los de las joyerías.

No creo que nadie me esté siguiendo a excepción de Frey, quiero decir, Milwaukee. En mi opinión no era en absoluto inteligente que a quien se le conoce por ser mi abogado, porque de

hecho lo es, sea precisamente quien se encargue de mi seguridad. No tiene sentido, pero Lindbergh dice que Adrian es el mejor y que no está dispuesto a correr riesgos, y aunque él también se haya disfrazado y lleve peluca y gafas de ver, a mí me ha parecido poco profesional teniendo más personal disponible; alguien de Londres hubiera sido más adecuado, por ejemplo, esa especie de Gollum con nombre en clave «Cleveland». ¡Arrrgh! Me alegro de tener a Adrian cerca y no al Gollum...

De vuelta en Die Delphinen ni me han atacado ni parece que nadie me haya seguido. A La mosca le preocupa que alguien en el banco pudiera filtrar la información de mi presencia en él. Al fin y al cabo, Müller padre es un hombre muy poderoso, banquero, para más inri, y con suficientes contactos siendo de la propia ciudad.

En nuestra *suite*, en el salón contiguo, donde la chimenea, han dispuesto el aparato VHS que encontraron en el almacén, pero parece que les falta el cable. Como experto fotógrafo de antes de la era digital, Bruno sabe que el cable que falta es un euroconector que va de la tele al aparato de vídeo; hay que encontrar uno, por lo que le acompaño de nuevo al almacén a ver si tenemos suerte. Yo también recuerdo cómo era ese cable, y soy buena localizando cosas siempre que compita contra un hombre, que, como todo el mundo sabe, siempre miran sin ver. En una caja llena de cintas de VHS antiguas encuentro el euroconector.

—¡Bingo!

—¡Muy bien!

—Pues aquí hay algo más que podría ser de tu interés —digo yo, escondiendo una antigua cinta detrás de mí para jugar un poquito.

—A ver, a ver.

—Es una cinta, tienes que adivinar.

—Vaale, pista.

—Nuestra primera vez.

—*Emmanuelle*.

—Jo, no vale.

—No me digas que tienes ahí una copia de *Emmanuelle*...

—Pues sí, la inimitable, la primera, la única...

—¿Crees que Lindbergh la habrá visto?

—Diría que no...

Vamos al almacén a por un cable y nos llevamos el premio gordo. Debe de hacer más de diez años que no la vemos, pero forma parte de nuestra historia.

—Quizás esta noche después de cenar. Eso, si conseguimos conectar ese cacharro...

—Vamos a probar.

Cogemos el ascensor de vuelta a la *suite*, que ya parece un centro de operaciones; no entiendo por qué montan todo esto en nuestra habitación y no en la contigua. Milwaukee ha instalado una pantalla que no es pantalla y que funciona como un holograma, tecnología punta. Y, efectivamente, el euroconector funciona. Ya podemos ver la cinta.

Es vieja y el sonido no se oye. Kansas cree que ni siquiera está grabado, por lo que pasamos directamente al visionado. Es una cinta de cámara de seguridad de un parking, fecha 18/08/95, hora 5 p. m. Durante un rato solo vemos un espacio vacío; no hay coches aparcados, apenas hay movimiento hasta que llegan muchas motos, un suceso de los Ángeles del Infierno en versión *skinhead*. También llega un coche.

Nos sentamos en el sofá en silencio. Los conductores de las ocho o diez motos se quitan los

cascos y se ponen un pasamontañas en la cabeza; el conductor del coche también lleva uno. Parece que dentro hay más gente, pero de momento no bajan. Ahora se ponen todos en círculo y se deshacen de camisetas y chaquetas; por la fecha sabemos que están en verano, van muy poco vestidos. Algunos de ellos son grandes como bestias, casi gigantescos, otros son enclenques con pinta de yonqui, pero absolutamente todos llevan un gran lobo tatuado en la espalda como el de Jurgen; son los Werewolf. Tenemos una reunión de lobos. Tienen un ritual, parece que cantan un himno en círculo, a todas luces nazi por el consabido saludo. Se me ponen los pelos de punta; no soporto los fanatismos, sean del género que sean.

Un par de ellos desaparecen de plano; la grabación es de una calidad pésima y a ratos funde a negro para volver con una imagen que cuesta mucho descifrar porque se desdibuja. Los dos que se habían ido vuelven con un bidón industrial en el que hacen fuego con una facilidad pasmosa, tan solo con un poco de gasolina y unos troncos. Tengo un mal presentimiento, algo me da mala espina al contemplar esa manada de tíos rabiosos sin camiseta, tatuados todos igual y con pasamontañas. Me pregunto si uno de ellos es Jurgen, o Andrea...

Hay movimiento. Dos de ellos se dirigen hacia el coche y aparecen cervezas; todos beben, se hacen bromas de camarada, se empujan, se ríen. Del coche sacan a tres personas con las manos atadas, dos hombres y una mujer. Los ponen en fila y ellos se quedan inmóviles con la cabeza baja, no forcejean, parecen resignados. Es difícil de saber, pero diría que la mujer está llorando y parece que tiembla y tiene sacudidas como si fuera a vomitar.

El resto solo lo puedo ver a ratos a través de mis dedos, porque no puedo evitar taparme los ojos. Gracias a Dios que no hay sonido, porque sería insoportable. Uno tras otro, como en un juego macabro, los Werewolf golpean y dan patadas a las tres personas, mientras otro de ellos los aguanta por detrás para que no se desplomen.

—No tienes que ver —me dice Alex. Curiosamente, eso me da fuerzas para seguir mirando estoicamente. Ojalá no lo hubiera hecho. Todo es muy rápido: en un abrir y cerrar de ojos, las tres personas arden. Les han prendido fuego. Fundido a negro, fin de la cinta.

Un silencio demoledor se instala en la habitación. Estamos hartos de ver escenas parecidas en las pelis o en los videojuegos, pero cuando sabes que es real, y aunque el Estado Islámico se empeñe en enseñarnos ejecuciones día sí, día no, nada te prepara para una cosa así. Siento una profunda rabia, siento sed de venganza.

—*Kansas, take it to the lab. Identify those bastards. (Kansas, llévalo al laboratorio. Identifica a esos bastardos).*

—*Right away sir. (Ahora mismo, señor).*

—¿Cómo vas a identificarlos con pasamontañas?

—Ser detenidos muchas veces, solos y en grupo, no solo identificas con cara.

—Johanna, quizás alguno de ellos o varios, estén fuera de la organización, como Jurgen o Andrea. Puede que podamos hablar con ellos.

—Diría que Jurgen y Andrea estaban fuera precisamente porque Pablo tenía esta cinta. Son cómplices de tres asesinatos.

—Me temo que solo sea la punta del iceberg —dice Milwaukee.

Han pedido unos bocadillos, aunque no sé cómo nadie puede comer después de ver algo así, yo no puedo. Los hombres tienen otro temperamento. Les veo devorar sus sándwiches, Lindbergh incluido, absorto en sus pensamientos, como si hubiera visto una película de acción. Me pregunto si está acostumbrado a ver muertos con cierta frecuencia, tendré que preguntarlo. Bruno ha ido a la

cocina; supervisa lo que comemos, no puede evitarlo. Cuando vuelve, me pone una bandeja tapada delante.

—No acepto un no por respuesta.

—No tengo hambre.

—Me da igual, vas a comer: es solo una sopa Miso con un poco de tofu. La he hecho yo mismo.

—Ahora no puedo.

—Estás embarazada, tienes que comer, aunque sea poco.

La noticia del embarazo crea un cierto revuelo en la pequeña fracción de Cooper. Se levantan a abrazarme y darme besos. También han ido a felicitar a Bruno. Y eso deja a Lindbergh solo, comiendo en silencio con cara de póquer.

—Vale, vale. Me tomaré la sopa omitiendo el hecho de que acabo de ver a tres personas asadas a la parrilla. Jefe, ¿puedo hablar contigo un momento?

Lindbergh se levanta y me sigue a la habitación contigua, a la de la cama. Le abrazo.

—Felicidades, papá.

—Gracias...

—Por mí puedes decirles que tú también eres el padre. Estoy segura de que saben el resto. Francamente, ocupando los tres una habitación tanto en casa como aquí...

—Mí no discute *personal life* con *staff*.

—Entiendo. Bueno, quería abrazarte porque me ha parecido injusto que Bruno se lleve todo el afecto.

—No importante, pero mí quiere hacer público *this issue (este asunto)*, tomado decisión.

—Me parece bien.

Abrazados mirándonos a los ojos, puedo percibir su tensión. No está acostumbrado a tenerme encima cuando trabaja y no quiere aflojarse, tiene que estar alerta, no es momento para la relajación, pero sé que este instante de reafirmación le ha venido bien. Volvemos a la sala y me siento en silencio y me tomo mi sopa miso bajo la atenta mirada de Bruno.

Durante el resto de la tarde, recopilamos información sobre 1995 en la red; cada uno se centra en una noticia que pueda estar relacionada con el incidente de la cinta. Fueron años convulsos; la guerra de los Balcanes generó una ola de inmigración de gente que huía de la guerra, de las violaciones como estrategia militar, de las arbitrarias desapariciones de familiares. Recordarlos me produce una cierta tristeza.

La cinta ha sido digitalizada; a media tarde el ordenador nos ha dado un positivo absoluto: la mujer de la cinta y la de los pasaportes son la misma persona. Lo que Pablo guardaba en su caja fuerte eran pruebas del asesinato de tres personas a manos de los Werewolf; me pregunto si esa mujer huía de la guerra.

La noticia de un incendio provocado en un kebab de Zúrich me lleva a otra noticia: en Alemania, en el mismo año, hubo una oleada de atentados contra establecimientos musulmanes, kebabs, minisúpers de esos que tanto proliferan. En un primer momento las autoridades creyeron que eran venganzas entre mafias. Unos años después, entre 2000 y 2007, se descubrió que una organización neonazi en Alemania —Beate Zschäpe, Uwe Mundlos y Uwe Böhnhardt actuando bajo las siglas NSU (Nationalsozialistischer Untergrund)— fue responsable de al menos diez muertes, en su mayoría pequeños empresarios de origen turco o griego a quienes se les disparaba a la cara a plena luz del día. Asesinaron también a una mujer policía e incluso llegaron a poner una bomba en Colonia. Beate Zschäpe está en la cárcel: es la única superviviente del grupo, se supone que se financiaban a través de atracos.

¿Podrían tener alguna relación con los Werewolf? Al fin y al cabo, este tipo de grupos suelen estar en contacto los unos con los otros y celebrar asambleas internacionales. Me parece extraño que, durante siete años, un grupo de jóvenes se dedique a asesinar y a grabar a diez personas, que además atraquen comercios para financiarse y que la policía no los coja en tanto tiempo. Es tan extraño como que no se encontrasen los tres cuerpos calcinados de la cinta de vídeo; no hay noticias sobre un triple asesinato en Suiza en el 95, tampoco fuera de ella. Quizás se deshicieron de los cuerpos en el bidón y nunca nadie reparó en que contenía restos humanos. O quizás, tal y como pasó con las autoridades alemanas, cuando se trata de la desaparición de un inmigrante, probablemente en este caso sin papeles, no se pone demasiado empeño o medios para resolver los casos.

Nos centramos en las desapariciones que se denunciaron a las autoridades suizas en ese año y en los tres anteriores.

Ha sido un día muy largo. Cuando comento que necesito una ducha, todos los gallos de este gallinero actúan con condescendencia, como si yo fuera una dama antigua a la que le ha dado un vahído. Tengo que recordarme a mí misma que la testosterona tiene un efecto inhibitor de la inteligencia masculina. Molesta, me dirijo a la habitación, y entonces recuerdo la gran bañera antigua con patas, y decido darme un baño de sales en la gran ballena blanca, un baño reconfortante que ayude a disipar esas horribles imágenes y toda esa información que hoy me ha recordado que este mundo puede ser maravilloso, pero también feroz, despiadado, profundamente injusto, es decir, una mierda.

Cuando reflexionas, espanta traer otro niño al mundo: te das cuenta de que no solo estás en el hemisferio afortunado del planeta, sino también en el lado favorecido de tu ciudad, en una burbuja.

La gran bañera me aísla del mundo; me sumerjo aguantando la respiración, y todo ello tiene para mí un efecto balsámico, reconfortante. Las sales de Kalani forman ya parte de uno de mis rituales personales, son realmente extraordinarias, y tengo muchas ganas de conocerla.

Ojalá pudiera ponerme el pijama directamente y volver a la sala bien cómoda. Procuero elegir lo más parecido, unos *leggings*, una camiseta de Bruno de manga larga con entramado de nido de abeja y una sudadera vieja que siempre pongo en la maleta por si tengo frío en la cama. Me calzo unas deportivas y me siento fresca y cómoda.

Me fijo en Alex: no ha parado de rascarse la cabeza en toda la cena. Mi radar materno me alerta de la posibilidad de piojos. Bruno no parece rascarse; tiene una buena mata de pelo, mejor revisarla también.

Quieren quedarse para intentar recopilar el máximo de información. Les oigo teorizar sobre el NSU y sus posibles conexiones. Discretamente pido a Alex y a Bruno que me acompañan y los llevo al baño.

—¿Qué pasa? —dice Alex rascándose la cabeza.

—Te pica, ¿eh?

—Sí, *some sort of allergy*. *Shampoo...* (Algún tipo de alergia. El champú...).

Bruno ya ha caído en la cuenta y se parte.

—Querías ser papá... Pues, tío, los piojos vienen con el *pack*. No hay paternidad sin piojos.

—*What's that?* (¿Qué es eso?).

—*Head lice, darling* (Piojos, querido) —le digo, arrepintiéndome de no estar acostumbrada a sacar el móvil constantemente para inmortalizar un momento de pánico como este, con esa cara de *Solo en casa*. Pobre Lindbergh, no gana para sustos.

—Tranquilo: déjame revisarte la cabeza. Es raro que tengas, estuvimos en la pelu y Eva no vio

nada. Si Maya te los ha pegado, debe de haber sido la última tarde.

—Voy a llamar a Gina.

Resignado, Alex se sienta en el taburete del baño. Enseguida encuentro el primero, confirmando lo que me temía: bichos más bien gordos, adultos. Aunque, con un poco de suerte, no han puesto muchas liendres, omito esta última información al pobre hombre y le prometo que, con el tratamiento, en un rato, se podrá olvidar del asunto. Soy una experta en el tema.

Bruno confirma que Maya cogió piojos el último día, probablemente de Mateo. También han alertado a Natalia, lo que en realidad no servirá de mucho; hay madres que conviven con estos parásitos negando su existencia: eso da mucho menos trabajo que intentar erradicarlos. Así funcionan los colegios, tanto los privados como los públicos: unos pasan la mitad del año intentando erradicar el problema y los otros lo pasan negando la evidencia. Reviso la cabeza de Bruno, y no parece haber signos de contagio; él conoce bien el tema porque ha cogido piojos dos veces, y si le picara se habría dado cuenta. Yo seguro que no tengo, porque no me quieren, y nunca cojo.

Pido a recepción que me vayan a buscar a la farmacia un tratamiento. Llego en un momento, hay una junto al hotel.

—Esto no duele ni pica, solo tiene un olor fuerte, y serán diez minutos.

—*I'm gonna call off the day (Voy a dar el día por terminado)* —dice Lindbergh anunciando a los demás desde la puerta que pueden ir a sus habitaciones y trabajar desde ellas si quieren. Milwaukee se le acerca, siempre preocupado por su jefe, siempre alerta por una posible migraña. Eso puede cambiar los planes y hacer que él tenga que tomar el control. Es un colaborador valioso, el alma de la organización, eso no se le escapa a nadie. Alex le asegura que está perfectamente bien. Cuando vuelve al baño, se sienta en silencio en el taburete, dócil. Con solo abrir el bote del producto me doy cuenta de que voy a ser incapaz de ponerle el tratamiento estando embarazada, el olor me da náuseas. Bruno se ofrece para encargarse él y le busco una bolsa de plástico para que le envuelva la cabeza y hacerlo más efectivo.

Los dejo en el baño entre risas y chistes; por un momento pensaba que Lindbergh se podría haber enfadado, siempre me equivoco con él porque es muy serio, pero en realidad tiene un carácter espléndido. Me estiro por fin en la cama, y antes de ponerme cómoda ya estoy dormida.

Capítulo 8

Emmanuelle

ZÚRICH. HOTEL DIE DELPHINEN

Me despierto sobresaltada. El reloj-radio digital de los años 80 me indica que son las cuatro de la madrugada. Mis hombres están profundamente dormidos, estoy entre los dos. Ahora con el embarazo ando siempre preocupada por despertarlos cuando voy al baño; voy tanto que han dejado de preguntarme si me pasa algo cuando salgo de la cama. En el fondo es un alivio.

Me falta el oxígeno; por mucho que Lindbergh haya pedido un tratamiento antiácidos, haya cambiado los colchones y la ropa de cama, la calefacción central y la moqueta vieja son una combinación letal. Salgo a la sala y abro la ventana. Bruno, como buen burgués, me tiene prohibido hacerlo, pero es uno de mis grandes placeres secretos. Soy consciente del derroche innecesario, pero siempre que me quedo sola en casa en invierno abro las terrazas y disfruto de la brisa con la casa calentita. Es algo infantil.

Me siento en el sofá justo en la línea de la corriente de aire. No recuerdo qué soñaba, pero había muchas sombras, y estoy segurísima de que no era con Bowie, porque con él mis sueños son siempre plácidos, incluso ahora que ya nos ha dejado. Pienso en poner la tele; quizás haya un canal de películas, pero entonces me acuerdo de *Emmanuelle* y de que hace diez años que no la veo. No puedo dormir, y mi encuentro en la limusina me ha dejado a medias, por lo que me vendría bien algo de alivio, *sexual healing*, como la canción de Marvin Gaye.

Pongo la cinta con el sonido bajo y ahí está ella, Emmanuelle, con un precioso batín estampado sin nada debajo, en su casa acomodada de París. Es exactamente como la recuerdo. No me parezco a ella en detalle, pero sí se puede decir quizás que somos el mismo de mujer: delgada, los pechos no muy grandes, esbelta pero no muy alta, el pelo corto y los ojos claros, aunque yo los tengo verdes y de una forma muy distinta. Quizás la mayor diferencia esté en la boca, en los dientes y los labios; no sabría decir exactamente por qué, pero son muy diferentes.

Emmanuelle coge un avión y llega a Bangkok, donde la espera su marido. El descapotable amarillo recorre las exóticas calles repletas de gente, de mercados con flores; los tailandeses acosan a la extranjera y su marido la protege y la lleva a casa. Los sirvientes los esperan en la puerta; la casa es grande, con terrazas espléndidas y vistas a lo que parecen arrozales.

Lo que más me gusta es la luz y la estética, es tal cual la recordaba. Emmanuelle lleva siempre un vestuario exquisito que contrasta con la pobreza de los escenarios de Tailandia, eso cuando no está en la piscina de su casa rodeada de otras burguesas, las mujeres de embajadores que la desean, todas ellas, o retozando desnuda en el agua, abandonada con una inocencia inusitada a todo tipo de escarceos.

Incluso hay una adolescente precoz con su chupa-chup que se masturba frente a ella. Pero es cuando está en esos pequeños tugurios, casas de juego o fumadores de opio, donde ella va vestida

como de alta costura, follando a diestro y siniestro, donde el contraste de estética y luz se hace más interesante. Todos la desean y la empujan a pertenecer a ese pequeño clan de alegre promiscuidad aderezada con una filosofía hedonista que ahora me parece pueril, sobre la búsqueda del amor a través del placer. La película es tan naif que tiene mucho encanto.

Mientras me desvisto, busco una toalla de baño y me pongo cómoda pensando en cómo se nota que esta peli es presida; de otra manera sería inconcebible el enfoque de sexo lúdico que plantea.

No puedo ni quiero evitar masturbarme.

Me gustan las escenas lésbicas, y se encadenan al menos tres antes de que Emmanuelle le confiese a su marido que en el avión que la trajo a Bangkok tuvo su primer encuentro infiel. Esa escena es un *flashback*, un encuentro con un desconocido sin mediar palabra y a la vista de otros pasajeros que culmina en sexo en el pequeño baño del avión. Las mujeres de esta película no están recauchutadas de silicona, son esbeltas y naturales, mucho más elegantes, son de antes de que el porno pervirtiera la parafernalia en torno al sexo.

Hay algunas películas que aún evoco a veces, y todas tienen en común la cuidada estética de las escenas. Las orgías de *Eyes white shut* de Kubrick, algunas escenas de *El amante* y, sobre todo, el test de preguntas que le hace Harrison Ford a la replicante para saber si es humana en *Blade Runner* que transcurre en casa del dueño de la compañía, con el denso ambiente de luz amarillenta; ella está supertensa y él, atento a cualquier reacción de ella, de su cuerpo, de su piel, de sus pupilas, mientras le hace todo tipo de preguntas; ella no sabe que es una replicante y él no quiere que lo sea, y eso me pone cachonda.

Me siento sobre la toalla con los pies en el suelo. Este hotel necesita una actualización urgente: me da algo de grima estar desnuda directamente sobre el sofá.

Cuando llego a la escena de violación consentida a la que le induce un viejo cicerone que introduce a Emmanuelle en los placeres del sexo en grupo, paso la primera escena; diría que esta en concreto sí ha quedado obsoleta, y la recuerdo como algo incómodo y nada sexy. Es violada, pero no se enfada, lo que no tiene sentido para mí: hay muchas mujeres que fantasean con que las fuerzan, pero, definitivamente, no es mi caso. Aprovecho que tengo el mando en la mano y rebobino hasta ver de nuevo las escenas lésbicas.

Estoy completamente relajada y excitada, y pienso en que quizás Bruno haya puesto en la maleta el juguete sexual que me regaló, el conejito rampante; sería un gran aliado en estos momentos, pero no me apetece andar hurgando en el armario y despertarlos.

Mejor hurgar en otra cosa, este momento es para mí. Me dejo llevar por las escenas y me froto, ahí, con dos dedos, sin prisa, grabando semicírculos sobre mi clítoris mientras noto una humedad, un pequeño rocío que impregna mi vulva, haciendo más placentero el masaje. Mi interior se expande adquiriendo esponjosidad y suavizándose, los músculos de mis ingles se aflojan y abro las piernas para soltarme, aún más...

—¿Sesión de cine nocturna?

—Ay, joder, Bruno, tienes que dejar de hacer eso —digo interrumpiendo lo que tenía entre manos, mientras él se sienta a mi lado con cara de sueño y un bulto evidente en el pantalón de pijama. Siempre me resulta cómico ver cómo se levantan los hombres, muertos de sueño, pero empalmados, como si su miembro tuviera una vida propia. A saber, de qué oníricas aventuras viene este...

—Niña mala...

—¿Tengo que pedirte permiso para masturbarme?

—Lo digo por la ventana, Emmanuelle...

—Sí, y es tal y como la recordaba, pero ahora me parece más naif. No sé si aguanta otro visionado, no es como la primera vez.

Bruno se me acerca y me acaricia los pechos mirándome a los ojos. Solo lleva el pantalón de pijama, el torso desnudo.

—Cómo va a ser como la primera vez, esa fue nuestra primera vez.

—No lo he olvidado; querías hacer una sesión de fotos inspirada en la película, buscabas una luz a lo Hamilton, y me pediste que te trajera unos pantis, los más claros que encontrara para ponerlos sobre el objetivo a modo de filtro. Luego hiciste un par de tests con alguna de nuestras modelos, pero cuando vine al plató dijiste que era yo.

—No te dejabas hacer fotos y yo te invité a cenar y a ver la película.

—Tenías un ático de diseño pequeñito, muy mono pero muy sucio. Nunca me has dicho si era uno de tus trucos. Quiero decir, que sé de buena tinta que te las tirabas a todas.

—Eso es una falacia. Tristemente, nunca he podido follar con nadie más después de conocerte.

—¿Tristemente?

—¿Qué parte estás viendo? No te molesto.

—La escena del *squash*, las dos amigas con sus atuendos de tenis, sus polos blancos y su faldita corta de Lacoste, los calcetines de rayas. Y, lo mejor, no llevan sujetador. En otra escena se ve cómo se lo quitan para hacer deporte. Esta peli es muy vieja.

—Sigue con lo que hacías, me gusta mirarte —me dice quitándose los pantalones y acomodándose a mi lado.

—Vale, pero tú también. Nos masturbamos juntos.

—¿Nos hacemos unas pajillas? —dice Bruno poniendo voz de Torrente y provocando en mí una carcajada estridente. Será idiota... Además, ha despertado a Lindbergh, que también aparece en calzoncillos, empalmado y con cara de sobado.

—*What's up? Old movies? (¿Qué hay? ¿Películas antiguas?)*.

—*Emmanuelle*.

—Parece a Johanna —dice sentándose al lado de Bruno, que queda en el medio. El caso es que Lindbergh comprende al instante la situación, y sencillamente se une a la diversión bajándose él también los *boxers* y esperando a que se reanude la sesión.

—¿Te suena esta peli?

—*Yeah*.

—¿La has visto?

—No.

Como no es un DVD, Bruno no puede ir seleccionando escenas e ir directamente al grano, sino que tiene que pasarlo rápido con el *fast forward*. Ir directamente al grano es exactamente lo que ha hecho Alex desde el minuto uno. Le imitamos y nos abandonamos al onanismo con entusiasmo adolescente, aunque no sin cierto pudor. Y nos miramos de reojo de vez en cuando, jadeando casi al unísono, observándonos furtivamente.

Bruno pasa a la escena de la lucha: en un tugurio tailandés, dos hombres luchan por el trofeo, *Emmanuelle*. El ganador la penetra delante de todos: ella está a cuatro patas, rodeada por los espectadores del combate y el viejo incitador. Lleva su vestido aún puesto...

Me ha parecido oír a Lindbergh gemir con una vehemencia inusitada, pero es la escena del avión la que le lleva cerca del cielo. Le observo por encima de Bruno: tiene los ojos clavados en la pantalla, la cara desenfocada e imprime un ritmo a su mano, cerrando los ojos de vez en cuando

y llevando su cabeza atrás, abandonándose al placer, y, ahhhh, creo que está a punto. Cuando llega al clímax, me mira a los ojos, y se deja ir gritando y eyaculando.

—*Ohhh, fuck!*

Ha ido todo a parar a la moqueta: definitivamente, hay que cambiarla urgentemente. Ahora Bruno nos lleva a la mujer que fuma por la vagina en el burdel. Alex se levanta y se me arrodilla entre las piernas, mirándome a los ojos y prometiéndome con la mirada un universo de sensaciones. Empieza por hacer eso que me gusta a mí, aspirar y oler mi flor haciendo un gesto teatral de apreciación que me vuelve loca. Le pido a Bruno que vuelva a poner a las dos chicas.

—*My pretty little lesbo (Mi preciosa pequeña bollera)* —dice Alex soplando sobre mi sexo. Por un segundo me preocupo por que no se agobie: al fin y al cabo, su mujer era lesbiana, pero su lengua lamiéndome y sus sonidos guturales disipan cualquier duda. Me concentro en las escenas mientras Alexander me come el sexo ávidamente, con voracidad. Eso excita a Bruno, que reclama mi boca, y yo se la ofrezco, gustosa, estirando el cuello mientras él se masturba.

Mi respiración se entrecorta y necesito coger bocanadas de aire y retenerlas; quiero prologar la agonía, pero Alex ha extendido una mano y me está retorciendo el pezón derecho creando unos espasmos eléctricos que se reflejan ahí donde tiene su lengua. Ohhhh, la bollera es él.

Dios, qué manera de hacérmelo, me está matando. Cuando ve que me tiene a punto, mete el dedo índice y anular dentro de mí y, con el pulgar sobre mi clítoris, me masturba con ímpetu, en lo que yo definiría como «modo experto» con una habilidad altamente efectiva. Vamos, que me corro a la mínima dejándome ir y soltando un alarido que hasta me da vergüenza. Y supongo que se refleja en mi cara, porque al mirar a Bruno le entra la risa. Tiene puesta la escena del avión, una de las más sensuales por el juego de miradas entre los protagonistas y lo inaudito de sus tocamientos frente a otros pasajeros. Sigue masturbándose, y pienso en echarle una mano, pero entonces Alex, que aún está de rodillas frente a mí, le coge el miembro, para sorpresa de Bruno, que apenas alcanza a murmurar muy bajito.

—No, tío, no.

Pero tampoco insiste, porque Alex cierra la mano en torno a su pene y le masturba haciéndole zozobrar de una manera que no recuerdo haberle visto antes, mientras me mira con cara de pánico: tal es su sorpresa. En apenas tres movimientos, con la misma efectividad con que me lo ha hecho a mí, le hace eyacular escandalosamente, con un aullido muy dramático, y esta vez el resultado no va a la moqueta, sino al torso desnudo de Alex.

—Hostias, tío, perdona.

—*Don't worry (No te preocupes)* —dice Lindbergh sentándose a su lado, satisfecho, tranquilo. Nos quedamos en silencio unos segundos, absortos, yo diría que bastante relajados.

Alex debería ducharse: entre sus fluidos y los de Bruno va medio pringoso. Sin embargo, le veo en el baño frente al espejo, y solo se echa agua sobre sus preciosos abdominales y se lava las manos con jabón. Bruno también se refresca; conociéndole bien, se diría que le ha comido la lengua el gato. Me acomodo en la cama esperándolos. Aún no tengo sueño, me parece un buen momento para charlar: últimamente estamos siempre rodeados de gente.

—Hay muchos artículos y estudios sobre cómo se están difuminando los géneros sexuales —les comento así, sin darle importancia—, incluso he leído que se considera una nueva categoría los hombres hetero que, sin dejar de serlo ni cuestionarse su sexualidad, tienen relaciones esporádicas satisfactorias con otros hombres y no son gays.

—*Dear, that's a bisexual.*

—No, no exactamente. Un bisexual lo es siempre, y esto de que hablo es más bien esporádico;

los llaman heterocurioso o heteroflexible.

Los dos vuelven a la cama con una sonrisa. Solo quiero que sepan que los quiero y que entendería una atracción mutua.

—Cariño, vamos a salir del armario por una buena causa; si realmente sintiésemos la necesidad de follar, ya lo habríamos hecho. No soy el tipo de persona que negaría la evidencia teniendo la oportunidad tan clara, tú me conoces.

—*Is it for that silly thing I just did (¿Es por esa tontería que acabo de hacer?)* que tú confundida?

—No estoy confundida. Solo digo que, si sentís la necesidad, pues que yo lo entiendo.

—Mí visto tu cara.

—Bueno, de sorpresa... Nada más.

—El problema es Alex, que me desea con todas sus fuerzas y no sabe cómo enfocarlo.

—Ven, *dear*, mí te hacer hombre feliz —dice Alex tirándose encima pasando sobre mí. Acaban los dos rodando y en el suelo, riendo y peleando. Lo que me faltaba: un combate de oseznos forcejeando por el suelo en pelotas. Intento poner fin a la lucha pueril, pero me lo ponen difícil.

—Va, dejaos de chorradas.

—No son chorradas, son los preliminares. No querrás que vayamos directos al grano, oye, que contigo también jugamos. ¿Tienes lubricante?

Alex se parte de risa y Bruno juega a besarle forzándole, pero no puede, porque también se ríe y eso le resta fuerzas.

—¡Va, dejadlo ya! Quería hablaros de algo importante. Francamente, parece una de esas peleas de barro, no sé yo si realmente os creéis lo que decís, me estáis dando un festival de culos y huevos colgando. ¡Quiero hablar!

—Lo siento, cariño; lo dejamos para después, luego te la meto un poquito.

—Mejor en ducha *in the morning*, mí más receptivo.

—¿Es una cita?

—*A hot one. (Una caliente).*

—¿Queréis dejarlo ya?

Mi tono les alerta de que hay una embarazada sin paciencia y con dudas en la habitación. Ya tengo su atención, pero no quiero equivocarme en la estrategia, así que, como suelo hacer siempre que quiero decir algo bien, me tomo unos segundos para ver cómo empiezo, y eso les pone nerviosos.

—Quería hablar de algo que tengo en la cabeza, sobre todo contigo, Alex. Es sobre Cooper. ¿Cuánto dinero voy a tener? Más o menos...

—1.5 *million* euros sin vender hotel. Si vendes hotel, 3.5 *million cash*. Yo puedo comprar tu parte. *Need money? (¿Necesitas dinero?)*.

—Bueno, depende.

—¿De qué depende, Johanna?

—De cuánto cueste hacer algo como Cooper. ¿Cuánto cuestan los ordenadores, los programas, los satélites?

—*What's on your mind, baby? (¿Qué tienes en mente, cariño?)*.

—Os vais a reír. —Bruno ya se ríe, típico. Luego fuerza una cara de póquer como la de Alex y me insta a seguir—. Bueno, vale, os lo cuento. ¿Os acordáis lo que hicimos con las páginas pro Mía de Beatriz? O, por ejemplo, esta investigación de ahora: probablemente lleguemos muy tarde,

pero, aun así, siento una gran satisfacción al poder ayudar a que salgan a la luz esos asesinos. Son unos hijos de puta que tienen que pagar, no puede quedar impunes. Pues, bueno, he pensado que....

—¡Habla, Johanna!

—Vaaale. Me gustaría tener un Cooper para mí; quiero buscar pedófilos, no sé, ayudar a evitar que las niñas se alistén en el Estado Islámico.

—¿Isis? Eso muy peligroso.

—A ver, no estoy hablando de incursiones armadas en Siria, Alex. Estoy hablando de una sección de Cooper básicamente basada en la búsqueda por internet, eso que dice Memphis, *the deep web*, la internet oculta. Kansas dice que apenas utilizamos nuestros recursos, por eso he pensado en una nueva sección algo altruista...

—Demasiado tiempo con informáticos. ¿Tienes nombre para sección?

—Me gustaba «Lee», pero últimamente prefiero «Buster».

—*Buster is good. What's altruista? (Buster está bien. ¿Qué es altruista?)*.

—*Altruistic, non profit... (Altruista, sin beneficio...)*.

—Cooper es negocio, Johanna.

—Ya sé, ya sé; seguramente ni entiendes que quiera dedicarme a algo que no da dinero, pero creo que es la oportunidad perfecta. Me la ha brindado el cosmos, y me apetece mucho más que tener una escuela de arte: voy a dejarle eso a Gina.

—Mí hacer *charity (caridad)*, donaciones; si tú quieres ayudar, puedes encargarte de departamento en hotel...

—Esto es mucho más directo, es efectivo, me gusta cómo me hace sentir. Quiero cazar pedófilos.

—¿Pedófilos?

—Lo dices como si fueran elefantes.

—Hienas, más bien.

La cara de confusión de Alex pide una aclaración a gritos.

—*Alex, pedophile, child molesters... (Alex, pedófilos, abusadores de niños...)*.

—*I see. (Ya veo)*.

—Alex, puede que pienses que no es asunto nuestro; sin embargo, yo tengo una hija que pronto será una adolescente: lo que haya nocivo para ella en la red es asunto mío. Tú vas a ser padre sin ir más lejos; piensa por un momento, esos cerdos se lo hacen hasta con bebés, les destrozan la vida para siempre y pueden estar en cualquier sitio, nunca se sabe...

—*Enough. (Basta)*.

Algo no va bien; puede que este asunto le haya recordado a su hermano secuestrado. Bruno ha permanecido en silencio, sé lo que le pasa por la cabeza: cree que debería haber hablado de ello antes con él, pero se equivoca. Tiene que evolucionar a una relación de tres, y eso conlleva cambios.

Me quedo en silencio esperando una monserga o quizás una reprimenda. Se miran, se ríen, Alex niega con la cabeza.

—*OK*, veremos. Tú haz propuesta, ¿quién necesitas para Buster? Tú hablar con los chicos.

—Bueno, hemos hablado ya de reutilizar tus recursos y esas cosas, no mucho más.

—*OK. I'll think about it. (Bien. Pensaré en ello)*. ¿Quieres vender hotel?

—No si no es necesario.

—¿Qué opinas, Bruno?

—Que puedes contar conmigo y que me has puesto a cien con tu declaración de principios.

Tengo fijación por las activistas, me ponen cachondo.

—¿No puedes hablar en serio?

—Solo si es estrictamente necesario.

—A dormir. *Tomorrow* día largo, vamos a The Klosters.

—Cuéntame qué se cuece en Davos.

—Gran mentira, solo *business*. Pero yo cuento mañana, tú muerta...

Estoy bostezando, y Bruno también. Alex sale de la cama, coge su portátil y se va al salón; se ha desvelado, o quizás le he dado demasiado en qué pensar. Me abrazo a Bruno y me acurruco entre sus brazos. Me mimra diciéndome lo bonita y lo valiente que soy, lo mucho que me necesita. Caer en el sueño de esta manera es muy placentero, es como un reflejo de la infancia de cuando mi padre me acostaba y me decía cosas bonitas. Echo mucho de menos a mi padre.

Capítulo 9

La montaña mágica

DAVOS
21 DE ENERO

Sobrevolamos el centro de Davos. Desde el helicóptero Alex me enseña Shatzalp, la montaña en cuyo sanatorio transcurría la famosa novela de Thomas Mann, la célebre *La montaña mágica*. Ahora es un hotel que conserva el glamur de otra época pero que no ha sido renovado como El Belvedere, donde parece ser que han sabido conjugar mejor la *Belle Epoque* con la rigurosa actualidad. Hace más de treinta y cinco minutos que volamos sobre paisajes nevados, y aunque es realmente espectacular, me parece estar viendo más de lo mismo. Creo que hubiera preferido el trayecto en primavera.

Nos dirigimos a los Klosters, que están bastante cerca. Hay varias estaciones de esquí, y podemos ver desde el aire el tren que transfiere pasajeros desde Davosplatz. No nos alojamos en un hotel, sino en un complejo de tres chalets. Tenemos una baja de última hora: el ejecutivo de Google ha cancelado su viaje, curiosamente se ha roto una pierna esquiando en Aspen. A mi pregunta de qué hacía esquiando en Aspen si venía a Davos, Lindbergh me ha ilustrado: nadie viene a Davos a esquiar durante el fórum, vienen a hacer negocios.

La gente común andamos completamente errados si pensamos que este evento, al que cuesta una fortuna asistir, sirve para solucionar los problemas de economía global, o los problemas del mundo, nada más lejos de la realidad. No es más que un gran sistema de *networking*: se hacen tratos y se conoce personalmente a un gran número de peces gordos en una misma pecera, un maratón de contactos al más alto nivel que genera importantes tratos entre unos pocos que controlan la economía global.

Los foros y las charlas son solo el escenario, la excusa perfecta donde estos grandes ejecutivos, algunos mandatarios y hombres de negocios —hay muy pocas mujeres— negocian en recepciones y fiestas posfórum con total restricción de prensa.

Esta es la cínica, aunque probablemente certera visión que tiene La mosca de Davos. Phoenix asistirá como su colaborador, los demás tenemos pases de prensa; no ha querido explicarme cómo lo ha conseguido. Cosas de Cooper.

La acreditación marrón, la que tienen la mayoría de periodistas, solo te brinda acceso a las conferencias y debates; la blanca te garantiza champán y caviar, y está reservada a unos poquísimos periodistas. Lo que se cuece en los hoteles y las fiestas de grandes bancos o grandes corporaciones queda vetado al mundo. Irónicamente, la participación de los asistentes a los foros es más bien escasa, y se limita a sus socios estratégicos, que son los que pagan la cuota más alta y se ven obligados a participar, ya que de alguna manera pertenecen a la organización.

Esta mañana, antes de salir, hemos recibido varios informes, uno de ellos sobre lobos en Suiza. Se da por hecho que cerca de Chuz, cerca de aquí, hay una manada de lobos, la primera estable en

Suiza desde que se certificó su extinción hace más de ciento veinte años.

Los ganaderos de la zona no están contentos. El gobierno ha establecido un cupo máximo de animales muertos por culpa de un lobo para permitir su matanza; solo lo pueden hacer las autoridades competentes, nunca un cazador cualquiera, ni siquiera el propio ganadero afectado.

Sin embargo, se han encontrado lobos muertos por disparo. Hay incluso una campaña ecologista en marcha para atrapar a los cazadores.

Me han impresionado las cifras de caza en Suiza en general, especialmente en el cantón grisón, donde nos encontramos: este año han sido más de seis mil cazadores en el período alto de caza, y eso que es una zona especialmente poco poblada. Ciervos, rebecos, marmotas... Durante tres semanas prácticamente se paraliza la actividad, ya que la mayoría de la gente local está cazando. Lo llevan en la sangre y sienten verdadera pasión; si bien la caza está muy regulada, ahora contribuye a la sostenibilidad de la fauna salvaje.

El retorno del lobo, que vuelve a poblar la región y se abre paso por Europa con un espectacular crecimiento, tiene preocupados a los cazadores, no tanto por su integridad física — los consideran animales demasiado tímidos—, sino más bien por la competencia que pueden generar.

Nos dirigimos al pequeño helipuerto que tenemos en el complejo que ha alquilado Lindbergh en los Klosters; está cerca de la pequeña ciudad, no en el mismo Davos. Hay un trencito que te conecta con el centro, y al centro, con las distintas estaciones de esquí.

El complejo de chalets lo conforman tres casas de madera y piedra con el típico aspecto tirolés por fuera y con todo lujo de detalles por dentro. A cual más bonita y bien decorada, han sido pensadas para hacer de la estancia y de la práctica del esquí una experiencia casi perfecta.

Casi perfecta, ya que todo depende, por supuesto, de la compañía, del estado de ánimo de uno mismo, y a mí me han dicho que de esquiar, nada de nada, no hemos venido a eso. La elección del idílico lugar no es más que una cuestión estratégica. La zona es de difícil acceso, a no ser que, como nosotros, tengas helicóptero o llegues esquiando, o quizás con motos de nieve; eso limita cualquier posible allanamiento o penetración.

No es eso lo que le preocupa a La mosca: es altamente improbable recibir ataques durante la estancia que no sean cibernéticos o de comunicaciones en general. Tampoco es probable en el propio fórum: la seguridad es mayúscula, con el ejército totalmente volcado en proteger a mandatarios y a toda esa gente importante. Son los desplazamientos, especialmente en coche, los que se tienen que vigilar con atención. Nosotros nos movemos en helicóptero todo lo posible.

Sin embargo, dado el número de millonarios con avión privado, unos mil setecientos *jets*, y otros tantos helicópteros, los aeropuertos suizos están completamente saturados. Se ha tenido que habilitar la base militar de Duebendorf para dar cabida a tanto *jet*, y eso nos obliga a movernos en coche a ratos, también por el centro de la ciudad. Tenemos nuestra propia flota de conductores, y para no levantar sospechas vamos en el Mercedes oficial, altamente blindado, por supuesto.

Con la baja del ejecutivo de Google, solo protegemos a un millonario de unos setenta años cuya fortuna tiene origen en el petróleo. Es de Texas, de Dallas, concretamente. El tipo necesita diversificar y está a la caza de nuevas oportunidades de inversión, aunque parece que también necesita diversificar en otro aspecto más personal de su vida. En vez de traer a su mujer ha traído a su instructor de pádel, que debe de tener unos treinta y pocos.

El nombre en clave para el *petrodollar* es *The toad*, El sapo, y el de su acompañante, «*The leech*», La sanguijuela. Al conocer a El sapo he visto clara la analogía: ojos saltones, barriga prominente, figura hitchcockiana enfundada en unas botas de *cowboy*, tremendo sapo con sonrisa

de hiena, aunque tiene una mirada dulce que revela un buen fondo. Me ha caído bien desde el primer momento. La sanguijuela ya es otra cosa: de origen argentino, experto profesor de golf y pádel; por cómo me mira, diría que no tiene manías siempre que su alumno o alumna tenga una cuenta abultada.

Siempre han existido y siempre existirán sanguijuelas en este mundo; son los que te chupan la sangre sin producir dolor. *The toad* y su compañero se instalarán en el chalet central, que tiene de todo: sauna, piscina, *jacuzzi* en la nieve, personal doméstico, cocinero y seguridad, por supuesto. Les han asignado a Cleveland, nuestro Gollum, y los tres juntos forman un cuadro formidable... También los acompañan Dallas y Denver.

Inspecciono nuestro chalet mientras los demás montan el equipo de seguridad. Cámaras, infrarrojos, detectores de movimiento y todas esas cosas que excitan tanto al género masculino. Mis *freaks* favoritos, Kansas y Memphis, montan el ordenador central y la pantalla-holograma en el chalet desocupado para no dejar ninguno libre y cubrir bien todo el perímetro. El centro de operaciones y los chicos ocupan uno, y Lindbergh, Bruno, Milwaukee y yo, el otro. El central es para El sapo y compañía.

Nos llegan comunicaciones de Cooper: han sido identificadas las otras dos personas quemadas vivas de la cinta, los dos de origen pakistaní, los dos denunciados como desaparecidos en el 95. Milwaukee ha hablado con alguien de la comisaría de Zúrich: se ve que la investigación se limitó a personarse en la casa de los desaparecidos, en su trabajo y poca cosa más. Nos van a enviar el informe.

La visión de la cinta me viene constantemente a la cabeza, pero las imágenes carecen de la carga impactante que deberían tener. Es el proceso intelectual de intentar entender lo que sucedió lo que me pone los pelos de punta y me produce el agujero en el corazón. Si había diez tíos allí, unos más jóvenes que otros, ¿eran todos unos asesinos? ¿Se dejaban llevar? No puedo entenderlo, pero, como dice La mosca, solo tienes que pensar en el Holocausto o en la masacre de Srebrenica en Bosnia para dejar de asombrarte por la crueldad del ser humano.

Aun así, me niego a pensar que Andrea y Jurgen pudieran estar involucrados en algo así, aunque sí recuerdo perfectamente sus palabras en el James Joyce mientras nos comíamos una hamburguesa y él hablaba con ese acento de alemán de Cádiz tan peculiar. Recuerdo lo que dijo: que él y Andrea hicieron cosas muy malas, ¿tan malas como asesinar impunemente inmigrantes? Me cuesta mucho creerlo, pero, entonces, ¿cómo llegó la cinta a manos de Pablo? ¿Se la entregaron ellos? Pablo se dedicaba a facilitar a los ricos el traer su dinero a Suiza cuando esta práctica no estaba tan regulada ni perseguida. Mi padre le había ayudado proporcionándole contactos, por eso debe de ser que jugaba al golf en Marbella.

Nuestro chalet es el más grande, es espectacular. Dice Bruno que cada uno cuesta unos 50.000 € la semana. Este tipo de cifras se me escapan: no sé si es caro, carísimo o exorbitado; ofende la moral, claramente. Tiene un salón gigante con una gran chimenea cuadrada soportada por unas columnas de piedra y flanqueada por dos alfombras persas soberbias, las paredes de un Burdeos clásico, el techo artesonado en roble, mobiliario de anticuario, las butacas tapizadas en *liberty* crudo y rojo, centros de flores que quitan el aliento, mantas de marta cibelina sobre el sofá... Vaya, que tiene todo lujo de detalles y, sobre todo, unas vistas espléndidas, idílicas.

Me ha impresionado gratamente la *master suite*, que ocupa todo el último piso abuhardillado, con su suelo de roble anciano que dan ganas de ir descalza siempre y sentir la madera, con el baño sobrecogedor y con bañera ultramoderna e, incluso, una gran chimenea escoltada por dos enormes jarrones chinos y el fuego chisporroteando. Se diría, por las dimensiones del baño y la chimenea,

que esta estancia no siempre fue el lavabo; debió de ser una habitación entera en algún momento. Todo el conjunto quita el hipo. Será la primera vez que me doy un baño contemplando el fuego.

Lo más curioso es que el lujo y el buen gusto del interior contrasta enormemente con el exterior, que es más bien un chalet de madera corriente y moliente, diría incluso que un poco feo; los hay con más encanto en la Cerdaña, o en la *pleta* de Baqueira, por ejemplo.

La cocina es mona, pero no es relevante. En el sótano hay una sala para masajes y una sauna y, al lado, una pequeña bodega llena de vinos, sobre todo franceses: mucho Burdeos, Château Margaux, Château Lafite...

—Esas botellas valen una pasta.

—Joder, Bruno, no me des estos sustos.

—Lástima que no puedes beber, aunque yo, si es un Château Margaux, solo de vez en cuando te dejo dos o tres copas.

—¿Cuánto valen?

—Depende del año. Ahí las hay de más de 2.000 € la botella. ¿Y qué hacemos nosotros con solo una?

—Yo tomaré Fanta. Imagínate que abriendo una de estas se me cae... Oye, y esto ¿es como el minibar? ¿Consumes y luego te facturan?

—Sí, claro, son extras que no van incluidos. Probablemente le carguen un 30%.

Aparece Lindbergh.

—Nosotros no pagar por estancia, clientes pagar.

—¿El sapo paga todo?

—Cliente que cancelar viaje también, *no refund... (no hay devolución...)*.

—Eso está bien. ¿Pero y si me bebo una de esas?

—Tú no poder beber.

—Ya, pero ¿si lo hace Bruno?

—Mí paga en este caso.

—Genial, tío. ¿Dónde está el sacacorchos? —dice Bruno bromeando. Alex está muy serio, está en modo La mosca.

—*One of the man from (Uno de los hombres de) Pakistán*, los de cinta, trabajar en Die Delphinen.

—¿Ha llegado el informe?

—Sí, no ser realmente informe, policía no interesar caso, *there's nothing relevant. (no hay nada relevante)*.

—Que trabajara en el hotel es más que una casualidad. ¿No hubo interrogatorios?

—No.

—Es increíble. ¿Dirías que este es un país racista?

—Todos lo son, Johanna, no seas ingenua.

—*In América mucho racismo, as you know (como sabes)*, pero también países árabes *racist* con Occidente, con judíos...

—Sí, supongo.

—Bruno, mí quiere confrontar algo contigo.

—Creo que tengo un despacho por aquí —dice Bruno, siempre con su sentido del humor intacto. Alex le sigue y yo me quedo ahí como una idiota. No entiendo por qué me excluyen de esa manera, aunque sé con toda seguridad que se trata de algo sobre mí. Debería espiar su conversación. ¿Qué

coño, eso es exactamente lo que voy a hacer! Me quito las botas que llevo para no hacer ruido sobre la madera y me dirijo con sumo sigilo hacia el estudio. La puerta está entreabierta, perfecto.

Me agazapo tras la puerta intentando escuchar la conversación cuando oigo a Lindbergh con un tono en varios decibelios por encima del habitual decir:

—*Johanna, come in; you're the worst eavesdropper ever. (Johanna, entra; eres la peor fisgona de todos los tiempos).*

Mierda, ¿tan patética soy? Entro en la habitación con la cabeza bien alta. ¿A quién quiero engañar? Solo me falta tropezar...

—No tendría que espiar si no me excluyerais. ¿De qué va esto?

Veo que dudan en explicármelo, y al ver un sobre encima de la mesa me anticipo y lo cojo, abriéndolo antes de que Lindbergh pueda reaccionar. No está mal, ¿eh? Antes de que lo ojee, Bruno me pone en antecedentes:

—Ha llegado por *e-mail*; los Müller han organizado una jornada de caza en su finca.

—¿No decía el informe de esta mañana que la temporada ha terminado, tanto la alta como la baja, si no me equivoco?

—Sí, pero Milwaukee dice que, por lo que ha podido ver estas últimas semanas con un dron que tiene sobrevolando la finca, de vez en cuando cazan animales dentro de su propiedad. No sé, quizás sean suyos, puede que los haya comprado.

—Supongo que pensáis que yo no puedo ir.

—*That's the issue. (Ese es el tema).* No puedes.

—¿Porque estoy embarazada o porque soy una mujer?

No contestan, ambos de brazos cruzados, serios. El que calla otorga, evidentemente. Miro a Bruno a los ojos: él no me haría una cosa así, supongo que sabe que Lindbergh va a ser inflexible, y se me encoge de hombros como diciendo «Yo no puedo hacer nada». Así que esas tenemos... Bien.

—Mira, Lindbergh: si no voy, tú y yo ya no follamos más, ¿te queda claro?

Se ríe, pero yo me mantengo muy seria.

—Eso ser chantaje.

—Sí, ¿te parece injusto?

—Es infantil, Johanna.

—Cuidado, Bruno, que tú estás con acceso restringido en estos momentos, no la cagues. No hace falta que duermas en el sofá. Alex, tienes unas cuantas habitaciones vacías, que quede claro que a mí no te me acercas.

—*I'm not going to put you in danger, and this is my last word. (No voy a ponerte en peligro, y esta es mi última palabra).*

—*Fine, then you are risking our relationship. (Bien, entonces estás arriesgando nuestra relación).* O me tratas como a un igual o no podemos seguir juntos, y también es mi última palabra. Bruno, puedes dormir con Alex en una de las otras habitaciones. Yo me quedo la *master suite*, y no voy a cenar.

—Peque, no te enfades

—Tú tener mi hijo, ahí —dice señalando mi barriga. Y sigue—: Mí no arriesga *in a hunting party with weapons. Love you too much. (en una cacería con armas. Te quiero demasiado).*

—Si me quisieras, dejarías que tomara mis propias decisiones, aunque a ti te parezcan equivocadas. De otra manera, no va a funcionar. ¡Ah! Y olvida también lo de Buster: en todo caso

miraré la alternativa de poner el proyecto en marcha por mi cuenta, porque corro el riesgo de que quieras, no sé, coartar o restringir todo lo que haga.

—Perfecto.

—Y, la verdad, no sé qué tipo de padre quieres ser, pero por ese camino no vas bien. Quizás quieras ponerle un burka si es una niña.

Golpe bajo. Se lo merece. Ya tengo una edad para que nadie me diga lo que tengo que hacer. Aunque me está partiendo el corazón verle mirar al suelo dudando, Bruno se ha mantenido neutral; es un cabrón muy listo que sabe cómo moverse entre dos aguas. Le devuelvo la acreditación de prensa que llevo en el bolsillo para asistir al foro.

—Toma. Supongo que tampoco tiene sentido que vaya con vosotros mañana. Ya me he dado cuenta de que tengo un pase para los debates pero que a las fiestas vas a ir con Bruno. Si solo me has traído para la «operación Peluquitas», pues me puedo volver a Barcelona en un vuelo comercial mañana, o esta noche si hay.

—Johanna, *please*, ahora no momento para tonterías.

—Tienes razón, estás muy ocupado. No os preocupéis, yo me organizo.

Salgo del estudio con lágrimas en los ojos. Por fortuna, he salido antes de que me vieran llorar. Soy llorona por naturaleza, me desahoga y me sienta de fábula, hace tiempo que no reprimo las lágrimas, y ahora me está dando rabia porque no estoy triste, sino cabreada.

Además, voy de farol: lo último que querría en estos momentos es perder a Alex. Lo que está claro es que tengo que marcar los límites ahora o luego será demasiado tarde. Me doy perfecta cuenta de que rodearme de cazadores nazis no es el pasatiempo matutino más apropiado para una embarazada, pero es una situación atípica. ¿Cuántas veces en la vida tiene uno la oportunidad de participar en algo así? Es a mí a quien han matado a mi padrino y al resto de su familia, a mí a quien han lanzado a un amigo de infancia a los lobos para que lo devoren; ¿realmente creen que me voy a quedar en casa amasando pasteles hasta que regresen de sus quehaceres de hombres?

Alexander me ha seguido hasta la habitación. Me estiro en la cama y me hago un ovillo, el embarazo me da sueño. Se estira junto a mí.

—¿Tú encuentras bien?

—Estoy perfectamente.

—*Johanna, I'm a solitary man. (Soy un hombre solitario).*

—¿Y eso qué coño significa?

—Mí no tiene experiencia. Todo nuevo, en Cooper...

—Todo esto no ha sido idea mía. Y a mí en mi casa me han enseñado a ser valiente.

—*I know. (Lo sé).*

—Mira, tengo un ruido en la cabeza, ¿sabes lo que quiero decir?

—No.

—Pues que hay algo en mi interior que me empuja a hacer esto. No paro de pensar en todo lo que puedo conseguir con esos ordenadores y con un pequeño equipo, y no vas a poder hacer mucho por impedirlo; quizás puedes poner palos en las ruedas, pero tú y yo sabemos que no acabará bien.

—*You're so fucking stubborn... (Eres tan jodidamente terca...).* Déjame pensar.

—Piensa, piensa.

—*I hate you, you know... (Te odio, sabes...)* —me dice volcándose sobre mí y clavándose al colchón con un beso rabioso.

—Ya, bueno, tú tampoco me gustas nada.

Ahhh, qué bien, el clásico parche sexual a los problemas de pareja, bendito sea. Con su rodilla abre mis piernas y me la clava con poco tacto, ahí, mientras me devora la boca. Ese contacto tan directo me coge por sorpresa, creo que tengo cara de pasmada. Intuyo que la frustración que siente por no poder dominarme va a dar sus frutos en un polvo posesivo que me subyuga desde el primer momento. Me dejo hacer mientras me arranca la camisa; tan solo el contacto de su rodilla en mi entrepierna podría obrar magia.

—¿Qué, limando asperezas?

Bruno está en la puerta dudando entre cerrarla o colarse en la fiesta. Noto el teléfono de Alex vibrar sobre mi pubis y automáticamente La mosca se acuerda de quién es y qué es lo que tiene entre manos y aborta la «operación Polvo Rabioso», dejándome jadeando y confusa. Miro a Bruno como diciendo «Oye, si estás libre puedes terminar lo que ha empezado tu socio; es taaan inconstante que apesta». Se muere de la risa, y además está más interesado en lo que sea que está leyendo Lindbergh en su móvil.

—*The drone has been knocked down. They shoot it down. (Han noqueado al dron. Le han disparado).*

—No jodas, tío, ¿lo hemos recuperado?

—*Yeah*, justo fuera de propiedad, tenemos imágenes.

Nos movilizamos para ir al centro de mando a ver quién ha disparado al dron, mientras me abrocho los botones en vano, porque alguno está roto, aunque con el anorak que cojo al salir no se va a notar. Cuando llegamos, Milwaukee y Memphis nos están esperando.

—*A hunter, sir, don't know if it is one of them. (Un cazador, señor, no sabemos si es uno de ellos).*

—*Let me see. (Déjame ver).*

La imagen es muy nítida: bosque, nieve, el dron se detiene a observar a alguien y sobrevuela en círculos una figura vestida de camuflaje con un gran anorak verde, y solo cuando el cazador apunta al dron se le ve la cara: cincuenta y tantos, pelo blanco, ojos azules. No me suena de la lista de habituales de los Müller, podría ser cualquiera... Imagen a negro.

—*Run the face recognition program. (Ejecuta el programa de reconocimiento facial).*

—*Running already, sir. (Ya se está ejecutando, señor).*

Derribar un dron de un disparo debe de ser ilegal, e imagino que espiar una propiedad privada con uno también, así que supongo que estamos empatados. Lo que a mí me preocupa ahora es que La mosca cambie de opinión con respecto a mi presencia junto a los Müller cuando ya lo tenía en el bote.

—Johanna, ¿tú usado arma? Rifle, pistola, *something like that?* (¿algo parecido?).

—No.

—*Ok, I'll get you a Pepper spray. (Bien. Te daré un espray de pimienta).*

—¿Un espray antivioladores?

—*Selfdefense, yes. (Autodefensa, sí).* Da oportunidad de escapar.

—¿Y qué te parece un cuchillo?

—Georgia, tú no llevar armas, *and this is my last word. (y es mi última palabra).*

—Lástima que no haya una señora Müller para que me pueda quedar con ella haciendo magdalenas mientras vosotros cazáis ciervos. ¿Y qué os hace pensar que podréis ir armados?

—*Hunting, dear. (La cacería, querida).*

—Ya, pero ¿qué te hace pensar que ellos no saben que nosotros somos una agencia de seguridad y que sabemos lo que sabemos?

—Mí quiere creer que no saben. Helicóptero llevará a pequeño grupo cerca de finca; ellos estarán escondidos por bosque para nuestra seguridad.

—¿Y si los confunden con un rebeco?

—¿Rebeco?

—*Chamoix*... ¿No es peligroso que los chicos estén escondidos por el bosque con una panda de nazis cazando?

—Sí es, pero ser su trabajo.

—Creo que deberíamos declinar y reunirnos en un hotel tipo El Belvedere con toda esa seguridad y el ejército por todas partes. ¿No sería más inteligente?

—Depende; pensamos que entrar en la finca nos dará la oportunidad de inspeccionar la casa. La mosca tiene una intuición con respecto a los cuadros de la caldera y los lobos.

—¿Me lo vais a explicar?

—Yo te lo explico: queremos tomar muestras de los restos del incinerador para analizarlos, queremos echar un vistazo al búnker que está escondido como en una cueva en pleno bosque y no en el sótano, como pensábamos. Ya has visto las fotos en los informes. En definitiva, queremos fisgonear y hurgar en su basura.

—Entonces una cacería es un marco perfecto, aunque, francamente, tratándose de fisgar y hurgar, no entiendo cómo se os ocurre prescindir de la experiencia femenina... Somos mejores, no me lo podréis rebatir.

—Te vas a enfadar.

Lindbergh pone cara de pánico y yo ya me preparo para intentar estar por encima de lo que sea que voy a oír.

—Teníamos intención de llamar a Savannah; da la casualidad de que conoce al joven Müller, el hijo, y está convencida de que no sospechan absolutamente nada de nosotros.

—Ah, sí, debe de conocerle a fondo, imagino.

—*What do you mean? (¿Qué quieres decir?)* —dice Lindbergh, ofendido.

—Ya me has entendido, pero disculpa el acceso de celos, Alex; es que esa zorra me pone de los nervios.

—No zorra.

—Sí, zorra.

—Ser valiosa colaboradora.

—Y una mierda.

—Johanna, domínate un poco. No te ha hecho nada, y a ella le vendría bien un poco de acción. Alex dice que la ayudará a no pensar en sus problemas.

—Como se os acerque a uno de los dos, se traga el espray de pimienta y la navaja suiza.

—Mí piensa ahora: ella viene y tú también.

—Va a haber sangre, Lindbergh, tú sabrás.

—*Your jealousy gets me horny, babe (Tus celos me ponen cachondo, nena)* —me dice arrinconándome para besarme. Hago un quiebro con el cuerpo para intentar esquivarlo, pero es en vano. Bruno me bloquea y me quedo como suelo estar siempre, entre los dos, ellos empalmados buscando mi cuello, mi boca, y yo con ganas de samba. Solo cuando Milwaukee carraspea nos damos cuenta de que no estamos solos. Kansas y Memphis tienen los ojos como platos.

No es que no sepan ya lo que se cuece entre nosotros. Seguramente la mayoría de ellos están en contra de mi presencia en la agencia, e incluso me atrevería a decir que de la de Bruno también.

Las cosas debían de ser más profesionales antes, pero les ha pillado por sorpresa el calentón que hemos tenido en público los tres. Francamente, hay veces que se nos va de las manos.

Lo peor de todo es que ahora Lindbergh va a estar de mal humor, mortificándose en silencio por su falta de compostura. Tendrá un ataque de pudor y se pondrá a dar órdenes a diestro y siniestro para enmendar la metedura de pata; siempre piensa que pierde credibilidad cuando se muestra tal y como es delante de sus chicos. Sin embargo, sé de buena tinta que al menos Memphis, Kansas y también Milwaukee le tienen un respeto absoluto: percibo en ellos una gran admiración por su jefe. A veces no me doy cuenta de lo difícil que debe de ser para él compartir su pequeño universo de espías y cachivaches, y tenerme por aquí como un elefante, con ataque de celos incluido...

Me quito de en medio un rato y doy un paseo por el jardín nevado. Cleveland y su equipo están de guardia; hay un tío subido a un árbol, y me pregunto si es más para que El sapo sienta el dispositivo de seguridad o si realmente es necesario tener monos armados por todas partes.

Debe de haber nevado bastante últimamente. Camino con esfuerzo hundiendo mis botas por encima del tobillo en la nieve. Me siento en un banco de hierro con unas sobrecogedoras vistas al valle y puedo percibir cómo empiezo a ablandarme; una vergüenza incipiente avanza y se apodera de mí, me siento culpable por mi comportamiento. Cierro los ojos sintiendo el sol en la cara, reflexiono y respiro. Voy a disculparme: me quedaré en el chalet sin molestar y dejaré que sea ella, que tiene experiencia, la que vaya en mi lugar. Bruno me sobresalta.

—Alex quiere que le perdones y dice que no va a pedir a Savannah que venga, ir con una mujer es menos sospechoso pero lo lógico es que seas tú, que eres la propietaria del hotel.

—¿Que eres, el recadero?

—No seas borde.

—Perdona. En realidad, yo también iba a disculparme con los dos... Tenéis razón, es mucho mejor que yo no vaya, solo sería un estorbo.

—Mira, no lo estropees ahora. Por mucho que me pese y por poco que me guste, no creo que debas ser excluida de ninguna situación en que quieras estar, aunque sea peligrosa, ya eres mayorcita.

—¿Has cambiado de opinión?

—No, estoy dividido: también yo te dejaría en casa con la mantita y el fuego, pero estoy seguro de que me explotaría en la cara tarde o temprano. Tú y yo nos entendemos bien en estas cosas, pero a él tienes que darle tiempo.

—Estoy cogiendo frío, voy a entrar. Llamaré a casa para ver cómo está todo.

—Yo ya he hablado con Dani; no sé si va aguantar mucho en la escuela, lo veo más tranquilo y contento, pero creo que echa de menos pasar el día en el mar, no está hecho para la ciudad. Me ha dicho que esta tarde se iba a hacer surf a Mongat, que amenazaba tormenta...

—Si no le atas con un horario y le dejas a su aire, quizás se adapte mejor. Gina dice que está muy contento, que no fuma nada y que cuando salen de noche lo pasan bien, que controla... ¿Cómo está el tema del divorcio?

—De lujo: Alex y Frey lo tienen todo bien hilado. Cayetana no va a atreverse a saltarse el plan de custodia, los niños ya han pasado dos días en Barcelona con su padre, se portan bien... Los pobres están un poco acojados, convencidos de que todo es culpa suya. Ahora, que también te digo una cosa: espero no necesitar un divorcio del señor Alexander Lindbergh, no quiero ni pensarlo.

—¿Te ha pedido separación de bienes? —digo, no sin cierta sorna.

—No, cariño, ¿y sabes por qué?
—No, pero tú me lo vas a decir.
—Pues precisamente porque no soy una mujer —dice con una sonrisa sensual que derrocha *sex-appeal*. Donde las dan las toman.
—Esta noche Alex y yo vamos a la ciudad. Milwaukee también.
—Vaya, me quedo sola en el superchalet.
—No, cenarás con Kansas y Memphis; así podréis ir fraguando tu pequeño complot, ¿cómo dices que se va a llamar?
—Buster.
—Mmmh, Buster. Es muy sexy. Habrás visto la bañera con chimenea... —me dice ayudándome a levantarme para volver a la casa. Caminamos de la mano.
—La he visto.
—Pues yo he localizado una latita de caviar y una mantequilla que hacen en un pueblo de aquí al lado. ¿Te hacen unos *blinis* de caviar en la bañera?
—Lo siento, Bruno: ni caviar, ni salmón ni berberechos. Sueño con alcachofas: fritas, al vapor, rebozadas, con *foie*...
—Chica, pues como no me las haga llegar expresamente por mensajería exprés, vas a tener que esperar a que volvamos a casa, pero tomo nota, tomo nota.
—¿Esta noche no voy porque no tengo acreditación o porque Alex no quiere que vaya? Tengo un par de vestidos.
—No sé exactamente, solo sé que hemos de aparecer por la fiesta de Bank of America y de la Bolsa de Nueva York. Alex tiene clientes, puede que sea una de esas cosas muy de hombres y mujeres florero, ya me entiendes.
Llegamos al salón y nos sentamos cómodamente junto al fuego.
—¿No será otra orgía?
—No creo, no seas boba, y además en ese aspecto yo ya he tenido mi escarmiento. Nada de orgías hasta que hayas muerto.
—Te advierto de que estoy sana y pienso vivir muchos años. ¿Tiene clientes que no protegemos?
—Sí, hay clientes que tienen sus propios guardaespaldas y seguridad; contratan a Cooper solo puntualmente, o, por ejemplo, le compran tecnología o se revisan sus protocolos.
—¿Vendemos tecnología?
—Vendemos *software*, modificaciones, hacemos *consulting* y adaptamos las empresas para que no tengan filtraciones, ya sabes. *No leaks*.
—¿Cómo sabes todo eso?
—Hace tiempo que Alex me tiene empollando.
—Ya veo... Pues tendré que ponerme al día.
—Yo te pongo al día, cariño, y creo que también voy a hacerte un chequeo: no tienes buena cara. A ver, pon la mano aquí —me dice llevando mi mano hacia el bulto en su paquete.
—Diría que es a ti a quien le ha subido la temperatura.
—Pues sí, estoy preocupado, y muy salido, para qué te voy a engañar...
Se me abalanza y me besa; su boca sabe a *toffee*, uno de esos caramelos Werther's Original que son del mismo color que sus ojos. Me pierdo en su beso, me abraza fuerte como a mí me gusta; me siento segura en sus brazos, no hay nadie en este mundo que me entienda mejor que Bruno.
Milwaukee nos interrumpe: las dianas para practicar el tiro ya están dispuestas. Bruno me guiña

un ojo posponiendo para más tarde lo que había empezado. Todo esto le excita muchísimo, ya disfrutaba del día a día a su manera antes, pero ahora es como si su vida hubiera evolucionado a un sueño hecho realidad, pero no porque esté rodeado de lujo, sino por la intriga, la adrenalina y la dosis de acción que Cooper le proporciona. Me pregunto si esto va a perjudicar su carrera gastrobloguera o es que ya se había hartado un poco de eso también. No se puede negar que es algo inconstante.

Decido quedarme, porque tengo las armas restringidas según Lindbergh; no tiene sentido que yo practique, y, además, a medida que entra la tarde hace mucho más frío. Por la ventana veo cómo El sapo y su sanguijuela se unen a la fiesta, y les dejan probar, primero con pistola y luego con subfusiles de cuarta generación, pequeñas metralletas con un alcance de 150 metros, los HK MP5, muy populares entre las unidades de élite de la policía. Esta clase que nos dio Cleveland no me la perdí, ahora puedo distinguir entre varios tipos de armas.

Pensándolo bien, también sé que tenemos de esos aparatos paralizadores, como se llaman, esos que dan una descarga eléctrica, un taser, creo que se llama. Además de un spray de pimienta, uno de esos también puede ser útil, pueden coger por sorpresa a tu contrincante.

He de reconocer que, pese a la cinta en donde asaban a la parrilla a tres seres humanos, las evidencias de que el accidente de Pablo podría haber sido provocado y la brutalidad a la que sometieron a Jurgen para matarlo, yo sigo con ese sentimiento de irrealidad que me persigue desde hace tiempo. Estoy empezando a pensar que es contraproducente, porque no me creo el peligro, todo me parece peliculero, como si estuviera inmersa en una ficción donde todo va a ir bien porque soy la heroína de mi historia y cuando aparezca la palabra fin estaré sana y salva y todo habrá salido a pedir de boca.

Hay que joderse con el *Happy Flower* que te da el embarazo... Hay gente a la que le da por el pesimismo y la paranoia, mientras que a mí me entra un ramalazo *hippie* de paz y simbiosis de lo más infumable y peligroso. Mi fuerza vital se redobla y me siento lista para cualquier combate. Hay que joderse, ahora empiezo a entender por qué esos dos se preocupan tanto, y digo yo que tal vez esta obsesión por crear Buster venga de ahí.

Capítulo 10

In & Out Saliendo del armario

DAVOS FORUM
22 DE ENERO

A noche los vi marchar vestidos de esmoquin; nunca en la vida había visto a Bruno tan guapo, tan elegante. Hay hombres que están mejor de *sport* que de etiqueta, pero no es su caso. Le había visto alguna vez con traje chaqueta y corbata, sobre todo últimamente y por influencia de Lindbergh, pero siempre suele darle el toque roquero.

Esta vez iba de etiqueta integral y el resultado era, como diría, intoxicante y embriagador como un buen champán. Las personas atractivas que se sienten cómodas en sus zapatos son doblemente *sexys*. No es que Lindbergh no estuviera guapo; de hecho, guapo sería un eufemismo, pero de él me lo esperaba. Bruno fue quien me dio la sorpresa. Suerte que tenía a Memphis y a Kansas para distraerme y no ponerme celosa; la verdad es que me dio una rabia tremenda perdérmelo.

Incluso me imaginaba a las mujeres de la fiesta acosándolos, y a hombres también, no es exageración: he asistido a varias con ellos e invariablemente han sido solicitados de una forma directa y de lo más contundente.

El sapo y su sanguijuela también iban vestidos para la ocasión, con un resultado bastante más decepcionante. Sin embargo, Milwaukee encajaba perfectamente en el grupo de su jefe, un pelirrojo rabioso de lo más apuesto, un moreno de ojos liliáceos, mi chico de miel y yo aquí con los *freaks*...

Aunque no puedo quejarme, mis niños me trataron como a una princesa y me cocinaron una tortilla de patata con pan con tomate que estaba buenísima, con muy poca cebolla, cebolla tierna, receta heredada de la abuela del Hospitalet del Llobregat. Luego se alegraron mucho de coincidir en gustos cinéfilos, y ver, además, que estoy bastante puesta en el mundo de los cómics. Por cómo me miraban se diría que han tenido sueños húmedos conmigo, los dos. Cualquier mujer puede reconocer algo así en la mirada del otro, especialmente si este otro es muy, muy joven. Y estos podrían ser hijos míos, matemáticamente hablando.

Me sonreían constantemente, y era raro, porque estoy acostumbrada a verlos frente a una pantalla y no a tenerlos delante todo el rato. Pero cuando llegó el momento de ponerse a trabajar e hicimos el primer *brainstorming*, me di cuenta de que nos íbamos a entender a la perfección. La conexión fue total. Son chicos listos y sensibles, y entiendo por qué trabajan para Lindbergh. Enseguida concretamos las líneas básicas de actuación; hicieron mucho hincapié en delimitar muy bien qué quedaba fuera de nuestro interés y qué no. También insistieron, por experiencia de otras investigaciones, en que Milwaukee supervise nuestras pesquisas para que tengamos informes de la jurisprudencia que los rodea y no metamos la pata. Es fácil meter la pata.

Pongamos, por ejemplo, que queremos ayudar a una mujer maltratada que no se atreve a denunciar; necesitamos confirmar que efectivamente existe el maltrato, y para ello tenemos que tener mucho cuidado en no incurrir en un delito; si lo hacemos, por ejemplo, poniendo escuchas en una casa, hay que asegurarse de no ser descubiertos y luego transformar la prueba en algo que ha surgido por casualidad. Kansas dice que puede hacer cosas tales como transferir una grabación a un móvil, o a un contestador. También hay que proporcionarle a la víctima ayuda tanto legal como psicológica desde el minuto uno, contactar con los servicios sociales y sobre todo hacer un seguimiento de la víctima para que no acabe engrosando la lista de mujeres asesinadas a manos de sus maridos.

Violencia de género y pedófilos serán nuestras prioridades en un principio, aparte de rastrear páginas de anorexia. Con la pornografía infantil tenemos en Oriol a un gran aliado: podremos colaborar con la policía local sin que se note demasiado nuestra presencia. Poco a poco mi intención es internacionalizar la agencia, y, por los comentarios de Lindbergh al respecto, creo que ya está pensando en presentar el proyecto a sus clientes para que ayuden a financiarlo, de lo contrario le va a costar una pasta. Pero si algo sabe hacer este hombre es precisamente eso, rentabilizar cualquier cosa que toca. Me ha dicho que Buster podría ser una fundación, eso nos ayudaría a desgravar impuestos, como siempre que se hacen donaciones, y podría interesar a sus clientes; cree que deberíamos diseñar una web, lanzar un *crowdfunding* e informar periódicamente de los logros de la agencia manteniendo el anonimato. Dice que deberíamos poner un contador: 32 pedófilos cazados en un año, 43 maltratadores, 71 páginas proanorexia, 75 captadores de *yihad* y sumando... También me dijo que el logo de Buster debería ser un unicornio, por supuesto. ¿Qué otra cosa podría ser? El logo de Cooper es una réplica de la silueta de The spirit of Saint Louis, el avión con que su padre logró cruzar el Atlántico por primera vez en la historia.

Estoy muy animada con todo esto. Soy consciente de que voy a ser madre y que no parece muy compatible, pero luego pienso en las mujeres policía o del ejército, en las bomberas que se exponen a un peligro mucho mayor, mucho menos controlado, y muchas de ellas lo compaginan con la maternidad sin novedad. Además, ¿no van a tener mis hijos dos padres? Pues eso.

Creo que a Bruno le preocupa cargar solo con el peso de la crianza; a él le gusta tenerme al lado para todo, yo creo que es cuestión de organización. No estamos hablando de grandes viajes, ni de una vida al filo de la navaja: nuestra tarea estará principalmente basada en la red y en identificación, quizás algún seguimiento, y si se ha de hacer con un bebé a cuestas, pues se hace, que para algo tendré un equipo.

Es Lindbergh el que tiene que delegar más, sobre todo con los hoteles. Creo que esa era su idea inicial, que Bruno y yo estuviéramos más involucrados en los hoteles y sus restaurantes para que él pudiera tener más tiempo libre. Cuando pienso en todas las noches que le veo levantarse de la cama en secreto y coger el ordenador para repasar cifras y ocuparse de cualquier incidencia en Hawái o en Nueva York, me preocupo y pienso que no me extraña que tenga migrañas. Tanto él como Frey están sobrecargados de trabajo, ya me he dado cuenta de que Adrian suple constantemente a Lindbergh, al que le gustaría ser omnipresente. De momento Bruno y yo somos para él una pieza disonante en su puzle, una imprescindible que puede que nunca encaje perfectamente pero que ha de formar parte del engranaje, aunque sea de una forma muy forzada.

Tan forzada que va a casarse con un hombre, compartir la paternidad del bebé con Bruno, darme el capricho de Buster, adoptar a mi hija, trasladar a Barcelona su residencia permanente, así como la sede de Cooper, y qué sé yo cuántas concesiones más que se me escapan. Es bastante

abrumador, y cuando lo pienso me repruebo a mí misma mis estúpidos ataques de celos y mi comportamiento de niña mimada cuando se refiere a mi seguridad.

Estoy sentada en la sala del foro junto a Milwaukee; él está absorto en su ordenador, creo que está modificando unas cláusulas de algún contrato del hotel de Barcelona. Han estado preparando entrevistas para montar el restaurante que aún no ha sido inaugurado, y Lindbergh quiere que eso sea cosa de Bruno, quiere que funcione y que la gente de la ciudad vaya, no solo los turistas. Ya hay varios chefs candidatos con los que han estado hablando. Bruno ha prometido también viajar con Alex a Tokio: el chef japonés sigue dando problemas, y si no fuera porque Alex habla constantemente con su mujer para que le apoye y su relación no se desmorone, ya tendríamos que haber contratado un sustituto. El pobre sigue bebiendo como una esponja: sabe que su mujer le es infiel, y, aunque ella ya le advirtió desde un principio, el tío se quiere morir día sí, día no. No se puede cambiar la esencia de las personas, en este caso ni de una ni de otra.

Somos al menos treinta periodistas acreditados. En el debate solo hay cinco personas, y la ponencia está centrada en los peligros de la economía colaborativa para el sistema económico actual. Ejemplos como Über y Airbnb centran la discusión. Aún faltan como veinte minutos para que los oradores se sienten, y yo me aburro como una ostra mientras mi mente divaga.

Rememoro nuestro encuentro de anoche, cuando volvieron de la fiesta: yo estaba dormida, soy un tronco, así que tuvieron que despertarme para follar. Me cuesta mucho salir del sueño, tardo mi rato en abrir los ojos, excepto si voy a hacer pipí, pero entonces no estoy realmente despierta, soy una sonámbula que va y viene sin hacer proceso mental alguno.

Anoche, Alex se colocó delante de mí, Bruno detrás y poco a poco me fueron despertando con mimos y besos. Alex fue algo más expeditivo y me metió la mano dentro de las bragas mientras Bruno recorría mi espalda con su lengua. Les oía hablar bajito; uno le decía al otro mientras me masturbaba con cierta urgencia que yo no me estaba despertando, y el otro bromeaba con hacérmelo dormida. Estaban algo achispados y felices.

Yo seguía fingiendo estar más dormida de lo que estaba. En un momento dado Alex perdió la paciencia y me bajó las bragas; protesté un poquito, porque quien sabe de verdad cómo despertarme es Bruno, eso es lo que le dijo a Alex, y eso es lo que hizo. Abrió mis nalgas con cariño y me lamó el ano para mi mortificación y vergüenza. Eso fue todo. Como un jarro de agua fría, pero con efecto afrodisíaco, me despejé completamente y conecté con las circunstancias, completamente a tono y lista para la acción.

La lengua de Bruno seguía con su tortura por detrás, es una cosa que me da mucha vergüenza y placer a partes iguales, me es un poquito más insoportable que placentera. Como Bruno me conoce muy bien y sabe que no aguanto esa práctica mucho rato, me puso lubricante y me metió el dedo dentro, mientras Alex seguía masturbándome. Entonces busqué sus bocas; la luz estaba apagada y solo podíamos vernos en sombras gracias a los restos del fuego de la chimenea, la habitación olía a madera. Mientras yo besaba a Lindbergh, Bruno reclamaba mi boca y me hacía girar el cuello; sus dedos buscaban más dilatación, y no hace falta ser un genio para saber lo que tenía en mente. Me dijo «Cariño, necesito hacértelo por detrás, por favor». Pero no me dio tiempo a acceder porque enseguida me introdujo su pene, gimiendo de placer, y yo aguanté la respiración, pero como Alex me estaba masturbando y estaba aún algo dormida, fue muy fácil: estaba floja y mis músculos no opusieron resistencia alguna. A veces me cuesta si hace tiempo que no lo hago por detrás.

Alex buscó su ángulo y me penetró por delante jurándome que me querría siempre y que sin mí no era nada, copiándome la frase de Amaral, pero en versión inglesa. Se quedaron quietos por un

momento, ajustando posiciones.

—¿Me notas? —le preguntó Bruno. Su voz era apenas un susurro.

Lindbergh ajustó su posición de nuevo y dijo:

—Ahora sí.

—Muévete —le pidió Bruno, y Alex inició un vaivén entrando y saliendo de mí, poquito, pero con su firme verga bien anclada. Podía sentirla toda; en esa posición lateral, me fregaba el clítoris de vez en cuando, fue la locura.

—¿Me sientes? —volvió a preguntarle Bruno, y Alex empujó su sable hacia el fondo de mi interior entrechocándolo a través de mí contra el de Bruno, y ese es el contacto que buscaban y el que deshizo en sollozos a Bruno, y a Alex también. Varias estocadas después, Bruno se corrió en mi interior y decidió no moverse; extendió su mano y se la cogió a Alex, entrelazándolas como amantes, y se quedó muy quieto mientras el otro me hacía el amor, besándome la boca de vez en cuando, mientras Bruno me decía palabras de amor en catalán al oído. Me corrí con la sensación de haber follado no con dos hombres, sino con un solo ser superior, y eso que yo no había bebido ni fumado nada. Al verme disolverme en un orgasmo, Alex hizo lo propio, y Bruno apenas dejó resbalar su pene fuera de mi trasero. Nos quedamos dormidos los tres, en esa misma posición.

Cuando he despertado sola por la mañana no sabía si había tenido un sueño húmedo fascinante. Dos cosas me ratificaron que sí había ocurrido: estaba desnuda, aunque eso no tendría significar que había sido veraz, y encontré unas pequeñas manchas como de café con leche muy sospechosas en el lado de la cama de Bruno. No había sido un sueño, además notaba el trasero algo trabajado.

Hay movimiento en el escenario: parece que el debate va a empezar. Lindbergh está presentando a El sapo a varias personas. Coge constantemente del brazo a Bruno, que parece agobiado sin saber muy bien qué decir; creo que en este punto de su vida quizás se arrepienta de no saber un poco más de inglés. ¡Qué se le va a hacer!, tengo un marido cabezón. La sanguijuela está sentada en el público entre Denver y Dallas. Detroit se ha quedado en el pasillo de entrada, y el equipo del Gollum está en el centro de mando, en el Kloster.

No creemos que nuestro protegido corra riesgo alguno aquí: no en vano vemos a mandatarios del calibre de *frau* Merkel o *madame* Lagarde deambular por el foro con sus escoltas. En todo caso nos arriesgamos a que alguna activista de Femen le enseñe las tetas, cosa que, a El sapo, por lo que hemos podido entender sobre sus preferencias, le dejaría más bien frío, y tampoco podría ocurrir aquí dentro, quizás en la calle.

Veo a Lindbergh acompañar a El sapo hasta donde está sentado su sanguijuela, pero antes hace una cosa muy extraña: pide a Bruno que se siente en primera fila, y cuando lo hace, le dice algo al oído que no se transmite a mi pinganillo y le acaricia brevemente la cara. Es un gesto imperceptible, de ninguna manera se puede considerar uno de complicidad entre socios o amigos, y menos en este ambiente; digamos que ha sido poco ortodoxo y ha trascendido lo que sería el lenguaje corporal entre hombres, a no ser que estén un campo de fútbol; en ese caso sí suele haber todo tipo de tocamientos sin que nadie se escandalice.

Cierto es que últimamente ellos dos parecen estar en total simbiosis. Ya no percibo tensión, ya no hay la competición de hace unos días: están relajados en lo que respecta a mí o quizás en lo que respecta a ellos mismos.

Le toca a Lindbergh hacer la introducción del debate. Se sube al atril, pide silencio y después de unos breves aplausos empieza a explicar, primero presentándose y luego exponiendo su postura y la de su negocio con respecto a la denominada «economía colaborativa».

Está muy atractivo ahí subido, todo serio; aunque sonríe con todos los dientes a la menor

ocasión, está completamente seguro de su capacidad de seducción, y, por lo que veo a mi alrededor, las féminas del público están absortas contemplando a este fascinante ejemplar de soberbia masculinidad. Este adonis de ojos sobrenaturales y sonrisa derrite tangas. Del discurso diría que no se están enterando de nada. Lo sé porque a mí a veces también me pasa: cuando me mira fijamente a los ojos con aquella intensidad que le caracteriza, me podría estar insultando y no me enteraría. Hay gente que tiene ojos hipnóticos. La belleza extrema es hipnótica.

Y ahí le tenemos, embelesando a la audiencia, a la masculina también. Un hombre apuesto gusta a todo el mundo, por eso los políticos guapos siempre quedan mejor que los feos, siempre y cuando el guapo no sea idiota, tienen que estar en las mismas condiciones y entonces invariablemente ganará el más atractivo.

Me ha sorprendido gratamente su punto de vista: como él bien ha dicho, debe de haber pocos hoteleros que estén a favor o entiendan este tipo de iniciativas que deben de tener cabida en la economía actual y, sobre todo, en esto también estoy de acuerdo, que es muy difícil acotar o prohibir una tendencia espontánea. La economía evoluciona y hay que saber adaptarse. Lindbergh no ve incompatible la oferta hotelera tradicional y la nueva, él mismo ha alquilado una casa por unos días no hace tanto y cree que tan solo hay que regular un poquito más para ayudar a limar asperezas.

La economía colaborativa o participativa no es para Lindbergh el fruto de una crisis, sino una evolución natural que tiene que ver con el aprovechamiento de los recursos ya existentes, para él es uno de los temas clave. La competencia es saludable, y las oportunidades de trabajo que generan todas estas nuevas compañías que surgen en una aplicación de internet, como, por ejemplo, el *car sharing* o los servicios a domicilio y que hacen partícipe de alguna manera al propio consumidor, crean riqueza y democratizan un poco más la economía.

El contrapunto lo ponen *mister* cadena de restaurantes de carretera del Medio Oeste llamados Portland Steak House, el señor Smith, que cree en el sistema tradicional y no soporta la moda de ir a cenar a casas privadas que se está extendiendo por todas partes. Lo considera una involución, y alerta de los riesgos sanitarios que pueden derivarse de estas prácticas no controladas.

También tenemos al dueño de una cadena de hoteles especializados en familias que tiene uno allí donde haya un parque temático o de aventuras y que cree que el intrusismo solo puede traer consecuencias funestas.

Sin embargo, Lindbergh les habla de Los paladares, restaurantes en casas privadas que llevan un montón de años funcionando en Cuba. Los cubanos son prácticamente los inventores de la economía colaborativa, su legendaria escasez de recursos los obligó a explorar toda posibilidad, y eso, en su opinión, crea opciones, aporta carácter y hace los lugares turísticos mucho más ricos.

Tengo la sensación de que está flirteando conmigo desde el escenario; me ha sonreído varias veces y no me quita la vista de encima. Aunque también podría ser que no, cuando me aburro se me dispara la imaginación. El problema de este tipo de debates es que unos son blancos y otros son negros, y ninguno de ellos tienen realmente intención de escuchar al otro o de intentar acercar posiciones, sino que, más bien, sueltan su verdad y se atienen a ella. Ya hace unos cuarenta y cinco minutos que dan vueltas a lo mismo.

Cuando llega a su fin hay un pequeño receso donde los periodistas pueden hacer preguntas. Lindbergh me ha advertido de que no haga ninguna: no quiere arriesgarse a sentirse incómodo o quizás no quiere que yo meta la pata. Las preguntas dirigidas a él son poco originales, y le veo removerse al tener que hablar de su padre, de su mujer fallecida. Están yendo al terreno personal,

y son las féminas, las mujeres periodistas, las que quieren saber si tiene pareja, si ha pensado volverse a casar, si piensa tener hijos...

Alex contesta educada pero muy brevemente y bastante molesto. Otro periodista, esta vez un hombre, insiste. ¿Ocupa alguien su corazón? ¿Volvería a casarse? Y entonces ocurre lo insólito, lo surrealista. ¡Hostias, no podría ser más inesperado! Alex reconoce que está comprometido:

—*I'm engaged* —ha dicho el muy hijo de puta. Entonces ha sonreído a Bruno y le ha pedido que se levante y se acerque. Miro a Milwaukee y por su expresión comprendo dos cosas: que lo que estoy viendo es real y no se me ha ido la pinza y que Adrian está aún más alucinado que yo, quizás incluso más cabreado. De todo esto él no tiene referencia alguna, yo al menos sabía que era inminente, pero no me esperaba una cosa así.

Lo de Bruno es delirante; por su cara de susto queda claro que él tampoco sabía nada, y el pobre se levanta como puede. Podría jurar que está temblando, aunque desde mi posición es un poco difícil de saber.

Cuando llega a su altura, Alex le da un fuerte abrazo y un beso en la mejilla para escándalo de los presentes y le coge de la mano entrelazando los dedos. Bruno se resigna a posar sonriendo, muy ruborizado, con esa sonrisa seductora y ese aplomo que le caracteriza. Por la avalancha de fotografías que entran sin previo aviso en la sala, se diría que alguien ha tuiteado la noticia y es *trending topic* al menos a nuestro alrededor.

Y entonces ocurre lo impredecible: Detroit, que estaba de vigilancia en el pasillo, alerta por el pinganillo y demasiado tarde de que Verner Müller ha entrado en la sala. Como Lindbergh lo tiene de frente, ya lo ha visto.

—*I can see him. You're in fucking trouble, Detroit. (Puedo verle, te has metido en un puto lío, Detroit).*

—*I'm sorry sir. He was in his house twenty minutes ago. (Lo siento, señor. Estaba en su casa hace veinte minutos).*

Lindbergh sigue posando estoicamente junto a su novio, poniéndose de vez en cuando la mano en la boca para dar órdenes sin que se note.

—*Milwaukee, he is coming towards you. Take off your accreditations and kiss Georgia. (Milwaukee, va hacia ti. Quitaos las acreditaciones y besa a Georgia).*

—¿Perdona? —digo yo mientras escondo mi acreditación de prensa. Me ha parecido que le decía que me bese.

—Georgia, ahora Milwaukee tu novio. Quiero beso, *do it now. Milwaukee, a dirty one, now. (hazlo ahora. Milwaukee, dale uno sucio, ahora).*

Debemos de tener a Verner detrás. No nos giramos a mirar, sino que nos abandonamos a un morreo húmedo de tornillo, con lengua y todo, que no tengo agallas para racionalizar, que me deja seca, cosida a la silla y deseando más. Lo mío no tiene remedio posible, aunque cabe decir que el tipo este, Adrian, sabe muy bien lo que se hace con la lengua y además se ha pegado a mí fundiéndome contra su pecho y me ha puesto los pezones duros y los muslos flojos, haciéndome perder el mundo de vista. Me lo quedo mirando a los ojos con una sonrisa juguetona: nunca sabe uno a quién tiene delante sexualmente hablando, y este es un macho alfa en toda regla.

Cuando Verner Müller nos saluda, nos hacemos los sorprendidos y los incómodos por el espectáculo que acabamos de dar, pero nos es imposible igualar la cara de estupefacción que tiene el suizo: acaba de descubrir que Lindbergh es gay, que va a casarse con mi ex y que yo estoy liada con mi abogado, que además trabaja para Lindbergh.

Es de suponer que, dada la línea de sus creencias, esto es, racistas, xenófobas, homófobas y con

un marcado carácter retrógrado en lo que al feminismo se refiere, que creen que es uno de los males de nuestra sociedad moderna, Verner Müller debe de estar a punto de vomitar. Aunque disimula muy bien.

Me saluda efusivamente con la mano, muy educado, pero enseguida me ignora y habla con Adrian en alemán. Se conocen bien, ya que Frey ha llevado siempre las negociaciones del hotel y ha sido siempre nuestro enlace. Veo a Lindbergh liberarse de la prensa y venir hacia nosotros con Bruno. Mi alemán está muy oxidado, pero puedo entender que Verner no sale de su asombro y le está haciendo preguntas incómodas y personales en un lenguaje muy coloquial. Frey contesta en inglés con un gesto educado para dar a entender a Verner que hablar en alemán sin que yo me entere es grosero.

—*Johanna and I are in love. We already live together in Barcelona. (Johanna y yo estamos enamorados. Ya vivimos juntos en Barcelona).*

—*Mister Lindbergh is gay. That's disgusting. (El señor Lindbergh es gay. Eso es asqueroso).*

Me mira a mí buscando complicidad, y entonces sé que es mi momento, mi oportunidad de ganarme su confianza o quizás solo su empatía.

—*I couldn't agree more (No podría estar más de acuerdo)* —digo, pero dejamos el tema porque llega la pareja del año y entonces, justo cuando están saludándose como si todo fuera normal, hago mi escenita, gritando histérica.

—*Why don't you broadcast your thing on the Superbowl? I have a daughter, for God sake. (¿Por qué no retransmites tu asunto en la Superbowl? Tengo una hija, por el amor de Dios).*

Alex no cabe en su asombro, Bruno quizás ni me haya entendido, pero Adrian me sigue el juego y hace ver que me tranquiliza y que es el mediador de la ruptura con mi socio y con mi marido, repitiéndome en inglés que tienen derecho a ser felices, «como lo somos nosotros, cariño».

En Cooper deben de estar flipando en colores. Me giro hacia Dallas y Denver y les guiño un ojo; su expresión, la de los dos, es memorable. Yo sigo en mi papel de desconsolada, muy agraviada, y Adrian, Milwaukee, se lleva aparte a Verner y le explica que Lindbergh y yo hemos decidido vender definitivamente el hotel porque tenemos posturas irreconciliables en lo personal y se nos está haciendo imposible trabajar juntos. También le dice que va a dejar de trabajar para Lindbergh y que en breve estará disponible. Brillante. Lo bueno de los pinganillos es que nos enteramos todos, aunque quizás sea sospechoso que el resto de nosotros estemos en silencio mirando el suelo.

Verner está entusiasmado con las noticias, pero dice algo que nos alerta a todos:

—Perfecto, nadie echará de menos a esos dos maricones. Le pagaremos bien si nos revela el contenido de la caja: tenemos interés en saber si contenía algo que es de nuestra propiedad.

Adrian, muy diestro, se para en seco y le contesta que no ha conseguido descifrar el código aún, pero que está revisando el ajuar del señor Berenguer exhaustivamente. Está todo fotografiado y cree que hay un número que aún no ha podido comprobar conmigo en el banco que quizás sea el que la abra. También le explica que su mayor temor es que el código estuviera en el *hometruck* con que Pablo tuvo el accidente, y que, como Verner bien sabe, se quemó todo. Verner asiente y le comenta que el contenido de la caja tiene un alto valor sentimental para su familia, y que están dispuestos a pagar una buena cifra, para lo que necesita la comprobación de ese último número que Adrian ha comentado. Luego deja la conversación para otro momento, vuelve a por mí y me pide encarecidamente que no me pierda la cacería de pasado mañana.

Yo sigo en mi papel de agraviada y le contesto que matar animales no es lo mío, y él me replica que en una cacería el hecho de matar es lo menos relevante: uno no caza para matar, sino que mata

porque ha cazado y en todo ello hay poesía, y que, si no me lo pierdo, va a enseñarme la verdadera lírica de la caza. ¡Hay que joderse! Yo le digo que de acuerdo, pero que lo que realmente quiero es firmar la venta y volver a Barcelona lo antes posible. Verner parece eufórico. Dejamos que se vaya mientras nos emplaza para dentro de dos días.

Antes de que nos podamos reunir a comentar la jugada, todavía bajo los focos de la prensa, oímos una comunicación de Kansas. De los diez participantes del asesinato de la cinta solo tres están vivos en la actualidad, y ninguno de ellos era Jurgen Shultz o Andrea Berenguer. Sin embargo, el cabecilla ha sido identificado como Verner Müller: él fue quien prendió fuego a las tres personas entre risas, ese día era el de su iniciación. Los otros dos participantes que están vivos aún pertenecen a la organización y también han sido identificados: uno de ellos es alcalde de un pueblo del cantón grisón y el otro vive en Zúrich y es abogado. Los demás murieron por distintas causas, dos de ellos por sobredosis de heroína, uno de sida, otro por accidente en moto y otros tres, juntos en un atraco a una sucursal bancaria en Alemania en 2002. Kansas quiere comprobar conexiones con el NSU, aunque parece que Beate Zshäpe se niega a hablar. No ha querido ser examinada por un psicólogo, y no hay más información que la aportada en el sumario que la ha llevado a la cárcel de por vida. Aunque fuésemos a preguntarle si conocía a los Müller, nunca lo revelaría.

Hay otra información importante. Han identificado también al cazador que disparó ayer al dron dentro de la propiedad de los Müller: es uno de los guardas forestales, y es simpatizante del Partido Nacional Socialista. Definitivamente, no podemos confiar en los guardabosques locales, porque probablemente estén de parte de esa gente, y además todos ellos sin excepción son cazadores, al menos en el cantón donde nos encontramos.

Creo que Bruno se ha enterado de menos de la mitad. Me acerco a él y le hago un pequeño resumen tanto de la conversación con Verner, la que hemos oído todos, como de las averiguaciones de Cooper. Lindbergh está muy serio; se ha sentado mirando al suelo, casi puedo oír su proceso mental analizando la situación y sopesando las vías de actuación. Tengo ganas de preguntarle por qué coño ha salido del armario en el maldito foro de Davos haciéndolo público en todo el planeta y sin previo aviso. Eso no se hace. Pero me abstengo de decir nada, ni siquiera sé si mi temeraria actuación ha sido acertada, aunque diría que ha precipitado una oferta hacia Adrian que puede ser muy interesante.

Hay que acompañar a El sapo al aeropuerto; él y La sanguijuela regresan a Dallas. Parece que, con la inestimable ayuda de Lindbergh, el sapo consiguió el contrato que andaba buscando y ha ido a felicitarle efusivamente jurándole que es una verdadera inspiración para él y que está pensando en volver a casa, hacer pública su tendencia sexual y divorciarse de su mujer.

Vaya mañanita intensa. Tengo que decir que la idea espontánea de Lindbergh de besar a Adrian para que Verner pensara que estamos liados y que hay un grave conflicto entre nosotros me deja en una mejor posición de lo que estaba antes. Al menos tengo un novio atractivo y no soy solo la esposa abandonada cuyo marido se ha cambiado de acera para juntarse con su socio.

Tanto Bruno como yo miramos a Lindbergh de reojo reprochándole su conducta, como diciendo «¿Qué has hecho? Mira que eres bestia». Aún no se si ha sido un arrebató o algo calculado. Y, sobre todo, ¿por qué ahora? A mí me parece que ganarse el rechazo de sus anfitriones declarándose homosexual abiertamente es un poco temerario. La idea de la crisis dentro de nuestro grupo ha surgido sobre la marcha, así que no parece que fuera su objetivo. La verdad, no entiendo nada, aunque ha hecho que Verner pregunte por la cinta y nos ha abierto posibilidades.

La mosca sale de su ensimismamiento con una sonrisa, da órdenes de encontrarse en los coches

en diez minutos. Milwaukee y yo vamos en otro coche, tendremos una reunión en el aeropuerto. El sapo y La sanguijuela lo miran con admiración mientras impone su voluntad a unos y a otros. A mí me pide que vaya de tiendas y me cambie de ropa; no hay tiempo para ir de vuelta a los Klosters. A Memphis le pide que haga un duplicado de los dos pasaportes encontrados en la caja de modo urgente y que alguien traiga la cinta original cuanto antes.

No sé muy bien qué tiene en esa cabecita sexy suya, pero dentro de poco lo sabremos. Me acerco a él mientras salimos del edificio y le pregunto por qué lo ha hecho. Su contestación me desconcierta. Me dice que tenía que hacerlo público de todos modos: cuanto más contundente, más veraz. Ha pensado en poner el foco sobre nosotros porque no se fía nada de esa gente, y cree que si tenemos toda la atención de la prensa será mucho más arriesgado e improbable que intenten hacerle daño a él, o a mí.

Es verdad que ahora todo Cristo sabe que estamos en Davos. Habrá fotos saludando a Verner Müller en las noticias y en los periódicos, y probablemente se puedan encontrar ya en los medios *online*. Ahora tenemos una cierta ventaja, y la idea de explorar la finca de los Müller es un poco menos peligrosa. Además tenemos una oportunidad de negociación, aunque eso es justo lo que no entiendo. Tenemos una cinta que delata a Verner Müller, ¿qué más necesitamos? Denunciemos y volvamos a casa.

Acompañamos a El sapo y a su invitado hasta su avión privado para despedirle, nos aseguramos de que despega sano y salvo y nos dirigimos al helicóptero para una reunión. La mosca cree que la cinta destruiría la carrera política de Verner por un tiempo, pero no tiene claro que garantice la cárcel. Los crímenes sin cadáveres son siempre los más difíciles: no es que no haya caso si no hay cadáver, pero una buena defensa, una con dinero, puede recurrir eternamente, alegar que la cinta ha sido manipulada y que es un montaje.

Cleveland ha pedido la palabra y le oímos con cierta dificultad por el pinganillo, ya que el aeropuerto es demasiado ruidoso, aunque finalmente le entendemos bien. Primero felicita a su jefe por su compromiso y luego nos desgrana su punto de vista. Es cierto que no tener los cadáveres y que hayan pasado tantos años es un hándicap; se condenan a personas cada día por una cinta de seguridad de un banco, de un cajero, y de muchos parkings, ese no es el problema. La identificación de Verner Müller se ha hecho según rasgos y peculiaridades muy difíciles de probar, porque lleva un pasamontañas todo el tiempo. Un lunar con pelo rubio en su brazo derecho es lo que nos ratificó el positivo, pero eso en un tribunal podría ser insuficiente. Lo mismo ocurre con los otros integrantes: los que están más claros ya están muertos. Lo que nadie puede negar es que eran los Werewolf y que todos ellos, sin excepción, tienen un lobo tatuado. Cleveland cree que no tenemos a Verner, solo una acusación indirecta contra el clan nazi de los lobos. Mal que me pese, tengo que darle la razón al Gollum.

Milwaukee sugiere una negociación con la cinta: si Verner se ha tragado la ruptura interna dentro del universo Lindbergh hay que aprovecharlo. Cleveland dice que ya está en marcha la falsificación de los pasaportes de la caja, estarán listos esta tarde a última hora; necesita darles un cierto envejecimiento para que no queden demasiado nuevos, sobre todo uno de ellos, expedido en el 88.

Podemos hacer una copia de la cinta nosotros mismos en hotel. Disponemos de todo lo necesario, incluidas cintas viejas que podemos regrabar o incluso vírgenes. Así pues, volvemos a Zúrich al menos esta noche. Lindbergh cambia de opinión sobre ir a comprarme un atuendo adecuado para mañana, porque recuerda que tenemos uno en la caja fuerte. La idea es esta: vamos a venderle la cinta a Verner, le pediremos diez millones de euros, que no es ni mucho ni poco para

un banquero, aceptaremos solo metálico que dejaremos en la misma caja y lo grabaremos todo. La oferta la haremos esta tarde. Milwaukee y yo le pediremos que entre en la sala de la caja mientras la abrimos, y de esta manera nosotros estaremos a salvo y el dinero también, no habrá que moverlo. A primera hora iré a buscar mi ropa y dejaré la cinta y los pasaportes, luego quedaremos con Verner y volveremos a entrar en el banco.

Milwaukee y Lindbergh quieren encontrar una coartada creíble para el código; tiene que sonar verídico, pero están completamente en blanco. Es todo un poco ridículo, embutidos en el helicóptero preparando un plan de caza al asesino.

Se me ocurre que podemos decir que el número que Milwaukee ha comentado a Verner lo encontró en una anotación en una libreta de contabilidad junto con la palabra «*Ring*», «anillo» en alemán y en inglés y que coincide con un número que hay grabado en su alianza de matrimonio. La tiene fotografiada, aunque hoy en día el anillo en cuestión lo tiene su hermana Balbina. Milwaukee tiene que hacer creer a Verner que sabía que estaba cerca y que por fin ha dado con el número secreto en el anillo de Pablo.

La mosca me felicita: tal y como ha ido la conversación entre Milwaukee y Verner, es perfectamente creíble. Nos encontraremos todos en Die Delphinen; hay que pensar bien cómo vamos a grabar a Verner. Quieren hacerle creer que abriremos la caja por primera vez todos juntos, pero aquí surge un escollo: si Verner no trae algún dispositivo para visionar la cinta, no podremos concluir la negociación en el propio banco y tendremos que improvisar, lo que no podemos es decirle que sabemos lo que hay en su interior.

¿Qué clase de persona negocia con algo que no ha visto? A este punto Milwaukee cree que tenemos que darle a entender a Verner que hemos atado cabos con respecto a los allanamientos en Barcelona y que sabemos que el contenido de la caja es algo sensible y que nos da igual si es pornografía infantil o cualquier otra cosa que quiere esconder, que lo único que nos interesa es el dinero. También quiere dejar a Lindbergh como un mariposón que no se entera de nada y que no ha demostrado interés en la caja.

La mueca de disgusto de Alex es épica, casi le hago una foto, pero me arrepiento antes hacerla. Parece que necesita aire y sale del helicóptero para ponerse a caminar en semicírculos alrededor del aparato. Es de los que les viene bien caminar para pensar. El móvil de Bruno y su Apple Watch parecen haberse vuelto locos al unísono, y no paran de pitar y de hacer sonidos extraños. Bruno baja del aparato, y yo le sigo; cuando se acerca a Lindbergh le hace una foto y me la enseña. Lindbergh trajeado, la corbata perfectamente ajustada, el abrigo de *tweed*, caminando serio hacia nosotros con el flequillo al viento, un *jet* privado de fondo, el cielo azul y las montañas nevadas. Antes de ser un gran cocinero Bruno fue un gran fotógrafo y, ya se sabe: el que tuvo retuvo.

Al ver que le ha hecho una foto, Alex no puede evitar sonreír, y Bruno le hace otra. Es todavía mejor, está más guapo con la sonrisa burlona, mirando a cámara, o más bien debería decir comiéndose el objetivo. Cuando se acerca nos pide que nos quitemos los pinganillos, cosa que no es nada fácil porque son microscópicos y transparentes y tienen como un pequeño hilo para tirar de ellos. Tardamos un ratito en conseguirlo.

—¿Tú crees momento para fotos?

—La necesito: mi Facebook echa humo, somos *trending topic*, colega. Tengo el Twitter colapsado. He de presentarte a mis fans, no puedo esconderme después de lo que has hecho... Y esta noche aprovecharé todo ese ruido y cocinaré un plato desde el hotel.

—Deberíamos llamar también a casa, Bruno.

—Le he mandado un *whatsapp* a Dani; mis padres siguen en Canarias y no se han enterado aún, aunque es cuestión de tiempo. Mi padre ya se lo ha explicado a mi madre de alguna manera...

—Deberías haberlo hecho tú.

—*It's my fault (Es culpa mía)*, yo no dado tiempo...

—Así es mejor. Cuando vuelva, hablaré con ella; ya será un hecho consumado, el *shock* inicial se lo va a comer mi padre... Tenemos que decirles lo del bebé antes de que sea evidente.

—Voy a llamar a Maya.

Todos solemos actuar como si nos importara un pimiento lo que opinen los demás, pero en el caso de Bruno es totalmente cierto. Tiene la teoría de que las personas que le quieren a uno tienen que aceptarte como eres, y, si no lo hacen, no valen la pena o no te quieren. Eso siempre que no seas un capullo integral, eso no puede ser culpa de los demás.

Hay días en que lo inesperado se cuele por todas las rendijas de nuestra vida, alguna alineación especial de los planetas, si es que uno cree en esas cosas. Son quizás las famosas leyes de Murphy o aquella frase americana de «*Shit happens*», que viene a ser algo así como «A veces la mierda te salpica». Y esa es la sensación que tengo yo hoy, y creo que también es la de Bruno, que con un gesto de silencio y una mueca de dolor se dispone a contestar una llamada. Alex y yo escuchamos congelados.

—Holaaa. ¿Cómo lo sabes? No, mamá, Alex no está embarazado, Johanna lo está. Sí, también es hijo de Alex, es una inseminación artificial. Artificial el proceso, mamá, no el bebé. Sí, sí se puede hacer. Pues no sé, porque no me casé con Johanna, ella no es muy de matrimonio, pero Alex sí, es tradicional. No, mamá, no sabía que soy gay; de hecho, creo que no lo soy, solo que me he enamorado de Alexander. Pues a tus amigas les dices que yo no soy gay, pero que mi novio sí. No, mamá, no quiero ir a que me curen. No, no quiero que se me pase porque soy feliz. Ella no se va a suicidar, mamá, lo entiende todo y va a vivir con nosotros y con Maya y el bebé. Sí, somos muy modernos. Mamá, no digas eso, que vas a ser su suegra. Lo sé, lo sé, yo también te quiero.

Parece que alguien ha filtrado la bomba. Bueeeeno, ya no hay marcha atrás. No sé si hemos superado el último escollo. Por la cara pálida de Bruno parece más bien que se ha dado de bruces contra él. Le pido explicaciones, y niega con la cabeza como diciendo «Déjalo, no tiene importancia». Lindbergh le pasa el brazo por el hombro, pero cuando levanta la cabeza y ve que los demás le están observando se agobia, deshace el abrazo y solo le da unas palmadas torpes en la espalda.

Volvemos al helicóptero. La mosca sugiere a Milwaukee que es mejor que vuelva al foro y que localice a Müller, cree que es mucho mejor que hable con él en persona. Milwaukee no está de acuerdo, prefiere tantear a Verner por teléfono y ver cómo respira. Me asombra ver que *The fly* se toma perfectamente bien que su subordinado le corrija: en el fondo debe de ser así, Milwaukee es quien lleva la negociación, es él el que tiene que tomar sus propias decisiones para que salga todo bien.

Nos volvemos a sentar en los asientos, nos abrochamos los cinturones, nos colocamos los auriculares y el helicóptero despega hacia Zúrich. Bruno y Lindbergh parecen ensimismados cada uno revisando sus asistentes electrónicos. Miro por la ventanilla y me pierdo en parajes nevados. Este va a ser un día largo.

Cuando vuelvo la vista a la cabina tengo sus preciosos ojos color índigo clavados en mí, esos ojos de sensual tristeza. Oh, Alex, Alex. Mi Radiohead se activa poniendo banda sonora al paisaje.

*Alex has blue eyes,
Well who cares? No I don't
If somebody somewhere cries
Well who cares? No you don't
And Alex has a band
So who cares about war?
If somebody somewhere dies
Well who cares? No you don't
Alex has black hair
And who cares? Well I do
You've got a lovely smile
I could spend a while with that smile
And Alex has a boyfriend
Oh well, I'm in hell
I'll sing you a song
Would you listen to a lover's song?
Would you hold my hand?
I'm as cold as the snow
If you said let's go
I would follow
Could we fall in love?
Well who cares about love
Could we run away?*

Capítulo 11

Buster & Co. La génesis

ZÚRICH

24 DE ENERO

*M*i abogado, mi novio postizo, Adrian Frey, nombre en clave Milwaukee, es la persona más capaz y resuelta que he conocido nunca. Como colaborador es inestimable, como persona, una vez te abre la puerta de su corazoncito suizo, te sientes como en casa. Puede que me equivoque, nunca se sabe, pero creo que, como dice Alex, es de absoluta confianza, y no solo porque le pagan muy bien: prácticamente no tiene vida privada, y eso no hay dinero que lo pueda compensar. Tiene la particularidad de que parece que nunca te juzga, podría ser postura, los nórdicos son un poco fríos, pero creo que nos considera su familia, sus amigos, aunque no pueda bajar la guardia y siempre tenga esa fachada de prudencia eficiente.

Ayer tarde se me acercó; me dijo que quería invitarme a un té en la cafetería del hotel y me pidió que le explicara mi proyecto. *Grosso modo*, le conté todo lo que había hablado con los demás, y también hice hincapié en que los chicos creían que su supervisión era importante. Supuse que era Lindbergh quien le había enviado, pero, al parecer, era iniciativa propia.

Frey es nacido en Zúrich y en su ciudad se mueve como pez en el agua; no hay contacto que él no pueda mover de una forma u otra. Me dijo que tenía una idea, pero que debía consultarla primero con La mosca y hacer unas cuantas llamadas antes de poder asegurarme que era posible. Me tenía en ascuas, así que hice ostentación de todos mis recursos, es decir, apelé a mi embarazo, me hice el Bambi triste de ojos grandes, el unicornio feliz y finalmente conseguí que me explicara lo que tenía en mente.

Quería llamar a un notario para fraguar el nacimiento de la ONG Buster & Co, y ahora viene la parte que más me gusta: con un capital inicial de diez millones de euros, donación de la familia Müller. Los papeles se firmarían en el mismo banco y se crearía una nueva cuenta para Buster en la que él sería el administrador y yo la socia mayoritaria. De momento Lindbergh y Bruno no aparecerían por ninguna parte para no levantar sospechas. Le daríamos la cinta a Müller, la copia, se entiende, a cambio de una contribución legal a nuestra causa, que, paradójicamente, no es otra que desenmascarar y llevar a la justicia a hijos de puta como él.

Si Kansas no me llega a dar un par de caladas de un porro que me he dado cuenta de que tenía y que le he obligado a compartir, porque el bolsillo de su chaqueta olía a marihuana que apestaba, escondidos los dos en el lavabo de su habitación, seguro que no habría dormido esa noche, tal era mi excitación.

Por suerte los acontecimientos se precipitan a tal velocidad que no da mucho tiempo a pensar, y yo me vuelvo a encontrar en la misma limusina que hace un par de días, lista para volver al banco, esta vez con Milwaukee y un notario. Lo más surrealista de todo es que el notario es amigo de la infancia de Milwaukee y ha accedido a llevar una cámara en todo momento. No nos hemos

atrevido a ponerle un pinganillo: darle órdenes remotas a un notario parece amoral, aunque sea por una buena causa. También sé de buena tinta que Milwaukee ha movido hilos en la Interpol y que ha presentado un *briefing* elaborado por Cooper para que estén sobre el caso especialmente cuando vayamos a la cacería, lo que es de agradecer, porque las autoridades suizas no han sido tan eficaces como cabría esperar.

Nosotros somos tres, pero tendremos a todo el equipo dándonos cobertura. No se puede entrar con armas en un banco, así que hasta que salgamos no corremos riesgo. Me he metido el espray de pimienta en el bolsillo del abrigo; el bote es tan pequeño que parece uno de esos vaporizadores de menta que se usan para refrescar el aliento. Si me lo encuentran y no cuela, lo tiraré con naturalidad a una papelera alegando que siempre lo llevo porque una vez me atacaron para intentar violarme, eso acallará suspicacias. Sé que debería consultárselo a La mosca, por supuesto, pero tengo claro que me dirá que no lo lleve, así que prefiero arriesgarme.

El notario amigo de Milwaukee —debo recordar llamarle Adrian Frey en todo momento: llamarle por su nombre clave sería una metedura de pata— se llama Otto Pinatelli; es un suizo de origen italiano y es de la misma edad de Frey, unos treinta y ocho. Lo último que dirías al conocerlo es que se dedica a la notaría; parece más bien un *playboy*, sobre todo porque tiene esa forma de vestir tan milanesa, con zapatos de cordones y capa en vez de abrigo y sombrero. Cuando le he preguntado a Frey por qué no había yo conocido al señor Pinatelli antes —ha habido varias ocasiones con todo el tema del testamento y el hotel en que podríamos haber utilizado sus servicios—, me ha contestado muy críptico que solo tira de Otto para asuntos especiales. He imaginado que se refiere a asuntos de Cooper, asuntos que están, a veces, como mínimo al borde de la legalidad.

Pinatelli, el notario que no parece notario, según él mismo, se desplaza para firmar un documento en su *jet* privado mientras degusta unas ostras y un buen champán. Por las anécdotas que me ha explicado esta mañana, disfruta dando fe de los asuntos más estrafalarios y en los lugares más inverosímiles. Menudo tipo peligroso el Pinatelli este, que te desnuda con la mirada y te tira los trastos delante de quien sea, al más puro estilo italiano. Lindbergh le odia a muerte, a Bruno le hace muchísima gracia.

Yo creo que es divertido; se lo toma todo a pitorreo, aunque espero que no haga lo mismo en el banco. Justo cuando salíamos de la limusina en dirección al ascensor, mientras Lindbergh me abrazaba de forma más bien profesional, le hemos oído decirle en alemán a Frey:

—A esta me la quiero follar.

Frey ha abierto mucho los ojos y en vez de decir que soy la novia del jefe, dado que este ha salido en público del armario, le ha dicho:

—Está embarazada.

Y el otro le ha contestado:

—Da igual, no tengo manías.

De esta última parte me he enterado más por su lenguaje corporal que por sus palabras. He notado cómo Lindbergh apretaba los puños, un poco fuera de sí, y le he acariciado la mano con una sonrisa. Me halaga que se ponga celoso, aunque preferiría que fuese solo un poquito.

Salimos del ascensor y caminamos muy juntos hasta la puerta del banco cruzando la calle algo temerariamente, con el semáforo en rojo. Llevo una cámara en el botón del abrigo y otra en el traje por si me quito el abrigo. Por suerte, todos estos mecanismos estaban ya instalados desde la «operación Peluquitas». Lo único que me molesta es llevar un bolso tan grande prácticamente vacío: he tenido que meter el iPad para rellenar y que haga un poco de bulto.

Verner y sus dos matones trajeados nos esperan en el *hall* del banco; uno de ellos lleva una cámara de vídeo VHS en la mano y yo, que debería alegrarme por este detalle, siento náuseas pensando que realmente son culpables. Me gustaría caparle aquí mismo, un corte limpio con uno de los cuchillos de Bruno o uno de los de Lindbergh, tanto da, y luego mandarle a la cárcel de por vida sin atributos sexuales para que no tenga otro remedio que ser la putita de alguien, o quizás de todos. No estaría mal como escarmiento a un nazi homófobo bien parecido como Verner.

Una señorita avisa al director, que sale caminando escandalosamente deprisa como hacen algunas personas cuando quieren ser muy eficientes y atentas. Es una actitud que personalmente no soporto, porque casualmente solo la veo ante personas acaudaladas. Al propio Lindbergh le tratan así constantemente, a mí no, porque los miro mal. Esta vez no va conmigo, sino con Müller: al ser su padre dueño de un banco, este chupatintas está que se deshace en halagos y atenciones.

Uno de los primeros imprevistos es que enseguida nos informan de que no podemos bajar todos juntos a la cámara donde está mi caja. De hecho, solo puedo bajar yo, pero como se trata del señor Verner Müller, harán una excepción que el director ha pedido personalmente por teléfono al director general del banco. Ha insistido no al director regional, sino al mismísimo director general, que además es amigo de Müller padre. A Lindbergh deben de estarle rechinando los dientes al otro lado del pinganillo; de hecho, creo que puedo oírle, pero seguramente son imaginaciones mías.

El segundo imprevisto es que me piden el abrigo a la primera de cambio, y tengo que sacar el spray de pimienta sin que se note y cambiarlo al pequeño bolsillo casi decorativo de mi traje de chaqueta. Para disimular, hago ver que me pulverizo la boca con coquetería, rezando para no apretar fuerte y tragarme de verdad el producto. Sería el colmo: neutralizada por mí misma antes de empezar. Frey pone los ojos como platos; debe de pensar que estoy zumbada. Lindbergh sigue optando por el silencio, aunque yo sé que lo está viendo todo desde diferentes ángulos. Se me va a caer el pelo.

Por fortuna parece que todo el mundo está muy nervioso y que, a excepción de súper Frey, los demás no están tan atentos a los detalles. Concluimos que el señor Müller y yo bajaremos a la cámara, extraeremos el contenido de la caja, él lo comprobará y subiremos a firmar, mientras el notario y mi abogado y amante, el señor Frey, examinarán el papeleo tanto de la nueva sociedad como del banco. Los diez millones de euros están ya en manos del notario en un cheque conformado que se ingresará en la nueva cuenta con una comisión obscena, por supuesto. Ese dinero está a punto de pertenecer a Buster, y a mí me produce un estremecimiento y una satisfacción parecidos al orgasmo que me hace recapacitar enseguida y respirar hondo para no dejarme llevar por las emociones.

Bajamos en el ascensor que lleva a la cámara, nosotros dos y el director. Verner se empeña en cogerme del brazo, y su mero contacto me produce sarpullidos imaginarios. Me he apartado de él un poquito agachándome y pretendiendo ponerme bien la hebilla del zapato cuando Lindbergh aprovecha para comunicarse.

—I'm here baby. Don't let that fucker come close to you. (Estoy aquí, nena. No dejes que ese cabrón se te acerque).

Levanto el pulgar justo en el ángulo de la cámara de mi traje para que me vea bien y me incorporo de nuevo con una sonrisa, alegando que son zapatos nuevos y muy incómodos. El muy nazi me dice que mejor no me los ponga mañana, a modo de broma. Me río coqueta, pensando si los nazis contagian la rabia. Hay algo sucio en su mirada bajo esa capa de gentileza y caballerosidad, algo funestamente lascivo.

Ha iniciado una conversación trivial, y eso me pone en alerta, justo lo que advierte siempre Lindbergh: si se muestran muy joviales, cuidado, están intentando que te relajés. Müller me pregunta por mi apellido: quiere saber si es alemán, y yo le digo que sí, que mi abuelo era alemán pero que residió casi toda su vida en Londres. Apuesto a que ahora se muere de ganas por saber si soy judía, pero le aclaro que mi padre era inglés. Y él dice que se nota en mis rasgos, dice que soy de lo más aria y añade: «El tipo de mujer que a mí me gusta». Nos han jodido. El chupatintas del director del banco, para acabarlo de arreglar, comenta que está muy de acuerdo. Y yo pienso que, si siguen así, a La mosca se le van a hinchar y va entrar en el banco en plan comando de élite al rescate.

Llega la hora de la verdad. Müller y yo entramos en la cámara; inspiro y espiro en compases de cuatro intentando que no se note que trato de tranquilizarme. La caja está sobre la mesa, hay dos sillas dispuestas frente a ella. Müller deja el aparato de vídeo en la mesa y se sienta. Yo me quedo de pie, me saco del cuello el colgante-llave y me dispongo a abrirla. Para que no vea el número secreto, camino hacia el otro lado de la mesa rodeándola y giro la caja hacia mí, de manera que a él le sea imposible ver el código que marco.

—*Good girl. (Buena chica).* —Oigo a La mosca aprobar mi gesto. Marco el código, giro la llave y la abro. Para más verosimilitud me quedo unos segundos mirando el contenido de la caja, ya que se supone que es la primera vez que la veo. Reviso los dos pasaportes y entonces giro la caja hacia él para que la examine diciendo:

—*Not worth 10 million for me. (A mí no me parece que valga diez millones).*

—*Let me check the tape. (Déjeme comprobar la cinta).*

—*Be my guest. (Haga los honores).*

Me he fijado en que miraba los pasaportes con disgusto. Me quedo de pie donde estoy mientras él introduce la cinta y la rebobina hacia delante. De un solo vistazo de apenas unas décimas de segundo Müller observa por el visor, levanta la cabeza y ratifica su satisfacción.

—*This is the good one, and it is for sure worth 10 million for me. (Es la buena, y le aseguro que vale diez millones para mí).*

—*We have a deal then. (Entonces, tenemos un trato).*

—*Don't you have curiosity miss Mayer? (¿No tiene usted curiosidad, señorita Mayer?).*

—*Will you show me? (¿Me la enseñaría usted?).*

—*No.*

—*Well then, mister Müller, I happen to have no curiosity at all. (Bien, entonces, señor Müller, resulta que no tengo curiosidad alguna).*

Le estrecho la mano mostrando mi disposición al trato, me la coge y me la besa. Arrrgg. Y entonces pongo la mano boca arriba en señal de que es hora de que me devuelva la cinta, lo que hace a regañadientes, sacándola del aparato con total parsimonia. Vuelvo a cerrar la caja, me cuelgo la llave al cuello abriéndome el escote algo más de la cuenta sin querer y entonces ocurre lo que mi intuición me llevaba rato avisando. Se me acerca demasiado y me dice:

—*You are very attractive, but you have no luck: your man turns into a fag, you poor thing. (Eres muy atractiva, pero no tienes suerte: tu hombre se vuelve maricón, pobre cosilla mía).*

Mientras dice esto se me tira encima, me arrincona contra la pared y sigue con su acoso baboso.

—*I'm a very rich man, and you know, you can bet I can make you feel as a woman. I'll make you see the stars. (Soy un hombre muy rico, y, sabes, puedes apostar a que te puedo hacer sentir como una mujer. Voy a hacerte ver las estrellas).*

No me lo pienso dos veces: le empujo, saco el espray de pimienta y lo aguanto frente a sus ojos

como si fuera a rociarle.

—*This is a pepper spray. Do you want to see the stars now, sir? You'll be blind for a while. (Esto es un espray de pimienta. ¿Quiere usted ver las estrellas ahora, caballero? Estará ciego durante un rato).*

Se aparta de mí con una mueca sarcástica. Es un acosador de esos a los que les va que se les oponga cierta resistencia. Un cazador.

—*I'm only joking. (Solo estoy bromeando).*

—*Ohhh, I'm so sorry. I totally misunderstood your intentions, my apologies. I was attacked once, you know. Shall we go? (Ohh, lo siento muchísimo. Le he malinterpretado completamente, me disculpo. Es que fui atacada una vez, ¿sabe? ¿Nos vamos?)* —digo con una sonrisa, apretando el timbre que alertará al director del banco de que hemos terminado. Müller sale primero; oigo silbidos y aplausos por el pinganillo. Hago un gesto obsceno a la cámara para que lo vea todo el equipo y entonces oigo risas.

A Müller le ha parecido excitante verme desafiarle y apuntarle con el espray, la misma reacción tuvo cuando fui sarcástica con respecto a la homosexualidad de Lindbergh. A este hijo de puta le gusto, y pienso utilizarlo en su contra.

Así pues, cuando llego a la sala para firmar los papeles me pego mucho a él, me siento junto a él, halago sus manos acariciándolas levemente y comentando que no parecen manos de un cazador, sino de un violinista. A lo que me replica complacido y con una gran sonrisa seductora (arrggg) que toca el violín desde los tres años. Yo le pido que me haga una demostración al día siguiente y le pregunto tocándole el brazo, demostrando un velado interés en palpar la firmeza de sus bíceps. Oigo a Lindbergh carraspear. Le pregunto a Müller si tiene un violín en su finca de montaña. Me contesta que tiene un Stradivarius, cómo no.

Adrian decide que tiene que formar parte del melodrama que estoy representando. Me reprueba mi actitud pidiéndome en inglés que me concentre, si me es posible, y que deje de flirtear con todo el mundo, que es una costumbre muy vulgar y prosaica que tengo, más propia de una corista que de una dama. Ah, ja, ja. Casi suelto una carcajada de lo convincente que suena en su papel de novio cornudo. El que no se ha podido contener ha sido Lindbergh: he podido oír perfectamente a La mosca pronunciar un sonoro «*Jesus Christ*» censurando el dudoso jardín en el que nos estamos metiendo sin permiso.

No es para menos, aunque abrir todas las posibilidades de acercamiento a los Müller me parece *a priori* muy interesante, ya veremos más adelante para qué nos sirve. Me preocupa que tengan la tecnología o los contactos suficientes para comprobar si la cinta es el original o una copia, en este caso hecha por nosotros de forma casera, utilizando una cinta virgen antigua y trucando la fecha y hora para que se grabara con la de hace veinte años.

Por lo que sabemos de ellos, los Werewolf son una organización más cercana al estilo anarquista antisistema de manifestaciones y cócteles molotov que a la profesionalidad y los medios de Cooper. O eso nos gusta creer. De hecho, son cosas muy diferentes lo que viene siendo la cúpula del partido encabezado por padre e hijo, varios alcaldes del cantón grisón y algún abogado, todos pertenecientes a familias acaudaladas de larga tradición nazi, por decirlo sin rodeos, y sus bases, que son los típicos *skinheads*, la mayoría drogatas, incultos, trapicheros, con un largo historial delictivo pero de poca monta, capaces de entrar en Artistik, capaces de destripar a un gato pero seguramente no de hackear las comunicaciones de Cooper y desenmascarar nuestra identidad oculta. En fin, son la escoria del eficiente sistema de educación suizo.

Para ellos somos hoteleros, yo además uno fortuito y transitorio, un accidente provocado por

Pablo que están a punto de enmendar recuperando primero la cinta incriminatoria y luego el hotel. Tiene que haber un motivo importante por el que necesiten recuperar el hotel a toda costa, no es lógico que estén dispuestos a pagar la cifra que Lindbergh les ha pedido prácticamente sin negociar, a no ser que haya algo en el hotel que también sea imputable.

El informe policial dice que uno de los dos desaparecidos pakistaníes, uno de los dos que aparecen en la cinta, trabajaba en el hotel. Si tuviéramos más tiempo, me gustaría hablar con los familiares y amigos. Soy consciente de que han pasado veinte años, pero, aun así, estaría bien contactar con su familia. También me gustaría hablar con todos los que trabajaban en el hotel en esa época, contrastar informaciones, enterarme de si recuerdan movimientos sospechosos de sus jefes, si recuerdan que ese chico tuviera algún conflicto con su patrón. ¿Por qué le eligieron a él los Werewolf si Verner era el hijo del accionista mayoritario del hotel? ¿Eligieron a sus víctimas al azar solo para formar parte del macabro ritual de iniciación o tenían algo en contra de ellos? ¿Todos los iniciados cometían un acto tan cruel? Si fuese así, tendría que haber una legión de cadáveres: solo en la iniciación de Verner se quemó a tres personas. Debo dejar de pensar en todo esto, puedo sentir el odio crecer dentro de mí, y el odio no es más que la demencia del corazón, según Lord Byron; el problema es que esta gente rezuma odio, y es lo que transmiten y también lo que generan.

Absorta en mis pensamientos, hago lo que nunca se debe hacer y me consta que es un clásico: sentarse a firmar sin escuchar al notario. Por suerte Adrian sí está escuchando y repasando los documentos una y otra vez. Es de agradecer la eficiencia suiza en estos casos: han hecho una copia de todo en inglés para mí. Además, Adrian ha leído personalmente todo para que no haya erratas o divergencias en la traducción. Confieso que me sentiría perdida sin él, o sin Lindbergh con toda esta burocracia a mi alrededor. La burocracia es una barracuda a la que solemos tener pánico, pero en realidad es solo cuestión de ser metódico y de tener paciencia, precisamente dos virtudes que no me han sido concedidas.

Verner se muestra contento y amigable, un poco demasiado para mi gusto. Nos despedimos en el *hall* del banco; me da dos besos bastante húmedos y muy teatrales, como si estuviera besando a una virgen y me abraza estrujándome contra su pecho, aconsejándome que me vaya a dormir pronto, ya que las cacerías son duras y largas, y además se madruga mucho. Pongo mi sonrisa de idiota sexy y me recompensa con otro beso en la mejilla. Lo tengo en el bote. No quiero ni pensar exactamente qué le gustaría hacer conmigo. Aparto ese pensamiento en el acto para no dejar de sonreír y le agradezco el trato que me permitirá hacer mi sueño de la ONG una realidad. Vuelvo a poner mi sonrisa de idiota sexy, nos despedimos con un «*Ciao*» y Adrian y yo salimos del banco con Otto Pinatelli.

Aunque el día es plúmbeo y frío, me alegro de volver a ver el cielo y respirar aire fresco después de compartir oxígeno tanto rato con ese engendro. Frey, Pinatelli y yo volvemos al parking, donde puedo ver a Dallas disfrazado de repartidor de DHL, cerciorándose de que nadie nos sigue, alerta en todo momento y haciéndonos una señal imperceptible. Le pregunto a Frey cómo sabemos que el director no informará de que yo ya estuve en el banco hace unos días y abrí la caja, que conocía el contenido, y me contesta que *The fly*, mi mosquita muerta, ya se ha ocupado de eso y que el director del banco es ahora varios cientos de miles más rico que ayer. Entramos en el ascensor del hotel y nos dirigimos a la tercera planta.

Cuando se abren las puertas del ascensor me encuentro a Bruno y Alex esperando. Los miro a los dos; están muy serios, pero Bruno es siempre mi gran aliado y me guiña un ojo con una pequeña mueca que me da la confianza instantánea para encarar a Lindbergh.

—¿Qué?

—*You are so fucking supersonic, aren't you? (Eres tan jodidamente supersónica..., ¿o no?)*.

No sé qué manía tienen estos dos de preguntar si nunca me dejan contestar. Lindbergh me ha empujado contra la puerta del ascensor y, para escándalo de los presentes, sobre todo del señor Pinatelli, que no entiende nada, me ha metido la lengua hasta el esófago en un beso turbador. Me ha levantado la falda tubo para poder meter su rodilla entre mis piernas mientras me besa, hasta que Bruno le ha advertido de que ha perdido los papeles y se ha separado de mí, dejándome temblando y podría decir que muy excitada, pero lo dejaremos en cachonda, porque no me gustan las medias tintas.

Lindbergh ha replicado en español que no tiene por qué dar explicaciones a sus subordinados ni tampoco esconderse de nada. Está de muy mal humor. Pinatelli ha preguntado en alemán a Frey si el jefe es bisexual y el pobre Frey, que no da abasto con su cobertura de los asuntos amorosos de La mosca, le ha contestado que sí. ¿Qué otra cosa podía decir? Pinatelli le ha dicho que los bisexuales le dan asco, porque lo quieren todo. Parece que a él no le han dado la clase magistral básica que me dio a mí Alex desde un buen principio: nunca asumas que tus contrincantes no entienden tu idioma solo por el mero hecho de que se hagan traducir. La mayoría de europeos hablan más de un idioma, hoy en día muchos americanos también.

No sé qué me espera; volvemos a los Kloster esta misma tarde, me muero de hambre y percibo turbulencias a mi alrededor. Todo ha ido bastante bien en mi opinión, quizás de forma poco ortodoxa. Aún le doy vueltas a qué quiere decir que yo soy supersónica, pero se ha puesto celoso: no soporta que alguien que no sea Bruno se acerque a mí, me toque. Creo que hasta está celoso del pobre Adrian, aunque fue él quien le ordenó que me besara. Qué culpa tiene el pobre si lo hace bien y a mí se me notó en la cara, no soy de piedra.

Pinatelli se despide, y nos movilizamos en silencio. Lo que ha ocurrido tiene al equipo pensativo, o probablemente no quieren tentar a la suerte hasta que el jefe esté de mejor humor. Nos subimos a la limusina y Bruno me abraza, me achucha y me besa en la mejilla. Me dice al oído que soy su heroína supersónica, que deberían hacer un personaje de Marvel cómics basado en mí, que molo más que la Trinity de *Matrix* y que soy más sexy que Milla Jovovich en *Resident Evil*. Bruno es fan de Jovovich, sobre todo de la película de ciencia ficción *El quinto elemento*. Me hace sonreír mirando al suelo, e intento controlarme; me pone mucho que me diga esas cosas con voz sensual al oído. Miro a Lindbergh preocupada y lo veo sonreír disimulando; creo que se imagina que Bruno me dice guarradas, y le gustaría oírlo.

¡Ay, joder, los pinganillos! Lo ha oído todo el mundo, y antes de que diga de verdad una guarrada, me lo quito y entonces le digo:

—Ahora, cariño, cómeme la oreja.

Eso también arranca unas cuantas sonrisas. Se diría que las referencias filmicas de Bruno han ayudado a distender el ambiente y nos han recordado que no somos máquinas, sino un equipo de personas, bastante cohesionado, por cierto.

Capítulo 12

¿Quién teme al lobo?

ENGANDINA VALLEY, CERCA DE ST. MORITZ
25 DE ENERO

Son las seis de la mañana y hace un frío que te congela el alma. Voy a necesitar unos cuarenta cafés para entrar en calor y sentirme despejada. Adrian ha preparado mate, herencia de su estancia en Latinoamérica, y nos ha dado uno para compartir entre Bruno y yo mientras dura el trayecto, que no son más que veintiséis minutos. En helicóptero se puede calcular exactamente porque no se depende del tráfico, de los semáforos y ese tipo de inconvenientes, el único problema es el tiempo, y hoy no hay previsto ni demasiado viento ni tormenta alguna.

Me ha sorprendido gratamente el vestuario seleccionado para esta misión. Todos llevamos unas mallas y una camiseta de manga larga de lana merino, en color crudo, que calienta mucho pero no transpira, debajo del equipo de montaña. Esta mañana ha sido bastante cómico verlos a todos, cual rebaño de ovejas esquiladas marcando paquete. Directamente sobre la camiseta de merino todos llevamos un chaleco antibalas que no está de más en una cacería: uno de los grandes riesgos de este deporte es precisamente que algún tarugo te confunda con un cervatillo.

El resto del equipo es una mezcla entre ropa técnica parecida a la de *snowboard* y la de caza. Curiosamente llevamos un mono y un anorak de camuflaje, no con los clásicos colores verdes oscuros y marrones, sino más bien en colores claros, con fondo blanco y manchas grises, algunas marrones, incluso se aprecian algunas hojas, diseñados para pasar desapercibidos en la nieve. «*Winter camo*» se llaman. Y realmente parecemos un equipo de élite de la *Tormenta del desierto* en versión alpina. Hemos acordado que yo no llevaré rifle ni dispararé a bicho alguno.

El gran acierto, y confieso que era una de mis preocupaciones, son las botas, son blancas, también de material técnico impermeable, muy calentitas por dentro, parecidas a los descansos, con el *grip* necesario para la montaña, y son más flexibles de lo que cabría esperar.

Bruno me ha confesado que no sabe si soportará la masacre que ha imaginado que se le viene encima. Me ha recordado su famoso episodio de infancia en que estando de visita en casa de un amigo de su padre este le dio una escopeta de balines y se fue con los otros niños. Apuntó a un pájaro y disparó; para el Bruno niño el resultado no estaba previsto, ya que al caer el pájaro y darse cuenta de que lo había matado, tiró el arma y corrió desconsolado a llorar a las faldas de su madre. Me han contado que fue un pequeño trauma, así que probablemente Phoenix dispare precisamente a no dar, a espantar las presas.

Estamos todos preparados para pasar frío, excepto Kansas y Memphis, que se quedarán en casa calentitos ocupándose del satélite, de las comunicaciones y del dron, que, aunque se controla desde más cerca, concretamente desde una Van situada a las afueras de la finca, no tiene tanta autonomía. Hay ciertos ajustes que se hacen por ordenador que solo puede hacer Memphis,

nuestro experto y responsable de las modificaciones que harían las delicias de la compañía Apple.

Despegamos con las primeras luces del alba; de hecho, despegamos de noche, y no es lo mismo hacerlo en una ciudad, ese suele ser un espectáculo sobrecogedor de luminiscencia nocturna. Cuando lo haces desde un paraje de montaña es diferente, da un poco de vértigo, aunque el sol se levanta muy rápido y enseguida se me pasa un principio de náusea que muy probablemente no sean más que nervios. Hay que ver qué rápido se acostumbra uno a desplazarse en helicóptero... Qué lejos me quedan ahora la moto y el metro cuando en realidad han sido parte de mi vida siempre.

El ser humano se adapta particularmente bien a lo que le interesa: no hay más que ver a Bruno, un camarada más entre los muchachotes. Ni aunque me pasara el resto de mi vida tomando anabolizantes conseguiría la intimidad y confianza que le demuestran los demás. Solo puedo aspirar a tener momentos Trinity o *Resident Evil* y que me los reconozcan puntualmente. El resto del tiempo soy la novia del jefe, sí, la que tiene marido, bueno, que igual también el marido es el novio del jefe.

Cooper ha vuelto a dividirse en dos mitades. The fly, Milwaukee, Phoenix y yo, Georgia, vamos a la cacería. Y diseminados por el bosque estarán las tres D: Denver, Dallas y Detroit. Por otro lado, Cleveland y sus tres secuaces, de cuyos nombres no quiero acordarme, más que nada porque resulta todo bastante lioso. Aunque estoy segura de que hay un afroamericano que se llama New Orleans, lo sé porque a veces, en *petit comité*, le llaman Betty. Betty es un tío grande capaz de desactivar cualquier artefacto; según me han contado los chicos, era un Navy Seal, sufre de estrés postraumático y le faltan tres dedos. Le llaman así porque es lo que grita cuando tiene pesadillas. «Betty, Bettyyyy».

The fly quiere un pequeño equipo con el dron en la Van para que nos ayude a localizar las posiciones de los otros cazadores. También me ha encomendado a mí, dado que me he vuelto tan sobona, según él, el colocar localizadores en la ropa de Verner y en la de su padre, Hans. Intentaremos hacer lo mismo con los otros cazadores si tenemos oportunidad.

En nuestros Apple Watches podremos ver si se nos acerca cualquiera que lleve uno. Le he dicho a Memphis que la aplicación, que ha diseñado con una bolita que se te acerca y unas rayas y columnas que indican la distancia a la que se encuentran las personas que llevan el localizador, se parece mucho a la del Packman, y se ha partido de risa; dice que lo ha hecho expresamente.

Sobrevolamos el helipuerto iluminado de los Müller, que es muy grande; hay incluso un hangar con dos avionetas, y puedo ver a gente esperándonos dentro. También veo la casa, que está bastante lejos; ir hasta allí a pie va a ser una buena caminata. Me fijo en que hay varias motos de nieve aparcadas frente al hangar, y supongo que van a llevarnos con ellas hasta la casa. Creo que será un buen momento para intentar colocar localizadores, y eso es exactamente lo que nos comenta La mosca por el pinganillo: que aprovechemos para ponerles las pegatinas.

Noto la adrenalina en una bocanada de náuseas; quizá sean náuseas aderezadas con adrenalina. La cuestión es que estoy cardíaca y con ganas de vomitar. Bajamos del helicóptero, y el ruido es ensordecedor, porque las hélices no han dejado de rotar. Nadie me había avisado de que nuestro piloto se va y que nos recogerá por la tarde. Tengo un momento de pánico en que me volvería a casa con la chimenea, pero enseguida me recompongo pensando que tenemos todo un equipo diseminado por la zona, verdaderos profesionales. Me alegro de tener a Betty y a Cleveland, nuestro Gollum particular.

Dos de los matones que estaban en el banco nos reciben, y hay un tercero que no conozco, aunque recuerdo su cara de los informes. Nos saludamos con un apretón de manos. Por la

conversación con Adrian nos enteramos de que los demás están desayunando y que nos esperan. Subimos en las motos por parejas, yo voy con Adrian. Nos han dicho que la nieve llega hasta un punto y luego hay una pequeña carretera asfaltada que lleva hasta la casa, que ha sido despejada de hielo. Tenemos que dejar las motos al llegar a la carretera y seguir a pie, es apenas un kilómetro.

Me empiezo a dar cuenta de la jornada que tengo por delante y me arrepiento de no haber practicado tanto yoga últimamente, como hace Lindbergh cada madrugada, e incluso me reprocho el no haber seguido corriendo como hacía por las mañanas cuando iba al parque del Putxet. Luego me perdono a mí misma, porque le estoy cogiendo afición y lo hago muy a menudo últimamente, y así me absuelvo de mis pecados, y me recuerdo a mí misma que estoy embarazada y me tomo las cosas con calma.

Aunque hoy no hay espacio zen que valga, hay que estar alerta y encontrar algo que nos ayude a quitarnos a esta gentuza de encima para siempre. A eso hemos venido, si no, de qué iba yo a madrugar para pasar frío entre nazis babosos. Abrazada a Milwaukee, rebotando en el asiento a una velocidad endiablada, eso es exactamente lo primero que veo al llegar a la carretera, un nazi baboso: Verner Müller y su falsa sonrisa educada dándonos la bienvenida.

Respiro hondo y sonrío con una imbecilidad digna de ser retratada, consciente de que a Verner le gustan las corderas con un poco de chispa. Cuando bajo de la moto, le saludo con dos besos y un abrazo y le pregunto si me ha echado de menos. Misión cumplida: Verner lleva un localizador y no en la chaqueta exterior, sino que se lo he colocado en el cuello alto, justo debajo del pliegue. La mosca se ha dado cuenta y Milwaukee también, Verner no. Me gano un guiño de ojo con sonrisa y un «*Much better than Trinity (Mucho mejor que Trinity)*», muy bajito, pero perfectamente audible. Y de repente estoy eufórica por mi hazaña. Calma, Matahari, me digo a mí misma, no metas ahora la pata, nada de hacerse un esguince antes de empezar.

Caminamos en grupo hasta la casa. Verner conversa cortésmente con Lindbergh, Bruno siempre junto a él en silencio, yo siempre junto a Adrian, prácticamente sacando ya el hígado por la boca. Estoy hecha un asco y además tengo pipi.

La casa es muy grande, pero menos de lo que parecía desde el aire. Es toda de ladrillo y por fuera no tiene el aspecto nórdico o alpino que había imaginado. En el recibidor, un gran vestíbulo conectado con el salón, nuestros acompañantes nos piden los anoraks, y todos dejan sus rifles de caza en una especie de estante claramente diseñado para ese menester, un armario de armas.

El vestíbulo está frío, aunque desde el gran salón emana un calor con olor a leña y a comida que invita a entrar y sentarse junto al fuego. La chimenea central domina la estancia y, como en nuestro refugio, no está completamente pegada a la pared, sino que puedes rodearla, y también está flanqueada por cuatro columnas de piedra. Reconozco a Hans Verner a primera vista. Curiosamente, se parece mucho más a esas fotos que vimos de cuando le detuvieron con apenas diez años al final de la guerra que a las recientes. Es como si a medida que se hace más viejo se mimetizara con el que fue en su infancia. Está terriblemente delgado, las cuencas de los ojos hundidas, pero lo que más sorprende es su forma de moverse llena de vitalidad, lo que no está nada mal para ochenta y un años. Me ha ignorado expresamente, y como se supone que no le conozco de nada, me quedo junto a Verner y Adrian admirando el salón, completamente compungida viendo tanto despliegue de taxidermia y cornamenta a mi alrededor.

Hay en la sala muchos más animales muertos que personas vivas. Zorros, ciervos, marmotas, unos pájaros enormes, hasta un oso. Aunque los hay también vivos: un grifón altísimo con unos ojos de bonachón de esos que se reconocen a la primera, ya sea en animales domésticos o en

personas, se me acerca para que le acaricie. Hay otros dos perros junto a la chimenea, pero solo el grifón se interesa por mí. Lo saludo y le hago todo tipo de carantoñas, es una monada. Verner nos presenta a su padre, y todos desfilamos para estrecharle la mano como si estuviéramos ante algún tipo de autoridad. El perro se mantiene junto a mí en todo momento.

En un inglés con fuerte acento germánico y con una voz sorprendentemente barítona para un cuerpo tan enclenque, Hans Müller me ofrece lo que debe de ser un piropo germánico. Me dice que parece que le gusta tanto a su hijo como a su perro, que supone que debe de haber algo especial en mí. Sonríe con carita dulce y me pide que por favor coma algo, que me ve muy delgada. Este no debe de mirarse al espejo con frecuencia. Lleva en el cinturón un llavero superpoblado, tipo ama de llaves del averno, que tiene todo el aspecto de pesar más que él. El mono de caza lo lleva sobre un cuello alto que le marca tanto las costillas que recuerda a una mantis religiosa, es todo cabeza. Sin embargo, cuando se acerca al gran bufé, el abuelo come como un caballo, uno en celo.

Veo a Bruno servirse alegremente, probando salchichas y gesticulando sonoramente para demostrar su satisfacción ante sus anfitriones. Lindbergh solo toma yogur con confitura, muy al nuevo estilo mariposón que se le ha adjudicado recientemente. Y yo, que tengo serias dificultades para concentrarme entre tanto bicho muerto —los hay por todas partes—, descubro con cierta desazón que tengo mucha hambre y que todo está muy rico.

Me preparo una rebanada de pan con un queso fresco espectacular y me veo a mí misma señalándoselo a Bruno para que no se lo pierda. El perro sigue a mi lado en todo momento. Los demás cazadores parecen disfrutar comiendo junto a la chimenea; se diría que cuentan anécdotas, porque ríen sonoramente. A mí me miran de reojo; igual se ríen de nosotros. Solo Adrian los entiende, aunque parece ignorarlos: está junto a Verner discutiendo pormenores del convenio de trabajadores del hotel. El café está asombrosamente bueno para ser de tipo americano, y me recuerda al café de olla mexicano, aunque creo que le han añadido canela o alguna otra especie, o quizás un licor, por eso dan ganas de repetir.

Si ya tenía que ir al baño, ahora el problema es acuciante. Le pido a Verner que me oriente y me dice que suba a la planta superior, que sus amigotes han estado entrando y saliendo del de abajo toda la mañana y cree que estaré más cómoda arriba. Le pregunto si hay mujeres en la casa, alguna señora Müller; mi curiosidad está más orientada a poder sonsacar información a alguien. A Verner le halaga mucho la pregunta y me da detalles que no he pedido: hasta el servicio es masculino en esta casa, dice. Eso no me da muchas opciones, o debería decir que reduce mis opciones a fisgar aprovechando que subo arriba. El perro me sigue. Como nadie me ha especificado dónde está el baño, me viene bien como excusa para abrir cada puerta que me encuentre. La primera y la segunda son dormitorios, la tercera, ay, joder, la tercera es un maldito museo nazi.

Está en penumbra, con las cortinas corridas, pero, aun así, el conjunto es impactante. Por todas partes hay banderas, esvásticas, retratos del *führer*, de Eichman, de Goebbels; hay armas antiguas, una copia labrada del *Mein Kampf*, el águila de las SS y un fuerte olor a formol que amenaza con tumbarme en cualquier momento. Veo fotos de Hans de niño en las juventudes hitlerianas, él junto a su verdadero padre; todas esas fotos estaban en el informe. El perro me hace dar un respingo, está pegado a mí, qué susto.

Me fijo en las estanterías, en una serie de botes caseros bastante pequeños con algo dentro. Cuando me acerco, huele más a formol si cabe, y entonces los veo; son dedos, algunos de ellos incluso con anillo y todo, y tienen una etiqueta, pero solo hay una fecha; algunos son de la guerra, otros más recientes. Veo un bote fechado en 1995 y mi conciencia me alerta del error que estoy a

punto de cometer. Es inútil consultar con el jefe: me dirá que me aparte, así que tomo mi propia decisión y me meto el bote en el bolsillo y distribuyo de nuevo la distancia entre los demás para que no se note que hay un hueco.

Mi teléfono suena. Jesús, casi me meo encima.

—Sí.

—Mami.

—Hola, pescadito. ¿Cómo estás?

—Bien, pero en el colegio ha pasado una cosa.

—¿Qué cosa?

—Dicen que he matado a los peces de la directora.

—Ah, vaya, ¿y por qué lo dicen?

—A ver, la estaba limpiando, la pecera, ¿no?, por fuera, y entonces me dijo «Échales el resto del bote». Y eso hice, pero ella se refería al bote de comida, y no al limpiacristales... Fue todo muy rápido...

Intento no reírme, sentada en el sofá, justo cuando el perro me alerta de que viene alguien. Hans entra en la sala muy molesto.

—*Oh, mister Müller, sorry I entered this room, but you see is the only one with telephone coverage. I'm talking to my daughter. (Oh, señor Müller, siento haber entrado en esta habitación, pero es la única con cobertura. Estoy hablando con mi hija).*

—*Are you sure? (¿Está segura?).*

—*Of course (Por supuesto)* —digo, y le paso el teléfono diciéndole antes a Maya que no se preocupe, que su padre y yo compraremos nuevos peces a la directora, que yo misma la llamaré mañana, y me despido pidiéndole que salude a un amigo que habla en inglés. Le paso el teléfono a Müller.

—*Hello. What's your name, dear? Aha, how old are you? Aha.*

Me devuelve el teléfono con una sonrisa y me despido de Maya brevemente. Mientras guardo el teléfono pienso que he tenido mucha suerte, esa llamada ha sido mi coartada. Ahora he de hacer como si no me hubiera dado cuenta de dónde estoy; por suerte, las cortinas están corridas y hay poca luz.

Levanto la cabeza y miro a mi alrededor muy sorprendida.

—*What's this room? (¿Qué es esta habitación?).*

—*Oh nothing, nothing, just a few souvenirs from the past. I collect things from World War II. I thought it was closed. Shall we go? (Oh, nada, nada, solo unos souvenirs del pasado. Colecciono cosas de la Segunda Guerra Mundial. Pensaba que estaba cerrado. ¿Nos vamos?).*

Le sigo y le veo cerrar la puerta con su pesado llavero. Le esperamos, el perro y yo.

—*Ohhh, so does mister Lindbergh, especially from his father... (Ohhh, eso mismo hace el señor Lindbergh, especialmente de su padre...).*

—*Oh yes, you know, mister Lindbergh's father was a great fan of the German army. (Oh, sí, ¿sabe?, el padre del señor Lindbergh era un gran admirador del ejército alemán).*

—*Had no idea. Is the dog a Grifon? (No tenía ni idea. ¿El perro es un grifón?).*

—*Yes, she is a good hunter. (Si, y es muy buena cazando).*

—*What's her name? (¿Como se llama?).*

—*Marlene.*

—*She's a doll. (Es una muñeca)* —digo bajando las escaleras trotando junto a la perra cuyo nombre debe de ser en honor a Marlene Dietrich, supongo. Cuando llego abajo me doy cuenta de

que nada de lo que haga puede pasar desapercibido para el gran jefe; por su manera de mirarme se diría que no solo lo ha oído todo, sino que probablemente ya tiene las imágenes de mi pequeño hurto en su móvil. Se me olvida constantemente que llevo una cámara. Lindbergh tiene un enfado de dimensión sideral.

—*Miss Mayer, may I have a word with you? (Señorita Mayer, ¿puedo hablar contigo?).*

La tensión educada no augura nada bueno, pero al menos ayuda a cimentar esa coartada de tirantez entre los dos socios. Me acerco a él y me aparta hacia un rincón resguardado de oídos afilados.

—*What the fuck do you think you're doing? (¿Qué coño crees que estás haciendo?).*

—Conseguir pruebas. ¿Has visto imágenes?

—Sí.

—Que miren si Fricka o alguno de los dos pakistaníes llevaban ese anillo.

—Tú quita esa cosa de bolsillo, *give it to Adrian...* (dáselo a Adrian).

—Ahora no es buena idea.

—*We go out now, give it to him. (Ahora salimos, dáselo).*

—Vaaale.

—Pobre peces, todos muertos... —me dice sonriendo. Bruno se nos une y contesta por mí:

—Una verdadera masacre...

Nos preparamos para salir; todos se ponen las chaquetas y se ajustan las botas y las gorras. La mosca aprovecha para distribuir nuevas órdenes precisas, muy bajito; se ha puesto a mirar el paisaje por una de las ventanas para que nadie le vea mover los labios.

—*Memphis, Kansas, check the tape. (Memphis, Kansas, comprobad la cinta).*

—*On it, sir. (Estamos en ello, señor).*

—*Cleveland.*

—*Listening, sir. (Estoy escuchando, señor).*

—*Want you to send someone to meet Milwaukee on the woods and get the finger. Take a sample and send it to the lab, we want to know the ethnic..., we need the finger upstairs back in the room again. (Quiero que mandes a alguien a encontrarse con Milwaukee en el bosque y coger el dedo. Toma una muestra y mándala al laboratorio, queremos saber la etnia..., necesitamos el dedo de vuelta en la habitación).*

—*Ok, sir, I'll send New Orleans. (De acuerdo, señor, enviaré a New Orleans).*

—*Memphis, do we have relatives? (Memphis, ¿tenemos familiares?).*

—*Yes, we have contacted. (Si, hemos contactado).*

—*We need a DNA test from each. (Necesitamos un test de ADN de cada uno).*

—*Right away, sir. (Enseguida, señor).*

Intervengo tapándome la boca al hablar mientras me agacho para poner bien la lengüeta de mi bota con otra mano:

—*Hans has locked the door, he carries the key in his belt. (Hans ha cerrado la puerta, lleva la llave en su cinturón).*

Interviene Milwaukee:

—*I can try to still his keys... (Puedo intentar robarle las llaves...).*

—*No, no, we'll keep the finger for the moment. (No, no, de momento nos quedaremos el dedo).*

Miro a Bruno para saber si nos ha entendido, y asiente con la cabeza. Salimos al exterior. Uno de los secuaces lleva tres o cuatro perros cogidos con correas en cada mano; debían de estar en

una cuadra o en algún sitio todos juntos, porque los cazadores se acercan y cogen cada uno el suyo. Los perros parecen muy nerviosos, supongo que es la excitación previa a la cacería.

Marlene, el grifón, sigue a mi lado, no se me despega. Hans la llama y ella no quiere ir, así que nos adjudican a ese perro a Milwaukee y a mí. Bruno y Alexander van con Verner, que lleva un sabueso que, por lo que dice, es una raza originaria del país. Son todos parecidos, todos con un aspecto realmente sano y vigoroso. Maya estaría encantada entre tanto perro. Sin embargo, de momento todos van atados, excepto Marlene.

Cuando iniciamos la marcha y nos adentramos en el bosque, daría lo que fuera por ser una de esas personas que se orientan bien; pese a haber estudiado los planos de la finca no tengo ni idea si vamos hacia el sur o el norte. Se lo pregunto a Milwaukee, y para que me oriente mejor me dice que vamos en dirección al búnker.

Me hubiera encantando poder echar un vistazo tanto al sótano como a la bodega de los Müller. Quizás a la vuelta pueda inventarme alguna excusa o perderme, a veces me pierdo...

Hace diez minutos que caminamos sobre la nieve con dificultad; hace frío, pero el sol calienta bastante y a ratos me sobra la mitad de la ropa. Mi necesidad de ir al baño se está agudizando, tanto que al final no tengo otro remedio que compartirlo con mis rudos acompañantes, muerta de vergüenza al ver su reacción. Creen que acabo de ir en la casa, así que están fastidiados; el hecho de que sea una mujer no ayuda, y que no pueda sacar el pajarito contra el tronco de un árbol, tampoco.

Milwaukee ve una oportunidad de alejarse del grupo justo a la altura del búnker y los anima a seguir; les promete reunirse en un rato, cuando acabe con mis cosas de mujeres. Me parece muy bien, pero pipí voy a tener que hacer igual. Me dice al oído que no me preocupe, que tendré tiempo porque vamos a extraviarnos. Miro a La mosca, que no ha dicho nada, y que asiente con la cabeza dándonos su permiso para perdernos.

Lo primero es lo primero. Busco una zona algo más frondosa, me quito el anorak, me bajo el mono, me bajo los *leggings*, me bajo las bragas y, aaaahhh, por fin, hago pis bajo la atenta mirada del perro, que de repente se revuelve nervioso. Ey, quién hay ahí.

—¿Adrian?

—*Sorry, Georgia. (Lo siento, Georgia).*

—*Joder... Nevermind. (No pasa nada).*

Es Betty, vaya susto me he dado. Cuando acabo de vestirme, los encuentro enfrascados en tomar una muestra de tejido del dedo del bote de formol. Prefiero no mirar lo que están haciendo con unas pinzas y unas tijeritas como de juguete y unos alicates muy pequeños y cortantes. Milwaukee le aguanta un tubo de ensayo para que deposite la muestra. Cuando terminan, Milwaukee pide directrices.

—*Memphis?*

—*About 80 feet to your left, you'll see a big rock, there's a cave. (A unos 25 metros a tu izquierda, encontrarás una gran roca, hay una cueva).*

—*Ok.*

—*New Orleans, stay. We are sending you The mosquito. (New Orleans, quédate. Te enviamos a El mosquito).*

—*Understood sir. (Entendido, señor).*

La mosca envía a El mosquito, que no es otra cosa que el dron. New Orleans va a quedarse con nosotros, y la muestra la pondremos en el pequeño trasto volador que la llevará hasta la Van,

donde alguien se encargará de que llegue al laboratorio más cercano. Es Memphis quien se comunica.

—*The finger is from the lady in the tape; same ring, no doubt. (El dedo es de la señora de las imágenes; es el mismo anillo, no hay duda).*

—*Good job, Memphis. (Buen trabajo, Memphis).*

Caminamos según directrices, abrimos la aplicación de Memphis en nuestros Apple Watches para estar alerta si se activa alguno de los localizadores. De momento avanzan todos en la misma dirección y se están alejando.

Nuestra referencia es una gran roca cercana al búnker. Hasta hace poco la ley suiza obligaba a los chalets a tener su búnker reglamentario completamente camuflado y que no pudiera ser distinguido a una distancia de 20 metros, así que la mayoría se funden con el paisaje de mil maneras ingeniosas.

—*New Orleans, The mosquito is reaching you. (Nueva Orleans, El mosquito está llegando).*

El pequeño dron se nos acerca silencioso y se posa en un claro a tan solo cuatro metros de distancia. Betty deposita el tubo de ensayo dentro de un compartimento del aparato que supongo que debe de servir para transportar cosas pequeñas. Hace una mueca en la cámara del dron que provoca una sonora carcajada a Kansas y Memphis. El dron se eleva y se va por donde ha venido. Esperemos que ninguno de los cazadores o guardas lo vea y le dispare.

Al llegar a la roca indicada nos escondemos para asegurarnos de que no hay nadie y observamos antes de acercarnos. Parece que tenemos compañía: hay una moto de trial aparcada y una caja de madera con tapa en el suelo. Efectivamente, de la cueva sale un chico con un anorak negro, tejanos y botas militares que lleva el pelo rapado al cero. Afortunadamente no nos ha visto, pero me preocupa que la perra nos delate, y me dedico a acariciarla y a prestarle atención para tenerla entretenida.

El chico saca de la caja tres conejos vivos; los lleva colgando por las orejas con una facilidad pasmosa y vuelve a meterse en la cueva. No parece ir armado, no sabemos si hay alguien más con él.

—*Sir, there's a brat entering the cave with three rabbits. (Señor, hay un mocoso entrando en la cueva con tres conejos).*

—*Milwaukee, go take a look; he might be alone. (Milwaukee, ve a echar un vistazo; puede que esté solo).*

—Voy con él.

—No, no vas.

—Alex, quiero ir.

—*No way, I won't tolerate. It is out of question. (De ninguna manera, no lo voy a tolerar. Está fuera de discusión).*

—Oye, cariño, será un momento. Tengo a Milwaukee y New Orleans conmigo. No me pasará nada, te lo prometo.

—*No is no in any language, Georgia. (No es no en cualquier lengua, Georgia).* Tú no cariño a mí...

—Haz ver que te has perdido —interviene Phoenix.

—Sí, sí, perdida, tonta, ingenua —digo. Se hace el silencio. Parece que Bruno y Lindbergh discuten la jugada por mimética o han hecho enmudecer su sistema de sonido, a mí nadie me ha explicado cómo se hace eso, y no tengo intimidad ni para las funciones fisiológicas más básicas.

—*There's no point on arguing with fools. (No tiene sentido discutir con idiotas).* Entra y sal.

Make it supersonic. Milwaukee I'll fry your balls if something happens to her. (Que sea supersónico. Milwaukee, te freiré los huevos si le pasa algo a ella).

—*Understood, sir. (Entendido, señor).*

Milwaukee y yo nos acercamos paseando. Betty nos cubre, escondido tras la gran roca. Entramos en la cueva, que es tan grande como un hangar; tanto las paredes como el techo del interior de la montaña están recubiertas de cemento armado, lo que le confiere un aspecto gris y desolador y le arrebató por completo la belleza natural a la cueva. Está iluminada por fluorescentes, hay bastante luz. La entrada al búnker está abierta: hay una puerta muy pesada con un grosor de medio metro, y luz en el interior. En un rincón nos llama la atención un rectángulo de unos 3 x 3 metros cubierto por una lona. Nos acercamos a mirar, y me ofende un olor muy fuerte, como a perro mojado, a suciedad, me recuerda a como olía el zoo cuando iba de visita con mi padre. En una esquina hay dos motos de trial más como la que hemos visto en la entrada.

Levantamos sigilosamente la lona, solo un poquito: hay dos lobos enjaulados devorando los conejos que les ha traído el chico. Prácticamente no han reparado en nosotros, solo uno de ellos nos ha gruñido y nos ha enseñado un poco los dientes; deben de estar muertos de hambre. Dejamos la lona como estaba y nos acercamos al búnker; yo me pongo delante para desempeñar mi papel de cazadora turista, inexperta y perdida.

Se oyen disparos. Contengo el aliento. Cooper se comunica.

—*The fly. The hunt is on. We're coming towards you. (Soy la mosca. La cacería ha empezado. Venimos hacia vosotros).*

Claro, la cacería. Por Dios. Una vez que cada cazador sigue su rastro, La mosca y Phoenix pueden volver a reagruparse con nosotros con la excusa de intentar encontrarnos.

Me acerco sigilosamente a la puerta del búnker; tengo a Milwaukee detrás en todo momento. Meto la cabeza para mirar; es un espacio de unos trescientos metros cuadrados con los techos no muy altos y con literas. Debe de haber capacidad para unas ocho o diez personas. Hay una zona de cocina, un lavabo con la puerta abierta y un retrete seco parecido a esos de los barcos o de los aviones. Hay también una lavadora y una secadora.

Me parece que no hay nadie dentro, así que camino hasta el fondo atraída por unos restos en la cocina. Se diría que el búnker está habitado por al menos dos personas. Hay ropa tirada sobre uno de los camastros. Intento hacerme una idea de lo que sería estar encerrada semanas en un sitio así, rodeada de capas de cemento, bajo tierra, sin ver la luz del sol o sentir el aire en la piel, iluminada por esa bombilla mortecina y lúgubre.

La luz se apaga y me giro sobresaltada. La puerta se cierra detrás de mí con un fuerte golpe. Noo, tiene que ser una broma.

Vamos a ver, ante todo mucha calma.

—¡Adriaaaaan! ¿Me oís, chicos? Holaaaa, ¿estoy encerrada? Alex, Bruno.

Calma, no debe de haber cobertura. Tengo que encontrar el móvil en la chaqueta, creo que lleva una luz como una linterna. Sin moverme de donde estoy, rebusco en todos los bolsillos, y lo encuentro en el pantalón. No hay cobertura. Siento un frío helado tras la nuca, hay corriente de aire. Eso es bueno. Tengo que llegar hasta la puerta; quizás solo se ha cerrado de golpe. No encuentro la linterna; sé que es un botón lateral, tiene que ser muy sencillo, pero me vence el nerviosismo. No puedo creer que me haya quedado encerrada. Tengo que llegar a la puerta.

Consigo activar la linterna y avanzo temblorosa hasta la entrada; acciono el picaporte que mueve el mecanismo de la puerta acorazada, parece que sí se abre. No, está bloqueada: algo impide que pueda abrir hacia adentro por mucha fuerza que haga.

Repaso la situación. Todo Cooper sabe dónde estoy, llevo un jodido localizador en las ruedas conectado a un satélite; en su día me enfadé mucho, pero ahora me alegro. Si les ha pasado algo a Milwaukee o a Betty, Dios no lo quiera, aún queda el resto del equipo. Van a sacarme de aquí, no falta oxígeno, estoy bien. Me vendría bien algo más de luz.

Repaso mentalmente todo lo que sé los de los búnkeres antinucleares; recuerdo haber leído algo en los informes de Cooper. Conozco la ley suiza que obliga a tener uno en cada casa y en cada edificio o bien pagar una cuota para tener plaza en uno comunitario. Querían abolir la ley: tras el desastre de Fukushima se refrendó, por lo tanto, todos los búnkeres, tanto privados como colectivos, están activos y sujetos a inspecciones.

Otra cosa que sé es que tienen grupos electrógenos por si falla la corriente eléctrica, provisiones, suficiente agua para meses y un sofisticado sistema de renovación y filtrado del aire, y hay también aire acondicionado. Pero lo más importante que sé es que suelen tener una salida de emergencia.

Por tanto, voy a respirar hondo, encontrar la luz o conectar los generadores e intentar salir de aquí. Todo ello sin caer presa del pánico y sobre todo sin tropezar. Tanteo las paredes en busca de un interruptor. Tengo que decidir entre quedarme tranquilita hasta que me rescaten, que sería lo más lógico, o intentar salir por mí misma. No tengo nada que perder, y me mantendrá entretenida.

Se hace la luz; gracias a Dios, encontré el interruptor. En el panel de la entrada hay una serie de pulsadores para oxígeno y aire acondicionado, y los activo todos, no vaya a ser que me quede sin aire. Una turbina se pone en marcha, eso me tranquiliza.

Ahora busquemos la salida de emergencia. No puedo creer que le haya pasado algo a Milwaukee teniendo a Betty cubriéndole. He llegado a apreciar mucho a Adrian después de haber recelado de él tanto tiempo; no quiero ni pensar que pudiéramos perderle. No he de pensar en eso, son gente entrenada.

Concéntrate. Como diría Lindbergh, «*Try to focus, baby*». Veamos, lo lógico sería pensar que la salida se encuentre en algún lugar del otro extremo de la estancia. Quizás también podría salir por el conducto del aire acondicionado. Estas fortalezas están pensadas para impedir la entrada de invasores, agentes tóxicos, radiación y qué sé yo, pero no tanto para evitar la salida de los que están en el interior. Son refugios y no un lugar de cautiverio.

Recorro todo el perímetro de la pared, de todas ellas, en busca de algo que parezca una salida. No podría haber sido más fácil: escrito en letras rojas sobre una puerta de tamaño hobbit, hay unas letras muy elocuentes que dicen: «*SORTIE D'URGENCE. FERMEZ EN CAS D'OCCUPATION*», y escrito irónicamente con rotulador negro grueso hay una frase que dice «*DE LA SUISSE*». He encontrado la salida. Ahora tengo que abrirla, no hay picaporte.

Dicen que en esta vida no hay nada fácil, que las apariencias engañan, pero estoy teniendo suerte: hay en la pared tras un cristal lo que parece una pieza de lego gigante de color rojo; por el tamaño y la forma se diría que es el picaporte. Rompo el cristal con un martillo que cuelga, colocado para esa función. Me aseguro de que no queden cristales antes de meter la mano, y la meto; ya tengo el picaporte.

Me cuesta mucho que dé el primer giro; va muy duro y yo no tengo mucha fuerza, pero tengo que conseguirlo. Vuelvo a colocar el picaporte buscando un ángulo donde poder hacer más fuerza y me apoyo con las dos manos sobre él, volcando todo el peso de mi cuerpo y haciendo palanca hasta que cede. El resto es más fácil: es una puerta hermética que parece llevar mucho tiempo cerrada y que además pesa una tonelada. Me cuesta un poco conseguir abrirla. Sentada en el suelo con las piernas apoyadas contra la pared, tiro de ella con todas mis fuerzas, hasta que finalmente se abre.

Un fuerte olor a humedad me golpea en la cara; hay un túnel oscuro iluminado solo por pequeñas luces de emergencia que desde mi posición parece muy largo, aunque puede que solo sea la perspectiva. Voy a tener que recorrerlo gateando, porque no es lo suficientemente alto para hacerlo de pie; quizás muy agachada, pero será aún más incómodo. Iré más rápido a gatas.

Me quito el anorak y me lo ato a la cintura; me tomo unos segundos meditando la posibilidad de que en cualquier momento entren a rescatarme. Todo Cooper sabe dónde estoy. Dudo entre entrar en el túnel o quedarme y prepararme un café.

La angustia de estar encerrada con un penetrante olor a cerrado y desinfectante es más fuerte que la angustia de entrar en el oscuro túnel recubierto de cemento. Finalmente me decido por la segunda opción. Pongo las manos en el suelo y entro a cuatro patas, entonces me paro y recuerdo que llevo unos guantes que me vendrán muy bien para gatear por el suelo, por lo que me los pongo y avanzo todo lo rápido que puedo, arrastrando el anorak, agradecida de llevar unas mallas bajo los pantalones acolchados que me proporcionan un apoyo mullido.

—¡Chicos, hola, ¿me oís?! —grito por si ya hay cobertura una vez fuera del búnker, pero estoy bajo tierra rodeada de cemento y probablemente el tubo por el que me arrastro esté revestido también de acero. No tengo comunicación con Cooper, y mi teléfono parece muerto.

Sigo adelante. La adrenalina me produce una sensación acre en la saliva, mi corazón bombea sangre de tal manera que noto las pulsaciones en las sienes, en las muñecas e incluso en las ingles. No quiero ni pensar qué ha podido haber pasado; empiezo a tener mucho frío, y el aire enrarecido de antes parece haberse oxigenado, aunque también me llega un olor ahumado, como a chamusquina. Creo que estoy llegando al final.

Y entonces el túnel se acaba abruptamente; no hay una salida propiamente dicha, sino que estoy en un agujero en la pared, en uno muy alto; habrá cinco metros hasta el suelo. El tubo en el que estoy conecta con otra cueva; hay un ventanuco con rejillas por el que entra algo de claridad, apenas se ve el interior.

Estudio la manera de bajar iluminando la pared con el móvil, y enseguida veo unos peldaños, unos simples hierros que entran en la pared a modo de escalera. Me descuelgo con cuidado: la caída podría ser grave, no es momento de romperse un tobillo.

Oigo interferencias, pero es solo ruido. Creo que recupero la conexión con Cooper. Llego al suelo y busco un interruptor; tiene que estar cerca de la puerta. Me guío por el móvil, enciendo la luz. El neón ilumina la cueva. Lo primero que veo es un incinerador muy grande con dos palas recostadas junto a la puerta, que está abierta, y no está funcionando. Recuerda a las calderas de las fundiciones de hierro y a los cuadros de Jurgén.

—Cooper, Alex, Bruno, ¿me oís? No os imagináis lo que acabo de encontrar.

—*Johanna, Johanna can you hear me? (Johanna, Johanna, ¿me escuchas?)*.

—Sí, te oigo, Alex.

—¿Estás bien?

—Sí, Bruno, estoy bien. Estoy al otro lado de la montaña, he salido por un túnel, he encontrado la caldera. ¿Y Milwaukee?

—Estoy aquí, vamos a por ti.

—*Don't move, baby, we've got you now. (No te muevas, nena, ya te tenemos)*.

Respiro aliviada, parece que todos están bien. Imagino que si hemos recuperado la señal también tienen imágenes.

—*Kansas, can you see what I'm seeing? (¿Kansas, puedes ver lo que yo veo?)*.

—*Yes we can. (Sí, podemos)*.

—Bien.

Observo cada centímetro de la puerta de salida esperando tener tanta suerte como antes; no es una puerta de seguridad, sino una de hierro común y corriente: tiene una cerradura y está cerrada, probablemente Müller lleve la llave colgada de su cinturón. Otra posibilidad es intentar salir por el ventanuco subiéndome a la caldera; no voy a hacerlo sola, prefiero que los chicos me localicen primero y me ayuden.

Me acerco al incinerador y lo rodeo, y me encuentro con dos cajones de madera muy grandes, uno de los cuales contiene carbón y madera, el otro contiene ropa usada y zapatos viejos. Y entonces noto una presencia tras los cajones, una respiración, un leve gruñido. Ay, joder, no estoy sola.

No sé si es humano o animal, pero hay algo ahí, no hay duda. Parece más asustado que yo, no se mueve. Siento una angustia amarga subirme por el esófago hasta la garganta, las piernas me tiemblan. Instintivamente rebusco en mi pantalón hasta encontrar el espray de pimienta. Susurro para que me oigan en Cooper, pero sin alarmar a quien sea que esté escondido ahí.

—No estoy sola aquí dentro.

—*Don't move, we're entering. (No te muevas, estamos entrando).*

Armada con el bote, me acerco al lugar de donde percibo la presencia, detrás de los arcones de madera, en la esquina. Camino con cautela hacia allí, me agacho pegándome al cajón, en cuclillas, lista para salir corriendo. Saco un poco la cabeza por la esquina. ¡Hostia! Un lobo escuálido y sarnoso me gruñe enseñándome todos los dientes. Oohhh.

Le rocío con el espray y aprieto a correr en dirección contraria mientras le oigo gemir y llorar como si fuera un cachorro que se ha lastimado una pata.

—Hay un lobo. Un puto lobo. Le he echado pimienta y ahora está cabreado.

—Te veo, estoy en la ventana. Súbete al incinerador, rápido.

Me subo a la caldera a pulso apoyando un pie en el interior, rezando para que sea lo suficientemente alta y el bicho no llegue a alcanzarme. Puedo ver a Bruno a contraluz, pero el lobo me ha seguido e intenta alcanzarme gruñendo y revolviéndose. Estoy paralizada por el miedo, soy consciente de ello, no lo tengo bien, le he pulverizado todo el espray y lo tengo encima.

¡Ay, coño, el táser! Lo llevo en un compartimento en la pierna, me había olvidado. Lo saco todo lo rápido que me permiten mis temblorosas manos y me acerco al borde del techo del incinerador. Lo siento por Rodríguez de la Fuente, pero si ese animal se me acerca más, lo frío.

—Daos prisa, esta bestia se me va a comer.

Los veo entrar, es demasiado tarde: el lobo se ha subido a uno de los arcones de madera y está a punto de saltar sobre mí. Veo a Milwaukee empuñar una pistola. El lobo se me abalanza gruñendo y yo acciono el botón acercándole el táser al hocico mientras me protejo la cara, y el chispazo me coge por sorpresa. ¡Aaaayyy! Consigo electrocutarlo y se revuelve sacudido por la descarga; entonces es cuando oigo un disparo. Gracias a Dios, el pobre animal cae tieso al suelo, muerto en el acto por un tiro limpio en la cabeza; el golpe retumba en la cueva.

¡Qué puntería la de Adrian! A punto ha estado de morderme. Creo que he vuelto a nacer y creo que a partir de ahora quiero llevar una pistola de verdad por si acaso.

Me ayudan a bajar. Bruno me abraza y me besa en la boca cogiéndome la cara con las dos manos y mirándome a los ojos sin poder articular palabra. No estoy para momentos románticos, todavía me tiemblan las piernas y sin embargo tengo una dosis doble, porque Lindbergh aparta a Bruno y hace lo mismo, empujarme contra la caldera y clavarme otro beso como el de Bruno que a

partir de ahora he bautizado como «morreo de resurrección», que es el que te dan cuando te quieren mucho y han temido por tu vida.

Hay que decir que vale la pena jugársela para una recompensa de este calibre, reconforta el alma al instante y te hace sentir única e importante, al menos como la Trinity de *Matrix*. También hay que decir que llevo un susto en el cuerpo del que me va a costar recuperarme. Me siento como si estuviera drogada y las circunstancias a mi alrededor distorsionadas; debe de ser la adrenalina, no soy partícipe del momento.

Ahora, por favor, que alguien me explique qué coño ha pasado. Milwaukee parece compungido, ha sido culpa suya, me dice que atacaron a New Orleans, Betty, que eran varios chicos y que fue ayudarle y uno de ellos bloqueó la puerta y soltó a los lobos. No fueron difíciles de reducir, los tienen en la otra cueva dentro de la jaula.

Necesito salir a la luz del día; he tenido suficientes túneles húmedos y búnkeres por hoy. Quiero irme a casa y darme un baño de agua caliente. Salgo la primera en busca de oxígeno y de luz solar. Milwaukee y Betty se quedan a recoger muestras de la caldera y a rebuscar por si encuentran algo más. Alex y Bruno salen conmigo; no pueden dejar de abrazarme y tocarme. Milwaukee llama a La mosca, que vuelve a entrar. Han encontrado algo.

—Has sido muy valiente, Jou. No sabes cómo me pone. De verdad que no sé que me pasa últimamente.

—A ti todo te pone cachondo.

—No es eso. No sé cómo explicarlo. Verás, yo siempre te he querido, desde el primer momento, eso ya lo sabes, pero, es que ahora, además, bueno, es que creo que me he vuelto a enamorar. Tengo las mariposas esas y solo pienso en desnudarte.

—Debe de ser el efecto Lindbergh, pero no sé si es necesario que se entere todo el mundo.

—Si te aprietas la oreja al hablar nadie te oye. Mira aquí —me dice señalándome esa especie de lengüeta que tenemos todos en la oreja, y me la aprieta consiguiendo tapan el orificio auditivo externo. Así es como lo hacen cuando quieren intimidad. Llevamos unos mecanismos indetectables muy sofisticados que funcionan incluso si hay inhibidores de frecuencia conectados; el micrófono también está en la oreja, en la otra: son tan pequeños que nos los quitan con unas pinzas imantadas creadas por Cooper.

Alex vuelve con los restos de un pasaporte quemado ya metidos en una bolsa de plástico de esas con autocierren arruinando el mometo «confidencias» de Bruno. Solo queda la mitad superior, y el nombre no es inteligible, pero sí lo es la numeración, será suficiente para saber de quién se trata. Cuando nos reagrupamos en el exterior de la cueva, nuestros Apple Watches nos alertan, y Memphis se comunica:

—*The hunters and the Müllers, their all coming your way. (Los cazadores y los Müller, todos vienen hacia vosotros).*

—*Received, thank you Memphis. (Recibido, gracias, Memphis).*

Nuestro mayor problema es que van a encontrar a los tres chiquillos que guardaban los lobos enjaulados. Probablemente viven en el búnker. Ya no podemos actuar como unos invitados despistados, no tenemos coartada, tenemos lo que hemos venido a buscar y quizás más: hemos encontrado la caldera, tenemos muestras y el dedo de Fikra Bekiri.

—*Send the chopper, we're out of here. What are my coordinates? (Envía el helicóptero, nos largamos. ¿Cuáles son mis coordenadas?).*

—*8 minutes. Finding a spot to land, sir. (8 minutos. Necesitamos un lugar para aterrizar, señor).*

—*Ok, send the chopper, got a situation here. (Ok, envía el helicóptero, tenemos un problema). ¿«A situation»?* Una situación negativa, un problema, suena muy peliculero, está claro lo que significa: que la cosa se pone fea. Oímos silbar las balas cerca: o nos han confundido con un venado o vienen a por nosotros. Milwaukee me da una pistola tipo revólver, una Sig Sauer de origen suizo, probablemente sea la suya. Mientras lo hace busca la aprobación de La mosca con la mirada. Bruno también está pendiente de su decisión, y finalmente Alex asiente con la cabeza.

Milwaukee me dice que tiene una capacidad de quince tiros de 9 mm y está cargada, lista para disparar. Me quedo congelada con eso en la mano. Pesa más de lo que habría imaginado y además está muy fría.

—Georgia, si tú poder con tásar y lobo, tú poder con pistola. *Everyone hide, quick. (Escondéos todos, rápido).*

—¿Van a cazarnos?

—No te preocupes, el helicóptero nos sacará de aquí —me dice Bruno. Capto su preocupación y la de Milwaukee. Esos tíos son expertos cazadores, llevan perros y rifles de largo alcance: si nos quedamos quietos estamos muertos. Una bala me silba al oído y estalla contra el tronco del árbol que tengo enfrente. Nos tienen en el punto de mira.

—*To the bikes, fast. (A las motos, rápido).*

—¿Qué hacemos?

—Las motos, las motos, Bruno, corre.

Corremos en dirección a la otra cueva, voy entre Lindbergh y Bruno. Milwaukee y Betty disparan a discreción, esto no puede acabar bien. Mientras corremos oigo a La mosca cambiar las instrucciones: le pide a Cleveland que nos recojan en la carretera junto a la casa. Dios mío, un disparo le alcanza y cae. Nos arrodillamos junto a él.

—¿Estás bien?

—*The fly is down. (La mosca ha caído).*

—Sí, llevo chaleco. *Cooper, I'm fine. (Cooper, estoy bien).*

—*Roger, sir, be careful. (Entendido, señor, vaya con cuidado).*

—Arriba, tío, tenemos que irnos de aquí —le dice Bruno ayudándole a levantarse. Está muy aturdido; pese a llevar chaleco antibalas tiene sangre y está muy mareado. El agujero en la ropa es impresionante. Le veo agarrarse a Bruno y vomitar en la nieve. Le ayudamos a caminar. No hay tiempo para más, nos están dando caza. Ahora es Milwaukee el que da las órdenes.

—*Cleveland, get me mister Green from the Interpol. (Cleveland, ponme con el señor Green, de la Interpol).*

—*Done, sir, they're coming already. (Hecho, señor, están en camino).*

—*Good, Cleveland, good. Can you gimme CAS (Close Air Support) until extraction? (Bien, Cleveland, bien. ¿Puedes darme Apoyo Aéreo Cercano hasta la extracción?)*

—*We'll try, sir. (Lo intentaremos, señor).*

La jerga militar de Milwaukee se me escapa totalmente, pero cuando veo al helicóptero acercarse y colocarse detrás de nuestra posición disparando en dirección a los cazadores comprendo lo que es el apoyo aéreo cercano y, además, lo valoro positivamente. No creo que ninguno de nosotros se hubiera imaginado encontrarnos hoy en una situación más cercana a una ofensiva en Vietnam que a una simple cacería. Corremos en dirección al búnker; el helicóptero consigue que dejen de dispararnos por unos instantes y nos permite llegar a la cueva sanos y salvos.

Nos distribuimos por parejas en las tres motos. Milwaukee lleva al jefe, que apenas se aguanta

de pie; el impacto debe de haber sido brutal, Lindbergh es un tío duro de los que no se quejan nunca, pero ahora mismo está muy tocado. Yo subo con Bruno; no hay camino de trial que se le resista, no sé muy bien cómo lleva lo de conducir sobre el hielo y la nieve, ha estado toda su vida subido a una de estas. Betty se desmarca del grupo para cubrirnos y se rezaga expresamente. Bruno vuela sobre la nieve por entre los árboles, pero parece pensárselo dos veces y decide que sea Milwaukee el que marque el camino.

Soy consciente de que cuanto menos me mueva, menos notará Bruno mi peso y más fácil le será controlar la moto. Me arrebujo abrazándome a él, escondiendo la cara para no ver. Tenemos que salir de aquí, yo misma me arrepiento ahora de estar en esta situación, embarazada, en peligro. Cooper se comunica.

—*Extraction in 2 minutes. We're landing. (Extracción en dos minutos. Estamos aterrizando).*

—*Roger.*

El helicóptero aparece de nuevo y aterriza en la carretera. Vuelven a dispararnos. Vemos llegar otro sobrevolando la casa, y varias Vans: es la policía suiza, que llega alertada por la Interpol.

Estamos a salvo. Saltamos de las motos y corremos hasta el aparato. Se acabó, estamos a salvo. El último en llegar es New Orleans. Estamos todos bien, nos elevamos aún con las puertas abiertas, el ruido es ensordecedor. Puedo ver a Hans Müller apuntándonos con su rifle, loco hijo de puta. Bruno grita «¡Todos al suelo! AAALÉEEEX» y salta sobre él; la bala le alcanza en el hombro y cae golpeándose la cabeza contra el asiento. ¡Dios mío! Milwaukee le atiende, y yo, yo no puedo acercarme. Bruno, mi Bruno, Dios mío, estoy perdiendo el mundo de vista, ya no oigo nada, creo que me voy a desplomar.

Capítulo 13

Te seguiré en la oscuridad

ZÜRICH. KLINIK HIRSLANDEN
27 DE ENERO

*M*e despierto en una lujosa habitación de hospital; tanta flor a mi alrededor me ofende. Tengo al lado a Leo, el padre de Bruno. Lindbergh está junto a la ventana vestido con tejanos y un jersey de lana; lleva el brazo en cabestrillo y tiene una herida en la frente. Tan apuesto como siempre, pero preocupado. No alerto a nadie de que estoy despierta, no quiero preguntar, no puedo.

La escena se repite una y otra vez en mi cabeza: veo a Bruno caer, golpearse, la sangre. No voy a preguntar. Seguiré durmiendo hasta que aparezca por la puerta y todo haya terminado. ¿Cómo era aquella canción?

*Love of mine
Someday you will die
But I'll be close behind
I will follow you into the dark
If heaven and hell decide
That they both are satisfied
Illuminated the «no's» on their vacancy sign
If there's no one beside you when your soul embarks
Then I'll follow you into the dark.*

No quiero preguntar, porque sin él no quiero vivir, es así de sencillo. Es una verdad primordial que siento en lo más profundo de mi ser, ahora lo sé, nunca había contemplado verdaderamente esa posibilidad, ahora ya sé la respuesta. No es que no pudiera vivir sin él, es que no quiero. No quiero criar a mis hijos sin él, no quiero ver otra vez la luz del día sabiendo que no está junto a mí. Las últimas palabras que le oí pronunciar fueron una declaración de amor. Ya nada me importa. Alex lo sabe también: sin Bruno no tenemos futuro, su ausencia sería un agujero demasiado grande. Quiero dormir, y si se me ha ido, si se me ha ido, quiero seguirlo en la oscuridad, como dice la canción.

—¿Alexander, cuántas horas lleva ahí dentro?

—Casi tres, todo ir bien, Leo, Bruno fuerte.

—Hay muy pocas personas como mi hijo, yo no...

Cuando veo a Leo emocionarse de esa manera y llorar, ya no tengo fuerzas para seguir fingiendo. Le toco la mano.

—¡Estás despierta!

—Estoy bien. Bruno...

—Está luchando por su vida, no te voy a engañar, le están operando.

Alex se me acerca, no me toca, no me dice nada, está destrozado. Sabe que una muestra de cariño por su parte estaría fuera de lugar, y yo, aunque necesito que me abracen, me sentiría mal si lo hiciera solo él, en estas circunstancias.

—Deja de sentirte tan culpable, Alex, por favor.

—Ser mi culpa: él salvar mi vida y yo no proteger ni a ti ni a él.

Vuelve a alejarse y se queda de espaldas mirando por la ventana.

—Maya y Matilde están en la cafetería.

—Has hecho bien en traerla, Leo; necesita estar con su padre, pase lo que pase.

En estos momentos no hay espacio para las palabras, todos tenemos un nudo en la garganta que nos impide expresarnos, es el miedo que atenaza el alma. Nos quedamos en silencio un rato.

—Johanna, ayer te hicieron una ecografía: los bebés están bien.

—¿Los bebés?

Miro a Alex, que asiente con la cabeza, incapaz de hablar.

—Son mellizos, son dos.

Joder. Más me vale que Bruno se recupere. Las razones para vivir vienen a pares. Es justo lo último que necesito, me había olvidado de que estaba embarazada.

Entra un médico, y Alex y Leo corren hacia él. Contengo la respiración.

Bruno ha sobrevivido a la operación, pero las próximas horas son cruciales. Está en coma inducido. La bala ha sido extraída y ha perdido mucha sangre; el doctor dice que por la posición y el calibre es un auténtico milagro que no le haya dañado el corazón. Han tenido que repararle dos arterias; el médico es optimista.

Se me cierran los ojos y siento el cuerpo pesado; creo que me han sedado, y lo agradezco. ahora solo quiero dormir un poco. Dormir.

Despierto sobresaltada. Tengo al lado a Matilde.

—Tranquila. Bruno está bien, lo van a sacar del coma, se va a recuperar.

—Gracias a Dios —digo sin poder contener las lágrimas, y lloro abrazada a mi suegra, que me tranquiliza más como a una nieta que como a una nuera.

—Pobrecita, con lo que te ha hecho ese hijo mío y con lo que tú le quieres todavía.

—Matilde, a ver, creo que él estará de acuerdo con que ha llegado el momento de que te cuente la verdad.

—¿Qué verdad?

—Pues que tu hijo no es gay.

—Eso dice él, pero, chica, si se va a casar... Ya sé que es duro para ti, pero está muy claro.

—Se van a casar para protegernos: nosotros estamos juntos los tres.

—No te entiendo.

—Pues que dormimos juntos los tres.

—Mujer, con una casa tan grande, si os sobran camas...

—A ver, Matilde, que tengo dos maridos, Bruno y Alex. Los quiero a los dos y ellos a mí.

La palabra «perpleja» no definiría el estado de *shock* que acabo de provocar en mi suegra. Me quedo en silencio para que digiera la información, si puede. Llega Maya corriendo y aterriza en mi cama.

—Última hora, grandes noticias, última hora. Papá está despertando, se va a poner bien, no se nos muere, mamá.

Me abrazo a mi hija con lágrimas en los ojos. Es tan fuerte, tan serena...

—Maya, ¿sabes cuánto te quiero? ¿Lo sabes?

—¿Hasta el infinito y más allá?

—Mucho más allá, no lo olvides nunca.

—Tengo buena memoria para las cosas importantes

Lindbergh aparece por la puerta con una sonrisa. Es momento de reconfortar a esa pobre alma en pena. Me levanto con piernas de gelatina, y cuando se me acerca le beso, le beso como si no hubiera un mañana, con lágrimas en los ojos, consciente de que he estado a punto de perderle a él también, agradecida a la vida, al cosmos, a la santísima trinidad y al mismísimo demonio si hiciera falta. El beso que me devuelve es tan desesperado que le aprieto contra mi cuerpo para que me sienta, para que sepa cuánto le necesito. La cara de Matilde me hace desistir, y me aparto sin dejar de tocarle. Esta señora va a necesitar un poco de tiempo; creo que lo de dormir en la misma cama le acaba de quedar claro y meridiano.

Tengo un hambre canina. Lindbergh se ocupa de pedir *sushi* para mí, y añade un poco más para Maya. Cuando llega el servicio a domicilio nos repartimos la comida japonesa entre todos: el alivio general da hambre, y hasta Leo comparte fideos conmigo. Lástima no poder beber un poquito de vino. Ahora que ya me han mostrado las ecografías y que estoy asimilando que voy a ser madre de dos más, ese tipo de cosas pasan a segundo término.

Recibo el alta esta tarde, pero no pienso volver al hotel: voy a quedarme con Bruno, que sale de la UCI esta misma noche. Ya habla y saluda, aunque aún no estoy lista para verle. Esta noche le trasladan a planta, esta noche la pasaremos juntos.

Capítulo 14

Oh mamma, I wanna go surfin'

BARCELONA. CALLE DUQUESA DE ORLEANS
20 DE AGOSTO DE 2019, 6 A. M.

Salgo de la ducha, todavía es de noche. Me cuesta acostumbrarme a estar sola en esta casa sin el alboroto de los niños, sobre todo sin mis dos hombres en mi cama. Gladys es un gran apoyo, es mucho más que una interina, es una valiosa colaboradora de Buster. Intuyo que juntas haremos cosas grandes.

Me miro en el espejo la cicatriz de la cesárea: es cada vez más tolerable, o quizás es solo que me estoy acostumbrando a ella. He conseguido perder mucho peso, me puse enseguida con una férrea instrucción. Los acontecimientos de Suiza marcaron un antes y un después en mi vida. Ahora me entreno para que no haya sorpresas, para correr más rápido. Lo de disparar armas me ha costado un poco, la puntería no es lo mío, pero estoy mejorando mucho. Al principio ni siquiera hacía diana, ahora ya estoy cerca de la cabeza; no es mi intención disparar a nadie nunca si puedo evitarlo: simplemente quiero poder defenderme y defender a los míos si llegara el caso. Es para mí un sacrificio, un sacrificio que debo hacer si quiero estar al frente de Buster, y quiero, de eso no hay duda.

Hemos tenido que ir a testificar hasta tres veces en el caso Müller, y aún no hay fecha para el juicio. Los detenidos son treinta a día de hoy. El escándalo nacional ha sido mayúsculo, las pruebas del dedo de Fikra Bekiri han sido decisivas para que se profundizase en la investigación. Este asunto es cada vez más espeluznante y va a llevar a la policía suiza mucho tiempo esclarecer cuántos asesinatos se han podido llegar a cometer en esa finca. Esos cabrones montaban cacerías humanas. Las presas eran la mayoría inmigrantes indocumentados o no registrados en el país; los retenían en el búnker, montaban una cacería con sus amigos y luego los incineraban en la caldera al más puro estilo nazi.

Esos monstruos no saldrán nunca de la cárcel con vida. Hay que ser un engendro inhumano y además estúpido: sus reliquias, sus deditos en botes de cristal son el pasaporte de la celda a la tumba. Luchamos aún por demostrar que fueron los culpables del accidente de Pablo y su familia, aunque va a ser muy difícil. Nuestra única esperanza es que alguno de los chiquillos, los *skinheads*, confiesen presionados por la policía. Al menos habrá justicia para Jurgen. Su homenaje fue un éxito, y con los cuadros que vendimos y los diez millones de Verner tenemos fondos suficientes para cazar pederastas, captadores de niñas, trata de menores... La lista es larga.

Aunque ahora mismo lo que me gustaría es estar con los míos en Hawái. Tenemos a un cerdo a punto de caer en nuestra trampa: solo faltan unas horas y después cogeré un avión y celebraremos el primer cumpleaños de los mellizos.

Últimamente he adoptado un uniforme de ejecutiva cuando dirijo operaciones. En el día a día llevo ropa cómoda, casi siempre pantalones y botas de cordones. Hoy me enfundo un traje chaqueta, contenta de ver que me cabe y que voy recuperando mi figura. Cuando estaba de nueve meses pensé que esto no sería posible. tenía piernas de alambre y cuerpo de cetáceo, muchas pecas y unos labios enormes tamaño *bratwurst*. Lindbergh y Bruno se pasaban el día diciéndome lo bonita que estaba, era como un chiste.

Me seco el pelo con secador, no quiero llegar constipada a Hawái, y tengo tendencia a la galipandria. Cuando bajo a la cocina ya tengo un café listo; el *muffin* de chocolate de Gladys no tiene nada que ver con los de Bruno, aunque se agradece el detalle. Adrian baja del apartamento del ático y desayuna conmigo en silencio; es de los que no pueden articular palabra hasta que han tomado dos cafés. Sigue teniendo un lío con mi hermana, y creo que el pobre no lo lleva bien, Gina es como un tío en sus relaciones, y parece que Frey, quién lo iba a decir, necesita un poquito más.

—¿Lista?

—Todo lo que se puede estar, hoy es un gran día.

—Es un cabrón escurridizo.

—Y que lo digas.

—¿Hay café en Cooper?

—Sí, señora, yo misma lo he repuesto.

—Bien, Gladys, gracias.

—Suerte con ese hijo de puta, si me permite la expresión.

—Gracias, Gladys.

Cruzamos el jardín; mis preciosos árboles de invierno están ahora verdes. Lindbergh encontró el magnolio adecuado, y en febrero es realmente espectacular, todo pelado sin una hoja y con decenas de flores blancas y rosáceas. Llego a la entrada de Cooper, y me concentro transmutándome en Georgia, me dejo de jardinería. Frente al ascensor iniciamos el protocolo.

—Milwaukee.

Lector de huellas, lector de retina, las puertas se abren. Una vez dentro ya somos otras personas. Es curioso, hasta creo que me cambia la voz y se me pone más autoritaria.

—Buenos días, Memphis, Kansas, New Orleans. Informe.

—Cleveland se ha citado con el sujeto al que llamamos *The scumb* (*La escoria*) en el gimnasio que frecuentan ambos. Van a hacer el intercambio.

—¿En los vestuarios?

—Creemos que sí, estamos poniendo cámaras.

—Ponme con Oriol.

Me siento en el sillón de mando, Milwaukee siempre a mi lado con otro café. Pensaba que yo era adicta, nada que ver con él.

—¿Johanna?

—*Bon dia*, Uri.

—*Bon dia, això està difícil*.

—Y si le quitamos el portátil, ¿no sería suficiente?

—Para meterle *pa* dentro, sí, pero necesitamos también el *pen*.

—¿Si grabamos la operación le detienes?

—No en el momento. Buster tiene que poner la denuncia. Hazlo pasar por las cámaras de seguridad del gimnasio.

—Uri, en el vestuario no cuela.
—Haz que no estén nunca solos y tengan que cambiar de planes.
—No me gusta improvisar.
—Ya lo sé, pero el cabrón es una anguila.
—He pensado que ahora que sabemos seguro que es él, entremos en su casa: la habitación de las grabaciones podría ser suya.
—¿Y cómo vas a entrar?
—Montamos una escena, hoy mismo. Somos bomberos, desalojamos el edificio por una fuga de gas, solo pueden coger lo imprescindible, metemos a todos los vecinos en una furgoneta. Podría perder el *pen* y alguien encontrarlo, alguien que sepa de informática.
—No está mal. Si no conseguimos grabarle hoy, seremos más drásticos. Llámame cuando estés lista: en una media hora tengo a tres en el gimnasio. Acordaos de que el hijo puta es abogado, hay que ser muy finos.
—Soy muy fina.
—Eres la mejor, el azote de la pedofilia.

No lo tengo claro; grabar en el vestuario a un abogado es *a priori* una metedura de pata, pero al menos tendremos algo más contra él. Llevo meses tras su pista y no comete errores, hace sus transacciones en lugares públicos llenos de gente, no hemos conseguido saber cómo contacta con los niños, y eso que estamos infiltrados en su portátil y en su móvil. Empezamos a sospechar que lo hace a través de los contactos personales de su sobrino, accediendo a sus cuentas personales, no conseguimos saber ni cuándo ni cómo. Pensamos que quizás tenga cómplices; sin embargo, su seguimiento no nos ha dado frutos. Lo único que hemos conseguido y ahora nos parece un gran logro es que Cleveland se haya hecho pasar por un ejecutivo socio del mismo gimnasio que se interesa por la pornografía infantil; dejamos su móvil con un archivo de fotos abierto y el hijo puta picó, advirtió a Cleveland de que su descuido era muy peligroso y después le ofreció más material.

Es un mercado que mueve millones, y es tan peligroso que las cifras son impactantes; se tiene que retroalimentar constantemente y nunca hay suficiente para esta gente. No me gusta actuar sin tenerlo bien atado. Hace dos meses cazamos a otro; conseguimos pillarlo in fraganti y se va a pudrir en la cárcel muchísimo tiempo, porque además es sorprendentemente joven. La espera nos consume, es parte del trabajo. Estamos listos, tenemos que esperar.

—*The fly* ha enviado un vídeo, ¿quieres verlo en tu despacho?

—No, no, ponlo; si no está codificado es que podemos verlo todos. A ver qué están tramando...

El vídeo se inicia en la pantalla grande; vemos el mar, imágenes de grandes olas y parajes paradisíacos que ponen los dientes largos con el sonido envolvente de las olas. Es muy relajante, pero, la verdad, no le veo la gracia a esta postal, parece un anuncio del gobierno Hawaiano, solo faltan las chicas bailando en pareo en la puesta de sol... y nosotros aquí pasando frío.

Se oyen los primeros acordes de *Let's go surfing*, de The drums, el gran himno surfero, con permiso de los Beach Boys.

*Wake up, it's a beautiful morning
Honey, while the stars are still shining
Wake up, would you like to go with me
Honey, take a run to the Beach
Oh momma, I wanna go surfin'
Oh momma, I don't care about nothing*

Pues muy bonito todo, estamos un poco perplejos. Y entonces todo cambia: unos planos tomados desde una tabla con una cámara Go Pro, agua, olas. Ay, Dios mío, si son mis niños, se han vuelto locos. Neo con un pequeño salvavidas, su padre lo lleva sobre el pecho y surfea en una de esas tablas clásicas más grandes. Detrás, ay, por favor, Emma con Bruno, van los cuatro en la misma tabla. Ahora las imágenes son desde lejos. Vaya cuadro, y los bebés, míralos cómo disfrutan, ríen, no tienen miedo.

Con apenas doce meses y cabalgando las olas, increíble. Ahora vemos a Maya, haciendo sus primeros pinitos sobre la tabla y a Alex empujando desde el agua para que ella coja la ola. Bien, así se hace, qué guapa está, lleva el pelo larguísimo.

Kalani con los gemelos en sus campos de lavanda. La naturaleza es sabia; Emma y Neo han salido a mí, aunque tienen la piel algo más tostada. Emma tiene ojos azules como los de mi padre. Neo los tiene verdes como yo, ambos tienen el pelo pajizo y algunas pequitas.

Alex necesita estar en casa: Kalani no está bien, hace tiempo que él lo intuía, el Alzheimer es implacable y Alex quiere que ella tenga cerca a sus bisnetos. Es para él un momento de felicidad agrídulce, pero se da cuenta de que Kalani es su abuela y no su madre, son cosas de la vida. Su madre, la hija de Kalani, no tiene interés en él o en sus nietos. Se considera una madre global que siente a todos los miembros de su comuna como sus hijos, sin diferencia entre los que han salido de su útero o los que acaba de conocer.

Alex incluso lo prefiere así; dice que ella es una influencia muy tóxica, y sentir que su madre no le quería más que a los demás y no le daba prioridad fue para él devastador. Hablando de influencias tóxicas, voy a enviarle este vídeo a Miranda, seguro que le gustará presumir de nietos. Está enamorada y dice que quiere casarse; últimamente hasta parece buena persona. Todos pensamos que es temporal, pero da gusto tenerla cerca, es una versión mejorada de ella misma, menos egocéntrica, con más empatía.

Miranda conoció a su nuevo futuro marido, un magnate neozelandés, cliente de Cooper, en la boda de Alex y Bruno.

Fue un acontecimiento apoteósico e inolvidable. Una gran mezcla de invitados que incluía a todos los miembros de la agencia, sin excepción, incluida Savannah. La familia y nuestros amigos íntimos, así como un nutrido grupo de hombres de negocios clientes de Cooper. El famoso chef japonés Michael Sakuri con su mujer y Heiko, que también vino.

Se celebró en los jardines de casa en primavera y fue el fiestón más divertido y loco de los que yo haya asistido nunca. Lo pasamos muy bien. Maya estaba feliz.

Cleveland se comunica:

—*Got a message from The scumb, meeting in half an hour. (Tengo un mensaje de La escoria, reunión en media hora).*

—*Received. Everyone, let's move! (Recibido. ¡Vamos, todo el mundo en movimiento!).*

—*Ok, Buster. Let's kick some ass. (Ok, Buster. Vamos a dar caña).*

La Van con nuestro equipo de vigilancia está lista en el garaje; se está preparando también el plan B, el desalojo del edificio del sujeto, que se puede llevar a cabo esta misma tarde si es necesario. La «operación Escoria» está en marcha.

Qué ganas tengo de cazar a ese cerdo y largarme a ver a mis niños. Mírate bien ahora, Johanna Mayer, quién te lo iba a decir: eres madre de familia numerosa, pero molas más que la Trinity de *Matrix*.

LIFE IN A SANDWICH
SPOTIFYLIST

Karma police – Radiohead
Je veux – Zaz
Big jet plane – Angus and Julia Stone
This mess we're in – P. J. Harvey
Street Spirit – Radiohead
You know I'm no good – Amy Winehouse
I need my girl – The National
Creep – Radiohead
Thirteen Thirty-Five – Dillon
In my veins – Andrew Belle
Clementine – Sarah Taffe
No sé cómo te atreves – Planetas
I wanna be sedated – Ramones
The wolf – Phidel (en duda)
You are the one that I want – Angus and Julia Stone (Live at the flowerpot)
Peluquitas – Nancys Rubias
Alex – Girls
I will follow you into the dark – Death cab for cutie
Lets go surfin' – The drums

© 2019, Coco Duval

Primera edición en este formato: julio de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-28-2

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.